Contra lo común

UNA HISTORIA RADICAL DEL URBANISMO

Alianza editorial

Álvaro Sevilla-Buitrago

Álvaro Sevilla-Buitrago

CONTRA LO COMÚN

UNA HISTORIA RADICAL DEL URBANISMO

Traducción de Ana Pérez Galván, revisada por el autor

Alianza editorial

ÍNDICE

Para Adela y Hugo

Una ciudad es más que un lugar en el espacio;
es un drama en el tiempo.
Patrick Geddes, *Civics: as Applied Sociology*

INTRODUCCIÓN
EL URBANISMO COMO PROYECTO HISTÓRICO

Imagina un territorio donde las viviendas se mezclan con talleres, fábricas y huertos colectivos. Imagina un tejido urbano salpicado de enclaves rurales y franjas de suelo agrícola donde los seres humanos conviven con el ganado. Imagina un lugar donde las redes metabólicas, los ciclos de nutrientes y materias primas y los flujos de energía circulan mayoritariamente en torno a comunidades locales y son controlados por ellas. Las labores y el ocio se alternan y superponen en calles impregnadas de un ambiente de intensa sociabilidad. Los espacios públicos son a la vez lugares de trabajo, de comercio y de celebración colectiva, vagamente delimitados y reinventados continuamente por los usuarios de acuerdo con sus necesidades cotidianas. Las mujeres y los niños son protagonistas activos de esta constelación de actividades y encuentros, los agentes principales de una vida comunitaria organizada en torno a los ritmos característicos de la reproducción social. Las minorías de distinta extracción étnica y cultural desempeñan también un papel fundamental en la definición de estos entornos como mosaicos heterogéneos, y a veces contradictorios, de prácticas colectivas. Imagina un conjunto de archipiélagos de centralidad entrelazados, con jerarquías espaciales superpuestas que hacen el territorio difícil de interpretar, comprender y monitorizar. Las instituciones estatales y las élites han perdido gran parte de su autoridad sobre esta red de enclaves, que permanecen parcialmente desligados de dinámicas nacionales y globales más amplias. Sus espacialidades giran en torno a los pequeños detalles y necesidades diarias; las relaciones de mayor escala están estructuralmente subordinadas a ellas. Existe la propiedad privada, pero como un régimen no exclusivo, que varía en el espacio y en el tiempo, supeditado a configuraciones más complejas de usos y costumbres que desdibujan los límites entre la posesión individual y la colectiva. En estos lugares la idea misma de lo urbano se sustenta en representaciones, relatos e identidades que emanan de experiencias locales y refuerzan el carácter de los asentamientos como espacios autónomos. Imagina un régimen de urbanización que no está orientado al crecimiento, sino a la autorreproducción de la

comunidad, a la creatividad cooperativa y los cuidados, al juego y al placer.

Este libro cuenta la historia de cómo estos aspectos se convirtieron en eso: una mera imaginación. Hoy un número creciente de teóricos críticos, historiadores radicales e investigadores militantes evocan la forma subyacente a muchos de estos fenómenos con un concepto esquivo: los comunes. Descrito como un frente fundamental en las luchas de transformación social, la idea de lo común está en el núcleo de numerosas visiones emergentes para un futuro postcapitalista. Pero en el pasado las configuraciones y los arreglos antes mencionados eran ingredientes esenciales de espacios sociales totalmente reales. Reflexionando sobre el potencial explosivo de las metrópolis contemporáneas como lugares de encuentro, diferencia y antagonismo, diversos intelectuales, activistas y académicos radicales han presentado la urbanización como un catalizador para el renacimiento de los comunes. Los urbanistas progresistas también lamentan su desaparición y tratan de recuperarlos. Es una triste ironía. Porque, como veremos, el urbanismo y la urbanización capitalista han sido, en realidad, agentes clave en la descolectivización de la sociedad y la destrucción del espacio de los comunes. Esta agencia negativa apenas se ha analizado en las historias y teorías del urbanismo disponibles, que tienden a describir el «proyecto de la planificación espacial» como un esfuerzo bienintencionado para mejorar las condiciones físicas, económicas, medioambientales y sociales de las ciudades. Al mismo tiempo, los análisis sobre la apropiación y destrucción de los comunes en las ciencias sociales a menudo ignoran su dimensión geográfica, o presentan los entornos urbanos como contenedores inertes, no como instrumentos activos que pueden ser movilizados para producir o desmantelar formaciones comunales. En otras palabras, se presta poca atención a las mecánicas de desposesión espacial y a cómo determinadas técnicas, procedimientos y órdenes urbanos articulan estos procesos. Esto limita nuestra capacidad para comprender y revertir dinámicas que obstaculizan el supuesto potencial emancipatorio del urbanismo y restringen el despliegue de la urbanización como un proceso de liberación colectiva. Este libro combina perspectivas de teoría crítica e historia social para cubrir esas lagunas, utilizando lo común como categoría heurística para analizar el papel de la planificación espacial en la aparición, desarrollo y reestructuración cíclica del capitalismo. Defiende que las luchas en torno a los procesos de reproducción social, la producción de comunes y la desposesión de estos han sido un factor central en la evolución histórica de la urbanización y el urbanismo capitalistas, y explora las

implicaciones de esta genealogía para los futuros intentos de reapropiación y resignificación del proyecto de la planificación como instrumento de justicia social.

Algunas de estas ideas requieren una explicación, pues presentan la planificación espacial como un agente histórico dotado de un poder duradero para configurar y dirigir cambios sociales a gran escala. Desde luego, esto no significa que pueda decirse que el urbanismo constituye un esquema holístico prediseñado, una especie de gran conspiración omnicomprensiva. Más bien, la noción de «proyecto» designa aquí un conjunto fluido de prácticas y estrategias con una cierta direccionalidad y coherencia interna en términos de los actores, posiciones, procedimientos y aspiraciones involucrados en sus procesos[1]. Rastrear esta coherencia nos permite identificar secuencias causales y patrones recurrentes en el tiempo. Estudiadas desde la perspectiva privilegiada del presente, estas consistencias aparecen como composiciones de fuerzas diversas, a veces heterogéneas, que orientan el cambio social en una dirección determinada. Por supuesto, no soy el primero que sugiere el concepto de planificación o urbanismo como proyecto. La propia formación de la disciplina como un campo de práctica intelectual y profesional se ha basado en el reconocimiento de un hilo conductor de tradiciones y objetivos comunes. Una interpretación explícita y bien conocida en esta línea es la ofrecida por Patsy Healey en su concepción del «proyecto de la planificación» como un esfuerzo colectivo por mejorar las cualidades de los lugares, que adopta distintos métodos y paradigmas en fases sucesivas, pero que también conserva una vocación progresista a lo largo de diferentes etapas históricas[2]. No obstante, a la luz de los análisis que siguen, esta concepción normativa es solo un aspecto de lo que David Harvey ha llamado la «ideología de la planificación»[3]; es decir, tiene más que ver con las aspiraciones de los urbanistas de mentalidad progresista que con el funcionamiento real del urbanismo.

Este libro explora la urbanización y la planificación espacial de una forma bastante diferente: como esferas y objetos fundamentales de luchas sociales más amplias. Centrándose en un aspecto específico, pero crítico, entiende el proyecto de la planificación como elemento constitutivo de un imperativo sistémico más amplio: la necesidad constante bajo el capitalismo de garantizar una base social coherente ante sus propias fuerzas desestabilizadoras y, más concretamente, de reproducir los estratos populares como clases subalternas[4]. Como veremos, este prerrequisito estructural se manifiesta *espacialmente,* entre otras formas, a través de la creación de órdenes territoriales basados en distintos procesos de descolectivización,

desempoderamiento y desposesión. El capitalismo no solo ocupa el espacio; el capitalismo es un *modo de espacialización*. Reconfigura los lugares, las ciudades y las regiones de forma incesante y desigual, no solo por objetivos meramente productivos o por un imperativo de acumulación, sino también, más en general, para modelar y reproducir formaciones sociales amplias que proporcionan un soporte vital para el desarrollo económico[5]. Bajo su influencia, la propia urbanización se convierte en un vector de colonización de esferas y espacios no capitalistas, cuya existencia dificulta la continuidad del sistema.

El conjunto variable pero relativamente coherente de técnicas, planes y estrategias que llamamos «urbanismo» o «planificación espacial» desempeña un papel primordial en este proceso y se convierte así en un ámbito fundamental de organización y lucha en el que tiene lugar un choque entre concepciones opuestas de la reproducción y las relaciones sociales. Para captar toda la complejidad de estos conflictos, este libro aporta una visión panorámica de la urbanización capitalista en Occidente y se centra en combinaciones heterogéneas de agencias, dispositivos, motivaciones y procedimientos que, a pesar de su diversidad, generan consistencias estratégicas en torno a determinadas visiones socioespaciales. Así pues, el urbanismo se presenta como un campo poliédrico y dinámico de diseño espacial y prácticas regulatorias y discursivas que median la urbanización en consonancia con intentos hegemónicos más amplios de sostener el capitalismo en el contexto de procesos de cambio económico y social a largo plazo. En otras palabras: todo plan prefigura un orden social deseado. Producir los espacios que sustentan estos órdenes y simultáneamente facilitar las formas de desposesión, desplazamiento y desempoderamiento intrínsecas a la expansión y reestructuración capitalistas: he ahí un imperativo esencial, aunque habitualmente ignorado, de la planificación espacial. Este libro investiga distintas manifestaciones históricas de este proyecto, para componer un cuadro de actores, enfoques, instrumentos y modelos que, a pesar de su heterogeneidad, comparten una característica crucial: utilizan el espacio para «descomunizar» la sociedad, es decir, para neutralizar, erosionar o subsumir los comunes y las formas populares de autorreproducción, facilitando así la consolidación de nuevos regímenes económicos y políticos.

Tal y como se ha indicado anteriormente, este estudio combina dos estrategias intelectuales. Por un lado, parte de dilemas políticos actuales —las luchas por los comunes y la reproducción social— para refutar las metanarrativas dominantes en los campos de la historia y la teoría del urbanismo, y para reformular el análisis del pasado y el

futuro de la urbanización. Por otro lado, pretende desarrollar los recientes debates en las ciencias sociales críticas sobre la importancia de los comunes y la reproducción social en la constitución —y posible superación— del capitalismo mediante una reflexión sistemática sobre la cuestión urbana y el papel instrumental de las políticas espaciales en las dinámicas de desposesión capitalista. Estas estrategias generales se combinan a lo largo del libro para ofrecer una genealogía alternativa del urbanismo. La introducción desarrolla el aparato teórico-crítico, los capítulos centrales se ocupan del relato histórico y la conclusión ofrece una exploración prospectiva de un potencial futuro de urbanización comunal.

Hay dos elementos especialmente relevantes en este enfoque. En primer lugar, me centro en la importancia crucial de las luchas por la reproducción social en la evolución de las espacialidades capitalistas y el surgimiento y desarrollo de los aparatos de planificación urbana. Tras el frente de las estrategias de acumulación y cambio productivo existe un trasfondo de dinámicas reproductivas que resultan esenciales para el éxito de los proyectos capitalistas. Estas, sin embargo, tienden a dificultar los procesos de restructuración económica y se convierten así en esferas fundamentales de conflicto y regulación[6]. Modeladas por la costumbre y cristalizadas en el espacio, la vida cotidiana y la reproducción social suelen caracterizarse por la fricción y la resistencia al cambio de segmentos importantes de la población. Son esferas con una inercia recalcitrante, sustentadas en culturas arraigadas e instituciones vernáculas bien afianzadas, materializadas en territorialidades específicas y a menudo locales[7]. Como suelen estar fuera del alcance de los mecanismos del mercado, hacen falta grandes esfuerzos para transformarlas y, por lo tanto, se convierten en espacios vitales de experimentación regulatoria. Buena parte de las innovaciones que han constituido el urbanismo en etapas clave de su desarrollo provienen de intentos por regular espacialmente distintas esferas de la vida social y su conexión con los procesos productivos. La urbanización capitalista implica no solo la expansión y reorganización de asentamientos e infraestructuras económicas, sino también la erosión de determinados espacios sociales y modos de autorreproducción para poder consolidar regímenes políticos y de subsistencia alternativos: la propia creación de geografías segregadas de reproducción con jerarquías específicas de clase, género, generación y raza; la captura gradual de regímenes de subsistencia y organización comunitaria por parte de los estados y los mercados; la forja de un imaginario colectivo en torno a lo urbano que excluye las economías, las ecologías y las formas de socialización tradicionales del

ámbito rural; la moralización de las conductas, hábitos y representaciones e identidades espaciales; una determinada racionalización de las temporalidades urbanas, etcétera. Los análisis históricos convencionales presentan la planificación como elemento de una máquina de crecimiento económico más amplia, un aparato de acción reformista fundamentalmente benevolente, un conocimiento técnico autónomo y autogenerativo o una práctica eminentemente estética. Este libro, por el contrario, se propone comprender el urbanismo como un elemento intrínseco a la consolidación de los regímenes reproductivos espaciales desplegados por el capitalismo.

En segundo lugar, estos intentos de regular espacialmente las dinámicas de reproducción social y los regímenes de urbanización que persiguen no son inocuos o meramente funcionales, sino que, a menudo, se consiguen mediante la desposesión de formas de vida autónoma y cooperativa: los comunes. Las aglomeraciones urbanas han sido celebradas como una «fuente de lo común, el receptáculo hacia el que este fluye»[8]. El análisis histórico muestra que su naturaleza es más compleja y dialéctica. La urbanización puede fomentar prácticas comunales al intensificar la densidad y la diversidad social, pero también puede convertirse en un vector clave de descolectivización y desempoderamiento. Junto a los esfuerzos por mejorar las condiciones ambientales y habitacionales, el urbanismo se ha movilizado con frecuencia para inhibir los potenciales de comunización popular. Sin embargo, no disponemos de ningún análisis histórico o teórico sistemático que permita comprender el papel de la planificación y la urbanización en las luchas en torno a los comunes, especialmente en lo referente a los mecanismos espaciales de desposesión desplegados por ambas. Estos procesos se caracterizan por dinámicas de separación, subordinación y mercantilización de las esferas reproductivas a múltiples niveles, adoptando distintas formas e intensidades en diferentes fases de desarrollo capitalista. La experiencia de la «descomunización» es especialmente severa en espacios sociales sometidos a una fuerte presión de cambio estructural en el contexto de dinámicas de acumulación primitiva y de reescalamiento económico[9]. Los capítulos históricos del libro exploran cuatro de estos episodios en etapas estratégicas de transición capitalista: el paso del mercantilismo al capitalismo, el surgimiento de las políticas reformistas, el ascenso del fordismo y la transición al postfordismo. El análisis ofrece una perspectiva desde abajo, examinando la acción de la planificación desde el punto de vista de las relaciones sociales en los entornos y comunidades sometidos al proceso de urbanización y reestructuración espacial.

Puede que la reproducción social y las dinámicas de desposesión sean solo expresiones parciales de las múltiples dimensiones del urbanismo. Sin embargo, aunque a menudo no se repare en ellas, son aspectos esenciales de su gramática, no meros accidentes o externalidades. El objetivo de esta investigación, en todo caso, no es juzgar las prácticas urbanísticas del pasado como si las hubiéramos superado. Se trata más bien de interrogarlas desde el punto de vista de los dilemas actuales, teniendo en cuenta que seguimos inmersos en muchos de los conflictos que los urbanistas trataron de solucionar. Sus respuestas fueron, con frecuencia, solo una de las posibles alternativas explorables en su momento y sus medidas a menudo generaron nuevas contradicciones que todavía afectan a los procesos de urbanización contemporáneos. En ese sentido, la cuestión para la historia del urbanismo no es tanto cómo situarnos con respecto al pasado sino cómo situar el pasado con respecto a nuestra problemática actual y el reto de construir futuros urbanos más democráticos.

Hacia una historia radical del urbanismo

El rol histórico del urbanismo en la formación y reproducción del capitalismo no puede ser reducido a una función, forma u orientación política universales. Estos aspectos son, más bien, el objeto y el resultado de conflictos sociales que habitualmente redefinen el propio alcance y la naturaleza de las políticas urbanas durante los episodios de crisis y reestructuración endémicos al capitalismo. El urbanismo propiamente dicho puede entenderse como un terreno y medio dinámico de lucha espacial, dirigido a orientar el cambio social estructural mediante distintos enfoques discursivos, regulatorios y de diseño. Sus tareas, sus métodos y su forma institucional no son el producto inmutable de una lógica abstracta o de principios técnicos neutros, sino el resultado de coyunturas específicas que requieren análisis históricos concretos. No obstante, esto no significa que los regímenes urbanísticos sean meramente contingentes. Tal como hemos mencionado antes, este libro reconstruye un sentido global del urbanismo, presentándolo como un proyecto histórico con múltiples trayectorias, pero también con regularidades que lo dotan de coherencia estructural.

La definición y demarcación del urbanismo como aparato técnico y forma institucional a menudo se basa en supuestos empíricos limitados. El urbanismo suele naturalizarse como el trabajo que hacen los urbanistas y planificadores; una práctica profesional ligada a los intentos estatales de gobernar el desarrollo local y regional y el

crecimiento urbano. Sin embargo, una perspectiva de larga duración que abarque la trayectoria completa del capitalismo requiere una conceptualización más flexible e integral, capaz de captar estrategias heterogéneas y periódicamente cambiantes para orientar los procesos de transformación espacial a varias escalas y con distintos fines. Este libro concibe el urbanismo como un conjunto dinámico de aparatos y esquemas que despliegan procedimientos y políticas espaciales para mediar el proceso urbanizador e inducir cambios sociales generalizados y a largo plazo, de acuerdo con determinados proyectos hegemónicos. Aunque no se limitan a ella, la problemática de la reproducción social es fundamental en estos esfuerzos. La planificación espacial contribuye a sostener y regular el sistema, y, en este sentido, debe garantizar siempre arreglos sociales que amortigüen las salvajes mutaciones y contradicciones del capital. Los aparatos de planificación conforman una topología abierta, variable. Están parcialmente integrados en estructuras estatales, pero también circulan en otras instituciones y lugares de práctica social con la capacidad de afectar y configurar los regímenes espaciales. Entre dichos aparatos se incluyen no solo dispositivos regulatorios convencionales como la zonificación, las ordenanzas de uso o la distribución de sistemas de infraestructuras y de servicios públicos, sino también distintas manifestaciones de diseño urbano y medioambiental, políticas sociales y económicas, representaciones y narrativas del entorno construido y otros procedimientos que se vuelven a combinar periódicamente para sustentar y rehacer el tejido material y simbólico de lo urbano. Por lo tanto, propongo que entendamos el urbanismo como una constelación amplia y fluida de instrumentos, prácticas, agencias, discursos e imaginaciones que operan a distintas escalas espaciales y temporales y giran en torno a conjuntos concretos de documentos técnicos y políticas espaciales, pero que van más allá de lo que convencionalmente se denomina un «plan urbanístico». La articulación de estas manifestaciones dentro y fuera de las agencias estatales y las disposiciones que determinan qué aparatos, fuerzas y actores son predominantes en cada momento son el fruto de luchas en contextos históricos específicos y, por tanto, están sujetas a variaciones frecuentes. La síntesis de una orientación histórica coherente —un «paradigma urbanístico» específico— se produce en torno a correspondencias más o menos estrechas entre las representaciones y los regímenes urbanos promovidos desde distintos ámbitos de la práctica y el discurso. Los urbanistas y responsables políticos de todas las épocas tratan de crear, captar o influir en estas cadenas de agencia para expandir el alcance de sus planes y producir

un determinado efecto hegemónico. No obstante, lo que suele suceder con más frecuencia es que su trabajo queda subsumido en dichas cadenas, de las cuales el propio plan —la estrategia o política específica— es solo una expresión privilegiada.

La historiografía del urbanismo ha constituido un recurso discursivo fundamental para la autopercepción de la disciplina. Empezando con la fundacional *Teoría general de la urbanización* de Ildefonso Cerdá, las primeras teorizaciones y tratados incluían recorridos más o menos sistemáticos por el pasado, remontándose a la Antigüedad, o incluso más allá, para presentar el diseño de ciudades como algo intrínseco al proceso civilizador y legitimar una profesión emergente[10]. La tradición ha continuado hasta nuestros días y, en las últimas décadas, las intervenciones teóricas más importantes siguen mirando al pasado para captar la esencia del proyecto de la planificación[11]. Los historiadores del urbanismo, por su parte, se han mantenido cercanos a las ideologías y las autoconcepciones disciplinares dominantes[12]. Este papel orgánico ha sido cuestionado de forma explícita en varias ocasiones, pero sigue siendo frecuente, especialmente en las grandes metanarrativas históricas, que son fundamentales para conformar la imagen de la disciplina pero parecen inmunes al análisis crítico y la experimentación teórica[13]. El enfoque habitualmente empírico y descriptivo de este género tiene implicaciones sociales y políticas especialmente problemáticas. Las historias generales del urbanismo suelen centrarse en planes pioneros y el trabajo de planificadores selectos[14]. A veces hacen referencia a sus contextos institucionales y económicos, pero, a pesar del supuesto compromiso social de la disciplina, los relatos convencionales carecen con frecuencia de un análisis adecuado de los espacios sociales y la vida cotidiana de los afectados por los planes urbanísticos. Las investigaciones panorámicas, que pretenden aportar una visión holística y de larga duración, suelen descuidar la complejidad de las comunidades objeto de las políticas, presentándolas habitualmente como entornos sociales pasivos y desempoderados, asediados por «males» urbanos, a la espera de ser «mejorados»[15]. La creciente influencia del campo de la historia urbana y la aparición de perspectivas más críticas desde la década de 1980 han producido avances significativos en la diversificación de los temas, experiencias y agencias de planificación sometidos a examen, pero todavía se presta una atención relativamente menor a los espacios sociales de las clases trabajadoras y pobres, normalmente limitada a monografías sobre estudios de caso concretos[16].

Para subsanar estas lagunas, debemos abandonar el marco de la

historia de las ideas e instituciones y, en su lugar, adoptar un enfoque socioestructural radical que combine una perspectiva de «historia desde abajo» con un enfoque económico-político de largo alcance. Las políticas y los proyectos urbanos deben evaluarse en el contexto de tendencias estructurales más amplias y a la luz de su efecto en el tejido social, examinando cómo utilizaban y representaban su territorio las comunidades que recibían las estrategias y planes urbanísticos, con qué fines, y cómo la planificación facilitó o impidió estos urbanismos de base. Una historia radical de la planificación debe leer el pasado a contrapelo de las narrativas dominantes para comprender las técnicas y los modelos en su punto de aplicación, a través de su impacto en poblaciones subordinadas y marginadas. Su objetivo no es legitimar la planificación espacial, sino interrogar su efecto sobre el despliegue de la urbanización como un proceso liberador o represor. En ese sentido, deberíamos juzgar la disciplina de acuerdo con su capacidad para empoderar o desposeer a las poblaciones vulnerables, para reafirmar y reforzar su autonomía o, por el contrario, para erosionarla.

La llamada a un giro social en la historia y la teoría de la planificación en la década de 1990 desempeñó un papel fundamental en la renovación del campo, pero no trajo consigo un cambio de paradigma, especialmente en el género de las narrativas holísticas. Esta reciente tradición puede desarrollarse y reforzarse al menos en dos sentidos. Primero, siguiendo el trabajo pionero de Leonie Sandercock en el contexto del creciente interés en los enfoques postestructuralistas e interseccionales, esta nueva epistemología de la planificación promueve a menudo un enfoque que destaca las contradicciones existentes en torno a diversas formas de diferenciación social —el género, la raza, la etnia y la sexualidad— pero tiende a minimizar uno de los ejes de estratificación socioespacial más persistentes bajo el capitalismo y, posiblemente, la preocupación más extendida e influyente en el desarrollo histórico del urbanismo: las desigualdades y el conflicto de clase[17]. Segundo, la denuncia de un lado «oscuro» de la planificación en esta tradición tiende a centrarse en aspectos, orientaciones, lugares o procedimientos particulares, dando a entender con ello que también hay un lado luminoso, genuinamente progresista e inocente en la política urbana, que no es problematizado[18]. Estas formas de presentar el problema conducen a una crítica de la planificación en términos morales, sin duda necesaria, pero limitada. El potencial de un enfoque histórico socioestructural reside, en cambio, en la visión que puede ofrecer de la articulación común y específica al capitalismo de distintas formas

de opresión y desposesión espacial. Esto requiere una comprensión sistémica del urbanismo como una totalidad regulatoria y una mayor conciencia del papel constitutivo de las dinámicas de clase como eje en torno al cual se organizan y operan otras formas de diferencia social y espacial en un contexto capitalista. Desde esta perspectiva, la mera distinción entre políticas progresistas u oscuras, urbanistas «buenos» o «malos», debería reemplazarse por una concepción dialéctica del papel estructural de la planificación en el desarrollo capitalista y en la urbanización de la sociedad.

Para entender cómo se aleja este enfoque de los relatos dominantes, es útil contrastarlo con las hipótesis convencionales sobre los orígenes, las motivaciones y los objetivos del urbanismo. En su intento por dilucidar los orígenes de la planificación, los primeros historiadores adoptaron la perspectiva temporal de la teoría urbanística disponible en su momento, habitualmente orientada a la práctica, presentando el urbanismo como un esfuerzo duradero —aunque intermitente— que se remontaba a la Antigüedad[19]. Los trabajos posteriores a la Segunda Guerra Mundial aportaron nuevas periodizaciones, identificando el siglo XIX como el punto de inflexión en el que surgió una forma de urbanismo distinta y propiamente moderna[20]. Hacia la década de 1970, el auge de la planificación comenzó a asociarse a su institucionalización profesional y académica en torno al cambio del siglo XX. Las etapas previas se consideraron ahora meros avances de diseño urbano, precedentes rudimentarios de la planificación propiamente dicha. Los relatos nacionales «oficiales» de Mel Scott y Gordon E. Cherry para los Estados Unidos y el Reino Unido fueron cruciales para consolidar esta periodización, que posteriormente adoptaron los principales trabajos de historia y teoría de la planificación, incluidas las aportaciones críticas más sustanciales[21]. Al destacar las trayectorias intelectuales y técnicas por encima de los aspectos institucionales, otros investigadores sugieren periodos sensiblemente diferentes. Se centran, por ejemplo, en la proliferación de debates sobre los conflictos urbanos y los primeros modelos de asentamiento alternativos durante la primera mitad del siglo XIX, o en los intentos de sistematizar el crecimiento de las ciudades en las décadas posteriores[22]. Este libro adopta un enfoque diferente, desplazando los orígenes de la planificación en el tiempo y el espacio, y en términos de escala. Atendiendo al modo en que la transformación de las fuerzas materiales y políticas anima las dinámicas de urbanización dentro y fuera de los procesos de aglomeración, sugiero que ubiquemos el surgimiento de una forma primitiva pero consistente de planificación espacial en los *hinterlands* expansivos de la

reestructuración territorial en los albores del capitalismo agrario e industrial. Como veremos, este es el primero de una serie de giros teóricos dirigidos a recalibrar los parámetros tradicionales de la planificación, desafiándolos con escalas de análisis espaciotemporal alternativas y variables.

En lo que se refiere a las motivaciones que impulsan el surgimiento de la planificación, los metarrelatos con un alcance temporal y geográfico amplios —incluidas las obras críticas— suelen presentarla como un intento paliativo de atenuar los conflictos de la urbanización industrial. Esta concepción «reactiva» presenta a la planificación como una «herramienta correctiva», dirigida a restaurar el equilibrio urbano perdido en la ciudad del siglo XIX y principios del XX, y se aplica también a periodos y problemáticas posteriores, como la urbanización informal, el desarrollo económico desigual o la sostenibilidad medioambiental[23]. La caracterización del urbanismo como un mecanismo externo, que sucede en el tiempo a transformaciones espaciales inducidas por cambios económicos más allá de su alcance, refuerza el mantra profesional acerca de la supuesta autonomía y neutralidad técnica de la disciplina. Ausente durante las crisis y dinámicas de transformación social que desgarraron territorios enteros para facilitar la revolución industrial, y ajeno a las fuerzas que desencadenaron el surgimiento y declive de sucesivas etapas de desarrollo capitalista, el urbanismo moderno es presentado a menudo como un conjunto de herramientas benevolentes, creadas para subsanar los aspectos más dramáticos de conflictos demográficos, económicos, políticos y ambientales ya existentes[24]. Por tanto, estos enfoques minimizan su capacidad para inducir proactivamente transformaciones profundas del espacio social y, lo que es más importante, su papel en la propia formación y subsiguiente reestructuración del capitalismo. Este libro defiende que la planificación espacial fue esencial para la puesta en marcha de aspectos fundamentales de las formaciones territoriales y urbanas capitalistas, incluyendo la creación de circuitos nacionales de producción y distribución de recursos y mercancías o el desplazamiento masivo de población hacia las ciudades durante la transición del mercantilismo al capitalismo; la aculturación, pacificación y asimilación de comunidades migrantes en las primeras aglomeraciones industriales; la aparición del consumo y el ocio urbano de masas en la metrópoli fordista, o la mercantilización de lugares, identidades y redes socioterritoriales bajo el neoliberalismo.

Los enfoques tradicionales tienden a utilizar perspectivas funcionalistas que esencializan la planificación urbana en torno a

tareas y objetivos universales. Los relatos dominantes suelen definir el urbanismo como una forma racional de control estatal del proceso urbanizador que media entre las acciones privadas y colectivas en favor del interés público y concilia el dinamismo económico con aspectos sociales, culturales y políticos para hacer que los asentamientos humanos sean más eficientes, saludables y agradables[25]. Los procedimientos específicos para lograr estos objetivos varían, pero suelen incluir el diseño físico-espacial de las ciudades y comunidades urbanas, la coordinación de las actividades humanas en el tiempo y el espacio, la limitación de los derechos de propiedad o la concepción de distribuciones más eficaces de las actividades, los usos del suelo y las infraestructuras[26]. Los enfoques críticos suelen destacar motivaciones parecidas, pero subrayan su sesgo político: el urbanismo legitima el gobierno de la ciudad en beneficio de diversas élites sociales y garantiza la continuidad de la urbanización capitalista reduciendo sus externalidades negativas y sus tendencias de crisis[27].

Las tareas globales del proyecto de la planificación suelen agruparse en dos áreas especializadas: la económica y la social. Los enfoques centrados en la economía subrayan el papel de la planificación en la racionalización de los mercados del suelo, los regímenes de propiedad y las estrategias de inversión, o en la organización de la infraestructura de un territorio como espacio de producción y circulación[28]. Los enfoques centrados en lo social destacan los intentos de la planificación por mantener órdenes sociales cohesionados distribuyendo los grupos de población de forma estratégica, reprimiendo el descontento civil y ofreciendo servicios públicos e instalaciones de uso colectivo que estabilizan la reproducción de las relaciones de clase[29]. A veces se identifica la planificación con intervenciones en una de las esferas o, cuando se tienen en cuenta las dos, se presenta como una secuencia gradual de técnicas y políticas *ad hoc* independientes en cada uno de los campos[30]. Se da por sentada la propia separación de los ámbitos económico y social —o, para ser más precisos, de la producción y la reproducción social— y la correspondiente especialización de los dispositivos urbanísticos. Esto resulta problemático a varios niveles. Como veremos, esta separación y la subsiguiente rearticulación de ambas esferas han sido generadas histórica y espacialmente como una condición previa fundamental en la formación y posterior reestructuración cíclica del capitalismo. Esta ha sido una de las motivaciones decisivas tras la consolidación y la evolución de la planificación.

Nancy Fraser se refiere a este tipo de maniobras como «luchas de frontera», es decir, luchas a través de las cuales distintos actores sociales tratan de demarcar las jerarquías y «límites que separan la "economía" de la "sociedad", la "producción" de la "reproducción"»[31]. Para Fraser, estos choques son intrínsecos a la introducción y reorganización cíclica de las divisiones y jerarquías sistémicas del capitalismo, especialmente la segregación y subordinación de las relaciones de reproducción social como prerrequisitos o «condiciones de fondo» o sustento *(background conditions)* del desarrollo productivo: en otras palabras, como plataforma que permite la expansión y acumulación económicas. Este libro plantea que la urbanización capitalista es simultáneamente un medio y un resultado de estas luchas de frontera, incluyendo, por un lado, los intentos de las élites y el Estado por aislar, reprimir, operacionalizar y mercantilizar las prácticas y los espacios reproductivos y, por otro, los esfuerzos populares por preservar formas de autorreproducción como plataforma para la autonomía colectiva frente a las fuerzas del Estado y el mercado. Esta dialéctica estructural es intrínseca al desarrollo capitalista y constituye un proceso generativo que impulsa la aparición y evolución de la planificación espacial. Las estrategias urbanísticas usan el espacio para introducir y rehacer dislocaciones y jerarquías entre esferas de práctica social que a menudo están entrelazadas funcional y espacialmente en contextos pre y semicapitalistas. En otras palabras, la planificación transforma la vida social a través de este trabajo de frontera en las divisorias internas de sus estructuras. Esta lógica tiene una precedencia sistémica y temporal sobre la mayoría de las tareas tradicionalmente identificadas con el urbanismo y es específica al capitalismo. Desde esta perspectiva arcana pero fundamental podemos considerar la planificación como algo intrínseco no solo al desarrollo de las ciudades en contextos industriales, sino también a la propia aparición y despliegue de las espacialidades capitalistas.

Detengámonos aquí para reflexionar sobre la noción de «reproducción social» y su importancia para entender la planificación en relación con el desarrollo del capitalismo como totalidad sistémica. El concepto de reproducción designa tres niveles distintos pero interrelacionados de práctica social: la reproducción de los sujetos individuales; la reproducción de las estructuras y jerarquías de clase, especialmente la reproducción de estratos populares como clases subalternas, y la reproducción del capitalismo como formación social[32]. Las tradiciones críticas han prestado especial atención a los

procesos de reproducción de la clase trabajadora, que garantizan la renovación diaria e intergeneracional de una mano de obra subordinada pero sumisa, asegurando la continuidad del capitalismo. Estos procesos incluyen las prácticas e instituciones cotidianas, materiales y simbólicas, necesarias para socializar a los individuos y las comunidades de clase trabajadora en determinados papeles, comportamientos, disposiciones y culturas[33]. Esto implica no solo «el suministro de comida, ropa, refugio, seguridad básica y atención sanitaria», sino también «el desarrollo y la transmisión de conocimientos, valores sociales y prácticas culturales y la construcción de identidades individuales y colectivas»[34]. Estas funciones pueden desempeñarlas distintas instituciones —familias, comunidades, Estados, organizaciones benéficas y ONG, mercados, etc.— en una variedad de lugares y escalas que incluye hogares, barrios, ciudades o regiones enteras[35].

La de Nancy Fraser es solo una de las síntesis más recientes y esclarecedoras de una larga tradición de intentos del feminismo marxista por corregir la perspectiva estática de la división entre la «producción» —la fabricación y circulación de mercancías— y la «reproducción social», tanto en el marxismo ortodoxo como en el estructuralista. Durante los años sesenta y setenta, estos últimos recurrieron a la reproducción social y la política estatal en esta esfera para explicar la resistencia del capitalismo en un contexto de crisis continuas en la esfera de la producción[36]. Para las primeras feministas marxistas estos enfoques mantenían un dualismo que naturalizaba la separación analítica y la subordinación de la reproducción a la producción y, por tanto, también la opresión del trabajo reproductivo no asalariado llevado a cabo por las comunidades, las familias y, sobre todo, las mujeres[37]. Desde comienzos de los años ochenta, una nueva ola de teoría de la reproducción social profundizó en la defensa de un enfoque unitario, destacando que «la producción de bienes y servicios y la producción de la vida son parte de un proceso integrado»[38]. Desde este punto de vista, la propia separación de la práctica social en dos esferas segregadas surgió con el capitalismo y es funcional a él[39]. Las geógrafas feministas han analizado a fondo la materialización de este proceso en espacios de producción y reproducción segregados, pero se ha prestado una atención relativamente menor a cómo la planificación articula las luchas por la demarcación de los límites entre ambas esferas[40].

Esta división era un requisito previo para convertir las prácticas reproductivas en una reserva de «formas de abastecimiento, cuidados e interacción» en gran medida no mercantilizadas, no asalariadas o

baratas[41]. Esta situación era, y todavía es, contradictoria. Por un lado, la reproducción constituye una base de prácticas indispensable en la que se apoya la economía formal, pero también procura a los hogares y a las comunidades una autonomía relativa con respecto a ella, un sedimento de regímenes de autorreproducción precedentes. Por otro lado, el impulso expansionista del capitalismo promueve la continua depredación de los recursos reproductivos, desencadenando crisis de reproducción[42]. De este modo, la divisoria entre ambos terrenos de práctica social se va reconfigurando periódicamente y va mutando a lo largo de la historia, adoptando distintas formas en distintas etapas de desarrollo. La creación fundacional de un ámbito de producción mercantil desvinculado del control comunitario y de arreglos de reproducción ancestrales supuso una ruptura original de la imbricación de las dos esferas, que había caracterizado las sociedades preindustriales[43]. El sistema se enfrentaría a dificultades parecidas en episodios posteriores de expansión, crisis y reestructuración económica. La segregación espacial y funcional inicial y las subsiguientes reorganizaciones de estas esferas están marcadas por dinámicas de desposesión y luchas de frontera. Los ámbitos de reserva de la reproducción son reinstrumentalizados continuamente mediante procesos que incorporan formas de expropiación, descolectivización, desempoderamiento, extracción, aculturación, mercantilización y desplazamiento, dando lugar a una pérdida gradual de autonomía para las clases subalternas. Tal como veremos, esta revolución permanente de las prácticas reproductivas ha sido mediada, entre otros mecanismos, por aparatos espaciales específicos que deben ser considerados parte integral de dichas luchas.

La asociación de la política urbana y el urbanismo con la esfera de la reproducción social fue explorada por primera vez a finales de los años sesenta y setenta en la naciente tradición de los estudios urbanos radicales. El enfoque marxista estructuralista de Manuel Castells aportó quizás el análisis más sistemático[44]. En *La cuestión urbana* este autor identificó la ciudad como una unidad espacial y regulatoria en la que la planificación resuelve las externalidades de reproducción social del capitalismo. Según Castells, esto se realiza mediante sistemas estatales de consumo colectivo como la vivienda, los servicios sociales y de ocio, los sistemas de transporte y los espacios públicos. Desde la perspectiva actual, su identificación de la regulación de la reproducción con la escala local y la insistencia en la preeminencia de la iniciativa estatal en este terreno resultan demasiado específicas al contexto histórico del libro, marcado por un (declinante) marco fordista-keynesiano. Marxistas franceses como Henri Lefebvre,

Edmond Préteceille y Alan Lipietz utilizaron un enfoque más sutil que subrayaba la importancia crucial de la urbanización en las luchas reproductivas, sin olvidar su papel como fuerza productiva[45]. Lefebvre, en particular, aportó ideas clave sobre la relación dialéctica entre la producción y la reproducción social, el papel decisivo de la vida cotidiana en el vínculo entre espacio y estrategias reproductivas, las múltiples escalas en las que estas últimas se despliegan y el rol del Estado a la hora de orquestar estos procesos[46]. En el mundo anglófono, autores como David Harvey o Allen J. Scott desarrollaron un entendimiento similar de la complejidad del enfoque dual —es decir, productivo y reproductivo— de los planificadores en su intento de crear unas condiciones de crecimiento urbano y económico equilibrado[47]. No obstante, se centraron sobre todo en la producción del entorno construido y la regulación de los mercados de suelo urbano como momentos fundamentales de la acumulación de capital. Estos enfoques a menudo simplificaban la conexión entre los campos de la producción y la reproducción, presentando los cambios guiados por la planificación en esta última esfera como un puro «alineamiento con los requisitos de un sistema de producción cada vez más exigente»[48].

Desde una perspectiva histórica, y a la luz de las aportaciones del feminismo marxista, esta lectura es demasiado simple. La demarcación de las esferas de práctica social —y su posterior materialización en espacios productivos y reproductivos— no es tan obvia como se suele suponer; de hecho, se rearticula y reorganiza continuamente bajo el capitalismo. Es más, estos procesos no son meros ajustes mecánicos conseguidos mediante técnicas regulatorias neutrales, sino que requieren dinámicas de desposesión dramáticas, a veces violentas. La planificación no funciona como una simple respuesta externa a conflictos en esferas de relaciones socioespaciales independientes y ya consolidadas. Más bien surge como un elemento intrínseco de luchas de frontera que intentan deslindar ambas esferas y convertir la reproducción en un terreno aislado de práctica social. Después evoluciona en torno a las transformaciones de esa divisoria, especialmente en contextos de crisis y reestructuración asociados con los intentos del capital de trascender las formas territoriales que había adoptado en etapas de desarrollo precedentes. Los capítulos de este libro analizan cómo la relación entre estas esferas y las técnicas de planificación que las regulan se ve afectada por la intensificación de las dinámicas de capitalización y mercantilización en contextos de reescalamiento urbano y regional. Podemos afirmar, de hecho, que el impulso expansionista del capitalismo y su tendencia intrínseca a

generar crisis han supuesto un terreno fértil para la formación y el desarrollo del urbanismo, que adopta nuevas estrategias y enfoques en contextos de reestructuración, en parte buscando una rearticulación de las espacialidades globales y locales. La investigación hace especial hincapié en comprender el impacto de las dinámicas geopolíticas y macroeconómicas en diversos modos de reproducción social y en los espacios cotidianos de autonomía popular —y, por lo tanto, de conflicto— asociados a ellos[49]. En coyunturas de crisis, la necesidad de contener y superar este conflicto motiva la destrucción creativa de lugares y prácticas espaciales que posibilitan esas formas de autonomía, y a través de los cuales dicho conflicto se materializa y reproduce en territorios concretos.

El urbanismo contra los comunes

Los comunes son una manifestación privilegiada de dichos espacios de autonomía. Diversas tradiciones han analizado la amplitud e importancia histórica de los sistemas comunales y su relación con las dinámicas reproductivas[50]. La economía institucional se ha centrado en los bienes compartidos —normalmente recursos naturales que no son privados, ni públicos o de titularidad estatal— gestionados a través de organizaciones colectivas formales, prestando especial atención a sus estructuras de gobierno[51]. Los historiadores sociales radicales han estudiado las dimensiones política, social y cultural de los comunes, entendiéndolos no solo como activos materiales, sino también como una base de autonomía que sostenía formas de vida y garantizaba «márgenes de independencia cotidiana» respecto al trabajo asalariado y el mercado[52]. Esta tradición también ha analizado las implicaciones coloniales y de género de los ataques contra los comunes, subrayando su impacto sobre los pueblos indígenas y el papel de las mujeres en la organización de la comunidad[53]. Peter Linebaugh, en particular, reformuló el concepto como verbo —«comunizar»— para destacar la dimensión procesual y dinámica de los espacios comunales y su naturaleza inagotable, emergente y ubicua[54]. En la década de 1990 la idea captó la atención de teóricos críticos y activistas tras la revolución zapatista en Chiapas, en un contexto de luchas campesinas globales y de proliferación de lo que el colectivo Midnight Notes llamó «nuevos cercamientos», es decir, nuevas formas de acumulación originaria y desposesión a escala planetaria[55]. Esta tradición militante y plural ha desarrollado un enfoque más integral, ampliando el alcance de la idea de común para incluir los llamados «comunes globales» y poniendo especial énfasis en

la naturaleza de las prácticas sociales, culturales y afectivas de base colectiva como comunes inmateriales, virtualmente inagotables[56]. Según Michael Hardt y Antonio Negri, «el común [es], en primer lugar, la riqueza común del mundo material —el aire, el agua, los frutos de la tierra y toda la abundancia de la naturaleza— [pero] también y de forma más significativa, los resultados de la producción social que son necesarios para la interacción social y la producción ulterior, como los saberes, los lenguajes, los códigos, la información, los afectos, etcétera»[57]. Pierre Dardot y Christian Laval, por su parte, han subrayado los aspectos organizativos y políticos de los comunes como una «estructura colectiva de poder» basada en actividades compartidas, normas y obligaciones recíprocas que requieren formas institucionales para sobrevivir y prosperar[58].

Algunos de estos autores también han destacado el papel de las aglomeraciones metropolitanas como «factorías para la producción del común», inspirados por la densidad de encuentros y la alteridad intrínseca al fenómeno urbano[59]. Esta idea prolonga una tradición que identifica lo urbano como un campo de multiplicidad, diferencia y socialidad que facilita la cooperación y puede desencadenar la acción revolucionaria. Henri Lefebvre y enfoques neolefebvrianos como los de Andy Merrifield o Mark Purcell aportan ejemplos poderosos de esta línea de reflexión, pero también nos advierten de los aspectos negativos y desintegradores del proceso urbanizador[60]. David Harvey recurre también a Lefebvre para presentar la ciudad misma como un común —el producto de un vasto trabajo colectivo—, pero hace una advertencia similar sobre el carácter dialéctico y esquivo de la urbanización y la necesidad de investigar en profundidad el papel de los comunes en la formación de la ciudad[61]. Los geógrafos y estudiosos críticos en el campo de los estudios urbanos han empezado a enfrentarse a estas implicaciones espaciales; de hecho, el propio Harvey recalca este aspecto en su definición de los comunes como una «relación social maleable entre un grupo social [...] particular y aquellos aspectos de su [...] entorno social y/o físico que se consideran cruciales para su vida y su sustento»[62]. Stavros Stavrides, por su parte, ofrece una perspectiva provocativa, especialmente atenta a las cuestiones de diseño, que enfatiza los aspectos procesuales y transformativos de la producción del espacio común. Para él, el espacio común es «un conjunto de relaciones espaciales» creadas por «prácticas que definen y producen bienes y servicios compartidos», pero también un medio para la proliferación de estrategias de emancipación social[63]. El común se conceptualiza así como un «espacio umbral», un lugar de apertura radical a subjetividades y

futuros colectivos alternativos. Amanda Huron, en su investigación de los comunes urbanos realmente existentes en las cooperativas de vivienda de capital limitado de Washington D. C., proporciona otra aportación reciente y ambiciosa a este debate. Su trabajo etnográfico se apoya en un esfuerzo teórico más amplio por superar las limitaciones de las tradiciones institucionalistas y radicales —o, en sus propios términos, «alterglobalizacionistas»—, utilizando el paradigma de las «economías diversas» para entender la relación dialéctica entre comunización y capitalismo[64]. Huron señala que las tensiones entre ambos y las posibilidades que tienen los proyectos comunales de prosperar en un contexto capitalista son más fáciles de discernir en el ámbito urbano, como territorio por antonomasia de acumulación de capital y vigilancia estatal[65]. Estas intervenciones han ayudado a ampliar nuestra comprensión de los comunes urbanos, pero siguen sin explorarse el papel específico del urbanismo en estas dinámicas o el rol instrumental de la urbanización en los procesos de comunización y desposesión.

Los comunes, por tanto, pueden definirse como espacios y recursos materiales e inmateriales compartidos, así como las instituciones, capacidades organizativas, estructuras de poder y prácticas cotidianas y territorialidades cooperativas implicadas en su producción y mantenimiento. En el nivel más rudimentario, el término designa el trabajo colaborativo que permite a las personas apropiarse del espacio y darle forma colectivamente y de un modo duradero. Los comunes son diversos y polimórficos; combinan dimensiones económicas, sociales, culturales y afectivas. Se sustentan y gestionan de forma independiente —y, a menudo, al margen— del control del mercado y el Estado, y de este modo proporcionan una plataforma para la autonomía en determinadas esferas de práctica social. Los artífices del común son, hasta cierto punto, amos de las condiciones de su propia existencia[66]. Esto no quiere decir que los comunes sean oasis idílicos de espontaneidad pura, caracterizados por una libertad, igualdad y armonía ilimitados. Al contrario, a menudo constituyen espacios en disputa que requieren una negociación permanente, compromisos recíprocos y, a veces, regulación explícita. El fin último de los acuerdos comunales es la autorreproducción de la comunidad: es decir, la conservación de formas de autosubsistencia y autogobierno que garanticen la autonomía colectiva[67]. Están basados en prácticas orientadas al valor de uso que mezclan la producción y la reproducción social, subordinando la primera a la segunda. Esto dificulta la separación y rearticulación de ambas esferas bajo el capitalismo. Los comunes retrasan el crecimiento económico,

obstaculizan las dinámicas de mercantilización, proporcionan cierto grado de independencia popular con respecto a las exigencias de los mercados y la regulación estatal, permiten formas de vida en los márgenes del sistema y fomentan la reticencia a aceptar la imposición de estructuras socioespaciales normativas. En definitiva, constituyen un límite sistémico para el capitalismo, difícil de superar.

La comunización —el proceso de formación de entornos, relaciones e imaginarios comunales— se apoya a menudo en prácticas territoriales, una capacidad para apropiarse y transformar el espacio social a través de distintos tipos de trabajo material y simbólico compartido[68]. Inspirándose en las distintas perspectivas teóricas antes descritas, este libro subraya la dualidad del común como espacio y espacialidad, como lugar y relación social. El común puede designar un territorio o espacio específico o un recurso material compartido ubicado dentro de límites concretos y bien demarcados, como los pastos comunales o las zonas autónomas liberadas. Pero cuando hablamos de los comunes, también nos referimos a sistemas de relaciones socioespaciales que establecen un patrón territorial en las esferas más difusas y variables de las prácticas cotidianas. En este sentido, también examinaremos expresiones menos evidentes, pero aun así fundamentales, como los comunes de la publicidad, la centralidad y la creatividad. En sus múltiples formas, la comunización engendra un mosaico de espacialidades populares y subalternas a diferentes escalas, un tejido variado y diferenciado de encuentros y significados que resultan opacos a la autoridad y superponen su «propia geografía sobre la cartografía del Estado, confundiéndola y anulándola»[69]. Así pues, los intentos por reprimir o eliminar la autonomía popular utilizan estrategias espaciales para desmantelar los comunes. Como veremos, estas formas de desposesión son un aspecto fundamental de la gramática del urbanismo, ya sea buscando capturar un espacio concreto como activo material, o neutralizando las relaciones más amplias que sostienen la vida comunal.

Los recientes análisis sobre el carácter permanente y aún en curso de los procesos de acumulación originaria subrayan que el capitalismo ha dependido desde sus comienzos del saqueo y la destrucción de los comunes para desarrollarse y sobrevivir —una manifestación concreta de su dependencia sistémica de la subsunción de entornos no capitalistas para expandirse—[70]. La «descomunización» capitalista implica no solo la privación de medios materiales de producción y la eliminación de formas de acceso a la tierra y otros recursos basadas en la costumbre, sino también, más ampliamente, la desorganización de regímenes de autorreproducción colectivos y la reorganización de las

comunidades como sujetos heterónomos, erosionando su independencia. Al desplegar estos procesos, el capitalismo entra en un equilibrio precario entre la dinámica de descolectivización y la preservación de las formas del trabajo cooperativo que sostienen a las sociedades y al propio sistema. Estas contradicciones, al igual que las ya comentadas en el terreno de la reproducción, conducen a una constante renovación de los arreglos económico-políticos y regulatorios. Con el tiempo, la urbanización y la planificación también se ven capturadas en esta dramática espiral de crisis y reestructuración, con consecuencias duraderas para la evolución de las ciudades y regiones.

Podemos identificar capas sucesivas o fronteras incrementales de desposesión, que responden o reaccionan a las diversas dimensiones de los comunes en diferentes contextos: la captura de recursos materiales, como la tierra comunal, las materias primas o los sistemas de aprovisionamiento de comida y energía; la desposesión de recursos específicamente relacionales y organizativos, incluyendo habilidades de autogestión colectiva, espacios de encuentro, territorialidades compartidas, experiencias cooperativas y entornos y redes sociales, y la desposesión de recursos simbólicos y comunes culturales, como por ejemplo imaginarios espaciales, identidades, memorias, representaciones y valores inmateriales colectivos. Estas dimensiones están, por supuesto, entrelazadas; los ataques a los comunes en una coyuntura específica suelen combinar los tres aspectos. El cercamiento de las tierras comunales en Inglaterra, por ejemplo, también implicaba la desaparición de las instituciones, los arreglos generacionales y de género, las formas de socialización cotidiana y el folclore relacionado con su gobierno y sus lugares. Sin embargo, la distinción analítica de las dimensiones anteriormente mencionadas ayuda a aclarar las prioridades cambiantes del capitalismo y la correspondiente transformación de sus estrategias de desposesión. En diversas etapas de desarrollo, hay aspectos específicos de los comunes que se convierten en objetivos cruciales por su estrecha relación con las nuevas fronteras de la acumulación y regulación social. De hecho, la captura y destrucción de distintas modalidades de comunización puede verse como un imperativo sistémico que impulsa la transición entre sucesivos regímenes de acumulación y enfoques de planificación. Existe, en otras palabras, una sutil conexión entre la apertura de nuevas fronteras históricas de descomunización, la transformación de regímenes económico-políticos y la evolución del urbanismo. Los cambios en el énfasis de la desposesión de una dimensión de los comunes a otra pueden asociarse *grosso modo* a procesos más amplios

de reestructuración económica y al desarrollo de nuevas estrategias espaciales regulatorias que condicionan y reorientan la trayectoria general de la urbanización capitalista. Por supuesto, si nos referimos a contextos específicos, esta evolución no sigue un sentido lineal; de hecho, esta aparece marcada por continuos altibajos y disputas, y combina distintos aspectos de descolectivización y técnicas de desposesión heterogéneas. Sin embargo, el efecto global de estos procesos históricos de urbanización es evidente. Los espacios de autonomía están perdiendo terreno gradualmente frente a los espacios de desposesión, incluso si los primeros son renovados permanentemente como resultado de la necesidad que las denominadas «poblaciones excedentes» tienen de garantizar ámbitos de autorreproducción en un contexto de continuo desplazamiento, explotación y empobrecimiento.

La descomunización puede perseguirse a través de distintos procedimientos, incluyendo enfoques reactivos o proactivos, represivos o liberales, y por medio de mecanismos que van desde formas crudas de expulsión y exclusión hasta otras estrategias menos evidentes de desempoderamiento, regímenes policiales o reformas benevolentes. Los mecanismos más explícitos de desposesión y desplazamiento suelen ser propios de procesos de redistribución de recursos materiales y población en regímenes no democráticos. Pero la resistencia y las luchas que generan estos procedimientos, la evolución hacia políticas menos antidemocráticas o la propia complejidad de los comunes estimulan a menudo el desarrollo de enfoques más sutiles. A veces, de hecho, la descomunización solo es posible contando con la participación activa de los propios usuarios del común, es decir, a través de estrategias de cooptación que transforman las subjetividades colectivas y subsumen los espacios cooperativos[71]. Este es el motivo por el que en regímenes orientados a la reforma y en los estados del bienestar la desposesión adopta formas más flexibles, compensatorias e incluso seductoras, ofreciendo una mejora sustancial de las condiciones ambientales y de alojamiento a cambio de un incremento del control social y de procesos de descolectivización, desempoderamiento, aculturación y mercantilización. Este régimen particular, sin duda importante pero circunscrito a coyunturas y contextos muy específicos, ha acaparado la atención de las ideologías de planificación dominantes, identificándolo con el surgimiento y apogeo de la disciplina urbanística entre el último tercio del siglo XIX y la posguerra de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, como veremos, esto es solo parte de la historia.

Una genealogía del urbanismo alternativa

En sus tesis sobre filosofía de la historia, Walter Benjamin señala que el encuentro fértil entre el pasado y el presente se da en fogonazos repentinos, cuando nos «adueñamos [de aquel] en un momento de peligro»[72]. Este libro analiza experiencias en las que distintas formaciones comunales se ven amenazadas por dinámicas más amplias de reestructuración, incluidos procesos de reescalamiento económico, el surgimiento de nuevas hegemonías sociales, el despliegue de transformaciones regulatorias generalizadas y la reorganización del nexo entre las esferas de la producción y la reproducción. Los estudios de caso que componen el bloque central de la investigación se enmarcan en un argumento metahistórico más amplio. Tal como se ha adelantado en la sección anterior, se han seleccionado los casos para cubrir etapas de transición clave en la evolución del capitalismo, relacionadas con la formación de nuevos regímenes de acumulación y regulación: la intensificación de la acumulación primitiva y de los procesos de reestructuración de la propiedad y el territorio guiados por el Estado en el paso del mercantilismo al capitalismo competitivo entre los siglos XVIII y XIX; el ascenso de la reforma urbana y la provisión de servicios y equipamientos públicos en los albores del denominado «capitalismo organizado», en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX; la consolidación de estrategias metropolitanas integrales y el despliegue de esquemas de segregación funcional y social durante el ascenso de las primeras formas de Estado del bienestar en la era de entreguerras, y las luchas por la valorización y regeneración urbana en la transición más allá del fordismo, a partir de la década de 1970[73].

Los capítulos también muestran la conexión de estos cambios con el desarrollo general del sistema-mundo capitalista. Los procesos que se analizan guardan una relación sutil con la renovación histórica de los ciclos sistémicos de acumulación y la consolidación del núcleo central del capitalismo mediante la subsunción, reorganización y reescalamiento de periferias sociales y geográficas internas y cercanas, tal como se han examinado en la tradición de la *world-systems theory*[74]. En su ascenso al protagonismo internacional, las potencias y poderes aspirantes de la economía-mundo ejercen una gran presión sobre el tejido social de sus propias ciudades y regiones, especialmente en las comunidades y espacios de la clase trabajadora. Este impulso geopolítico a gran escala promueve nuevos ajustes y «arreglos» espaciales y las correspondientes oleadas de desposesión y descolectivización que, finalmente, impactan en las vidas de las poblaciones vulnerables y marginadas en la escala inferior de las

prácticas cotidianas[75]. En ese contexto, las inercias de las estructuras espaciales y de reproducción social existentes se convierten en una traba para la integración total de áreas estratégicas en proyectos de desarrollo más amplias. Los comunes son especialmente problemáticos en este sentido; como entornos recalcitrantes y resistentes por antonomasia, requieren esfuerzos regulatorios especiales para ser atrapados, desmantelados y reorganizados.

Las metodologías convencionales en los estudios urbanísticos tienden a centrarse en el papel de las políticas espaciales y los modelos de diseño en la promoción de nuevos patrones urbanos o la evolución de esquemas morfológicos, y periodizan sus relatos de acuerdo con ello. Para superar este enfoque, los casos de este libro han sido seleccionados para mostrar la capacidad de la planificación espacial para captar, fomentar o inhibir formas cooperativas de interacción social. El relato histórico —los capítulos 1 a 4— analiza cuatro de estos intentos cruciales de utilizar el espacio para destruir los comunes. Los capítulos analizan expresiones heterogéneas de comunización y planificación, examinando cómo los espacios comunales conectados a nuevas fronteras de acumulación se convierten en blanco de estrategias que intentan rearticular la divisoria entre prácticas productivas y reproductivas, y cómo estos esfuerzos estimulan la innovación en los enfoques urbanísticos. La trayectoria va desde el foco en las luchas por comunes materiales, como la tierra y los recursos de aprovisionamiento de comida, a comunes organizativos, como los regímenes de espacio público, las formas de orden comunitario y la centralidad, o los propios motores de la comunización, como la creatividad y las identidades colectivas, las habilidades de autovalorización y las tácticas de apropiación del espacio. Cada una de estas etapas presenta la emergencia de nuevas formaciones de reproducción social, pasando por la separación germinal de la producción y la reproducción como esferas de prácticas segregadas funcional y espacialmente en las primeras fases del capitalismo agrario e industrial, la contención de las espacialidades informales y las formas conflictivas de reproducción de la clase trabajadora en la ciudad industrial, el desarrollo de lugares especializados de reproducción de clase y geografías sociales y funcionales más sistemáticas y excluyentes en los nacientes urbanismos del bienestar y la resignificación estratégica de la autonomía y la identidad colectiva como vectores de reestructuración urbana y cambio productivo en los regímenes postfordistas.

Las dinámicas estudiadas en cada capítulo también pueden encontrarse en otros contextos y periodos, pero las experiencias

seleccionadas resultan especialmente útiles para dilucidar la importancia crucial de determinadas problemáticas en etapas históricas de transición en las que el cambio hacia nuevos mundos urbanos y nuevos paradigmas urbanísticos es más obvio: el acceso a la tierra y a otros recursos materiales y la remodelación de las jerarquías campo-ciudad en el ascenso del capitalismo agrario; la orquestación de los comportamientos públicos y el orden comunitario en las florecientes ciudades industriales; la configuración de jerarquías sociales y estructuras y atmósferas urbanas en las primeras metrópolis fordistas, y el control sobre la obsolescencia urbana, la valorización espacial y las identidades territoriales en un contexto de reestructuración neoliberal. El argumento histórico se centra en la construcción del núcleo capitalista, por lo que la muestra de casos está restringida a ciudades y regiones occidentales. Los espacios que se analizan en los capítulos históricos del libro —los *hinterlands* de Inglaterra y ciertas áreas de Nueva York, Chicago, Berlín y Milán— constituían fronteras internas o periferias cercanas del capitalismo durante su emergencia, expansión y transformación a través de Europa y Norteamérica y, por tanto, se convirtieron en lugares clave de experimentación urbana, económica y regulatoria en sus respectivos periodos temporales. Por supuesto, la violencia espacial y la desposesión también desempeñaron —y todavía desempeñan— un papel destacado en la conformación de periferias lejanas o territorios coloniales que fueron decisivos para la consolidación y el desarrollo del capitalismo[76]. Sin embargo, al centrarse en la transformación y absorción de periferias interiores pre-o semicapitalistas, el libro sugiere que los espacios sociales de la metrópoli también han exigido un enorme esfuerzo de «colonización interna» —o, por citar a uno de los protagonistas de nuestro relato, «doméstica»— para ser integrados en el núcleo del sistema[77]. De este modo, los casos seleccionados delinean una genealogía heterodoxa de la planificación que combina experiencias ausentes en las narrativas dominantes con episodios más conocidos, analizados aquí bajo una luz diferente para iluminar raíces y trayectorias alternativas. Las experiencias son premeditadamente heterogéneas en su escala espacial y temporal, en su alcance, su contexto político y su éxito, mostrando la presencia constante pero desigual de estrategias de descomunización en la historia del urbanismo.

El recorrido histórico empieza rastreando las raíces de la planificación en los *hinterlands* del siglo XVIII y los procesos de reestructuración territorial y agraria que facilitaron la revolución industrial en Inglaterra. Partiendo de la hipótesis de un origen agrario

del capitalismo y el debate reciente sobre la reestructuración de *hinterlands* como una forma de «urbanización extendida», el primer capítulo estudia el cercamiento parlamentario *(parliamentary enclosure)* de *tierras comunales* y la eliminación de *derechos comunales* en la transición al capitalismo. Desde fines del siglo XVII, las élites comerciales y terratenientes de Inglaterra lucharon por crear un mercado agrario nacional más cohesionado, extender los derechos exclusivos de propiedad privada e incrementar la productividad de la mano de obra y la tierra para maximizar el rendimiento agrícola y manufacturero y sustituir a Holanda como potencia comercial. Los ancestrales sistemas agrícolas predominantes en el medio rural y las economías improvisadas y las culturas campesinas asociadas a ellos se interponían en su camino. Los pequeños terratenientes y los jornaleros sin propiedades utilizaban la tierra y los derechos comunales para evitar una proletarización total, salvaguardando esferas de autonomía relativa respecto a los mercados laborales y de bienes mediante prácticas domésticas y comunitarias que mezclaban la producción y la reproducción. Sin embargo, para un nuevo bloque de propietarios de suelo y promotores de la «mejora agraria» *(improvement)* —una encarnación temprana del planificador moderno—, estos arreglos suponían un obstáculo al desarrollo nacional. Se trataba, según ellos, de esquemas productivos obsoletos, que inhibían la generalización del trabajo asalariado, promoviendo la pereza y la conflictividad social. Para acabar con esta situación había que romper los lazos que ataban a los estratos más bajos de la población a la tierra. El cercamiento parlamentario —la división y privatización de la tierra comunal y la eliminación de los derechos comunales mediante leyes parlamentarias — tuvo un efecto irreversible para los pobres, para los pequeños campesinos y, especialmente, para agentes fundamentales en las economías basadas en los comunes como las mujeres y, en menor medida, los niños.

El argumento en este capítulo plantea un importante correctivo a las epistemologías de la planificación dominantes, subrayando la necesidad de prestar atención a diversas modalidades y geografías de urbanización más allá de los espacios de aglomeración. Aunque hay varios autores en el canon de la historia del urbanismo que mencionan brevemente los cercamientos como parte de la reforma agraria que precedió y facilitó la revolución industrial, estos últimos nunca han sido considerados como una forma de planificación[78]. No obstante, el cercamiento parlamentario, tal como se practicó en los siglos XVIII y XIX, anticipó aspectos de mecanismos regulatorios posteriores, incluida la racionalización del uso de la tierra y los regímenes de propiedad, la

incorporación de un procedimiento de consulta pública regulado, la sistematización de la gestión y la implementación de las intervenciones espaciales, el uso de material cartográfico estandarizado o, lo que es más importante para lo que aquí nos ocupa, el uso estratégico de medios espaciales para producir determinados efectos en el tejido social. La planificación surgió como un elemento de las primeras luchas por liberar la economía rural del control colectivo y las necesidades locales de reproducción social, y ayudó a subordinar el campo a los imperativos del comercio y el trabajo urbano. El cercamiento y las consiguientes formas de desplazamiento no eran solo una condición previa para la emigración y la subsiguiente aglomeración en las ciudades, sino también una forma de convertir un enorme *hinterland* territorial en un espacio operativo para la expansión urbana. En otras palabras, eran una forma de urbanización del campo[79].

Como veremos, este proceso desencadenó distintos repertorios de resistencia, desde el rechazo cotidiano de los nuevos arreglos de propiedad hasta ataques violentos contra los promotores del cercamiento. Desde finales del siglo XVIII en adelante, sin embargo, los reformadores burgueses sustituyeron a los desposeídos en la denuncia del cercamiento, proponiendo esquemas para proteger los comunes urbanos e implementar medidas compensatorias en el ámbito rural. Entre tanto, una nueva generación de promotores de la «mejora agraria» hizo campaña para intensificar la «colonización doméstica», defendiendo el cercamiento de tierras baldías periurbanas y lejanas a los centros urbanos para emplear a la amenazante masa de pobres sin trabajo que se estaba acumulando en las ciudades. Aunque fueron ignoradas en su mayoría, estas propuestas anticiparon ciertos aspectos de los enfoques urbanísticos de mediados y finales del siglo XIX, incluidos los movimientos para la creación de parques y ciudades-jardín.

Los capítulos segundo y tercero son más cercanos al canon tradicional de la historia del urbanismo. En ellos se traza la aparición de *comunes relacionales* en las emergentes ciudades y metrópolis industriales y el subsiguiente ascenso de una política espacial de la comunidad, una forma de poder más benevolente que mezclaba elementos de disciplina con un nuevo espíritu de reforma. El primer capítulo trataba de un caso evidente de desposesión por medio de mecanismos de privatización. Los capítulos siguientes muestran cómo los regímenes de publicidad y centralidad promovidos por el Estado también pueden movilizarse para erosionar los comunes. En estas experiencias, la descomunización aparece como un intento de

neutralizar y remodelar las espacialidades populares, sustituyendo la organización comunal y las formas de sociabilidad subalterna con prácticas y comportamientos heterónomos, monitorizados. En ambos capítulos, la mejora de las condiciones ambientales y de vivienda va de la mano de formas de aculturación, desempoderamiento, desplazamiento y, en definitiva, corrosión de la convivialidad en los barrios de clase trabajadora.

El capítulo segundo estudia el esfuerzo por domar los *comunes de la publicidad* en los *slums* de Nueva York y Chicago entre la década de 1850 y la llamada «Era Progresista». Durante este periodo se concibió una nueva visión de la urbanidad pública para reemplazar las formas realmente existentes de socialización popular. El análisis empieza describiendo las crisis de reproducción que golpearon a estas ciudades en su camino hacia el liderazgo nacional a medida que los Estados Unidos empezaron a desafiar la hegemonía comercial de Gran Bretaña en el Atlántico. En este contexto, las comunidades de migrantes étnicos y racializados —en su mayoría llegados de entornos rurales y pobres de Estados Unidos y el extranjero— intentaron recrear las culturas y prácticas de sus lugares de procedencia en un entorno nuevo y hostil. En ese proceso, reinventaron las calles y los espacios colectivos como comunes tácticos para sustentar las economías domésticas. De este modo, desarrollaron redes comunitarias con una capacidad creciente para regular la vida en el *slum* y conectar las luchas en el barrio y el lugar de trabajo. Las mujeres, los niños y distintos estratos de la clase trabajadora masculina eran los protagonistas de estos espacios híbridos, que mezclaban prácticas rurales y urbanas, desdibujaban la separación entre lo privado y lo público y, con frecuencia, explotaban en huelgas y disturbios violentos.

La élite y ciertos segmentos de la ascendente clase media veían esta abyecta república de las calles como una amenaza al orden social y el decoro. El capítulo analiza los primeros equipamientos colectivos ideados para pacificarla. Los parques, las *settlement houses* (centros de barrio), los *playgrounds* (patios de juego), las instalaciones deportivas y los centros comunitarios funcionarían como sustitutos de los comunes, una infraestructura pedagógica concebida para moralizar el proceso urbanizador. Estos servicios eran en parte una respuesta a demandas populares, pero para poder disfrutarlos las clases trabajadoras debían abandonar sus prácticas de comunización cotidiana, consideradas peligrosas, primitivas e impropias de un entorno urbano. Se implementaron en varias oleadas, normalmente desencadenadas por crisis locales. La resistencia a adoptar los

comportamientos prescritos en los nuevos espacios era frecuente, y muchos de estos intentos tuvieron un éxito moderado en su objetivo inmediato de erradicar los comunes de las calles. No obstante, a largo plazo tuvieron una influencia clave en la consolidación de una idea específica de lo que debe ser una ciudad y su espacio público y en la normalización de estándares de conducta urbana de clase media y alta que estigmatizaban las prácticas comunales populares.

La experiencia en Nueva York y Chicago muestra la innovación gradual y reactiva típica de los primeros pasos de la reforma urbana. El capítulo tercero nos traslada al Berlín de la República de Weimar para explorar cómo una forma más ambiciosa, integral y proactiva de planificación puso el punto de mira sobre los *comunes de la centralidad,* mezclando programas de renovación urbana, equipamientos y vivienda en un intento de reorganizar la estructura metropolitana. Después de la guerra mundial y la revolución, una alianza económica y social emergente lanzó un esfuerzo conjunto para convertir Berlín en una *Weltstadt,* una ciudad mundial. Había que recuperar el terreno perdido durante la crisis de posguerra y restablecer los lazos con las redes comerciales, culturales y turísticas internacionales. Se decía que la competitividad nacional y la credibilidad de la industria alemana dependían de la recuperación de la capital. Este objetivo, sin embargo, chocaba con la presencia persistente de entornos proletarios rebeldes en las periferias históricas y de focos de pobreza recalcitrante en el corazón de la ciudad. El control cotidiano de grandes áreas de la ciudad y el desarrollo de plataformas cooperativas en la esfera de la reproducción permitieron a las clases trabajadoras que poblaban estos enclaves imponer sus costumbres y su voluntad política, dificultando el proceso de reestructuración industrial y urbana. Un bloque emergente de promotores, arquitectos y políticos —incluidos los socialdemócratas, entonces en el poder— consideraba que estas comunidades y sus territorialidades eran inapropiadas para una metrópoli moderna.

Para reorganizar las jerarquías metropolitanas y erosionar la centralidad popular se combinaron dos estrategias. En primer lugar, el ayuntamiento emuló los ambientes suburbanos de los extrarradios de clase media-alta en nuevos enclaves periféricos para los escalafones más altos de la clase trabajadora, depurados de la desordenada intensidad de los distritos populares y gestionados para inhibir las formas de asociación autónoma. En segundo lugar, el núcleo histórico se convirtió en objetivo de proyectos de renovación urbana para eliminar poblaciones no deseadas, intensificar las tendencias existentes de terciarización y proyectar una imagen de

cosmopolitismo. Estas dos líneas de desarrollo estimularon la dilución de las subjetividades comunales existentes en las formas emergentes de una cultura de masas, desclasada, orientada al consumo y el ocio individual y familiar. *Das neue Berlin* fue, en todo caso, una apuesta interrumpida. La crisis después de 1929 reforzó el lado más visceral de las identidades de barrio a medida que las comunidades populares luchaban por asegurar el control de su territorio. El proyecto social-liberal para crear una ciudad de clases medias quedó hecho añicos, primero por la recesión y después por el nacionalsocialismo. Sin embargo, una serie de elementos se convirtieron en referentes duraderos con una influencia crucial en desarrollos posteriores tras la Segunda Guerra Mundial: la racionalización de la centralidad, la visión binaria de una metrópoli dividida en centros de negocios frenéticos y áreas de suburbanidad sedada, la ideología de una vida urbana despolitizada desplegada por los arquitectos modernos en su alianza con las artes visuales y los medios, entre otros.

El cuarto capítulo nos acerca a la condición urbana contemporánea para explorar las luchas por los *comunes de la creatividad.* Comienza con la explosión del malestar social en Italia entre el llamado «milagro económico» de finales de la década de 1950 y la crisis de los años setenta, cuando el país —sobre todo el norte— se unió a las regiones manufactureras más destacadas a nivel mundial y luego cayó en recesión. Durante este periodo, los grandes centros industriales experimentaron unos cambios sin precedentes con un influjo masivo de migrantes del sur, la transformación de las formas de producción, la proliferación de periferias residenciales alienantes y la intensificación de los conflictos por la vivienda en las áreas centrales de las ciudades. «Autonomía» —un movimiento heterogéneo de trabajadores industriales e intelectuales precarios, feministas, estudiantes y jóvenes desempleados— surgió en este contexto como un intento de recuperar un control de base directo sobre los barrios en declive, las fábricas y la vida cotidiana. Reaccionando a la reestructuración económica, la austeridad y la desintegración de clase en la transición a un nuevo mundo industrial, los grupos autonomistas desarrollaron una conciencia plena del potencial de la creatividad colectiva, los procesos de autovalorización y la apropiación espacial para transformar la vida urbana.

Este capítulo desafía a las ideologías recientes que enmarcan la creatividad como nueva «industria» urbana y agencia económica fundamental en el urbanismo del siglo XXI. La creatividad de Autonomía fue un imaginario comunal *en contra* del industrialismo que movilizó una «alegría reflexiva» para convertir la urbanización en

una fuente infinita de valores de uso, autocuidado comunitario y disfrute colectivo[80]. Sin embargo, desde la década de 1980 se ha reimaginado la creatividad como un nicho de mercado más, en un contexto de agotamiento de las formas tradicionales de acumulación y una creciente polarización social. La segunda mitad de este capítulo utiliza el caso de Milán —la experiencia de neoliberalización urbana más destacada de Italia— con el fin de examinar cómo se ha transformado el urbanismo para abrazar el paradigma de la ciudad creativa.

El análisis se centra en la desorganización de los lazos tradicionales de los estratos de clase trabajadora con su territorio y, especialmente, en la cooptación de sujetos, espacialidades y recursos utilizados por Autonomía para hacer frente a la crisis del fordismo-keynesianismo, tales como la creatividad, la diferencia, el conocimiento, la comunicación, la participación, las redes sociales y las capacidades de apropiación colectiva y autogestión del espacio. Un movimiento doble de estigmatización y regeneración convirtió parte del espíritu latente de los años setenta en un motor del renacimiento económico urbano a la vez que reprimía los rastros de antagonismo radical. Con este caso, el proceso de descomunización parece completo. Los comunes urbanos se convierten en un nicho de acumulación. El potencial para la reproducción antagonista no es simplemente destruido o reemplazado con arreglos alternativos, como en etapas anteriores. La propia materia de la reproducción colectiva es ahora resignificada y elevada a una condición productiva por medio de una alquimia perversa.

Pero, por supuesto, este no es el fin de la historia. Los comunes siempre se reabren, y el relato vuelve a empezar con cada episodio de resistencia, con cada intento de reconstruir espacios de autonomía colectiva. La mutación del urbanismo para absorber las prácticas espaciales de base es solo la última expresión de su naturaleza contradictoria como producto de luchas por la reproducción, la comunización y la desposesión. La conclusión del libro se mueve a un enfoque más especulativo para explorar la posibilidad de revertir esta dialéctica y el propio proyecto de la planificación mediante una apropiación masiva del potencial emancipatorio latente en el proceso de urbanización. Así pues, en lugar de limitarnos a resumir los aspectos principales de los capítulos precedentes, la conclusión nos lanza al futuro, sintetizando sus implicaciones para la práctica urbanística y el activismo urbano contemporáneos. Abandonando el foco occidental del relato histórico, la conclusión mapea cómo las actuales tendencias de urbanización planetaria amplifican y remodelan los procesos del pasado a una escala más amplia a medida

que los comunes globales son subsumidos por la lógica capitalista y florecen nuevas formas de insurgencia urbana en el llamado «mundo mayoritario». Por último, el libro reflexiona sobre la posible reimaginación y movilización del urbanismo para construir una urbanización basada en los comunes. ¿Deberían las alianzas urbanas radicales prescindir de instrumentos, esquemas, mecanismos e ideologías marcados de manera indeleble por una memoria de desposesión, o pueden ser reutilizados como herramientas progresistas? ¿Es posible conciliar la idea de la planificación con la reaparición permanente de los comunes como un recurso popular fundamental de nuestro mundo urbano? ¿Pueden movilizarse los potenciales urbanísticos para promover la autonomía colectiva y apoyar la transición hacia formas de urbanización más democráticas, igualitarias y emancipatorias? En otras palabras, ¿podemos imaginar un proyecto urbanístico genuinamente «comunalista», que ponga la lógica del común y la autorreproducción en el centro de sus procedimientos? ¿Qué forma debería adoptar? ¿Y quién reunirá la fuerza colectiva y los recursos organizativos necesarios para llevar a cabo esta nueva revolución urbana?

---

1 Para una concepción similar de las ideas de «proyecto» y «estrategia» como resultados históricamente específicos, variables pero coherentes de una praxis individual y colectiva inscrita en estructuras sociales más amplias, véanse Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique* (París: Gallimard, 1960), 1: 63-72 [*Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada, 2004)]; Pierre Bourdieu y Pierre Lamaison, «De la règle aux stratégies: Entretien avec P. Bourdieu», *Terrain* 4 (1985): 93-100; Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left* (Londres: Verso, 1988), 161-173 [*El largo camino a la renovación: el Thatcherismo y la crisis de la izquierda* (Madrid: Lengua de Trapo, 2018)].

2 Patsy Healey, *Making Better Places: The Planning Project in the Twenty-first Century* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010).

3 David Harvey, «On Planning the Ideology of Planning», en *The Urbanization of Capital* (Oxford: Blackwell, 1985), 165-185.

4 Esto es lo que el politólogo Mario Tronti llamó el «plan del capital». Véase Mario Tronti, *Operai e capitale* (1966; repr., Roma: DeriveApprodi, 2006), 53, 58 [*Obreros y capital* (Madrid: Akal, 2001)]. Aunque la idea de Tronti inspira parte de mi enfoque, no utilizaré su expresión para evitar que se confunda con el concepto de «planificación». A lo largo de este libro, la idea de lo «subalterno» se utiliza en el sentido que apuntó originalmente Antonio Gramsci para designar formaciones heterogéneas de las clases trabajadoras y populares, desposeídas y subordinadas, pero potencialmente revolucionarias. Véase un análisis de las conexiones y las diferencias con los enfoques de la tradición de los estudios subalternos en Peter D. Thomas, «Refiguring the Subaltern», *Political Theory* 46 (2018): 861-884.

5 David Harvey, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography* (Londres: Routledge,

2001), 247, 332-333 [*Espacios del capital: hacia una geografía crítica* (Madrid: Akal, 2007)]. A pesar de centrarse en los aspectos de la producción y la circulación, Harvey advirtió acerca de la necesidad de tomar la reproducción como punto de partida alternativo para analizar la urbanización capitalista; véase *The Limits to Capital* (Oxford: Basil Blackwell, 1982), 447 [*Los límites del capitalismo y la teoría marxista* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990)].

6 Nancy Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review* 86 (2014): 55-72 [«Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo, *New Left Review* 86 (2014): 57-76].

7 Véase un análisis del papel de las inercias espaciales en el cambio social en Robert A. Dodgshon, *Society in Time and Space: A Geographical Perspective on Change* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

8 Michael Hardt y Antonio Negri, *Commonwealth* (Cambridge, MA.: Belknap, 2009), 154 [*Commonwealth: el proyecto de una revolución del común* (Madrid: Akal, 2011)].

9 Sobre la idea de la acumulación «primitiva» u «originaria», véase Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation* (Durham, NC: Duke University Press, 2000). Sobre la idea del reescalado o reescalamiento, véase Neil Brenner, *New Urban Spaces: Urban Theory and the Scale Question* (Oxford: Oxford University Press, 2019).

10 Véanse Ildefonso Cerdá, *Teoría general de la urbanización* (Madrid: Imprenta Española, 1867); Camillo Sitte, *Der Städtebau nach seinen künstlerischen Grundsätzen* (Viena: Graeser, 1889); Joseph Stübben, *Der Städtebau* (1890; repr., Stuttgart: Kröner, 1907); H. Inigo Triggs, *Town Planning, Past, Present, and Possible* (Londres: Methuen, 1909); Raymond Unwin, *Town Planning in Practice: An Introduction to the Art of Designing Cities and Suburbs* (Londres: T. F. Unwin, 1909) [*La práctica del urbanismo: una introducción del arte de proyectar ciudades y barrios* (Barcelona: Gustavo Gili, 1984)], y Patrick Abercrombie, *Town and Country Planning* (Londres: Butterworth, 1933) [*Planeamiento de la ciudad y del campo* (Madrid: Espasa-Calpe, 1936)].

11 Véanse por ejemplo Peter Hall y Mark Tewdwr-Jones, *Urban and Regional Planning*, 6.ª ed. (Londres: Routledge, 2020); Susan Fainstein y James DeFilippis, «Introduction: The Structure and Debates of Planning Theory», en *Readings in Planning Theory,* 4.ª ed., ed. Susan Fainstein y James DeFilippis (Chichester, RU: Wiley-Blackwell, 2016), 1-18.

12 Robert Freestone, «Learning from Planning's Histories», en *Urban Planning in a Changing World: The Twentieth Century Experience,* ed. Robert Freestone (Londres: E. & F. N. Spon, 2000), 1-19, 1-4. Carola Hein (ed.), *The Routledge Handbook of Planning History* (Londres: Routledge, 2018), es el intento más ambicioso, rico y reciente de trazar la evolución de la historia del urbanismo como campo intelectual. Véanse también Mary Corbin Sies y Christopher Silver, «Introduction: The History of Planning History», en *Planning the Twentieth-Century American City,* ed. Mary Corbin Sies y Christopher Silver (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1996), 1-34, y Stephen V. Ward, Robert Freestone y Christopher Silver, «The "New" Planning History: Reflections, Issues and Directions», *Town Planning Review* 82 (2011): 231-261.

13 Para un enfoque crítico, véanse Leonie Sandercock (ed.), *Making the Invisible*

Visible: A Multicultural Planning History (Berkeley: University of California Press, 1998); Oren Yiftachel, «Planning and Social Control: Exploring the Dark Side», *Journal of Planning Literature* 12 (1998): 395-406, y Margo Huxley, «Problematizing Planning: Critical and Effective Genealogies», en *The Ashgate Research Companion to Planning Theory: Conceptual Challenges for Spatial Planning,* ed. Jean Hillier y Patsy Healey (Farnham, RU: Ashgate, 2010), 135-157. Véanse también los enfoques clásicos alternativos de Christine Boyer, *Dreaming the Rational City: The Myth of American City Planning* (Cambridge, MA: MIT Press, 1983), y Richard E. Foglesong, *Planning the Capitalist City: The Colonial Era to the 1920s* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1986). Puede encontrarse una discusión de las limitaciones y posibilidades teóricas de la investigación histórica en Nancy H. Kwak, «Interdisciplinarity in Planning History», en Hein, *Routledge Handbook,* 25-34, 27, y, en el mismo volumen, André Sorensen, «Planning History and Theory Institutions, Comparison, and Temporal Processes», 35-45, y Tom Avermaete, «Death of the Author, Center, and Meta-theory: Emerging Planning Histories and Expanding Methods of the Early 21st Century», 478-486. Por razones de espacio, esta sección se centra solo en obras con enfoque panorámico en la historia del urbanismo y en trabajos clave de teoría del urbanismo que integran perspectivas históricas en sus argumentos.

14 Véase una crítica de estos enfoques en Leonie Sandercock, «Introduction: Framing Insurgent Historiographies for Planning», en *Making the Invisible Visible,* 1-36, y *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities* (Chichester, RU: Wiley, 1998).

15 Curiosamente, algunas de las excepciones más incisivas provienen de campos adyacentes y emplean concepciones del urbanismo más amplias: véanse por ejemplo Elizabeth Wilson, *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder, and Women* (Londres: Virago, 1991), o James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (New Haven, CT: Yale University Press, 1998) [*Lo que ve el Estado* (México: Fondo de Cultura Económica, 2022)]. Con un enfoque político diferente, pero centrado en la interrelación de la dinámica social y el entorno construido, véase Mark Girouard, *Cities and People: A Social and Architectural History* (New Haven, CT: Yale University Press, 1985).

16 Corbin Sies y Silver, «Introduction», 9-15.

17 Sandercock, *Making the Invisible Visible;* June Manning Thomas, «Planning History and the Black Urban Experience: Linkages and Contemporary Implications», *Journal of Planning Education and Research* 14 (1994): 1-11; Michael Frisch, «Planning as a Heterosexist Project», *Journal of Planning Education and Research* 21 (2002): 254-266; John F. Bauman, «Race, Class, Gender, and Sexuality in Planning History: A Look at Trends in the Literature», *Journal of Planning History* 1 (2002): 225-229. Véase un análisis marxista feminista pero abierto a los enfoques interseccionales en Cinzia Arruzza, «Functionalist, Determinist, Reductionist: Social Reproduction Feminism and Its Critics», *Science and Society* 80 (2016): 9-30, y David McNally, «Intersections and Dialectics: Critical Reconstructions in Social Reproduction Theory», en *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression,* ed. Tithi Bhattacharya (Londres: Pluto, 2017), 94-111.

18 Yiftachel, «Planning and Social Control»; Sandercock, «Introduction», 7-13.

19 Véanse Triggs, *Town Planning;* Pierre Lavedan, *Histoire de l'urbanisme: antiquité et moyen âge* (París: H. Laurens, 1926); Marcel Poëte, *Introduction à l'Urbanisme* (París: Boivin, 1929) [*Introducción al urbanismo: la evolución de las ciudades* (Barcelona:

Fundación Caja de Arquitectos, 2011)]; Lewis Mumford, *The Culture of Cities* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1938) [*La cultura de las ciudades* (Logroño: Pepitas de Calabaza, 2018)].

20 Pierre Lavedan, *Histoire de l'urbanisme: époque contemporaine* (París: H. Laurens, 1952); Ervin A. Gutkind, *International History of City Development, Vol. 1: Urban Development in Central Europe* (Londres: Collier-Macmillan, 1964); John William Reps, *The Making of Urban America: A History of City Planning in the United States* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1965).

21 Mel Scott, *American City Planning since 1890* (Berkeley: University of California Press, 1969); Gordon E. Cherry, *The Evolution of British Town Planning* (Leighton Buzzard, RU: Leonard Hill, 1974). Véase también Françoise Choay, *L'urbanisme, utopies et réalités* (París: Seuil, 1965) [*El urbanismo: utopía y realidades* (Barcelona: Lumen, 1983)]. Puede encontrarse un marco temporal parecido en Hall y Tewdwr-Jones, *Urban and Regional Planning*; Allen J. Scott, *The Urban Land Nexus and the State* (Londres: Pion, 1980); Anthony Sutcliffe (ed.), *The Rise of Modern Urban Planning, 1800-1914* (Londres: Mansell, 1980); Anthony Sutcliffe, *Towards the Planned City: Germany, Britain, the United States and France, 1780-1914* (Oxford: Blackwell, 1981); John Friedmann, *Planning in the Public Domain: From Knowledge to Action* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1987); Peter Hall, *Cities of Tomorrow: An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century* (Oxford: Blackwell, 1988) [*Ciudades del mañana: historia del urbanismo en el siglo xx* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 1996)]; Stephen V. Ward, *Planning the Twentieth-Century City: The Advanced Capitalist World* (Chichester, RU: Wiley, 2002); Fainstein y DeFilippis, «Introduction». Boyer, Foglesong y Sandercock utilizan periodizaciones similares a pesar de su posición crítica.

22 Véanse Leonardo Benevolo, *Le origini dell'urbanistica moderna* (Bari: Laterza, 1963) [*Orígenes del urbanismo moderno* (Madrid: Celeste, 1994)]; *Storia della città* (Roma: Laterza, 1975); Giorgio Piccinato, *La costruzione dell'urbanistica: Germania, 1871-1914* (Roma: Officina, 1977) [*La construcción de la urbanística: Alemania 1871-1914* (Barcelona: Oikos-Tau, 1993)]; Gerhard Fehl y Juan Rodríguez-Lores (eds.), *Stadtweiterungen, 1800-1875: Von den Anfängen des modernen Städtebaues in Deutschland* (Hamburgo: Christians, 1983); Stanley K. Schultz, *Constructing Urban Culture: American Cities and City Planning, 1800-1920* (Filadelfia: Temple University Press, 1989); Thomas Hall, *Planning Europe's Capital Cities: Aspects of Nineteenth-Century Urban Development* (Londres: E. & F. N. Spon, 1997); Donatella Calabi, *Storia dell'urbanistica europea: questioni, strumenti, casi esemplari* (Milán: Mondadori, 2008). Me limito aquí a obras sobre Europa y Estados Unidos. Arturo Almandoz, «Urban Planning and Historiography in Latin America», *Progress in Planning* 2 (2006): 81-123, señala genealogías alternativas para Latinoamérica.

23 Harvey, «On Planning», 177.

24 Incluso los enfoques críticos tienden a centrar su análisis en cómo el urbanismo se desarrolla para facilitar el *mantenimiento* del capitalismo, y para superar las contradicciones políticas y espaciales de las dinámicas de acumulación. Véase, por ejemplo, la por otra parte fundamental aportación de Foglesong, *Planning the Capitalist City,* 11-24, y, más recientemente, Samuel Stein, *Capital City: Gentrification and the Real Estate State* (Londres: Verso, 2019).

25 Puede encontrarse una selección de definiciones iniciales en Nelson P. Lewis, *The Planning of the Modern City: A Review of the Principles Governing City Planning* (Nueva

York: Wiley, 1916), 9-11. Véanse también Frederick Law Olmsted Jr., «A City Planning Program», en *Proceedings of the Fifth National Conference on City Planning* (Boston, 1913), 1-16; Ward, *Planning,* 1-2, y Healey, *Making Better Places,* 9-10.

26 Poëte, *Introduction;* Eliel Saarinen, *The City: Its Growth, Its Decay, Its Future* (Nueva York: Reinhold, 1943) [*La ciudad: su crecimiento, su declinación y su futuro* (México: Limusa-Wiley, 1970)]; Reps, *Making of Urban America;* Mumford, *Culture of Cities,* 371-374; Lavedan, *Époque contemporaine,* 7; Sutcliffe, *Towards the Planned City,* 5; Hall y Tewdwr-Jones, *Urban and Regional Planning,* 3.

27 Manuel Castells y Francis Godard, *Monopolville* (París: Mouton, 1974); Harvey, «On Planning»; Yiftachel, «Planning and Social Control»; Alain Lipietz, *Le capital et son espace* (París: François Maspero, 1977) [*El capital y su espacio* (México: Siglo XXI, 1979)]; Paolo Sica, *Storia dell'urbanistica, II: l'ottocento,* 2 vols. (Roma: Laterza, 1977); *Storia dell'urbanistica, III: Il novecento,* 2 vols. (Roma: Laterza, 1978) [*Historia del urbanismo: el siglo xix,* tomos 5 y 6 (Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1981)]; Michael Dear y Allen J. Scott, «Towards a Framework for Analysis», en *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society,* ed. Michael Dear y Allen J. Scott (Londres: Methuen, 1981), 3-16.

28 Este es el foco principal de, entre otros, Lipietz, *Capital;* Jean Lojkine, *Le Marxisme, l'état et la question urbaine* (París: PUF, 1977) [*El marxismo, el estado y la cuestión urbana* (México: Siglo XXI, 1981]; Harvey, *Limits,* 373-431, y Foglesong, *Planning the Capitalist City.*

29 Benevolo, *Origini;* Manuel Castells, *La question urbaine* (París: Maspero, 1972) [*La cuestión urbana* (México: Siglo XXI, 2014]; Sica, *L'ottocento.*

30 Sutcliffe, *Towards the Planned City;* Boyer, *Dreaming the Rational City.*

31 Nancy Fraser, «Contradictions of Capital and Care», *New Left Review* 100 (2016): 99-117, 103 [«El capital y los cuidados», *New Left Review* 100 (2016): 111-132].

32 Étienne Balibar, «De la reproduction», en Louis Althusser y Étienne Balibar, *Lire le Capital* (París: Maspero, 1969), 2: 152-177 [«La reproducción», en Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El Capital* (México: Siglo XXI), 277-296]; Louis Althusser, *Sur la reproduction* (1971; repr., París: PUF, 1995), 73-79, 169-177 [*Sobre la reproducción* (Madrid: Akal, 2015)]; Göran Therborn, *What Does the Ruling Class Do When It Rules?* (Londres: NLB, 1978), 162-179 [*¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo* (Madrid: Siglo XXI, 2016)]; Cindi Katz, «Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction», *Antipode* 33 (2001): 709-728; Salar Mohandesi y Emma Teitelman, «Without Reserves», en Bhattacharya, *Social Reproduction Theory,* 37-67, 203 n. 4.

33 Barbara Laslett y Johanna Brenner, «Gender and Social Reproduction: Historical Perspectives», *Annual Review of Sociology* 15 (1989): 381-404, 382-384; Fraser, «Contradictions», 101; Arruzza, «Functionalist, Determinist, Reductionist», 9-12.

34 Kate Bezanson y Meg Luxton (eds.), *Social Reproduction: Feminist Political Economy Challenges NeoLiberalism* (Montreal: McGill-Queen's University Press, 2006), 3.

35 Laslett y Brenner, «Gender and Social Reproduction», 383-384.

36 Althusser, *Sur la reproduction;* Therborn, *What Does the Ruling Class Do.*

37 Véanse Mariarosa Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale* (Padua: Marsilio, 1972) [*El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* (México: Siglo XXI, 1980)]; Renate Bridenthal, «The Dialectics of Production and Reproduction in History», *Radical America* 10 (1976): 3-11; Lourdes Beneria, «Reproduction, Production and the Sexual Division of Labour», *Cambridge Journal of Economics* 3 (1979): 203-225; Leopoldina Fortunati, *L'arcano della riproduzione: casalinghe, prostitute, operai e capitale* (Venecia: Marsilio, 1981) [*El arcano de la reproducción: amas de casa, prostitutas, obreros y capital* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2019)]; Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1983).

38 Meg Luxton, «Feminist Political Economy in Canada and the Politics of Social Reproduction», en Bezanson y Luxton, *Social Reproduction,* 11-43, 36. Ya hay elementos de este enfoque implícitos en Balibar, «De la reproduction», si bien con un fuerte determinismo productivo. Véase también Antonella Picchio, *The Political Economy of Social Reproduction* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992). Puede encontrarse un resumen reciente de la teoría de la reproducción social en Bhattacharya, *Social Reproduction Theory*.

39 Fortunati, *L'arcano,* 19-21; Tithi Bhattacharya, «Introduction: Mapping Social Reproduction Theory», en Bhattacharya, *Social Reproduction Theory,* 1-20, 2, 9; Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode», 62.

40 Linda McDowell, «Towards an Understanding of the Gender Division of Urban Space», *Environment and Planning D: Society and Space* 1 (1983): 59-72; Mona Domosh y Joni Seager (eds.), *Putting Women in Place: Feminist Geographers Make Sense of the World* (Nueva York: Guilford, 2001); Cindi Katz, «Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction», *Antipode* 33 (2001): 709-728; Linda Peake, Elsa Koleth, Gokboru Sarp Tanyildiz, Rajyashree N. Reddy y Darren Patrick/dp (eds.), *A Feminist Urban Theory for Our Time: Rethinking Social Reproduction and the Urban* (Oxford: Wiley, 2021).

41 Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode», 61.

42 George Caffentzis, «Sulla nozione di crisi della riproduzione sociale: un riesame teorico», en *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione: questioni delle lotte e dei movimenti,* ed. Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Dalla Costa (Milán: Franco Angeli, 1996), 173-205.

43 Massimo De Angelis, *The Beginning of History: Value Struggles and Global Capital* (Londres: Pluto, 2007).

44 Castells, *La question urbaine; Luttes urbaines et pouvoir politique* (París: Maspero, 1973) [*Movimientos sociales urbanos* (México: Siglo XXI, 1974)].

45 Henri Lefebvre, *Le droit à la ville* (París: Anthropos, 1968) [*El derecho a la ciudad* (Madrid: Capitán Swing, 2017)]; *Espace et politique* (París: Anthropos, 1972) [*Espacio y política* (Barcelona: Península, 1976)]; *La survie du capitalisme: la reproduction des rapports de production* (París: Anthropos, 1973); Edmond Préteceille, *La production des grands ensembles* (París: Mouton, 1973) [*Región de París: la producción de los grandes ensembles* (Barcelona: Gustavo Gili, 1976)]; Lipietz, *Capital.*

46 Henri Lefebvre, *De l'État,* 4 vols. (París: UGE, 1975-1978); Henri Lefebvre, *State, Space, World: Selected Essays,* ed. Neil Brenner y Stuart Elden (Mineápolis: University of Minnesota Press, 2009).

47 Harvey, «On Planning»; *Limits;* Scott, *Urban Land Nexus.*

48 Allen J. Scott, *The Constitution of the City: Economy, Society, and Urbanization in the Capitalist Era* (Cham, Suiza: Palgrave Macmillan, 2017), 55.

49 Puede encontrarse un análisis temprano de la imbricación y codeterminación de las distintas escalas de práctica socioespacial en Henri Lefebvre, *La révolution urbaine* (París: Gallimard, 1970), 105-138 [*La revolución urbana* (Madrid: Alianza Editorial, 2022)].

50 Véase una exposición sintética de estas tradiciones en Amanda Huron, *Carving Out the Commons: Tenant Organizing and Housing Cooperatives in Washington, D.C.* (Mineápolis: University of Minnesota Press, 2018), 17-42.

51 Elinor Ostrom, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990) [*El gobierno de los bienes comunes: la evolución de las instituciones de acción colectiva* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011)]; Nives Dolšak y Elinor Ostrom (eds.), *The Commons in the New Millennium: Challenges and Adaptation* (Cambridge, MA: MIT Press, 2003).

52 Raymond Williams, *The Country and the City* (Oxford: Oxford University Press), 107 [*El campo y la ciudad* (Buenos Aires: Paidós, 2001)]. Véanse Edward P. Thompson, *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture* (Londres: Penguin, 1993), 97-184 [*Costumbres en común: estudios sobre la cultura popular* (Madrid: Capitán Swing, 2019)], y Jeanette M. Neeson, *Commoners: Common Right, Enclosure, and Social Change in England, 1700-1820* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993).

53 Silvia Federici, *Caliban and the Witch* (Nueva York: Autonomedia, 2004) [*Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación primitiva* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2010)]; Peter Linebaugh, *Stop, Thief! The Commons, Enclosures, and Resistance* (Oakland, CA: PM Press, 2014).

54 Peter Linebaugh, *The Magna Carta Manifesto: Liberties and Commons for All* (Berkeley: University of California Press, 2008), 279 [*El Manifiesto de la Carta Magna: comunes y libertades para el pueblo* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2013)].

55 Midnight Notes Collective, «Introduction to the New Enclosures», *Midnight Notes* 10 (2010): 1-9.

56 Hardt y Negri, *Commonwealth,* 117; De Angelis, *Beginning of History;* David Bollier, *Silent Theft: The Private Plunder of Our Common Wealth* (Londres: Routledge, 2002); Ugo Mattei, *Beni comuni: un manifesto* (Bari: Laterza, 2011); David Bollier y Silke Helfrich, *The Wealth of the Commons: A World beyond Market and State* (Amherst, MA: Levellers Press, 2012); David Bollier y Silke Helfrich, *Free, Fair, and Alive: The Insurgent Power of the Commons* (Isla Gabriola, Canadá: New Society, 2019) [*Libres, dignos y vivos: el poder subversivo de los comunes* (Barcelona: Icaria, 2020)].

57 Hardt y Negri, *Commonwealth,* viii.

58 Pierre Dardot y Christian Laval, *Commun: essai sur la révolution au xxie siècle* (París: La Découverte, 2014) [*Común: ensayo sobre la revolución en el siglo xxi* (Barcelona: Gedisa, 2015)].

59 Hardt y Negri, *Commonwealth,* 250-252.

60 Lefebvre, *La révolution urbaine,* 155-179; Andy Merrifield, «The Politics of the Encounter and the Urbanization of the World», *City* 16 (2012): 269-283; Mark Purcell, *The Down-Deep Delight of Democracy* (Chichester, RU: Wiley-Blackwell, 2013).

61 David Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution* (Londres: Verso, 2012), 74-88 [*Ciudades rebeldes: del derecho a la Ciudad a la revolución urbana* (Madrid: Akal, 2013)]. El volumen editado por Christian Borch y Martin Kornberger, *Urban Commons: Rethinking the City* (Nueva York: Routledge, 2015), maneja un enfoque parecido.

62 Harvey, *Rebel Cities,* 73. Véanse también Nicholas Blomley, «Enclosure, Common Right, and the Property of the Poor», *Social and Legal Studies* 17 (2008): 311-331; Alex Jeffrey, Colin McFarlane y Alex Vasudevan, «Rethinking Enclosure: Space, Subjectivity and the Commons», *Antipode* 44 (2012): 1247-1267; Álvaro Sevilla-Buitrago, «Capitalist Formations of Enclosure: Space and the Extinction of the Commons», *Antipode* 47 (2015): 999-1020; Mary Dellenbaugh, Markus Kip, Majken Bieniok, Agnes Müller y Martin Schwegmann (eds.), *Urban Commons: Moving Beyond State and Market* (Basilea: Birkhäuser, 2015).

63 Stavros Stavrides, *Common Space: The City as Commons* (Londres: Zed Books, 2016), 2-4, 54-61. El enfoque de Stavrides resulta especialmente útil desde una perspectiva crítica de la arquitectura y el diseño urbano.

64 Huron, *Carving Out the Commons,* 17-66. Huron también emplea enfoques feministas y subalternos para destacar la importancia crucial de la reproducción en la vida de los comunes urbanos, subrayando las ventajas de combinar metodologías *bottom-up* y análisis estructurales más amplios para captar sus implicaciones sociales y políticas. Nuestra investigación está motivada por una perspectiva similar.

65 Huron, *Carving Out the Commons,* 43.

66 Karl Marx, *Precapitalist Economic Formations* (Nueva York: International Publishers, 1965), 67-69 [*Formaciones económicas precapitalistas* (Madrid: Ciencia Nueva, 1967)]. Véase una teoría de los conceptos de autonomía y autovalorización en Cornelius Castoriadis, *Philosophy, Politics, Autonomy* (Oxford: Oxford University Press, 1991); Antonio Negri, *Books for Burning: Between Civil War and Democracy in 1970s Italy* (Londres: Verso, 2005), 180-230 [*Los libros de la autonomía obrera* (Barcelona: Akal, 2004)].

67 Por supuesto, esta condición circular no está exenta de problemas, ya que estas dinámicas también pueden replicar las desigualdades existentes dentro de la comunidad, como sugieren George Caffentzis y Silvia Federici, «Commons Against and Beyond Capitalism», *Community Development Journal* 49 (2014): 92-105, 100-103.

68 Para un análisis de la espacialidad de los comunes y su destrucción, véanse Sevilla-Buitrago, «Capitalist Formations of Enclosure», y Stavrides, *Common Space.*

69 Comité Invisible, *L'insurrection qui vient* (París: La fabrique, 2007), 98 [*La insurrección que viene* (Barcelona: Melusina, 2009)].

70 Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital* (1913; repr., Londres: Routledge, 2003), 328-398 [*La acumulación de capital: estudios sobre la interpretación económica del imperialismo* (Madrid: Cenit, 1933)]; Massimo De Angelis, «Separating the Doing

and the Deed: Capital and the Continuous Character of Enclosures», *Historical Materialism* 12 (2004): 57-87; Michael Perelman, «Primitive Accumulation from Feudalism to Neoliberalism», *Capitalism Nature Socialism* 18 (2007): 44-61.

71 Massimo De Angelis, «Does Capital Need a Commons Fix», *Ephemera* 13 (2013): 603-615.

72 Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften,* vol. I-2 (Fráncfort: Suhrkamp), 695 [«Sobre el concepto de historia», en *Obras completas,* libro I, vol. 2 (Madrid: Abada editores, 2008).

73 Véase una exposición de algunas de estas categorías de periodización en Heinrich Winkler (ed.), *Organisierter Kapitalismus: Vouraussetzungen und Anfänge* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1974); Michel Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation: The U.S. Experience,* 2.ª ed. (Nueva York: Verso, 2015) [*Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos* (México: Siglo XXI, 1986)].

74 La idea de los ciclos sistémicos de acumulación históricos se desarrolla en el clásico de Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times* (Londres: Verso, 1994) [*El largo siglo xx: dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal, 1999)].

75 Jason W. Moore, «Transcending the Metabolic Rift: A Theory of Crises in the Capitalist World-Ecology», *Journal of Peasant Studies* 38 (2011): 1-46, sugiere esta conexión de la periodización histórico-mundial de Arrighi con las ideas de Harvey sobre el «arreglo espacial» y la acumulación por desposesión. La noción de «arreglo espacial» *(spatial fix)* fue acuñada por David Harvey para designar la resolución temporal de las crisis y contradicciones capitalistas mediante su desplazamiento y relocalización en el espacio. La polisemia del término inglés *fix* es difícil de traducir, pues se refiere simultáneamente a la «solución» o «arreglo» de un problema y a la «fijación» e «inmovilización» del capital en el espacio, como en la reconfiguración de las formas de capital fijo, la reestructuración del mercado inmobiliario, *etc.*

76 Véanse por ejemplo Gwendolyn Wright, *The Politics of Design in French Colonial Urbanism* (Chicago: University of Chicago Press, 1991), y Ambe J. Njoh, *Planning Power: Town Planning and Social Control in Colonial Africa* (Londres: UCL Press, 2007).

77 Véase el análisis del concepto de John Sinclair en el capítulo 1. Sobre la idea de colonialismo interno, véase Norma Beatriz Chaloult e Yves Chaloult, «The Internal Colonialism Concept: Methodological Considerations», *Social and Economic Studies* 28 (1979): 85-99.

78 Benevolo, *Origini,* 15-18; Sica, *L'ottocento,* 19-21.

79 Álvaro Sevilla-Buitrago, «Urbs in Rure: Historical Enclosure and the Extended Urbanization of the Countryside», en *Implosions/Explosions: Towards an Investigation of Planetary Urbanization,* ed. Neil Brenner (Berlín: Jovis, 2013), 236-259.

80 Franco Piperno, «Autonomia possibile, valore d'uso, lavoro non-operaio», preimpreso 1/4, suppl. *Metropoli 0,* 1978, **https://archivioautonomia.it/argomenti/autonomia-possibile-der-app**.

1

TIERRA COMUNAL Y ACUMULACIÓN PRIMITIVA: LOS *HINTERLANDS* INGLESES Y EL ORIGEN DE LA PLANIFICACIÓN

> Los cercamientos harán que nuestros yugos sean fáciles de sobrellevar, y nuestras cargas, ligeras; mejorarán nuestras tierras y nuestras minas, y atraerán la manufactura textil; llenarán nuestras ciudades y pueblos, e incrementarán y darán salida a nuestros productos de lana […]. Emplearán a todos nuestros pobres, y los sacarán de sus guaridas y sus nidos de pereza; permitirán hacer nuevos descubrimientos, e incrementar e incentivar nuestras viejas plantaciones […] y serán ellos lo que nos fortalezca y lo que asuste o moleste a nuestros enemigos.
>
> John Houghton, *Husbandry and Trade Improv'd*

Durante más de un siglo, los historiadores y teóricos han situado el nacimiento de la planificación espacial en las grandes ciudades, el resultado de los intentos de frenar los excesos de la urbanización industrial. Los relatos disponibles describen en ocasiones una trayectoria de reescalamiento gradual de las agendas de planificación con la aparición de esquemas metropolitanos y regionales en las primeras décadas del siglo XX, pero siguen ocupándose casi exclusivamente de los conflictos de las aglomeraciones. Sus *hinterlands* aparecen, en el mejor de los casos, como epifenómenos distantes y pasivos de una ola de cambio procedente de los centros urbanos. El origen de la disciplina suele ubicarse en algún punto durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, lejos de las etapas iniciales del desarrollo capitalista, reforzando con ello la idea de su relativa autonomía con respecto a imperativos económico-políticos estructurales. El urbanismo aparece así como un mecanismo externo de mediación que utiliza herramientas espaciales para contener un capitalismo ya maduro, una posición ventajosa que consolida su aura de técnica progresista. Pero ¿y si muchas de las racionalidades y estrategias que sustentan la planificación se originaron en otro contexto espaciotemporal y tuvieron una relación más estrecha con el advenimiento del capitalismo? Los debates recientes en teoría urbana sugieren que es necesario abandonar la vieja tradición de poner «las

ciudades primero» en nuestros análisis[81]. Desde esta perspectiva, el proceso urbanizador no se circunscribe a las dinámicas de aglomeración, sino que constituye un proceso dialéctico que reorganiza desigualmente tanto las ciudades como los crecientes *hinterlands* de los que estas dependen.

El presente capítulo examina la captura de los comunes materiales y la aparición de una forma primitiva de planificación en las dinámicas de reestructuración territorial y agraria que facilitaron el ascenso del capitalismo. Estudiaremos las estrategias y luchas en torno a los cercamientos parlamentarios *(parliamentary enclosures),* el proceso de reforma agraria, privatización de la tierra comunal y abolición de derechos comunales que, bajo el empuje del Estado, barrió buena parte de la Inglaterra rural durante los siglos XVIII y XIX. Los comunes amenazados en este capítulo eran fuentes tangibles de bienes materiales, como la tierra cultivable, los pastos comunales, los páramos, los ríos y los bosques. Formaban la base de una arquitectura territorial e institucional intrincada de derechos y costumbres que daba a los pequeños campesinos y a los trabajadores pobres una cierta independencia de las presiones de los mercados de bienes y trabajo y, por tanto, una oportunidad de evitar la proletarización total en un momento de expansión de la manufactura. Desde que Marx vinculara la destrucción de estos mundos comunales con el drama de la llamada «acumulación originaria» o «primitiva», muchos pensadores críticos han entendido el cercamiento inglés y la desposesión de los comunes como elementos fundacionales del capitalismo[82]. ¿Pero por qué habría de tenerse en cuenta esta experiencia en una historia de la planificación *urbana?* Al estudiar los aparatos de regulación espacial en las etapas iniciales del capitalismo, podemos entender con más facilidad su papel en la consolidación del nuevo sistema en territorio hostil, en un momento en el que los mercados mostraban sus límites y es más fácil apreciar su dependencia de la coerción institucional y los mecanismos estatales para crecer. Varios historiadores del urbanismo marxistas destacaron la importancia del cercamiento para el cambio territorial en Inglaterra, pero lo veían como un mero prerrequisito para la revolución industrial, que, desde su punto de vista, era el único motor de la urbanización y, por tanto, la principal fuente de los conflictos que la planificación intentaría paliar posteriormente [83]. El estatus del cercamiento parlamentario como forma innovadora de regulación socioespacial permanece, por tanto, inexplorado.

El foco de los historiadores del urbanismo en las ciudades puede parecer evidente, pero es insuficiente incluso desde un punto de vista estrictamente técnico, al menos en estas primeras etapas. En el

periodo analizado en este capítulo, por ejemplo, el progreso de las técnicas y estrategias de regulación espacial en las ciudades fue lento y desigual. Durante el siglo XVIII, Londres —por citar el caso más obvio en Inglaterra— se convirtió en la ciudad más poblada de Europa, vio cuadruplicarse el tonelaje de los barcos dedicados al comercio exterior y superó a Ámsterdam como centro financiero mundial[84]. Pero el desarrollo de la floreciente metrópoli carecía de una estrategia global, incluso en términos puramente morfológicos. Los intentos de contener y guiar su crecimiento desde finales del siglo XVI habían sido estériles; la fragmentación administrativa y la debilidad de las autoridades municipales y de la Corona impidieron el gobierno eficaz del desarrollo urbano. La reconstrucción de la City tras el gran incendio de 1666 trajo consigo importantes avances en términos de regulación técnica, administrativa y financiera, pero fue la iniciativa privada la que lideró el proceso incluso en estas circunstancias excepcionales[85]. Los planes maestros propuestos por Wren, Evelyn, Hooke y otros implicaban una reestructuración de la propiedad a gran escala y se descartaron enseguida con el fin de preservar los trazados existentes. Los esfuerzos públicos se centraron en los problemas de gestión, la mejora de infraestructuras específicas y la imposición de restricciones a la construcción que no siempre se seguían[86]. En 1725, Daniel Defoe se lamentaba de que Londres se «extendía en edificios, al capricho de cada constructor […] y según marca la conveniencia de la gente, ya sea para los negocios u otra cosa; y esto ha desparramado su faz de manera fragmentada, confusa y carente de forma, sin cohesión ni equilibrio»[87]. Ante la falta de esquemas integrales, la ciudad construida durante el siglo XVIII era una amalgama de intervenciones individuales en el marco de ordenanzas sucintas que a menudo se limitaban a normalizar las prácticas prevalecientes en el sector de la construcción. Incluso los proyectos de la Corona para Regent Street y Regent's Park, las intervenciones urbanas más importantes a principios del siglo XIX, siguieron trayectorias irregulares —tanto en la gestión como en el trazado— que ponían de manifiesto la permanente incapacidad de los aparatos del Estado para controlar la dinámica urbana[88].

Mientras tanto, el campo se estaba convirtiendo en el foco de una nueva concepción estratégica y mucho más coherente de la relación entre los arreglos territoriales y el cambio social, y de la necesidad de promover dispositivos institucionales, espaciales y políticos específicos para regular esta conexión[89]. No era una coincidencia. Esta concepción y los esquemas de «planificación primitiva» asociados a ella surgieron en el ámbito rural porque las transformaciones sociales

y económicas más intensas en las primeras etapas del capitalismo estaban teniendo lugar en el campo, no en la ciudad[90]. Las zonas rurales estaban asistiendo al desarrollo de nuevas formas de relación social y acumulación de riqueza, y bajo la presión del cercamiento, entre otros factores, los viejos regímenes de producción y reproducción se estaban desintegrando. Estos fenómenos constituían condiciones previas esenciales para el ascenso del capitalismo y la posterior expansión de las ciudades. Quizá eran estos los problemas que Marx tenía en mente cuando especuló sobre las espacialidades del capitalismo como una forma de «urbanización del campo»[91]. El avance del nuevo sistema económico y sus geografías más prominentes —las aglomeraciones comerciales e industriales— dependían de la implacable reestructuración de un trasfondo territorial de *hinterlands* rurales en constante expansión. Una serie de investigaciones recientes en el campo de la teoría urbana crítica se han inspirado en esta intuición y las elaboraciones posteriores de Henri Lefebvre y otros pensadores espaciales heterodoxos para explorar la problemática de la «urbanización planetaria». Esta tradición emergente sugiere que la urbanización es animada por una dialéctica de momentos de «concentración» y «extensión», es decir, una combinación de procesos estrechamente entrelazados entre sí que reconfiguran tanto las ciudades como sus *hinterlands,* tanto las aglomeraciones (urbanización concentrada) como los «territorios operativos» expansivos (urbanización extendida) que generan los recursos de los que aquellas se nutren[92]. Esta dinámica se asocia con la tendencia estructural del capital a penetrar en entornos no capitalistas y apoyarse en ellos para asegurar el crecimiento, y puede rastrearse hasta los orígenes mismos del capitalismo[93]. No es casualidad, pues, que algunos de los problemas cruciales que conforman los primeros intentos capitalistas de gobernar las formaciones territoriales y la urbanización en el sentido amplio antes mencionado se encuentren en el campo o, más precisamente, en las dinámicas que entretejieron la tierra, el trabajo y las prácticas reproductivas en las ciudades y el ámbito rural.

El cercamiento parlamentario puede entenderse como precursor de la planificación espacial en varios sentidos, estrechamente conectados entre sí. Primero, desde una perspectiva puramente instrumental, introdujo importantes innovaciones técnicas y regulatorias en la gestión del suelo y la reorganización de los asentamientos, incluida la movilización de aparatos estatales para racionalizar el uso del suelo y las estructuras de propiedad de acuerdo con objetivos tanto económicos como sociales; la evolución hacia marcos legales de rango nacional para la reordenación espacial a gran escala; la provisión de

un enfoque normalizado, en principio más transparente y sistemático, en relación con la propiedad del suelo, incluida la adopción de esquemas de consulta pública; la consolidación de un cuerpo profesional de topógrafos y agrimensores que colabora estrechamente con instituciones estatales y entidades privadas, y la proliferación de procedimientos y materiales cartográficos estandarizados y reproducibles.

Segundo, y más importante, el cercamiento parlamentario incorporó una orientación estratégica que trataba la tierra, el espacio y el territorio no solo como activos o fines en sí mismos, sino también como medios para conseguir objetivos sociales más amplios. Estos incluían esfuerzos para incrementar la producción agraria e industrial, estimular el desarrollo nacional y hacer los mercados regionales y nacionales más eficaces y estrechamente conectados con las grandes ciudades y sus redes de comercio internacional; es decir, fines productivos. Pero, de forma decisiva para el propósito de nuestro análisis, el cercamiento también fue parte de un proyecto intencionado de descolectivización, un intento de separar al pequeño campesinado y los trabajadores pobres de la tierra y los recursos materiales ligados a prácticas de comunización que hasta el momento les habían aportado una cierta independencia de la coacción del mercado y la disciplina salarial; esto es, objetivos relacionados con la esfera reproductiva. Esta forma de planificación «primitiva» —para seguir el uso marxiano de la idea de acumulación primitiva— surgió por tanto como un elemento de las primeras luchas por desvincular las esferas y los espacios de producción y reproducción, un proceso que tuvo consecuencias profundas, como la multiplicación de un ejército de reserva de mano de obra rural disponible para la agricultura y la manufactura o la reorganización de los roles de género y generacionales en los hogares[94].

En tercer lugar, el cercamiento parlamentario no solo reforzó las dinámicas de urbanización extendida ayudando a hacer más densas las redes comerciales y de infraestructuras a través del campo, sino que también desempeñó un papel crucial, aunque indirecto, en los procesos de aglomeración urbana, estimulando el desplazamiento masivo de campesinos y trabajadores rurales desposeídos a las ciudades desde finales del siglo XVIII en adelante. A partir de cierto momento, como veremos, el cercamiento también se utilizó para poner en marcha desarrollos residenciales e industriales en áreas periurbanas.

Por último, durante el siglo XIX se hizo más evidente su conexión con las experiencias tradicionalmente destacadas en la historiografía

como episodios inaugurales del urbanismo. El debate a favor y en contra del cercamiento dio pie a esquemas y estrategias que prefiguraron y a veces desencadenaron planteamientos urbanísticos fundamentales entre mediados y finales del siglo XIX, incluidos la reforma agraria, la protección de zonas naturales o los movimientos por la creación de parques urbanos y ciudades-jardín. Como veremos, todos estos cambios históricos dependieron de dos factores críticos: la privación de los comunes y de recursos materiales que eran vitales para los intentos del pequeño campesinado y los trabajadores sin tierra de asegurar su sustento y alojamiento, así como la destrucción de las prácticas sociales e instituciones construidas en torno a aquellos.

La reestructuración de los hinterlands *como estrategia integral*

El proceso de reestructuración agraria que barrió Inglaterra desde principios del siglo XVIII fue la culminación de una trayectoria de cambio social y económico que llevaba dos siglos transformando el país. Basándose en las aportaciones anteriores de Maurice Dobb y Robert Brenner, Ellen Meiksins Wood conectó los orígenes del capitalismo con la transformación de las relaciones sociales en el campo inglés durante este periodo, el resultado de la subordinación de mecanismos productivos y reproductivos esenciales a las compulsiones del mercado[95]. Los intentos de los grandes propietarios de suelo y los campesinos de asegurar su reproducción a través de procedimientos puramente económicos erosionaron las relaciones sociales feudales y pusieron en marcha las dinámicas motrices características del capitalismo, incluidas una mayor dependencia del mercado y la necesidad de maximizar la productividad del trabajo y de la tierra[96]. En el centro de estas luchas se encontraba una institución clave en torno a la cual se desarrollará el drama de este capítulo: la propiedad. Abandonando regímenes centenarios, las concepciones y prácticas sobre la propiedad se transformaron radicalmente durante este periodo; la tenencia de la tierra fue cada vez más privatizada y liberada del control comunal. Esta, y no la riqueza amasada por las élites agrarias, fue la «acumulación originaria» que abrió el camino para la revolución industrial, alterando las relaciones sociales, introduciendo fronteras y jerarquías entre prácticas productivas y reproductivas hasta entonces estrechamente imbricadas y creando una nueva estructura de clases compuesta por grandes propietarios capitalistas, agricultores arrendatarios y trabajadores asalariados desposeídos. En este proceso no solo los pobres, sino también los

campesinos de estratos más bajos, fueron privados gradualmente del acceso a medios tradicionales de autorreproducción ajenos al mercado y expuestos a la amenaza de la proletarización total[97].

Según Wood, estas dinámicas fueron relativamente espontáneas, al menos hasta finales del siglo XVII. Sin embargo, desde ese momento en adelante, el objetivo de transformar la naturaleza de la propiedad se convirtió en el centro de un agresivo proyecto de clase que concebía la reestructuración territorial como un prerrequisito para la reorganización social del campo, la consolidación de los mercados nacionales y el ascenso de Gran Bretaña al protagonismo como potencia comercial mundial[98]. Había motivaciones tanto exógenas como endógenas detrás de este proyecto. Durante la segunda mitad del siglo XVII, la crisis europea, la continua competencia comercial con Holanda y las guerras contra holandeses y franceses pusieron a Inglaterra en una situación delicada; de hecho, el comercio de ultramar se estancó en la década de 1680[99]. Para remediar esta situación y sustituir a Holanda como potencia hegemónica mundial, Inglaterra tuvo que consolidar y desarrollar un mercado nacional eficiente, lo que Fernand Braudel denominó una «economía territorial»[100]. Se trataba de un organismo extraño hasta ese momento, una nueva espacialidad económica. Las economías urbanas que habían dominado el comercio internacional en los siglos anteriores dependían de la circulación de mercancías entre mercados heterogéneos y lejanos entre sí para obtener beneficios comprando barato y vendiendo caro. El mercado nacional inglés, por el contrario, estaba transformando las condiciones mismas de la producción dentro de sus propias fronteras, integrando diversas regiones en un espacio económico único pero diferenciado y desarrollando una sofisticada división geográfica del trabajo crecientemente coordinada desde Londres[101]. A medida que la capital expandía su influencia, la actividad económica se volvió más específica a nivel regional. La demanda metropolitana, y después la internacional, reorganizaron los territorios agrarios e industriales, transformando una estructura de células regionales relativamente aisladas y autosuficientes en una red variada de nodos especializados e interdependientes[102]. Estaba emergiendo un nuevo tipo de formación territorial. Desde principios del siglo XVIII esta tendencia relativamente espontánea se convirtió en un proyecto de clase explícito. Para poder superar a los holandeses, era necesario convertir todo el territorio de Inglaterra —y más tarde de Gran Bretaña— en una potencia productiva. En un momento en que unas dos terceras partes de la población trabajaba en la agricultura y mucha estaba incorporándose a los circuitos crecientes

de la manufactura rural, esto significaba que había que «mejorar» *(improve)* la tierra y el trabajo en el campo, es decir, racionalizarlos y hacerlos operativos como nichos de extracción de valor.

Durante el siglo XVIII, la implementación de un enfoque sistemático de reestructuración de la propiedad a través del cercamiento se convirtió en un elemento central de la estrategia nacional para dotar a Londres y otros centros industriales emergentes de este tipo de *hinterlands* eficientes. Estos procesos estaban conectados con otras dinámicas sistémicas globales más amplias y con la propia formación en Inglaterra de mentalidades coloniales e imperialistas. La incipiente racionalidad espacial funcionaba en varias direcciones. Las experiencias de los asentamientos en Irlanda y Norteamérica influyeron en las aspiraciones de los «mejoradores» en sus propias regiones, y la ideología y los procedimientos del cercamiento parlamentario en territorio nacional fueron replicados a su vez en campañas de ocupación en el extranjero[103]. Debemos por tanto entender el proceso de cercamiento como parte de un proyecto colonial más amplio que presentaba los territorios extranjeros y nacionales como reservas de valor, a la espera de ser operacionalizados y mejorados. El cercamiento, escribió el clérigo y horticultor John Laurence, «valdría más para nosotros que las minas de las Indias para el rey de España [...]. Un tercio de todo el reino es lo que llamamos campos comunes; y, si es así, entonces subir la renta de estos enriquecerá al reino enormemente»[104]. En 1771 Arthur Young —qué más tarde llegaría a ser secretario del Board of Agriculture, una institución privada creada en 1793 para promocionar el desarrollo agrario nacional— defendió que «no deben verse las ventajas resultantes del cercamiento como algo beneficioso solo para el individuo, son una ventaja a nivel nacional en el sentido más amplio»[105]. Durante las guerras napoleónicas, su amigo y presidente del Board, John Sinclair, habló de una cruzada de «colonización nacional» en estos términos: Hemos empezado otra campaña contra los enemigos extranjeros del país [...]. ¿Por qué no habríamos de iniciar también una campaña contra nuestro gran enemigo nacional, es decir, la esterilidad hasta ahora inamovible de una inmensa proporción de la superficie del reino? Probemos los efectos de las conquistas *internas* además de las *externas*. No nos contentemos con la liberación de Egipto, o la subyugación de Malta, sometamos también el Común de Finchley; conquistemos el Páramo de Hounslow; sometamos el Bosque de Epping al yugo de la mejora agraria[106].

El proyecto de *improvement* o mejora agraria fue apoyado por un bloque social cohesionado formado por la aristocracia terrateniente y

los escalones superiores de la *gentry,* que ostentaba el poder político y judicial después de la Revolución Gloriosa de 1688, cuando las prerrogativas de la Corona fueron restringidas drásticamente y el Parlamento ganó autonomía para dar forma a las estrategias nacionales[107]. Los *whigs* desempeñaron un papel clave en la Revolución y llegaron a ser dominantes después del ascenso al trono de Jorge I en 1714[108]. Bajo su liderazgo, Inglaterra experimentó importantes aumentos en la productividad y extendió las exportaciones de grano y harina entre 1730 y 1760, convirtiéndose en una potencia hegemónica mundial en detrimento de Holanda[109]. Este periodo coincidió con la adopción de una forma de cercamiento más sistemática y agresiva mediante leyes parlamentarias. La hegemonía en torno al proyecto de mejora agraria, sin embargo, movilizó un rango más amplio de mecanismos materiales y discursivos, incluida la diseminación de una nueva ideología de la propiedad a través de la propaganda de cuerpos científicos como la Royal Society o sofisticadas teorías de economía-política, incluyendo el trabajo de John Locke[110]. La mejora agraria no implicaba necesariamente introducir nuevos métodos de cultivo —que fueron raros hasta el siglo XIX y no exclusivos de la tierra cercada—, sino que estaba especialmente dirigida a la concentración parcelaria, la eliminación de los derechos de uso basados en la costumbre y la extensión de la superficie productiva mediante la recuperación y roturación de tierra comunal, bosques, páramos y ciénagas[111].

El consenso sobre los beneficios de la mejora agraria —y del cercamiento como su principal vehículo— pronto atraería no solo a los incipientes capitalistas agrarios, sino a sectores más amplios de las élites económicas interesados en la minería, la industria maderera, el desarrollo de infraestructuras o, ya en el siglo XIX, la construcción en las afueras de las ciudades en expansión[112]. Además, hasta mediados de la década de 1850 se destinó una parte considerable de la inversión nacional al desarrollo de tierras y propiedades directa o indirectamente relacionados con el cercamiento; las reservas de plusvalías comerciales encontraron así una oportunidad única para fijarse a la tierra, la principal fuente de estatus social y político del momento. La producción de territorio como capital fijo fue sin duda fundamental para la forja del moderno sistema financiero inglés, que se desarrolló durante este periodo después de la creación del Banco de Inglaterra en 1694[113]. El cercamiento fue, pues, una estrategia polivalente e integral al servicio de los intereses de un amplio espectro de actores de élite.

Más significativamente para nuestro propósito, desde finales del

siglo XVII el cercamiento se presentó no solo como un medio para incrementar la productividad de la tierra y concentrar riqueza y poder, sino también como una maniobra vital para crear una mano de obra más numerosa e industriosa al eliminar los comunes y las formas de autorreproducción asociadas a ellos. La escasez de mano de obra era habitual en muchas zonas rurales[114]. La dependencia exclusiva del empleo asalariado y los mercados para sustentar los hogares era todavía algo raro y, por tanto, la compulsión a trabajar resultaba limitada. Esto entraba en contradicción con la visión de una nación «mejorada». Tal como veremos en la próxima sección, los segmentos más pobres de la población dependían de un *modus vivendi* híbrido que incluía tanto ingresos formales como usufructos comunales. Para la élite, estos últimos daban a los usuarios del común «una idea de independencia visionaria, que les incapacita[ba] para cumplir con las obligaciones de su posición social»[115]. Tanto los agricultores como los comerciantes que coordinaban las expansivas redes de fabricación doméstica rural —el *putting-out system,* que fue la forma de industria dominante hasta bien entrado el siglo XIX[116]— tenían que lidiar con una mano de obra errática: «El beneficio que [sus usuarios] […] obtienen de los comunes […] es un perjuicio esencial para ellos, al convertirse en una excusa de su ociosidad; ya que […] si les ofreces trabajo, te dirán que tienen que cuidar de sus ovejas, cortar las aliagas, sacar a las vacas del corralón o, quizá, dirán que deben llevar a su caballo a que le pongan herraduras, porque podrían [necesitarlo para ir] a una carrera de caballos o a un partido de críquet»[117]. El cercamiento acabaría con esta situación eliminando los comunes y empleando a «los pobres [con] trabajo continuo»[118]. El país necesitaba «una nueva y extensa fuente de mano de obra del tipo más productivo»[119]. Las mujeres y los niños eran protagonistas clave en las economías de los comunes y pronto se unirían a los hombres adultos como objetivo que había que «mejorar». Al cercar los comunes, apuntaba uno de los agrimensores del Board of Agriculture, los braceros «trabajarán todos los días del año, y pondrán a sus hijos […] a producir pronto», y «esa subordinación de los rangos bajos de la sociedad que tanto se desea actualmente quedaría así bastante asegurada»[120]. En otras palabras, la supresión del campesinado y la proletarización podían imponerse de forma intencionada.

«Escuelas de ociosidad»: los comunes como espacio social

Para poder comprender el impacto de estos procesos, primero debemos describir el complejo solapamiento de arreglos de propiedad,

regímenes de uso y prácticas de comunización que modelaron los campos comunales y los espacios sociales de la Inglaterra rural precapitalista y su importancia para las formas cotidianas de reproducción. Lo que sigue a continuación es solo una simplificación abstracta de arreglos territoriales con estructuras de propiedad, instituciones comunitarias y sistemas de cultivo extremadamente diversos. En realidad, la riqueza, complejidad, flexibilidad, resiliencia y variedad regional eran, junto con la autogestión colectiva, algunas de las características que convertían a los campos comunales en un sistema tan interesante, incluso desde la perspectiva de la planificación[121]. En aras de la claridad, separaré en tres niveles analíticos —propiedad, usos del suelo y regímenes de derechos comunales— aspectos que estaban estrechamente entrelazados en la práctica cotidiana.

En términos de las estructuras de propiedad, los señoríos precapitalistas incorporaban tres tipos de tierra, que a su vez constituían la base de relaciones sociales específicas. En primer lugar, estaba el *demesne* o heredad, reservado para el uso personal del señor, que trabajaban los siervos y, más tarde, los trabajadores libres. En segundo lugar, había varias formas de tierra en propiedad o cedida en enfiteusis, incluida la tierra que poseían los propietarios libres *(freeholders)* y la que obtenían los siervos a cambio de sus servicios y que, con la desaparición gradual de la servidumbre, se alquiló a arrendatarios o se convirtió en tierra poseída en régimen de *copyhold* de acuerdo con las costumbres feudales, con tenencias largas, aunque no permanentes, que solían otorgarse para tres generaciones. En tercer lugar, estaban los pastos, bosques, cauces y baldíos comunales[122]. Con la sustitución de los servicios laborales por rentas monetarias y el desarrollo de nuevos regímenes agrarios, la vieja estructura social feudal fue gradualmente reemplazada por una tríada de grandes terratenientes-arrendadores, arrendatarios libres y trabajadores asalariados. Los propios arrendatarios eran un grupo heterogéneo que abarcaba desde acaudalados agricultores *yeomen* hasta el pequeño campesinado con vínculos débiles con la tierra. Desde el siglo XV en adelante, este estrato intermedio se vio gradualmente segmentado por la presión del mercado para maximizar las rentas y los beneficios. Los escalones superiores se unieron a un bloque nuevo de clase media-alta, la *gentry,* junto con miembros de la aristocracia con menos tierras y ricos comerciantes urbanos que buscaban posicionarse en el campo[123]. En el otro extremo, los estratos más bajos se enfrentaban a la amenaza de la desposesión a través de varios mecanismos.

La vida de la comunidad rural había estado marcada desde el

periodo anglosajón por prácticas agrarias y derechos consuetudinarios que sobrevivieron a las turbulencias de estas transformaciones sociales, convirtiéndose en una fuente de conflicto permanente. En muchas regiones, la organización de la agricultura siguió estando basada en una forma de cultivo colectivo conocida como «sistema de campo abierto» *(open-field system)* o «campo comunal» *(common-field system)*[124]. Los *field systems* eran esquemas de uso del suelo superpuestos sobre los regímenes de propiedad, con elementos y límites solo parcialmente coincidentes. Algunas zonas del sudeste, oeste y norte de Inglaterra no habían estado abiertas nunca, o se habían cercado pronto. Pero el sistema de campo abierto era dominante en zonas ricas y más densamente pobladas como las Midlands, partes del sur de Inglaterra y en East Anglia, y también en Escocia[125]. Se trataba de un arreglo territorial complejo, diseñado colectivamente y organizado de acuerdo con costumbres ancestrales que se remontaban a tiempos anteriores a la invasión normanda. Los campos abiertos incluían dos elementos: los campos cultivables y la tierra comunal[126]. Los campos cultivables de cada parroquia solían estar compuestos de tres grandes áreas divididas en largas parcelas en forma de franjas estrechas conocidas como *selions*[127]. Los campesinos, los agricultores y a menudo también los grandes propietarios con *demesnes* dispersos tenían sus tierras repartidas en varias parcelas separadas, «diseminadas promiscuamente» por todo el territorio de la parroquia[128]. De hecho, hasta un periodo relativamente tardío, buena parte de las propiedades no estaban fijadas a ubicaciones concretas. Las franjas de cada propietario rotaban y se trasladaban de forma periódica —anualmente en algunas regiones— para asegurar que se realizaba una distribución justa de las tierras más y menos fértiles. El sistema era complejo y requería una regulación y una cooperación consistentes. «Los campos —nos recuerda Leonard Cantor— se cultivaban comunalmente en tanto en cuanto se trataban como una unidad, sujeta a la misma rotación de cultivos, se araban como una sola pieza con grupos colectivos de bueyes o caballos, se sembraban en el mismo momento y se cosechaban al mismo tiempo»[129]. Pero también había margen para la iniciativa y la empresa individual: «Cada campesino y su familia trabajaban sus propias franjas de tierra, más o menos eficientemente que su vecino, y el gradado y el sembrado, el escardado y el cuidado de sus franjas de tierra […] eran su propia responsabilidad»[130]. Después de la cosecha, los campos cultivables se utilizaban como pastos comunales por un periodo de tiempo que podía llegar a ocho meses, o durante todo el año en el caso de las tierras en barbecho. Por ese motivo se conocían también

como tierras «comunables».



FIGURA 1. Detalle de un mapa de Laxton, Nottinghamshire, 1862. Laxton es una de las pocas aldeas de Inglaterra que nunca fue completamente cercada y aún conserva zonas con el patrón medieval de campo abierto. El mapa muestra la coexistencia de las largas y estrechas parcelas características de este sistema, frente a las propiedades más compactas de las tierras cercadas. El plano original está coloreado para identificar las tierras de cada campesino, que normalmente estaban dispersas por toda la parroquia. Cortesía de la Universidad de Nottingham, Manuscripts and Special Collections.

El resto de la tierra era tierra comunal propiamente dicha, a su vez dividida en dos tipos: prados comunales que los terratenientes, los arrendatarios y, a veces, los trabajadores sin tierras utilizaban como pastos, y diferentes formas de baldíos y comunes, incluidos páramos, bosques, cauces y zonas pantanosas, que estaban permanentemente disponibles para el usufructo común, regulado por acuerdos colectivos. El sistema de campo abierto ascendía hasta aproximadamente un 60% de toda la tierra labrada, o un 53% de la

superficie total de Inglaterra en torno al año 1600; en las regiones antes mencionadas había ocupado normalmente parroquias enteras durante siglos[131]. La proporción de tierra comunal era variable. En el siglo XVIII, aún era habitual que las áreas de tierra comunal comprendieran varios miles de acres en asentamientos con menos de cien habitantes, y a veces eran mayores que los campos cultivables[132]. A principios del siglo XVII más de la mitad de la tierra era comunal en los condados de las Midlands que después tuvieron la mayor superficie cercada por el Parlamento; en Middlesex, por ejemplo, la tierra comunal era todavía equivalente al 85% de los campos cultivables abiertos y hasta el 74% de las tierras cultivadas hasta 1798[133]. En lo que se refiere a los baldíos, algunas estimaciones de finales del siglo XVII consideraban que constituían entre un 25 y un 40% del total de la superficie de Inglaterra y Gales[134].

Las estructuras de propiedad y los *field systems* eran la base de una tercera dimensión de organización del suelo: los regímenes de derechos comunales y consuetudinarios. La heterogeneidad y la especificidad local eran todavía más pronunciadas a este nivel. Vinculadas a la evolución histórica y a las luchas sociales de cada parroquia, las prácticas consuetudinarias y comunales tenían contornos espaciales complejos que eran constantemente renegociados, transformados y disputados[135]. En ese sentido, debemos tener en cuenta que los comunes eran con frecuencia un espacio de fricción permanente más que de consenso; lograr un equilibrio entre ambos requería una regulación dinámica y continua. El derecho comunal era el derecho a compartir los múltiples productos de la tierra[136]. Los principales usos de las tierras comunales y comunables incluían los derechos a dejar pastar en ellas al ganado (conocidos como *common of pasture, common of pannage* y *common of shack);* los derechos a recoger combustible, minerales y otros materiales, incluida la madera para construir viviendas y hacer herramientas *(common of turbary, common of stovers, common in the soil);* los derechos de caza y pesca, y los derechos de espigueo[137]. Sin embargo, el alcance de estos derechos variaba considerablemente, y se revisaba regularmente para cubrir las necesidades cambiantes de la comunidad o como resultado de las transformaciones en la relación de fuerzas en la parroquia. Por ejemplo, los derechos de pasto podían estar restringidos al ganado registrado por los terratenientes, o podía incluir a cualquier animal que perteneciera a cualquier habitante, incluso si ese habitante no poseía tierras o inmuebles. La recolección de materiales podía consistir simplemente en recoger turba y leña de ramas caídas, o podía extenderse para incluir el permiso de talar árboles para construir

cabañas. Los habitantes de parroquias o señoríos colindantes solían quedar excluidos de estas ventajas, pero a veces podían disfrutar de ciertos derechos fuera de su propio lugar de residencia a través del llamado «común de vecindad». Ante las revueltas rurales, la despoblación y el incremento de vagabundos derivados de oleadas previas de cercamiento, los Tudor —sobre todo Isabel I— promovieron la extensión de los derechos consuetudinarios a un segmento más amplio de la población, especialmente las familias sin tierras, y se incorporaron nuevos usos de las tierras comunales, incluida la construcción de cabañas para los pobres[138]. Tal como veremos, las posteriores alianzas de poder adoptaron la postura contraria.

Estos complejos regímenes de derechos eran fruto de la autogestión colectiva. Los propietarios de tierras y cabañas y, a veces, miembros de todas las familias de un señorío o parroquia se reunían regularmente —habitualmente dos veces al año— para pergeñar las llamadas «órdenes del campo» *(field orders),* que prescribían los métodos de agricultura y el alcance de los derechos comunales para un periodo determinado[139]. Las órdenes fijaban los límites de los distintos usos del suelo, los tipos de cultivos que podían sembrarse y el ritmo de la labranza, la incorporación de innovaciones y los aldeanos asignados para implementarlos, o las fechas y condiciones de las distintas tareas y de ejercicio de los derechos comunales. También marcaban los turnos de pasto en las tierras comunales y designaban a los pastores de la parroquia responsables de ellos, fijando multas para aquellos que infringían los acuerdos. Durante las reuniones, las negociaciones eran largas y arduas. Cuando se alcanzaba un acuerdo, se bebía para celebrarlo, se anunciaba la resolución por toda la parroquia y se clavaba una copia de la orden en la puerta de la iglesia para que todo el mundo pudiera conocerla. Por supuesto, el señor y los grandes propietarios tenían una posición de poder en estas negociaciones; sin embargo, sus movimientos estaban constreñidos no solo por la costumbre feudal y la ley comunal, sino también por una economía moral que priorizaba la satisfacción general de las necesidades básicas para garantizar el orden social. De hecho, la iniciativa económica individual, comenta Sara Birtles, «estaba inextricablemente atrapada en una trama de obligaciones y responsabilidades cívicas»[140]. Aquellos acuerdos que los pobres consideraban injustos solían ir seguidos de amenazas, infracciones sistemáticas y ataques sobre las propiedades y el ganado de los ricos, incluida la aristocracia y hasta el monarca.



FIGURA 2. Thomas Gainsborough, *Paisaje con leñador y lechera,* 1755. Esta escena presenta el común como un espacio versátil de producción, reproducción y ocio. Un hombre que acopia leña corteja a una mujer, distrayéndola de ordeñar su vaca, mientras esta pasta en el prado comunal. Aparecen junto a un viejo roble desmochado, una referencia a un orden social en declive. Un par de ancianos se alejan por la ladera del monte, regresando al asentamiento cercano después de pasear o recoger algo del común. La actitud relajada y sociable de estas figuras contrasta con la soledad del hombre que se afana en arar la tierra cercada del fondo a la izquierda. Fuente: Wikimedia Commons.

Más importante para lo que aquí nos ocupa, el campo abierto actuaba como un espacio de encuentro donde las prácticas y lógicas de producción y reproducción, el trabajo y el consumo, se mezclaban a diario. Los usos del común eran parte consustancial de las relaciones sociales cotidianas y de economías circulares que eran relativamente autónomas de los mercados laborales y de bienes[141]. Al planificar la distribución y las condiciones del pasto colectivo en las tierras cultivables, por ejemplo, los miembros de la comunidad no solo podían asegurarse la subsistencia del ganado e incrementar su propia ingesta de proteínas, sino también mejorar la capacidad y la estructura de la tierra con los nutrientes del estiércol animal. El *housebote* y el *ploughbote* —la leña que los comuneros podían recoger de bosques, baldíos o tierras de terceros para construir o reparar cabañas y herramientas de trabajo— eran otro ejemplo. Más en general, el

solapamiento de los aspectos productivos y reproductivos era evidente en cómo el producto de los comunes ayudaba a mantener a familias y comunidades a diferentes niveles. Los beneficios de los derechos comunales rara vez permitían a los hogares ser completamente autosuficientes, pero eran cruciales para aquellos que trataban de resistirse a la proletarización total, tales como los pequeños campesinos, los artesanos y, sobre todo, los jornaleros y trabajadores implicados en el *putting-out system*[142]. Hacia finales del siglo XVII, la mayoría de la población estaba constituida por familias sin tierras, pero sus miembros eran solo parcialmente proletarios[143]. El trabajo asalariado —durante este periodo realizado sobre todo por hombres adultos— era la principal fuente de ingresos, pero no la única. Los comunes eran «a menudo el terreno de las mujeres y los niños»[144]. Su trabajo aportaba un suplemento fundamental que daba a las familias un cierto grado de autonomía respecto a la presión del mercado y elevaba su posición frente a los hombres adultos, reforzando el papel del trabajo reproductivo dentro del hogar[145]. El espigueo podía aportar suficiente grano para hacer pan durante todo el año, o el equivalente del salario medio de un hombre durante siete semanas; el combustible recogido en los comunes era equiparable a una suma que variaba entre el salario masculino de seis semanas y la tercera parte de los ingresos totales de una familia. Otras ventajas asociadas con los comunes podían reportar ganancias anuales acumuladas similares a las obtenidas por las mujeres asalariadas[146]. El usufructo más valioso procedía de los productos animales adquiridos mediante el pasto: los beneficios derivados de las vacas eran equivalentes a entre una cuarta parte y el total de los ingresos anuales de un hombre adulto. Aunque los hogares pobres rara vez podían permitirse tener una vaca, solían poseer a menudo cerdos, aves de corral u ovejas, que también eran vitales para la dieta familiar o en el intercambio de productos derivados de ellos[147].



FIGURA 3. Thomas Gainsborough, *Campesina recogiendo leña en el bosque,* 1782. Este cuadro, como otros coetáneos de su autor, muestra el protagonismo y autonomía de los niños y las mujeres en las economías comunales. En el retrato, la niña regresa al hogar tras hacer acopio de combustible. El derecho a recoger leña de las tierras y bosques comunales, reconocido habitualmente a todas las familias de la parroquia, suponía un aporte sustancial en la economía doméstica. Fuente: Wikimedia Commons.

La propia espacialidad de los comunes modelaba las subjetividades de sus usuarios con imaginaciones geográficas características. Los

pastos, baldíos o bosques comunales eran, al fin y al cabo, una forma laxa e informal de espacio público donde los aldeanos —sobre todo mujeres, niños y adolescentes— se reunían, charlaban y celebraban, jugaban a deportes, flirteaban y mataban el tiempo[148]. Las canciones populares, pintores como Thomas Gainsborough, George Lambert o John Constable y poetas —muy notablemente John Clare— dejaron representaciones vívidas, a veces conmovedoras, de estos lugares cotidianos y de su desaparición[149]. Los historiadores sociales han destacado que los comunes ingleses no eran solo un lugar de producción y reproducción material, sino un vínculo territorial que unía a las comunidades, la base de una cultura popular rural genuina y una plataforma para la forja de identidades recalcitrantes y antagonistas[150]. Para algunos comentaristas de este periodo, estas formas de autonomía promovían la independencia y el carácter industrioso; para otros, los obstaculizaban. Veamos, por ejemplo, estos dos testimonios contrapuestos, aunque contemporáneos, en un momento en que los efectos del cercamiento ya estaban suscitando el debate entre la élite: Este derecho comunal es una incitación a la industriosidad y también un acicate para los hombres y mujeres jóvenes para que se casen entre sí, y es el medio de apoyar a sus hijos con crédito y confort y, por supuesto, les convierte en miembros valiosos de la sociedad[151].

> Si pudieran obtenerse todo tipo de ventajas de los comunes […] y los campesinos pudieran sostenerse con algunas vacas y ovejas, el mal concomitante sería que la diligencia y buena disposición hacia el trabajo cesarían en cierto grado, y serían suplantadas por la ociosidad[152].

Esta última visión de trabajadores ociosos languideciendo en una tierra también ociosa, «desaprovechada», se convirtió en una forma extendida de intolerancia y ansiedad de la clase alta en el siglo XVIII. Para muchos, los comunes eran «un impedimento para la industria y […] viveros de pereza e insolencia»[153]. Al apoyar formas de autorreproducción no asalariadas e independientes del mercado, «el derecho de pasto en tierras comunales […] llevaba a muchos a depender de las vacas y las ovejas que podían mantener», promoviendo «una costumbre ociosa que no les permitía trabajar»[154].

> Recaen sobre el campesino, por su dependencia de los beneficios imaginarios del acceso al común, efectos morales de una tendencia injuriosa. Poseer una vaca o dos con un cerdo, y unos pocos gansos, enaltece de manera natural la propia concepción que tiene de sí el campesino […]. Le inspira cierta seguridad en una propiedad, insuficiente para su manutención. Al pasear con su ganado, adquiere el hábito de la indolencia. Se pierde una cuarta parte, medio día y a veces hasta jornadas enteras de forma imperceptible. El trabajo diario se vuelve repugnante;

la aversión aumenta por la indulgencia; y a la larga, la venta de una ternera medio criada, o de un cerdo, provee los medios para añadir la embriaguez a la ociosidad[155].

En consecuencia, la élite terrateniente presentó la mejora agraria como una cura moral contra la indolencia popular. La extinción de «toda especie de derechos comunales» debía convertirse en «el medio para producir una serie de manos útiles adicionales para el empleo agrario, despedazando y aniquilando esos nidos y criaderos de pereza, ociosidad y miseria que [podían] verse uniformemente en las inmediaciones de todos los comunes, baldíos y bosques»[156]. El cercamiento era un medio drástico de disciplinar a las clases bajas: «A primera vista, privar a los pobres del beneficio que [...] obtienen de los baldíos puede, sin duda, sonar duro. Pero debemos recordar que en este rico condado, donde hay tanto trabajo que hacer, y, comparativamente, tan pocas manos para hacerlo, hay pocos pobres que no merezcan serlo»[157]. Según pasó el tiempo, fueron haciéndose más obvios los contornos del cercamiento como forma de lucha de clases. Los «bárbaros y vándalos» de la «escuela del campo abierto», escribió Arthur Young, debían «desaparecer antes de que las nuevas ideas [pudieran] arraigar de forma general»[158].

Cercamiento, desposesión y urbanización del campo

El papel del cercamiento como lucha de frontera desde arriba residía en su capacidad para destruir la base espacial de estos regímenes de autorreproducción y desencadenar una rearticulación profunda e intencionada del vínculo entre las esferas productiva y reproductiva. Tal como advirtió el filósofo moral y economista político Richard Price, la concentración de la tierra «en manos de unos pocos grandes agricultores» incrementaría la mano de obra, la demanda del mercado y la disciplina de trabajo. «Los pequeños agricultores —escribió— se convertirán en un cuerpo de hombres que se ganan su subsistencia trabajando para otros, y que tendrán la necesidad de ir al mercado para adquirir todo lo que necesiten [...] Habrá [...] más trabajo, porque habrá mayor compulsión hacia él»[159]. El cercamiento implicaba la concentración y racionalización de propiedades dispersas en parcelas compactas, la privatización y subdivisión de las tierras comunales y la abolición de los derechos basados en la costumbre y el control colectivo del uso de la tierra[160]. La práctica del cercamiento parcial y gradual característica de siglos anteriores se había desarrollado como una forma de consolidación de propiedad azarosa y de iniciativa privada en ausencia de un marco estratégico más amplio.

Pero, como hemos visto, en los siglos XVIII y XIX el cercamiento adquirió significados más amplios para los grandes terratenientes, agricultores y economistas políticos que promovían la mejora agraria como proyecto nacional. Resultaba especialmente atractivo cuando los precios al alza del grano, la lana u otros productos agrarios prometían sustanciales márgenes de beneficio como resultado de la reestructuración del suelo: «El cercamiento —señalaban algunos de sus defensores— incrementa[ba] la renta de las tierras hasta diez veces»[161]. El suelo liberado de las restricciones consuetudinarias y comunales podía ajustarse de forma más rápida y fácil a las cambiantes demandas del mercado, incluidas las actividades no agrarias. Entre ellas se incluían las florecientes industrias minera y forestal, los jardines pintorescos privados, la creación de nuevos desarrollos periurbanos para absorber el crecimiento de las ciudades o el trazado de canales, carreteras, caminos de peaje y más adelante de ferrocarriles que fueron conectando gradualmente todo el territorio nacional con las principales aglomeraciones manufactureras.

La capacidad del cercamiento para remodelar la mano de obra y sus regímenes reproductivos también sufrió un cambio dramático desde finales del siglo XVII. Los ciclos anteriores normalmente habían causado desplazamientos, despoblación y disturbios tumultuosos. Aunque esto preocupaba a algunos promotores de la mejora agraria, la mayoría mantenía que, bajo nuevas condiciones de expansión y desarrollo económico nacional, el cercamiento crearía nuevos puestos de trabajo[162]. Los grupos privados por el cercamiento del acceso a la tierra —y, por tanto, a los medios materiales para su autorreproducción— serían «empleados por el trabajo continuo que se crear[ía] de ahí en adelante»[163]. La población rural «no se perdería, sino que […] junto al suelo, sería mejor empleada»[164]. La oportunidad de controlar y disciplinar a la fuerza de trabajo era otro incentivo para el cercamiento: el agricultor tendría «una mejor superintendencia de sus trabajadores […] dentro de los límites de una finca cercada»[165]. Para otros, sin embargo, la perspectiva del desempleo rural y de un masivo «trasvase de personas» a «las ciudades y grandes localidades» era de hecho un objetivo deseable que no «perjudicaría […] al reino»[166]. En suma, según sus defensores, el cercamiento crearía en el mejor de los casos una masa de pobres desposeídos sujetos a la disciplina salarial en fincas más eficientes. En el peor de los casos, si estas últimas no podían absorberlos, el cercamiento produciría un excedente de población de «trabajadores supernumerarios», que serían «empleados, para mayor beneficio del público, en las […] fábricas», en el floreciente sistema de *putting-out* —especialmente dinámico en

las Midlands y más tarde en las regiones del norte— o «atraídos a ciudades manufactureras»[167]. Además, el cercamiento sería un medio para limpiar las comunidades rurales al «mantener fuera de la vecindad a mucha gente mala»[168]. La expulsión de pobladores informales y grupos de vagabundos no deseados era mencionada a menudo como un objetivo explícito en los debates a favor y en contra de la mejora agraria, e incluso en los propios textos legales. Refiriéndose a los «mercaderes errantes» que se afincaban temporalmente en el páramo cerca de su pueblo en Cumberland, un simpatizante contrario al cercamiento escribió: El último argumento [a favor del cercamiento] es el que se ha usado con más frecuencia, y es que, al cercar el común, ¡nos libraríamos de estos holgazanes! […] Sin embargo […] aquellos para los que resultan detestables no se librarían de ellos tomando el común, puesto que acamparían en los caminos […]. Se dice que son una molestia [y] a veces producen escenas de disturbios y desorden; yo lo lamento, y defendería la necesidad de acabar con dicho desorden […]. [Pero] quizá yo [les] he visto con ojos distintos a los de mis vecinos. Reconoceré que me ha complacido ver a sus hijos corriendo en camisa, y atravesando descalzos el rocío en una mañana de primavera. Me pareció entonces estar contemplando el rastro de la determinación de los primitivos britanos[169].

El cercamiento regulado se remontaba a 1235, cuando el Estatuto de Merton permitió a los señores feudales apropiarse de parte de la tierra comunal si la restante era suficiente para satisfacer las necesidades de los habitantes del señorío. La política anticercamiento que adoptaron los Tudor para prevenir la despoblación, el vagabundeo y el desorden social dificultó su desarrollo, y durante el siglo XVI la ratio de suelo cercado se limitó a un 2% de la superficie total de Inglaterra[170]. Esta política se abandonó poco después de que Jacobo I subiera al trono en 1603, y el ritmo del cercamiento se aceleró en los años posteriores a las guerras civiles. Sin embargo, a lo largo del siglo XVII su alcance fue limitado. El procedimiento habitual durante este periodo era el del cercamiento individual aislado o del cercamiento colectivo mediante acuerdo, que normalmente afectaba solo a una porción de las tierras cultivables o preservaba parte de los pastos y baldíos comunales y los derechos anejos a ellos[171].

Desde principios del siglo XVIII, sin embargo, el cercamiento mediante ley parlamentaria se convirtió en el procedimiento más usado, especialmente en aquellos territorios que se habían resistido al cambio mediante formas menos agresivas. Hubo dos regiones particularmente estratégicas: las tierras fértiles de las Midlands que

iban desde Londres hasta Nottinghamshire, donde el sistema de campo abierto estaba más arraigado y sustentaba una estructura social cohesionada en núcleos más densamente poblados y con una larga tradición de resistencia al cercamiento, y en los condados del norte, que tenían tierras más pobres pero contenían enormes extensiones de baldíos[172]. A diferencia de otros métodos de cercamiento previos, las leyes parlamentarias *(enclosure acts)* afectaban a parroquias enteras —incluyendo las tierras comunales y baldías— y dejaban buena parte de las negociaciones y los procedimientos administrativos al margen del control de la comunidad, para volver a continuación bajo la forma coercitiva de un conjunto integral y obligatorio de prescripciones técnicas respaldadas por el Estado. Hasta entonces, escribió Marx, «el proceso se había llevado a cabo mediante actos de violencia individuales»; en el nuevo contexto, «la propia ley [...] [se convirtió] en el instrumento mediante el cual [se] robaba a las personas la tierra»[173]. Los mecanismos de cercamiento anteriores habían incorporado a veces estrategias económicas colectivas a medio y largo plazo, planes espaciales y productivos y soporte técnico para ponerlos en práctica. Pero el carácter sistemático, estandarizado y centralizado y la sofisticación procedimental de las leyes parlamentarias de los siglos XVIII y XIX establecieron una conexión más robusta entre marcos de regulación espacial y territorial coherentes y la implementación de proyectos nacionales y estrategias sociales más amplios.

A comienzos del siglo XVIII, aproximadamente un 70% de toda la superficie de Inglaterra estaba bajo un régimen de propiedad privada exclusiva, bien porque nunca había sido comunal, bien como resultado de un cercamiento previo. Durante los siglos XVIII y XIX se cercó entre un 20-24% adicional mediante 5.265 leyes parlamentarias y hasta un 4% más por otros procedimientos; en 1914, cuando se abandonó el cercamiento parlamentario, las tierras comunales habían quedado reducidas a un 4,6% de la superficie de Inglaterra[174]. Algunas regiones —especialmente los condados más ricos y poblados y aquellos con mayor superficie de comunes— se vieron particularmente afectadas por las leyes parlamentarias. En el núcleo del sistema de campo abierto de las Midlands, que incluía a Bedfordshire, Cambridgeshire, Huntingdonshire, Leicestershire, Northamptonshire, Oxfordshire y Rutland, el Parlamento cercó más del 40% de las tierras, con Northamptonshire y Oxfordshire a la cabeza, con un 53 y un 54,3%, respectivamente[175].

Los proyectos de ley de cercamiento se hicieron habituales desde el comienzo del siglo XVIII, pero el pico de actividad tuvo lugar en las décadas de 1760-1770 y entre 1795 y 1815, con la mayor intensidad

coinciendo con la subida del precio de los productos agrarios durante las guerras francesas entre 1800 y 1815[176]. Pero incluso después de este periodo hubo una actividad importante en el norte y el noroeste de Londres, incluidos Bedfordshire, Buckinghamshire, Cambridgeshire, Huntingdonshire y Oxfordshire; en Derbyshire, en la región comprendida entre Birmingham, Nottingham, Sheffield y Manchester, y en Cumberland, Northumberland y Westmoreland, en el norte de Inglaterra[177]. Los primeros análisis históricos establecieron un vínculo directo entre urbanización y cercamiento en las inmediaciones de las grandes ciudades, pero una serie de intervenciones posteriores rechazaron esta interpretación, demostrando que el cercamiento parlamentario se desarrolló primero y de forma más intensiva en el núcleo central de las Midlands[178]. Sin embargo, no es contradictorio relacionar el cercamiento con el proceso urbanizador siempre y cuando tengamos en cuenta que este último concierne no solo al crecimiento de las aglomeraciones, sino también, como hemos mencionado antes, a la expansión y reorganización paralela de los *hinterlands* y territorios operacionales de los que estas dependen.

Pero ¿en qué sentido se puede considerar el cercamiento parlamentario una forma de planificación originaria o primitiva? Como ya hemos señalado, el cercamiento mediante ley parlamentaria tenía unas características técnicas, espaciales y discursivas que prefiguraban aspectos de los posteriores mecanismos de planificación, incluidos la racionalización y abstracción de las estructuras de propiedad y uso del suelo, la incorporación de consultas públicas formales sobre el proceso, el apoyo de mecanismos regulatorios y coercitivos respaldados por el Estado para llevar a cabo los planes, una implementación sistemática de las intervenciones espaciales, el desarrollo de técnicas cartográficas estandarizadas o, lo que es más importante para lo que aquí nos ocupa, el uso estratégico de dispositivos espaciales para reorganizar las fronteras entre las prácticas productivas y reproductivas y promover cambios sociales duraderos y a gran escala. El cercamiento parlamentario transfería la autoridad de regular la gestión de la propiedad y los usos del suelo —incluidos los métodos de cultivo durante el progreso de las obras— de los cuerpos comunales locales a agencias estatales supralocales y a expertos cuyas acciones se guiaban por un supuesto interés general. El propio Arthur Young consideraba este cambio institucional «una circunstancia extraordinaria en la historia del cercamiento»; los inspectores y agrimensores a cargo de la preparación de los proyectos de ley y el reparto de tierras —es decir, los planificadores del

cercamiento— eran «una especie de monarca despótico en cuyas manos se deposita[ba] la propiedad de una parroquia para remodelarla y redistribuirla a su antojo [...] y, en muchos casos, sin discusión»[179].

Los aspectos procedimentales y técnicos del proceso captaron la atención de los defensores del cercamiento, estimulando el desarrollo de instrumentos legales y métodos cartográficos y topográficos modernos en Gran Bretaña[180]. El apogeo del cercamiento parlamentario entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XIX popularizó el uso de mapas catastrales en iniciativas públicas y privadas y el apoyo de expertos profesionales como elementos centrales en procesos de reestructuración del suelo y el territorio[181]. Henry Homer, un inspector habitualmente implicado en el procedimiento, publicó uno de los tratados más influyentes e integrales sobre los métodos de cercamiento en 1766[182]. El ensayo aportaba un relato minucioso de los mecanismos legales y administrativos y daba consejos sobre problemas económicos y de diseño, infraestructura, gestión. Homer describió las tareas de los comisarios y topógrafos como «una de las mayores responsabilidades jamás depositadas en un conjunto de hombres en el reino, [que] por tanto merece toda la dotación de prudencia, atención e integridad que pueda resultar de una mente honesta, imparcial e ingeniosa»[183]. La declaración de imparcialidad y compromiso público ya era un aspecto fundamental del aparato discursivo de los mejoradores y comisarios del cercamiento.

El protocolo para redactar y procesar las leyes de cercamiento constaba de tres fases[184]. En la primera, los propietarios de la mayoría de las tierras de la parroquia acordaban solicitar al Parlamento que pusiera en marcha un proyecto de ley de cercamiento. La proporción mínima de apoyos necesarios para activar la iniciativa no estaba establecida, pero solía oscilar entre dos tercios y cuatro quintos del suelo de la parroquia, expresada en términos de superficie absoluta, no del número de propietarios; los grandes terratenientes tenían por tanto una posición aventajada. A partir de 1774 se hizo obligatorio anunciar la petición públicamente en la iglesia durante tres domingos consecutivos. La segunda fase tenía lugar en Londres, empezando con la redacción y lectura del proyecto de ley en la Cámara de los Comunes, después de lo cual se establecía una comisión parlamentaria para estudiar la iniciativa y sopesar las reivindicaciones de los oponentes y las alegaciones, un proceso participativo formal que sustituía el tradicional debate asambleario en la parroquia. Una vez emitido el informe de la comisión, volvía a leerse el proyecto de ley y

se enviaba a la Cámara de los Lores, donde recibía el consentimiento real.

A pesar del lenguaje de transparencia, el proceso estaba a menudo lleno de irregularidades. Con frecuencia bastaba la propiedad de uno o dos propietarios mayoritarios para cumplir con la proporción de apoyos mínimos requeridos para iniciar el procedimiento[185]. Cuando hacía falta un acuerdo más amplio, los grandes propietarios solían preparar la petición sin el conocimiento de sus vecinos y la presentaban para que se firmase sin alternativas antes de enviarla al Parlamento. Las mediciones y estimaciones del suelo podían ser manipuladas fácilmente; el nombramiento de los inspectores era competencia de los promotores de la iniciativa, que podían incluir a personas cercanas a ellos o, hasta 1801, incorporarse a la comisión como miembros activos[186]. El requisito de publicidad también era problemático. En una fecha tan tardía como 1880, un siglo después de que se hubiese fijado esta exigencia, se presentó una moción al Parlamento pidiendo medidas para que se hiciera efectiva. A pesar de las declaraciones de neutralidad, el traspaso de las negociaciones desde la parroquia hasta el Parlamento en realidad socavó la participación. Tal como apuntaron historiadores como John L. Hammond y Barbara Hammond, para poder oponerse a una iniciativa de cercamiento, un aldeano tenía que aprender a leer y escribir textos legales o contratar a un abogado, mudarse a Londres durante unas semanas para seguir el procedimiento y enfrentarse a las represalias de los grandes propietarios al regresar al pueblo[187]. A veces los comisarios preveían la resistencia sobre el terreno e incluían cláusulas que establecían la oposición al cercamiento como un delito, en ocasiones castigado con la pena capital[188]. En suma, por tanto, el pequeño propietario representaba una parte «insignificante» en el proceso[189].

Finalmente, en la tercera fase, el procedimiento volvía a la parroquia con la preparación de la concesión de cercamiento *(enclosure award),* una especie de proyecto de reparcelación que verificaba los títulos de propiedad y los derechos comunales de los terratenientes y otros habitantes, definía y cartografiaba la nueva distribución del suelo, establecía las condiciones de la implementación y asignaba los costes de ejecución y otras obligaciones. Diseñar los nuevos campos llevaba tiempo. Durante este proceso, los inspectores y los topógrafos podían prescribir el curso de los cultivos; por primera vez en siglos, la vida de la parroquia estaba en manos distintas a las de sus habitantes[190]. Siempre que era posible, la parcelación resultante consolidaba las tierras de cada propietario en un solo

predio. «La forma de un campo cultivable —apuntaba un experto— no era algo que hubiese que decidir arbitrariamente»[191]; los esquemas tenían que buscar morfologías eficaces. En los siglos XVIII y XIX se abandonaron los patrones irregulares de los primeros métodos de cercamiento y se buscó la compacidad, simplicidad y racionalidad de los trazados: «Las líneas y los ángulos rectos [eran] principios básicos», tanto por «estética y comodidad como por la economía del cercamiento»[192]. «La primera gran ventaja resultante del cercamiento —comentaba un informe para el Board of Agriculture— es la contigüidad, y cuanto más cuadradas se hagan las parcelas y más céntricas se ubiquen las construcciones, más ventajas supondrá para los propietarios»[193]. El diseño de las infraestructuras y los usos no agrarios también formaba parte de los esquemas. Los topógrafos definían y reorganizaban las conexiones de las carreteras, caminos, canales, vías fluviales y sistemas de drenaje; en ocasiones se eliminaron o reubicaron asentamientos enteros.

La ejecución del proyecto era muchas veces una fuente de conflicto y podía retrasarse durante décadas[194]. La reticencia de los pequeños propietarios a implementar los cercamientos, debido al coste de la operación y el temor a las represalias de sus vecinos desposeídos, hizo que fuera necesario establecer plazos obligatorios de ejecución y multas para aquellos que no los cumplieran. El proceso solían llevarlo a cabo equipos de jornaleros creados para centralizar las obras, cuyo coste se cargaba posteriormente a los propietarios. El procedimiento se fue simplificando en el siglo XIX gracias a varias leyes generales de cercamiento. Estas establecieron un marco regulatorio más homogéneo y de rango nacional, creando un cuerpo permanente de comisarios y topógrafos oficiales para preparar las concesiones de cercamiento, adoptando criterios cartográficos obligatorios para los mapas, introduciendo cláusulas estándar que podían reproducirse de manera sistemática en las leyes locales y, más tarde, definiendo un modelo y condiciones generales que hicieron innecesaria la redacción de leyes individuales.



FIGURA 4. Detalle del mapa de cercamiento de Kilnsea, East Riding, Yorkshire, 1818. Este plano de trabajo ilustra las tareas de los comisarios de cercamientos. Las líneas de puntos muestran la estructura de propiedad preexistente, compuesta de franjas de tierra cultivable en campo abierto. El terreno de Walker Butts, situado en la parte inferior izquierda (trama punteada), era un pasto comunal utilizado por toda la aldea. Los recintos propuestos y la nueva red de caminos aparecen superpuestos en líneas continuas, identificando los nombres de los propietarios. Cortesía de East Riding Archives and Local Studies (ERALS), referencia DDX92/4.

Los historiadores agrarios han debatido durante mucho tiempo el impacto del cercamiento parlamentario en la producción agraria. Los trabajos más recientes contradicen el discurso de los promotores en su momento e insisten en que el cambio no fue sustancial. Los avances técnicos y productivos más importantes los introdujeron los pequeños

granjeros *yeomen* en el siglo XVII —a menudo en cultivos de campo abierto—, no la agricultura promovida por arrendatarios con espíritu emprendedor y trabajada por jornaleros asalariados que se hizo dominante después de las leyes parlamentarias[195]. En el mejor de los casos, el tamaño de las nuevas propiedades introducía economías de escala marginales, y el cercamiento parlamentario facilitaba la adaptación de los esquemas de suelo y trabajo a los imperativos del mercado, eliminando las restricciones comunales. Sin embargo, las zonas en las que sobrevivía el sistema de campo abierto también evolucionaron y vieron cómo se incrementaban sus cosechas a finales del siglo XVIII y principios del XIX, resultando tan competitivas como aquellas ya cercadas[196]. Los arrendamientos, sin embargo, sí que experimentaron aumentos sustanciales después del cercamiento. Normalmente los precios del suelo se duplicaron o triplicaron, y los arrendadores sacaron un beneficio de entre un 15% y un 20% de su inversión original[197]. En ese sentido, uno de los estudios integrales más recientes ha concluido que el cercamiento parlamentario era un medio de redistribución —más que de creación— de la riqueza, transfiriendo los ingresos de los agricultores arrendatarios y los jornaleros a los grandes arrendadores: «Los cercamientos y las grandes fincas eran injustas: enriquecieron a los grandes terratenientes a costa de los pobres»[198].

En lo que los observadores de la época sí acertaron fue en la crucial importancia del cercamiento y la «pérdida irreparable»[199] de los comunes en la proletarización de los pequeños propietarios y trabajadores sin tierras. Los académicos de principios del siglo XX compartían este punto de vista. Algunos, siguiendo el análisis marxiano de la llamada «acumulación primitiva», vieron el cercamiento parlamentario como un paso crucial en el declive de los pequeños propietarios, la formación de una estructura social moderna, el ascenso del capitalismo y las dinámicas concomitantes de la industrialización y la urbanización[200]. Aunque reconocieron la contribución del cercamiento parlamentario al aumento de la desigualdad, una generación posterior de historiadores se centró en estudios de regiones específicas para refutar muchas de estas conclusiones, especialmente el impacto en los patrones migratorios, la despoblación rural y la desaparición de los pequeños agricultores en general, admitiendo en todo caso el declive de los pequeños propietarios[201]. Investigaciones posteriores han apoyado el punto de vista clásico de que el cercamiento forzó la separación de grandes segmentos de la población de la tierra, redujo la cantidad de mano de obra empleada en la agricultura y desempeñó un papel decisivo —si

bien no exclusivo— en la formación de un ejército de fuerza de trabajo barata[202]. Además de las irregularidades anteriormente mencionadas, los pequeños propietarios y arrendatarios podían perder sus tierras si no eran capaces de aportar suficientes pruebas de titularidad —el suelo se poseía a menudo de acuerdo con la costumbre del señorío— o si no podían hacer frente al incremento de los arrendamientos tras las obras. La causa más frecuente, sin embargo, era la incapacidad de los pequeños propietarios de asumir los costes del cercamiento y los gastos suplementarios relacionados con la nueva disposición de las carreteras, el drenaje y las casas de labranza, los honorarios de los topógrafos y comisarios, etcétera. Como su implementación era obligatoria, se veían forzados a realizar desembolsos fatales; muchos vendieron sus tierras durante el proceso o poco después si eran incapaces de devolver los préstamos adquiridos para costear los cambios[203]. Según distintas estimaciones, durante el siglo XVIII y comienzos del XIX el suelo en manos de pequeños propietarios cayó entre un 70 y un 80% en toda Inglaterra[204].

Es más, tal como plantean los Hammond, si «el pequeño agricultor aún se mantenía en pie después de estos gastos, se veía privado de la posibilidad de que sus animales pastaran en las tierras en barbecho y las ya cosechadas, que habían sido casi tan indispensables para él como el suelo que cultivaba»[205]. Como veremos, algunas leyes de cercamiento daban a los pequeños propietarios asignaciones a modo de compensación por la pérdida de derechos comunales, pero eran insuficientes para mantener a su ganado. Por supuesto, el impacto fue aún más duro para aquellos que dependían exclusivamente de los derechos comunales para acceder a la tierra y suplementar los ingresos domésticos. Solo un 1% de las leyes contenían provisiones para compensar a los campesinos y los trabajadores sin tierras[206]. Incluso Arthur Young reconoció el dramático alcance que tuvo el proceso en muchas parroquias: los pobres «solían tener vacas, yeguas, gansos, patos, etcétera; pero ahora, nada; y lo que dicen (he hablado con varios de ellos) es que están arruinados»[207]. Los campesinos hasta entonces independientes y los trabajadores semiproletarios se volvieron totalmente dependientes de los salarios en un momento en el que estos estaban cayendo en términos reales, coincidiendo con el significativo aumento del cercamiento parlamentario en la segunda mitad del siglo XVIII[208]. Young lamentaría esto más tarde como un daño colateral de la mejora agraria. Para otros, sin embargo, este aspecto era clave para «despertar un espíritu de actividad e industria, por el cual […] la postración y la inactividad [serían] reemplazados por el vigor y el esfuerzo»[209].

La separación de los comunes y el proceso de proletarización fueron especialmente duros para mujeres y niños. Tal como hemos visto, sus actividades comunales desempeñaban un papel principal en las economías domésticas antes del cercamiento, y constituían una oportunidad vital para la socialización. Eran el hilo que entrelazaba los mundos de la producción y la reproducción en un momento en que ambos estaban empezando a resquebrajarse para una gran mayoría de hombres adultos[210]. Junto a los beneficios materiales, las tareas cotidianas en torno a los espacios compartidos de los comunes habían vuelto a las mujeres y los niños más autónomos en la comunidad y la familia. Después del cercamiento, quedaron más confinados en los hogares o se veían forzados a incorporarse al creciente ejército de mano de obra agraria e industrial en unas condiciones muy desfavorables. Como asalariados, las mujeres y los niños recibían los trabajos más degradantes, y normalmente cobraban menos de la mitad de la paga de un hombre adulto[211]. La situación era especialmente difícil para las viudas y las mujeres que vivían solas. En sus *Lyrical Ballads,* William Wordsworth dejó un retrato memorable de estos casos en su «historia real» sobre la vieja hilandera Goody Blake, que tenía que robar leña del seto que cerraba la parcela de su vecino para poder cocinar y calentar su cabaña.

Finalmente, el cercamiento parlamentario promovió la urbanización del campo a varias escalas y niveles interrelacionados, conectando y subordinando este último a dinámicas económicas, institucionales, sociales y espaciales dictadas desde las ciudades[212]. Junto con la producción de una nueva fuerza de trabajo, tal como hemos visto, el cercamiento era fundamentalmente un intento de facilitar y acelerar la transformación e integración de *hinterlands* rurales cada vez más amplios para alinearlos de forma más eficaz a los imperativos del mercado nacional y, cada vez más, del internacional; es decir, para someterlos a proyectos de acumulación definidos en las aglomeraciones urbanas y cada vez más conectados con redes comerciales internacionales coordinadas desde los centros metropolitanos. La homogenización del territorio en cuanto activo de propiedad facilitó la consolidación de un mercado nacional de tierras e hipotecas operado desde Londres[213]. Las leyes de cercamiento también urbanizaron la comunidad rural como entidad de gobierno, reescalando la gobernanza con la eliminación de instituciones tradicionales de control local y la subordinación al mandato del Parlamento. En un momento en que los territorios de producción agraria e industrial en expansión necesitaban una mayor conectividad, el cercamiento facilitó la penetración de las infraestructuras de

transporte y comunicación en el campo con la proliferación de redes de caminos, peajes, canales y ferrocarriles cada vez más tupidas, que reorganizaron la movilidad a escala nacional y facilitaron la integración comercial. Las propias ciudades se convirtieron en objeto de leyes de cercamiento en el siglo XIX, cuando sus campos comunales y baldíos periurbanos se incorporaron a proyectos para expandir las pujantes aglomeraciones[214]. De hecho, la Ley de Comunes (Commons Act) de 1876 —una de las leyes generales que regulaban el cercamiento de baldíos y tierras comunales— incluyó una sección específica centrada en el cercamiento de los «comunes suburbanos»[215].

Prefigurando las dinámicas posteriores en las ciudades, el desplazamiento de las poblaciones vulnerables y, literalmente, la «gentrificación» se convirtieron también en dos aspectos interrelacionados de esta urbanización del campo. Por un lado, el cercamiento y la proletarización obligaron a muchos a emigrar a regiones manufactureras emergentes y pueblos industriales en South Lancashire (Manchester y Liverpool), West y South Yorkshire (Leeds, Sheffield) y, especialmente, los condados alrededor de Londres[216]. Por otro lado, el cercamiento facilitó la penetración en el medio rural de élites mercantiles e industriales urbanas que buscaban elevar su estatus social y ganar influencia política comprando propiedades rurales. Estas últimas fueron a menudo responsables de otra forma paradójica de urbanización y gentrificación de los territorios en la campiña: la proliferación de jardines pintorescos en tierras cercadas, diseñados por paisajistas para proteger las casas solariegas de la lóbrega perspectiva geométrica de la tierra «mejorada» alrededor de ellas. «Las tierras destinadas a la agricultura en Inglaterra —escribió el botánico John Claudius Loudon— se cercaron [pronto y] tenían un aspecto que parecía más el de asentamientos campestres dispuestos de forma geométrica […]. Por este motivo, el intento de imitar la irregularidad de la naturaleza mediante […] parques lúdicos se intentó en Inglaterra […] antes que en ninguna otra parte del mundo»[217]. En sus informes regionales, los defensores del cercamiento no perdieron la oportunidad de alabar el encanto recreativo de las impresionantes vistas creadas para el deleite de la *gentry,* siguiendo la moda metropolitana de la pintura paisajista. Curiosamente, su fiera defensa de la mejora agraria y la productividad no se aplicaba a estas tierras y gentes totalmente ociosas.

Cercamientos para el pueblo

El impacto del cercamiento parlamentario desató protestas y la búsqueda de alternativas menos perjudiciales. Algunas de ellas están estrechamente relacionadas con planteamientos habitualmente considerados como precursores del urbanismo en Gran Bretaña y otros lugares. La resistencia popular fue la forma más frecuente de oposición al cercamiento, incluso antes de la normalización de las leyes parlamentarias. La tradición de luchas que había llegado a su apogeo entre la Rebelión de Kett en Norfolk en 1549 y las ocupaciones organizadas de tierras en las inmediaciones de Londres por parte de los *diggers* en 1649 continuó en el siglo XVIII[218]. La acción directa durante el apogeo del cercamiento parlamentario no fue tan sangrienta o espectacular como la de los siglos previos, pero conservó buena parte de su gramática de resistencia, combinando las reivindicaciones de derechos de uso ancestrales con los robos y ataques clandestinos a la propiedad de los cercadores. Las mujeres eran a menudo protagonistas activas de disturbios que conectaban las esferas de la producción, la circulación y el consumo, las revueltas anticercamiento y por los alimentos, así como las protestas desencadenadas por los desahucios, las crisis de reproducción y el avance de la mercantilización[219]. Los rebeldes solían ser recalcitrantes. A veces destrozaban muros y vallas una y otra vez, durante décadas, y hay numerosos ejemplos de victorias en procesos legales prolongados que buscaban el reconocimiento de los derechos consuetudinarios[220].

Sin embargo, la situación cambió durante la primera mitad del siglo XIX. En un contexto de profunda reestructuración económica, captura continuada de los comunes aún existentes y ampliación de la brecha entre los ámbitos de la producción y la reproducción, el foco del conflicto pasó del acceso a la tierra y la preservación de la autonomía de los campesinos a la lucha por los salarios y la mejora de las condiciones laborales. La aparición de nuevas subjetividades políticas y las primeras revueltas genuinamente proletarias deben entenderse por tanto contra un trasfondo de descolectivización generalizada, marcado por el eclipse del territorio social comunal y la fractura de identidades que conectaban a los campesinos y artesanos rurales con la tierra mediante instituciones colectivas y autogobernadas. El cercamiento desempeñó un papel relativo en los acontecimientos que llevaron a las revueltas agrarias generalizadas de 1830 y otros episodios de lucha, pero las hordas rugientes del Capitán Swing centraron sus demandas cada vez más en el desempleo y unos salarios decentes[221]. Los trabajadores rurales eran ahora más poderosos, pero el propio marco y los objetivos de la lucha habían

quedado, por así decirlo, transfigurados por el cercamiento. A medida que iban debilitándose los lazos con la tierra, era más frecuente que la muerte de los comunes suscitara la ira y la nostalgia de grupos o individuos cada vez más aislados. El poeta John Clare, por ejemplo, dejó un vívido retrato de esta situación en sus elegías por un mundo comunal en extinción, impregnadas de una romántica sensación de pérdida[222].

Durante el siglo XVIII, la oposición de las élites al cercamiento se hizo rara, pero, a la vista de sus impactos, algunas voces pidieron esquemas más humanos que compensaran a los pobres por la pérdida de derechos consuetudinarios. Estas propuestas resultan especialmente interesantes desde la perspectiva del urbanismo, pues prefiguran el planteamiento más equilibrado que suele asociarse con programas reformistas posteriores[223]. Entre ellas se incluían la provisión de huertos adosados a las cabañas después del cercamiento, la creación de reservas de suelo para pastos comunales y la recolección de combustible, el reparto de las tierras baldías en pequeñas parcelas para los pobres, la creación de espacios públicos recreativos para la interacción social o incluso la intervención de la Corona para combinar algunas de estas medidas y reubicar pueblos enteros en torno a nuevos asentamientos agrarios más eficaces[224]. El propio instrumento de la desposesión era de este modo reimaginado como medio para promover formas incipientes de *welfare*. Hacia finales del siglo XVIII se adoptaron en algunos casos medidas moderadas, como la sustitución de derechos comunales con pequeños huertos para trabajadores pobres, pero a menudo los beneficiarios se quejaron de que la compensación era insuficiente y vendieron las parcelas poco después[225]. A principios del siglo XIX, el temor de que hubiera desórdenes sociales en un momento de hambruna, inflación y guerra contra Francia reforzó la idea de que el suministro de huertos era un complemento necesario del cercamiento[226]. La defensa más destacada vino de una fuente inesperada: Arthur Young. En un controvertido panfleto publicado en 1801 sin el apoyo del Board of Agriculture, argumentó a favor del cercamiento masivo dirigido por el Estado y la redistribución de los baldíos entre los campesinos sin tierras, poniéndolos a su disposición a través de alquileres asequibles. Esto les daría un interés en la tierra y el progreso de la nación y, más importante, ayudaría a frenar el incremento de los impuestos parroquiales dedicados a las ayudas a los pobres, que habían ido en aumento como consecuencia del proceso generalizado de desposesión[227]. Era una apuesta atrevida, aunque contradictoria, para alguien que, apenas dos años antes, había escrito de forma sarcástica

sobre las parroquias con esquemas de este tipo como lugares donde las «mujeres pobres [eran] muy vagas» y «no [hacían] más que tener hijos y comer tarta»[228].



FIGURA 5. Detalle del mapa de cercamientos de Bottesford, Leicestershire, 1771. Se trata de un ejemplo temprano de cercamiento con (exiguas) medidas compensatorias. A la derecha, el área delimitada por puntos negros indica la ubicación de una parcela reservada para los pobres de la localidad. A modo de comparación, las zonas sombreadas muestran las propiedades del duque de Rutland, el principal propietario en la zona. Cortesía del Bottesford Community Heritage

Project.

John Sinclair, el superior de Young en el Board of Agriculture, fue inicialmente reticente a estos planteamientos. Sin embargo, más tarde aportó su propia versión, más sombría, de una solución similar. En 1819 la amenaza de una «convulsión fatal» en las florecientes ciudades industriales a consecuencia de la inmigración y la pobreza sirvió de acicate para proponer la creación de una gran corporación público-privada encargada de promover la mejora agraria a escala nacional[229]. Los supervisores de la populosa parroquia londinense de St. Martin in the Fields habían acudido a Sinclair para preguntarle si le parecía factible reubicar a los pobres de la ciudad en el campo[230]. La respuesta de Sinclair constituía un primer intento de planificación nacional para cultivar los baldíos aún existentes y remodelar la reproducción de las clases trabajadoras excedentes. Para reducir la carga fiscal de las ayudas para pobres en las grandes ciudades, sugirió que se realojara a las personas desempleadas en «colonias» ubicadas en zonas rurales no cultivadas y en las «inmediaciones de las metrópolis», para que trabajaran la tierra[231]. La mano de obra y los suelos desaprovechados, que hasta ese momento se encontraban «en un estado de completa ociosidad», se disciplinarían para generar «riqueza pública»[232]. En otras palabras, la estrategia buscaba revertir la articulación económico-política existente entre las esferas de la producción y la reproducción. Se pasaba de un esquema que cargaba parcialmente a las clases altas y medias con los costes de reproducción de los pobres a uno en el que la propia reproducción de la fuerza de trabajo se convertía en una oportunidad de beneficio.

Para contener el gasto público e incrementar el empleo, los habitantes de las nuevas colonias trabajarían la tierra «manualmente», mediante «agricultura de pala» —sin ayuda animal—, una extraña fórmula viniendo de un defensor de la modernización agraria. Operando como una sociedad por acciones bajo la autoridad del Parlamento, la propuesta «Compañía Agrícola Real» captaría «todo ese capital flotante que, de otro modo, podría permanecer […] inutilizado o ser enviado a países extranjeros» para impulsar «la colonización nacional»[233]. Aunque no llegó a materializarse nunca de la forma sistemática que había pensado Sinclair, el esquema era astuto en su intento por reescalar el proyecto de la mejora agraria mediante un monopolio público-privado de desposesión capitalizada. El cercamiento había contribuido de forma clave al proceso de migración y urbanización; el concepto de Sinclair buscaba reconvertirlo en una herramienta paliativa para eliminar las contradicciones de estos fenómenos. Irónicamente, a finales de la década de 1860 la Land and

Labor League revisitaría, con un enfoque político completamente diferente, la idea de desarrollar «colonias domésticas» para los desempleados, y a principios de la década de 1880 este enfoque se hizo dominante entre las organizaciones de izquierda[234].

La implementación real de planteamientos de cercamiento «justo» no seguiría estos grandes esquemas y tendría más que ver con intentos *ad hoc* de la élite por contener el descontento rural. Sin embargo, su efecto acumulativo no era desdeñable. Tal como hemos visto, durante un breve periodo de tiempo en el transcurso de las guerras napoleónicas fueron frecuentes los debates sobre los huertos para pobres como compensación por el cercamiento. Los esquemas locales florecieron con resultados sorprendentes: las cosechas de los huertos fueron especialmente altas, se pagaron los alquileres puntualmente, las mujeres y los niños volvían a cuidar de su ganado y trabajaban sus huertos tal como habían hecho en su día en los comunes y las tasas de pobres se redujeron notablemente, a veces hasta un 95%[235]. El movimiento a favor de la creación de huertos volvió a captar la atención de ciertos sectores de la élite en la década de 1830, tras las revueltas del Capitán Swing, y de nuevo en la década de 1870 después de la llamada Revuelta del Campo (Revolt of the Field), con lo que ganó un apoyo más amplio y consiguió importantes logros, incluyendo reformas legislativas. Lo que había empezado como un intento de los *tories* por pacificar a la población frente al desorden rural se convirtió en unas pocas décadas en una plataforma con una base considerable de clase trabajadora y vínculos con el cartismo y su ambicioso proyecto de reforma del suelo, el Land Plan de 1845[236]. Las Leyes Generales de Cercamiento de 1845 y 1857 y la Ley de Comunes de 1876 incorporaron medidas para la provisión de huertos y espacios recreativos y la preservación de los prados de pueblos y ciudades. Se trataba, sin duda, de desarrollos progresistas, pero no debemos olvidar las implicaciones sociales y políticas más profundas de los huertos como medidas para paliar los efectos de la descomunización. Aunque aportaron una oportunidad muy necesaria de reforzar los ingresos familiares, también extendieron y normalizaron la idea de que el acceso a la tierra y la propia reproducción de la familia se resolvían esencialmente en el ámbito privado, y debilitaron los intentos de reactivar los arreglos socioespaciales colectivos que se habían perdido con los comunes.

El otro movimiento destacado para frenar los efectos del cercamiento durante el siglo XIX fue la campaña para la preservación de los comunes como espacios públicos abiertos. Obedecía a las lógicas de la gran ciudad y, de nuevo, tenía un trasfondo burgués. En

Londres, la tradición de las revueltas para preservar los comunes como espacios recreativos populares se remontaba al siglo XVI, pero los planteamientos del siglo XIX adoptaron una orientación de clase muy diferente[237]. No iban dirigidos a defender la costumbre de usos colectivos ancestrales, sino a transformar los comunes para responder a nuevos conflictos generados por dinámicas de urbanización agresivas e insalubres, desencadenadas entre otros motivos por el propio cercamiento. Durante el primer tercio del siglo XIX hubo varias iniciativas para transformar los comunes en espacios verdes públicos en los enclaves residenciales de la clase media-alta en las inmediaciones de la capital, y la Ley General de Cercamiento de 1845 impuso restricciones a la transformación de la tierra comunal en un cinturón de quince millas alrededor de Londres y otras ciudades[238].

Sin embargo, la implementación de estas medidas fue bastante limitada, y los conflictos por la ocupación de la tierra comunal continuaron produciéndose. La Commons Preservation Society —la iniciativa proteccionista más ambiciosa del periodo— fue creada en 1865 precisamente como consecuencia de la disputa por los comunes de Wimbledon y Putney. En 1864, John Spencer, lord del señorío de Wimbledon, promovió un proyecto de ley de cercamiento para convertir la zona en desarrollos residenciales. Un grupo de residentes paró la iniciativa en la Cámara de los Comunes y presionó para que se protegieran determinados lugares de forma permanente por su potencial para la mejora de la salud y el ocio públicos en Londres y más allá. El resultado de este esfuerzo fue la aprobación de las Leyes de Comunes Metropolitanos de 1866 y 1869, y en Londres, la preservación de los comunes de Plumstead, Wandsworth y Wimbledon, de Hampstead Heath y de Epping Forest, entre otros[239]. La sociedad contó con la participación de John Stuart Mill y reformadores urbanos como Octavia Hill y Robert Hunter, así como con el apoyo de eminentes socialistas como William Morris[240]. Directamente relacionada con su trabajo en la Commons Preservation Society, Mill pasaría a fundar en 1871 la Land Tenure Reform Association, que hizo campaña para fijar impuestos sobre los incrementos de las rentas de la tierra, el control estatal de todos los suelos baldíos para uso nacional —incluidos el cultivo y la preservación de la «belleza natural salvaje»— y la adquisición pública de tierras para fomentar la agricultura cooperativa, la agricultura de pequeña escala y la mejora de las viviendas de la clase trabajadora[241]. La sociedad reclamaba «no menos cercamientos o reservas más grandes, sino el fin de los cercamientos, salvo para el beneficio del pueblo»[242].

Cercamientos para el pueblo: esta alquimia reformista resignificaba la retórica del interés general para volver la lógica y los instrumentos de la mejora agraria en contra de sus arquitectos políticos. Estos primeros intentos de reforma estaban sentando las bases de las ideologías del urbanismo moderno, y deberíamos tener en cuenta que, hasta cierto punto, pueden considerarse una victoria de la lucha de clases desde abajo. La Land Tenure Reform Association y otras iniciativas similares eran un intento de atraer a los estratos proletarios moderados y contrapesar enfoques más radicales como los de la Land and Labor League. Inspirada en la Primera Internacional, esta última se creó en 1869 para promocionar la nacionalización del suelo, y contó con el interés de Karl Marx y la participación de varios miembros de la Commons Preservation Society[243]. Hill y Hunter fundarían asimismo el National Trust —inicialmente concebido como el Commons Garden Trust— como parte de un proyecto más amplio para extender los esfuerzos de la reforma sanitaria a la producción de entornos urbanos más saludables, la preservación del patrimonio cultural y la mejora de los *slums,* incluida la construcción de viviendas asequibles[244].

Hay por tanto varios hilos subyacentes y a veces contradictorios que conectan las viejas y nuevas racionalidades del cercamiento y las luchas por los comunes con el surgimiento de la reforma urbana, episodio este último que suele presentarse como origen de la planificación en los relatos históricos convencionales. Hay que reconocer estos vínculos con todas sus implicaciones epistemológicas y políticas. Las raíces del urbanismo son transversales a la divisoria ciudad-campo y están relacionadas con la fundación misma del capitalismo, incluyendo tanto sus rasgos más socialmente devastadores como los intentos de paliarlos. Ya hemos comentado que el cercamiento fue parte de una estrategia de desarrollo nacional más amplia que intensificó simultáneamente las dinámicas de aglomeración —por ejemplo, la concentración de población, bienes y actividades en centros urbanos— y procesos de urbanización extendida como la expansión de redes de infraestructuras o una integración del mercado nacional dirigida desde las ciudades. Pero los mecanismos de cercamiento estuvieron también presentes en los primeros esquemas de descentralización que intentaban redistribuir la población urbana y la actividad económica en *hinterlands* metropolitanos extensivos, prefigurando conceptos posteriores en las tradiciones del socialismo utópico y el movimiento de las ciudades-jardín. El propio Ebenezer Howard era un ávido lector de Mill y, en las décadas de 1880 y 1890, buscó el apoyo de organizaciones

interesadas en la idea de planificar la migración ciudad-campo, tales como la Land Nationalization Society, una filial de la Land Tenure Reform Association creada por Alfred Russel Wallace, un viejo conocido de Howard y amigo cercano de Mill[245]. Este trasfondo y el contexto de los debates en las décadas anteriores permiten tener un conocimiento más profundo de las connotaciones políticas del esquema original de la ciudad-jardín, con su énfasis en los huertos, la labranza cooperativa, la agricultura eficaz, la propiedad municipal y los parques comunales[246]. Por supuesto, su enfoque se hacía eco de las posiciones más progresistas en los debates recientes. Pero quizá la propia intensidad y densidad de las actividades en el anillo exterior y el cinturón verde que rodeaba los asentamientos satélite de Howard eran también un reflejo contradictorio de la ideología, ahora dominante, de la mejora agraria. No hay espacio para los suelos improductivos, en barbecho o baldíos en las imaginaciones del urbanismo moderno; el territorio, como el trabajo, debe ser movilizado íntegramente por proyectos centralizados para «perfeccionar» la urbanización.

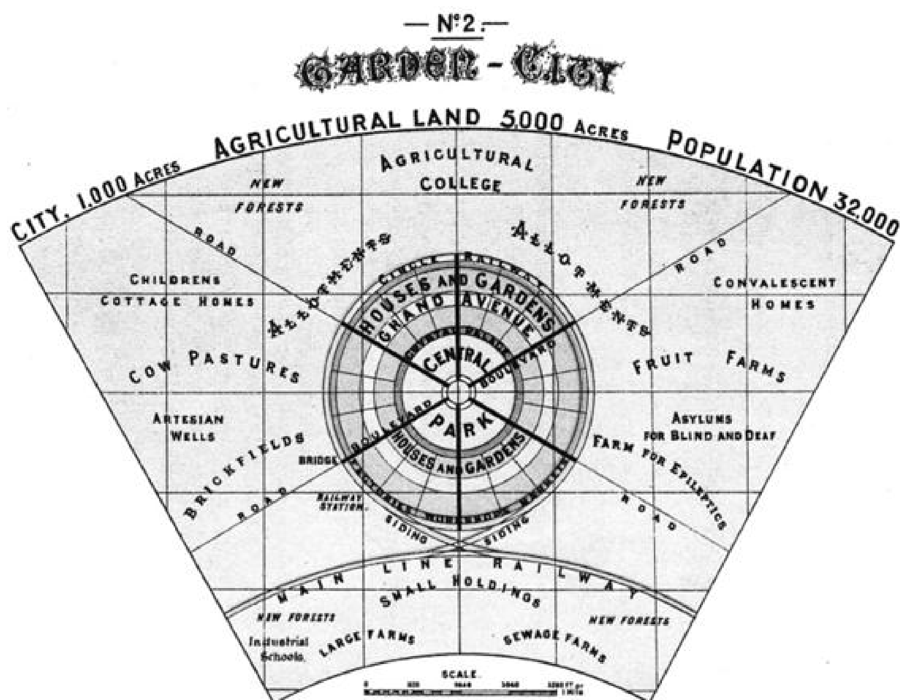


FIGURA 6. Ebenezer Howard, esquema de ciudad-jardín, 1902. Howard concibió la ciudad-jardín como parte de un organismo urbano más amplio. Este diagrama muestra sintéticamente la organización del ámbito territorial reservado a la misma, combinando el núcleo propiamente dicho, las infraestructuras de comunicación con otros asentamientos y una amplia extensión de suelo destinado fundamentalmente a

usos agrícolas y dotacionales. El profuso programa de actividades incluye, ente otros, huertos, pastos y equipamientos asistenciales y educativos. Reimpreso de Ebenezer Howard, *Garden Cities of To-Morrow* (Londres, 1902), op. 22. Fuente: Internet Archive.

De manera similar, la preservación de los comunes urbanos para aliviar la presión urbanizadora y el uso del cercamiento para crear espacios y servicios públicos gestionados por el Estado fueron precursores importantes de la reforma sanitaria y el movimiento por la creación de parques, que son vistos generalmente como momentos clave en los inicios de la planificación espacial en Europa y Norteamérica. Las iniciativas progresistas también promovieron planteamientos alternativos para reorganizar los vínculos entre producción y reproducción social como parte de estrategias de bienestar incipientes, gestionadas por la administración pública. Estas incluían no solo esquemas agrarios organizados por el Estado destinados específicamente a la clase trabajadora, sino también «trabajos sanitarios, viviendas mejoradas, jardines públicos, edificios cooperativos e instituciones públicas útiles de todo tipo»[247]. En otras palabras, estos desarrollos apuntaban a la posibilidad de una «mejora» y una gestión estatal generalizada de las condiciones de reproducción social.

Este giro inesperado fue consecuencia, sin duda, de la correlación de fuerzas emergente en la segunda mitad del siglo XIX, con el reto de una clase trabajadora más cohesionada y organizada. Pero el cambio estaba produciéndose todavía dentro de los estrechos confines ideológicos de un planteamiento que naturalizaba la propiedad y los regímenes de uso exclusivos y la gestión estatal del nexo tierra-sociedad en nombre del desarrollo nacional. Quizá más importante, a pesar de la nueva concepción de la idea de interés general, la emergente mentalidad progresista seguía olvidando la víctima más preciada del cercamiento: la idea de los comunes como un espacio para la reproducción autónoma y el autogobierno colectivo, y las posibilidades sociopolíticas latentes en ellos. Esta ambigüedad es intrínseca a las ideologías urbanísticas y reaparecerá en capítulos posteriores. Los relatos convencionales acerca de los orígenes y motivaciones de la reforma y la planificación urbanas ocultan esta ambivalencia, destacando los intentos progresistas de limitar el *laissez-faire* de la urbanización industrial. Al desplazar el nacimiento de la planificación en el tiempo y el espacio, sin embargo, recuperamos una perspectiva fundamental que revela un papel mucho más problemático. La planificación surgió como un aparato de descolectivización y desposesión respaldado por la ley y el poder

estatal, con una orientación intrínsecamente coercitiva. Fue más tarde, en un contexto de contradicciones espaciales y conflictos sociales crecientes, cuando la planificación misma se convirtió en un espacio de lucha. En este contexto, los nuevos planteamientos buscaron soluciones más equilibradas, pero a menudo conservaron marcos de gobernanza restrictivos y los supuestos político-jurídicos de la etapa anterior, especialmente en relación con la concepción de la propiedad.

En su clásica exploración de la forja de las estructuras de la justicia burguesa y la erosión paralela de los derechos consuetudinarios en la Gran Bretaña del siglo XVIII, E. P. Thompson planteó una interesante reflexión sobre el carácter complejo y poliédrico de los marcos legales, que puede aplicarse aquí de forma provechosa[248]. Para Thompson, este periodo vio la consolidación de formas de derecho que alteraron las nociones existentes de la justicia, la igualdad y el poder del Estado en beneficio de las nuevas élites terratenientes; de hecho, la propia ideología en torno al cercamiento parlamentario deriva de esta problemática. Pero el discurso legalista emergente —el principio del «Estado de Derecho»— también consagraba una visión de valores universales que podía volverse en contra de los abusos arbitrarios. La ley podía escribirse para favorecer a las clases dirigentes, pero no podía parecer injusta. El principio de igualdad subyacente a su retórica contenía un excedente emancipatorio y democrático que, en determinadas condiciones, también podía movilizarse para «inhibir el poder y prestar protección a los débiles»[249]. Las formas legales, sugiere Thompson, no solo «se imponen a los hombres desde arriba», sino que también son «un medio dentro del cual se disputan otros conflictos sociales»[250]. Lo mismo puede decirse de la planificación. John Stuart Mill estaba explotando las posibilidades críticas de este conflicto normativo cuando invocó el cercamiento y el interés general como una oportunidad para reorientar la urbanización capitalista. Debemos tener esto en mente cuando especulemos sobre la posibilidad de una resignificación comunal del urbanismo.

Este capítulo ha encontrado un origen del urbanismo menos complaciente pero fundamental en las luchas por la regulación del suelo y la propiedad que posibilitaron la consolidación de formas maduras de capitalismo territorial en Gran Bretaña. Estas luchas estaban basadas en la eliminación de vastos comunes materiales y prácticas comunales duraderas relacionadas con la satisfacción de necesidades básicas como la comida, la energía y el alojamiento. Comparados con estos arreglos, los comunes que se estudian en el resto del libro tenían una definición más difusa y, como dinámicas inmateriales o relacionales, sus beneficios eran menos inmediatos. En

consonancia con esto, el aparato urbanístico examinado en este capítulo fue mucho más dañino y coercitivo que los que exploraremos después. Las leyes parlamentarias aportaron un marco legal y técnico sistemático que maximizó el poder transformador del cercamiento. La privatización de los campos comunales y la eliminación de los derechos consuetudinarios tuvieron un impacto social devastador en el pequeño campesinado, los trabajadores sin tierras y, en general, las comunidades rurales subalternas. Por supuesto, esta forma de desposesión no fue exclusiva de Gran Bretaña. Pueden encontrarse mecanismos similares de cercamiento, destrucción del campesinado y descomunización en los países europeos en vías de industrialización durante este periodo, y el saqueo imperialista en el extranjero no solo estaba inextricablemente conectado con la perspectiva de la colonización nacional, sino que también se apoyaba en procedimientos análogos. Las poblaciones excedentes creadas por estas olas masivas de descolectivización y desplazamiento reaparecerán en el siguiente capítulo, luchando por establecer unos comunes más salvajes y esquivos en un entorno hostil a medida que descienden sobre la pujante ciudad industrial.

---

81 Neil Brenner y Christian Schmid, «Towards a New Epistemology of the Urban?», *City* 19 (2015): 151-182. Como es sabido, el lema «las ciudades primero» fue propuesto por Jane Jacobs en *The Economy of Cities* (Nueva York: Vintage, 1970), 3-48 [*La economía de las ciudades* (Barcelona: Península, 1971)], para presentar las ciudades como los principales órganos de desarrollo económico a lo largo de la historia.

82 Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy,* vol. 1 (Londres: Penguin, 1976), 873-895 [*El Capital: crítica de la economía política* (México: Fondo de Cultura Económica, 2017)]; Perelman, *Invention of Capitalism;* Federici, *Caliban,* 68-75. Véase una exposición del origen del capitalismo en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII en Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1946), 18 [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1972)].

83 Benevolo, *Origini,* 15-18; Sica, *L'ottocento,* 19-21.

84 George Rudé, *Hanoverian London, 1714-1808* (Berkeley: University of California Press, 1971), 1, 30.

85 Thomas F. Reddaway, *The Rebuilding of London after the Great Fire* (Londres: Arnold, 1951); John Summerson, *Georgian London* (New Haven, CT: Yale University Press, 2003), 36-44.

86 Juliette Hanson, «Order and Structure in Urban Design: The Plans for the Rebuilding of London after the Great Fire of 1666», *Ekistics* 56 (1989): 22-42.

87 Daniel Defoe, *A Tour thro' the Whole Island of Great Britain* (Londres, 1725), 2: 95.

88 Summerson, *Georgian London,* 196-216.

89 Véase una historia general de la concepción del territorio en Stuart Elden, *The Birth of Territory* (Chicago: University of Chicago Press, 2013).

90 Dobb, *Studies,* 125; Robert Brenner, «Dobb on the Transition from Feudalism to Capitalism», *Cambridge Journal of Economics* 2 (1978): 121-140, 138 [«Maurice Dobb, a propósito de la transición del feudalismo al capitalismo, *Investigación Económica* 146 (1978): 17-46].

91 Karl Marx, *Grundrisse* (Harmondsworth, RU: Penguin, 1973), 479 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (México: Siglo XXI, 2013)].

92 Neil Brenner, «Theses on Urbanization», *Public Culture* 25 (2013): 85-114 [«Tesis sobre la urbanización planetaria», *Nueva Sociedad* 243 (2013): 38-66]; Brenner, *Implosions/Explosions.*

93 Luxemburg, *Accumulation of Capital;* Sevilla-Buitrago, «Urbs in Rure».

94 Marx, *Capital,* 1: 873-895.

95 Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View* (Londres: Verso, 2002) [*El origen del capitalismo: una mirada de largo plazo* (Madrid: Siglo XXI, 2021)].

96 Wood, *Origin,* 36-37.

97 *Ibidem,* 103.

98 Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750* (Nueva York: Academic Press, 1980), 261-68 [*El moderno sistema mundial, vol. 2: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750* (México: Siglo XXI, 1984].

99 Wood, *Origin,* 91-92; Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, Vol. 3: The Perspective of the World* (Londres: William Collins, 1984), 3: 260-261 [*Civilización material, economía y capitalismo: siglos xv-xviii, vol. 3: El mundo del tiempo* (Madrid: Alianza Editorial, 1984)].

100 Braudel, *Civilization and Capitalism,* 3: 295-296.

101 James A. Yelling, «Agriculture, 1500-1730», en *An Historical Geography of England and Wales,* ed. Robert A. Dodgshon y Robin A. Butlin, 2.ª ed. (Londres: Academic Press, 1990), 181-198.

102 Mark Overton, *Agricultural Revolution in England: The Transformation of the Agrarian Economy, 1500-1850* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996), 48, 59.

103 Allan Greer, «Commons and Enclosure in the Colonization of North America», *American Historical Review* 117 (2012): 365-386; Ranajit Guha, *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement,* 2.ª ed. (Nueva Delhi: Orient Longman, 1982), y Philip McMichael, *Settlers and the Agrarian Question: Capitalism in Colonial Australia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004).

104 John Laurence, *A New System of Agriculture* (Dublín, 1727), 32.

105 Arthur Young, *A Six Months Tour through the North of England* (Londres, 1771), 1: 228.

106 John Sinclair, *Memoirs of the Life and Works of Sir John Sinclair* (Edimburgo, 1837), 2: 111; énfasis añadido.

107 Gordon E. Mingay, *English Landed Society in the Eighteenth Century* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1963), 10-13.

108 Frank O'Gorman, *The Long Eighteenth Century: British Political and Social History, 1688-1832,* 2.ª ed. (Londres: Bloomsbury, 2016), 75-101.

109 Arrighi, *Long Twentieth Century,* 159-160.

110 Locke había desempeñado un papel clave en conspiraciones anteriores contra el rey antes de la Revolución; véase una síntesis de su planteamiento de la cuestión de la tierra, la propiedad y el cercamiento en Neal Wood, *John Locke and Agrarian Capitalism* (Berkeley: University of California Press, 1984), 60-69; Ellen Meiksins Wood, *Liberty and Property: A Social History of Western Political Thought from Renaissance to Enlightenment* (Londres: Verso, 2012), 256-287; Elden, *Birth of Territory,* 305-308.

111 Gordon E. Mingay, *Enclosure and the Small Farmer in the Age of the Industrial Revolution* (Londres: Macmillan, 1968), 18-19.

112 Roger Kain, John Chapman y Richard Oliver, *The Enclosure Maps of England and Wales, 1595-1918* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 1-9.

113 Wood, *Liberty and Property,* 280.

114 Richard Brown, *Society and Economy in Modern Britain, 1700-1850* (Londres: Routledge, 1991), 69.

115 John Sinclair, *The Code of Agriculture* (1817; repr., Londres, 1821), 87.

116 Braudel, *Civilization and Capitalism,* 3: 560-561, 3: 593.

117 John Arbuthnot, *An Inquiry into the Connection between the Present Price of Provisions and the Size of Farms* (Londres, 1773), 81.

118 Laurence, *New System of Agriculture,* 33.

119 John Billingsley, *General View of the Agriculture of Somerset* (Londres, 1794), 37.

120 John Bishton, *General View of the Agriculture of the County of Salop* (Brentford, 1794), 25-26.

121 Alan R. H. Baker y Robin A. Butlin, *Studies of Field Systems in the British Isles* (Cambridge: Cambridge University Press, 1973).

122 Rowland E. Prothero, *English Farming: Past and Present* (Londres: Longmans, Green, 1912), 6; Leonard Cantor, *The Changing English Countryside, 1400-1700* (Londres: Routledge, 1987), 2-6.

123 Peter Coss, *The Origins of the English Gentry* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).

124 Charles S. Orwin y Christabel S. Orwin, *The Open Fields* (Oxford: Clarendon, 1938); David Hall, *The Open Fields of England* (Oxford: Oxford University Press, 2014).

125 Baker and Butlin, *Studies of Field Systems.*

126 Joan Thirsk, «The Common Fields», *Past and Present* 29 (1964): 3-25, 3; Cantor, *Changing English Countryside,* 5-8.

127 Hall, *Open Fields,* 1-6, 175-214.

128 Henry Homer, *An Essay on the Nature and Method of Ascertaining Specifick Shares of Proprietors, upon the Inclosure of Common Fields* (Oxford, 1766), 6.

129 Cantor, *Changing English Countryside,* 6.

130 *Ibidem.*

131 J. Ross Wordie, «The Chronology of English Enclosure, 1500-1914», *Economic History Review* 36 (1983): 483-505, 491.

132 Kain, Chapman y Oliver, *Enclosure Maps,* 5.

133 John Middleton, *View of the Agriculture of Middlesex* (Londres, 1798), 99, 138; Gregory Clark y Anthony Clark, «Common Rights to Land in England, 1475-1839», *Journal of Economic History* 61 (2001): 1009-1036, 1028.

134 John Houghton, *Husbandry and Trade Improv'd* (1681; repr., Londres, 1728), 11; Jerome Blum, «English Parliamentary Enclosure», *Journal of Modern History* 53 (1981): 477-504, 479.

135 E. P. Thompson señala que la «tierra sobre la que podía regir la costumbre podía ser un señorío, una parroquia, una extensión de río, un ostrero en un estuario, un parque, un pasto de montaña o una unidad administrativa más grande como un bosque»; véase su *Customs in Common,* 98.

136 Neeson, *Commoners,* 313. Joan Thirsk defiende que los derechos comunales eran el elemento más antiguo del sistema de campo abierto, un «residuo de derechos más extensos […] disfrutados desde tiempos inmemoriales, que los reyes anglosajones y después los normandos y los señores feudales restringieron»; Thirsk, «Common Fields», 4.

137 E. C. K. Gonner, *Common Land and Inclosure* (Londres: Macmillan, 1912), 96-100; Neeson, *Commoners,* 313-319. Véase una definición de estos términos en el glosario de Linebaugh, *Magna Carta,* 301-311.

138 Paul Slack, *Poverty and Policy in Tudor and Stuart England* (Londres: Longman, 1988), 44, 100-101, 126.

139 Hall, *Open Fields,* 128-133; Neeson, *Commoners,* 2, 110-157.

140 Sara Birtles, «Common Land, Poor Relief and Enclosure», *Past and Present* 165 (1999): 74-106, 105.

141 Michael Turner, «English Open Fields and Enclosures: Retardation or Productivity Improvements», *Journal of Economic History* 46 (1986): 669-692;

Michael Turner, John Beckett y Bethanie Afton, «Agricultural Sustainability and Open-Field Farming in England, c. 1650-1830», *International Journal of Agricultural Sustainability* 1 (2003): 124-140.

142 Neeson, *Commoners,* 158-184.

143 Charles Tilly, «Demographic Origins of the European Proletariat», en *Proletarianization and Family History,* ed. David Levine (Nueva York: Academic Press, 1984), 1-85.

144 Neeson, *Commoners,* 159, 176-177.

145 David Davies, *The Case of Labourers in Husbandry* (Londres, 1795), 56-57; Federici, *Caliban,* 73-75; Jane Humphries, «Enclosures, Common Rights, and Women: The Proletarianization of Families in the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries», *Journal of Economic History* 50 (1990): 17-42.

146 Humphries, «Enclosures», 32-35; John L. Hammond y Barbara Hammond, *The Village Labourer, 1760-1832* (Londres: Longmans, Green, 1912), 107 [*El trabajador del campo* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987)]; Neeson, *Commoners,* 165.

147 Humphries, «Enclosures», 24, 31. La «asignación» —los animales que el propietario de los derechos comunales tenía derecho a poner a pastar en tierras comunales— asociada con la propiedad de una casa solían ser dos vacas y varias ovejas; cuando se alquilaba la casa, el derecho se transfería al inquilino. Véase Leigh Shaw-Taylor, «Parliamentary Enclosure and the Emergence of an English Agricultural Proletariat», *Journal of Economic History* 61 (2001): 640-662, 642-645.

148 Neeson, *Commoners,* 171-184.

149 Ian Waites, *Common Land in English Painting, 1700-1850* (Woodbridge, RU.: Boydell & Brewer, 2012); John Goodridge, *John Clare and Community* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013), 105-133.

150 Thompson, *Customs in Common,* 97-184; Neeson, *Commoners;* Linebaugh, *Magna Carta,* 21-118.

151 Anónimo, 1785, citado en Neeson, *Commoners,* 24.

152 Thomas Stone, *Suggestions for Rendering Inclosure of Common Fields and Waste Lands a Source of Population and Riches* (Londres: Nichols, 1787), 76.

153 John Bellers, *An Essay towards the Improvement of Physick, with an Essay for Imploying the Able Poor* (Londres, 1714), 40.

154 Arbuthnot, *Inquiry,* 83-84.

155 Billingsley, *General View of the Agriculture of Somerset,* 36-37.

156 Charles Vancouver, *General View of the Agriculture of Hampshire* (Londres, 1810), 496.

157 John Clark, *General View of the Agriculture of Hereford* (Londres, 1794), 27.

158 Arthur Young, *General View of the Agriculture of Oxfordshire* (Londres, 1809),

35-36.

159 Richard Price, *Observations on Reversionary Payments,* 3.ª ed. (1771; repr., Londres, 1773), 382.

160 Puede encontrarse un análisis moderno y sintético del cercamiento parlamentario en Robert C. Allen, *Enclosure and the Yeoman* (Oxford: Clarendon, 1992); Mingay, *Enclosure and the Small Farmer;* Michael Turner, *English Parliamentary Enclosure: Its Historical Geography and Economic History* (Folkestone, Kent: Archon, 1980); Michael Turner, *Enclosures in Britain, 1750-1830* (Londres: Macmillan, 1984); James A. Yelling, *Common Field and Enclosure in England, 1450-1850* (Londres: Macmillan, 1977).

161 Laurence, *New System of Agriculture,* 32.

162 Gilbert Slater, *The English Peasantry and the Enclosure of Common Fields* (Londres: Constable, 1907), 117-139.

163 Laurence, *New System of Agriculture,* 33.

164 Vancouver, *Hampshire,* 514; Arbuthnot, *Inquiry,* 136.

165 Richard Davis, *A General View of the Agriculture of the County of Oxford* (Londres, 1794), 30.

166 Samuel Fortrey, *England's Interest and Improvement,* 4.ª ed. (1663; repr., Londres, 1744), 19-20.

167 John Wedge, *General View of the Agriculture of the County of Warwick* (Londres: Macrae, 1794), 21.

168 Ley de cercamiento de Ipstone, Staffordshire, de 1777, citada en Overton, *Agricultural Revolution,* 177.

169 Thomas Wilkinson, *Thoughts on Inclosing Yanwath Moor* (Penrith, 1812), 30-31.

170 William H. R. Curtler, *The Enclosure and Redistribution of Our Land* (Oxford: Clarendon, 1920), 85-92, 100-103; Christopher Hill, *Reformation to Industrial Revolution: The Making of Modern English Society, Volume 1, 1530-1780* (Nueva York: Pantheon, 1967), 51; Wordie, «Chronology», 494.

171 Yelling, *Common Field,* 11-29; Blum, «English Parliamentary Enclosure», 478.

172 Howard L. Gray, *English Field Systems* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1915); Yelling, *Common Field,* 40-45.

173 Marx, *Capital,* 1: 885.

174 Gordon E. Mingay, *A Social History of the English Countryside* (Londres: Routledge, 1990), 95; Turner, *English Parliamentary Enclosure,* 176-179; Turner, *Enclosures in Britain,* 21; Wordie, «Chronology», 485-486, 502.

175 Gray, *English Field Systems,* 63-64; Turner, *English Parliamentary Enclosure,* 180-181.

176 Thompson, *Customs in Common,* 109; Turner, *English Parliamentary Enclosure,* 70.

177 Yelling, *Common Field,* 16; Turner, *English Parliamentary Enclosure,* 186-189.

178 Yelling, *Common Field,* 36-39.

179 Arthur Young [Board of Agriculture], *General Report on Enclosures* (Londres, 1808), 61.

180 John Chapman y Sylvia Seeliger, *Enclosure, Environment and Landscape in Southern England* (Stroud, RU: Tempus, 2001), 35.

181 Roger J. P. Kain y Elizabeth Baigent, *The Cadastral Map in the Service of the State: A History of Property Mapping* (Chicago: University of Chicago Press, 1992), 242.

182 Homer, *Inclosure;* para una etapa posterior, véase William Marshall, *On the Appropriation and Inclosure of Commonable and Intermixed Lands* (Londres, 1801).

183 Homer, *Inclosure,* 61.

184 Véase un extenso comentario sobre el procedimiento en Gonner, *Common Land,* 71-95, y William E. Tate, *The English Village Community and the Enclosure Movements* (Londres: Gollancz, 1967), 107-120. Puede encontrarse un primer esbozo del proceso en Marshall, *Appropriation and Inclosure,* 35-70.

185 Chapman y Seeliger, *Enclosure,* 26.

186 Blum, «English Parliamentary Enclosure», 484-485, 492.

187 Hammond y Hammond, *Village Labourer,* 54-55.

188 *Ibidem,* 63-64.

189 Gonner, *Common Land,* 73.

190 Yelling, *Common Field,* 57.

191 William Marshall, *On the Landed Property of England* (Londres, 1804), 171.

192 William Marshall, *The Rural Economy of Yorkshire* (Londres, 1788), 1: 125; Homer, *Inclosure,* 93.

193 Thomas Stone, *General View of the Agriculture of Lincoln* (Londres, 1794), 43.

194 Yelling, *Common Field,* 138.

195 Allen, *Enclosure and the Yeoman.*

196 Turner, «English Open Fields».

197 Turner, *Enclosures in Britain,* 41; Jeanette M. Neeson, «The Opponents of Enclosure in Eighteenth-Century Northamptonshire», *Past and Present* 105 (1984): 114-139, 139.

198 Allen, *Enclosure and the Yeoman,* 9.

199 Wilkinson, *Thoughts,* 28.

200 Marx, *Capital,* 1: 873-895; Wilhelm Hasbach, *A History of the English Agricultural*

Labourer (Londres: King, 1908); Arthur H. Johnson, *The Disappearance of the Small Landowner* (Oxford: Clarendon, 1909); Hammond y Hammond, *Village Labourer.*

201 J. David Chambers, «Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution», *Economic History Review* 5 (1953): 319-343; J. David Chambers y Gordon E. Mingay, *The Agricultural Revolution, 1750-1880* (Londres: Batsford, 1966).

202 Bennett D. Baack y Robert P. Thomas, «The Enclosure Movement and the Supply of Labour during the Industrial Revolution», *Journal of European Economic History* 3 (1974): 401-423; Turner, *Enclosures in Britain,* 79-80.

203 Michael Turner, «Cost, Finance and Parliamentary Enclosure», *Economic History Review* 34 (1981): 236-248.

204 Johnson, *Disappearance,* 132-135; Mingay, *Enclosure and the Small Farmer,* 14-15.

205 Hammond y Hammond, *Village Labourer,* 98.

206 Slater, *English Peasantry,* 126-128.

207 Arthur Young, *General View of the Agriculture of the County of Norfolk* (Londres, 1804), 161.

208 Overton, *Agricultural Revolution,* 68.

209 Billingsley, *General View of the Agriculture of Somerset,* 35.

210 Federici, *Caliban,* 73-75.

211 Mingay, *Social History,* 100-102.

212 Sevilla-Buitrago, «Urbs in Rure», 248-252.

213 *Ibidem,* 248-249.

214 H. R. French, «The Common Fields of Urban England: Communal Agriculture and the "Politics of Entitlement", 1500-1750», en *Custom, Improvement and the Landscape in Early Modern Britain,* ed. Richard Hoyle (Farnham, RU: Ashgate, 2011), 149-174, 150; Kain, Chapman y Oliver, *Enclosure Maps,* 7.

215 Commons Act 1876, 39 & 40 Vict., c. 56, s. 8.

216 Richard Lawton, «Population and Society, 1730-1914», en Dodgshon y Butlin, *Historical Geography,* 285-321, 291.

217 John Claudius Loudon, *The Suburban Gardener* (Londres, 1838), 162.

218 Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during the English Revolution* (Londres: Penguin, 1972) [*El mundo trastornado: el ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo xvii* (Madrid: Siglo XXI, 1972)]; Andy Wood, *The 1549 Rebellions and the Making of Early Modern England* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007); Neeson, «Opponents of Enclosure»; George Rudé, *Ideology and Popular Protest* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1995), 129-130 [*El rostro de la multitud: estudios sobre revolución, ideología y protesta popular* (Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente, 2001)].

219 Federici, *Caliban,* 73; Mingay, *Social History,* 158.

220 Thompson, *Customs in Common,* 104-143.

221 Eric Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing* (Londres: Phoenix, 1969), 68, 141, 178-180 [*Revolución industrial y revuelta agraria: el Capitán Swing* (Madrid: Siglo XXI, 1978)].

222 Goodridge, *John Clare.*

223 John Cowper, *An Essay, Proving, that Inclosing Commons, and Common-Field-Lands, Is Contrary to the Interest of the Nation* (Londres, 1732); Stephen Addington, *An Enquiry into the Reasons For and Against Inclosing the Open Fields* (Coventry, 1767); Price, *Observations,* 379-384.

224 Arbuthnot, *Inquiry,* 73-74, 80-81, 83; Thomas Batchelor, *General View of the Agriculture of the County of Bedford* (Londres, 1808), 230-236; John Byng, *The Torrington Diaries* (1789; repr., Londres: Eyre & Spottiswoode, 1935), 2:10; Young, *Norfolk,* 79, 81, 89, 91; Davies, *Case of Labourers,* 103-104.

225 Batchelor, *Bedford,* 240; Young, *Norfolk,* 597.

226 Jeremy Burchardt, *The Allotment Movement in England, 1793-1873* (Woodbridge, RU: Boydell & Brewer, 2002), 11-12.

227 Arthur Young, *An Inquiry into the Propriety of Applying Wastes to the Better Maintenance and Support of the Poor* (Londres, 1801).

228 Arthur Young, *General View of the Agriculture of the County of Lincoln* (Londres, 1799), 413.

229 Sinclair, *Memoirs,* 400-402; «Plan for Establishing, by a Royal or Parliamentary Charter, a Company, with a Large Capital, for Carrying On the Cultivation of the Waste Lands of the Kingdom, and Promoting Domestic Colonization», *Philosophical Magazine* 53 (1819): 202-210, 208.

230 Sinclair, «Plan».

231 *Ibidem,* 210.

232 *Ibidem,* 203.

233 *Ibidem,* 208.

234 Robert Beevers, *The Garden City Utopia: A Critical Biography of Ebenezer Howard* (Basingstoke: Macmillan, 1988), 25.

235 Hammond y Hammond, *Village Labourer,* 155-157.

236 Burchardt, *Allotment Movement,* 199-213.

237 Spiro Kostof, *The City Assembled: The Elements of Urban Form through History* (Londres: Thames & Hudson, 1992), 1661-1668.

238 A. G. Parton, «Parliamentary Enclosure in Nineteenth-Century Surrey: Some Perspectives on the Evaluation of Land Potential», *Agricultural History Review* 33

(1985): 51-58, 57; Inclosure Act 1845, 8 & 9 Vict., c. 118, s. 14-15.

239 George Shaw-Lefevre, *English Commons and Forests* (Londres, 1894).

240 Shaw-Lefevre, *English Commons,* 39-46; Edward P. Thompson, *William Morris: Romantic to Revolutionary* (Nueva York: Pantheon, 1976), 257 [*William Morris: de romántico a revolucionario* (Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1988)].

241 Land Tenure Reform Association, *Programme of the Land Tenure Reform Association* (Londres, 1871), 3-4.

242 John Stuart Mill, «Speech on Land Tenure Reform, 1871», en *Dissertations and Discussions* (Londres: Henry Holt, 1875), 5: 238-254, 5: 247.

243 R. Harrison, «The Land and Labour League», *Bulletin of the International Institute of Social History* 8 (1953): 169-191.

244 Diane Barthel, «Historic Preservation: A Comparative Analyses», *Sociological Forum* 4 (1989): 87-105, 90.

245 Beevers, *Garden City Utopia,* 25, 70-72.

246 Ebenezer Howard, *Garden Cities of To-morrow* (Londres, 1902), véase pp. 24-27, 29, 90, y diagrama 2 [*Ciudades jardín del mañana* (Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2018)].

247 Land Tenure Reform Association, *Programme,* 15.

248 Edward P. Thompson, *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act* (1975; repr., Londres: Penguin, 1990) [*Los orígenes de la Ley Negra: un episodio de la historia criminal inglesa* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010)].

249 Thompson, *Whigs and Hunters,* 266.

250 *Ibidem,* 267.

2

LOS COMUNES DE LA PUBLICIDAD: EL AUGE DE LA REFORMA URBANA EN NUEVA YORK Y CHICAGO

> Es como si nuestras ciudades no hubieran desarrollado aún un sentido de la responsabilidad respecto a la vida de las calles.
>
> Jane Addams, *The Spirit of Youth and the City Streets*

Las dinámicas de urbanización suelen imaginarse como un proceso acumulativo lineal. Los relatos convencionales tienden a centrarse en el crecimiento o decrecimiento de la población, la extensión, la riqueza y prominencia política o cultural de las ciudades. Nuestro análisis parte de una premisa diferente: la urbanización es siempre un régimen abierto con trayectorias múltiples que definen la experiencia vivida del cambio espacial, lo que es aceptado como «urbano» y la propia idea de lo que una ciudad debería ser. La urbanización rebosa de posibilidades; es una hipótesis tentativa que apunta hacia sendas alternativas de transformación de los regímenes de uso del suelo, las prácticas y comportamientos colectivos, las composiciones sociales, los proyectos de clase y las morales públicas, entre otros aspectos. A lo largo de este libro, vemos cómo ciertos bloques de poder movilizan una concepción restringida de lo urbano para guiar u ocluir estas potencialidades en su propio interés. Dentro de este panorama más amplio, este capítulo ilustra cómo los primeros enfoques de planificación reformista destilaron una concepción estrecha y purificada de lo urbano, intentando eliminar los elementos rurales, inmorales y antagonistas de las aglomeraciones industriales e imponiendo una noción restrictiva de urbanidad.

Los comunes de la publicidad fueron fundamentales en estas luchas. Emplearemos este término, «publicidad», para referirnos a las combinaciones de regímenes de propiedad y uso del suelo, prácticas cotidianas, relaciones sociales y representaciones que delimitan el ámbito de los lugares abiertos y de acceso colectivo, así como el contenido de estos, la propia sustancia de la vida pública. La caracterización habitual del espacio público como un común no tiene en cuenta que la publicidad es una esfera en disputa, que también puede ser estrechamente regulada, monitorizada y desposeída para

desempoderar a determinadas poblaciones[251]. El espacio público no es un común *per se;* es necesaria una lucha constante para preservarlo como ámbito de comunización. Por lo tanto, en este capítulo no me centraré en el espacio público como entidad jurídica o funcional, sino en la publicidad como campo de fuerzas que define su significado, determina lo que pertenece a los ámbitos público y privado y, junto con otros factores, modela el proceso de urbanización. La experiencia del cercamiento inglés fue un caso claro de desposesión mediante la privatización y destrucción de comunes largamente arraigados e institucionalmente sólidos. En este capítulo, exploraremos un argumento menos obvio, casi contraintuitivo: cómo la naciente ciudad industrial dio lugar a comunes callejeros esquivos y tácticos, y cómo los reformadores y planificadores urbanos se esforzaron por modelar el ámbito público como instrumento de desempoderamiento y descolectivización. Se utilizarán los casos de Nueva York y de Chicago para mostrar cómo una clase trabajadora heterogénea produjo la urbanización como un tumultuoso conjunto de prácticas materiales y relacionales de comunización que ponían en peligro la hegemonía burguesa, y cómo los reformadores de élite y clase media intentaron contrarrestar este desafío con una panoplia de geografías «pedagógicas» para reeducar a los habitantes del *slum*.

El periodo comprendido entre mediados del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial fue una época de turbulencias sociales y económicas globales y crisis intermitentes. La construcción de un mercado nacional de alcance continental, la incesante reestructuración industrial, la integración vertical de la producción y la recomposición de la mano de obra con un uso cada vez mayor de trabajadores no cualificados situaron a los Estados Unidos en una posición única y favorable en este contexto[252]. La industria manufacturera reemplazó al comercio de ultramar como principal motor de la urbanización; las ciudades estadounidenses cambiaron radicalmente debido a la inmigración masiva, la transformación de la división espacial del trabajo a varias escalas y las nuevas formas de conectividad regional. Nueva York y Chicago cobraron prominencia como grandes centros de conexión entre los mercados interiores, cada vez más integrados, y las redes comerciales internacionales. Al igual que otras ciudades del país, ambas se fueron segregando funcional y socialmente. Sus zonas centrales fueron colonizadas gradualmente por actividades económicas, y parte de las clases medias y altas se trasladaron a incipientes barrios residenciales en la periferia y los suburbios. La mayoría de las clases bajas, sin embargo, permanecieron en barrios complejos sostenidos por densas redes de manufactura doméstica,

talleres, pequeños establecimientos comerciales y servicios de ocio, tanto en las áreas centrales como en las periféricas[253].

Las explosivas aglomeraciones industriales dependían de la absorción de comunidades de trabajadores migrantes descualificados y no cualificados para prosperar. Muchos de ellos eran antiguos campesinos y trabajadores rurales, separados de la tierra por el cercamiento, contratos de aparcería abusivos y formas similares de desposesión y desplazamiento en las periferias europeas y el sur de los Estados Unidos. En la ciudad, lucharon por restablecer lazos comunitarios y reproducir sus hábitos y tradiciones para salir adelante en condiciones arduas. Al hacerlo, configuraron el espacio público como un común proteico y polifacético. La esfera pública ofrecía a los pobres múltiples oportunidades para desplegar sus tácticas de supervivencia, desde formas rudimentarias de aprovisionamiento hasta arreglos de autoprotección, apoyo mutuo y pertenencia más sofisticados. Compartir el espacio público con desconocidos de la más diversa procedencia generaba compromisos, obligaciones recíprocas, fricciones y vínculos. Estas coreografías tácticas se convirtieron en una infraestructura cotidiana para los grupos vulnerables que, en determinados contextos, terminó funcionando como una plataforma para la organización colectiva y el antagonismo étnico y de clase. Durante este periodo fueron frecuentes los disturbios, las huelgas y manifestaciones violentas y otras formas de desorden público. Los imaginarios burgueses se vieron acechados por la amenaza de una insurrección armada. Primero Nueva York y más tarde Chicago se convirtieron en epicentros del conflicto social y la política radical[254]. Las élites también veían con ansiedad y temor la degeneración racial causada por la «fusión» de la población blanca local con negros y grupos de extranjeros en los espacios públicos.

Las acciones de la clase trabajadora adoptaron a menudo la forma de una lucha de frontera. Las comunidades populares intentaron recuperar el control sobre la reproducción y las relaciones sociales, exigiendo no solo mejores condiciones de alojamiento y equipamientos vecinales, sino también su «derecho al ocio» y a la autonomía, el derecho a «apropiarse de todo lo que hace que la vida sea magnífica»[255]. Estas reivindicaciones eran la expresión última de una capacidad de construir comunidad y formas de poder de base que emanaba de las prácticas cotidianas de comunización. La experiencia forjada en los espacios colectivos compartidos —especialmente la calle y otros lugares de interacción social, como los espacios libres y zonas verdes vernáculas, las tabernas o distintos tipos de centros vecinales autogestionados— fue tan fundamental para la formación de las

identidades étnicas y de clase como el lugar de trabajo. Muchas de las prácticas populares que examinaremos no eran manifestaciones de comunización *per se;* de hecho, algunas de ellas se basaban inicialmente en comportamientos tácticos e individuales y carecían de cualquier tipo de infraestructura formal o institucional. Estas se convertían en un común cuando el uso de las calles y el espacio público como medios básicos de sustento y reproducción grupal adquiría contornos masivos que, a su vez, generaban regularidades, culturas cotidianas, solidaridades y, finalmente, nuevas formas de organización y politización colectivas. Así, la publicidad subalterna surgió de la necesidad de sobrevivir y socializarse en un entorno hostil, y proporcionó recursos materiales y relacionales que ayudaron a las comunidades obreras a sostenerse y constituirse como sujetos políticos. Estos incluían, entre otros, ingresos informales, espacios de crianza, interacción social y ocio, redes de solidaridad y seguridad y lugares de representación y resistencia colectiva. El tejido de la publicidad subalterna era un tapiz complejo en el que se entretejían espacialidades espontáneas y efímeras y formas de territorialidad más duras y arraigadas, hábitos de trabajo, consumo y tiempo libre, prácticas excluyentes con un fuerte sesgo étnico y racial y formas de subjetivación política que trascendían las fronteras de la capacitación profesional, la nacionalidad y la raza.

El proceso de diferenciación interna de las clases bajas fue crucial para el desarrollo de estas espacializaciones como un común y la consolidación de modos autónomos de reproducción y solidaridad, o su degeneración en formas negativas de racismo y odio étnico. Los barrios obreros eran un intrincado conglomerado de comunidades superpuestas. Muchas de ellas giraban en torno a comunes intraétnicos, intrarraciales y, en ocasiones, mutuamente excluyentes. A medida que la ciudad industrial en expansión se fragmentaba en un mosaico de agrupaciones socioespaciales segregadas, esta dinámica dividía a los pobres. Las élites intentaron aprovechar esta segmentación para enfrentar a los trabajadores en el lugar de trabajo y en el barrio. Pero las fronteras de la comunidad eran a menudo difusas y estaban cada vez más mediadas por la experiencia compartida de la explotación en la fábrica y la vida en la calle. Esto se convirtió en una oportunidad para construir alianzas interclasistas, interétnicas y, a veces, interraciales. El espacio público fue, por tanto, un factor esencial en el frágil equilibrio entre cohesión y fragmentación que marcó la trayectoria de la clase obrera estadounidense.

La reforma urbana surgió en este contexto, y la política de la publicidad se convirtió en un elemento fundamental del fermento

intelectual que impulsó la institucionalización de la planificación espacial en los Estados Unidos entre finales del siglo XIX y principios del XX. La idea de que las innovaciones en política urbana —particularmente la regulación de la vivienda, las condiciones sanitarias y los usos del suelo— fueron una respuesta al descontento y el malestar social no es nueva[256]. Pero este capítulo sugiere que las estrategias de reforma durante este periodo también constituyeron un intento de modelar los regímenes de publicidad y restringir la autonomía subalterna, un esfuerzo por movilizar la esfera pública contra los comunes. Estos enfoques combinaban dos planteamientos fundamentales: la provisión de nuevos lugares y equipamientos públicos y el intento de imponer orden y civismo en las calles y espacios compartidos de la ciudad. El diseño urbano, los esquemas policiales, las ordenanzas de uso y, gradualmente, la coordinación de las redes de servicios y ocio de toda la ciudad se convirtieron en herramientas privilegiadas para implementar este proyecto. Nuestro análisis se centrará en dos etapas de la creación de nuevos espacios de socialización: primero, la creación de grandes parques «pastorales» o paisajistas inmediatamente antes y después de la Guerra Civil, ilustrada a través del Central Park de Nueva York; en segundo lugar, el intento de controlar el ocio vecinal durante la Era Progresista, en particular a través de la experiencia del movimiento de los *playgrounds* (zonas de juego). La reforma urbana —quizá este fue su aspecto más noble— se hizo eco de las demandas de la clase obrera al denunciar la ciudad industrial como una máquina de extracción de valor, tanto en la fábrica como en el barrio[257]. Los reformistas hicieron campaña para desmercantilizar y municipalizar el ocio y otros ámbitos de socialización. Defendían que la gestión estatal de las actividades recreativas de la clase trabajadora era un medio de hacer «atractivo el control social», monitorizando a «hombres y mujeres [cuando eran] más fácilmente influenciables»[258]. Supervisar y estructurar su tiempo libre era vital para lograr una reproducción eficaz de la fuerza de trabajo. Si los municipios daban a los trabajadores oportunidades para disfrutar de «ocho horas de ocio» al día, estos últimos «desearían […] repetir ese día, vivirlo en plenitud una y otra vez», encontrando «nuevos incentivos [para] trabajar»[259].

Al mismo tiempo, sin embargo, la mayoría de los reformadores consideraban los comunes de la publicidad y la autonomía popular cotidiana como síntomas de desorganización social y los utilizaron para presentar a los pobres como personas «salvajes», «primitivas», «ignorantes de los deberes cívicos»[260]. A medida que el territorio del espacio público se hacía más complejo y turbulento, trataron de

imbuir a las calles de los *slums* de una nueva coherencia, esforzándose por crear lo que Joseph Lee, líder del movimiento de los *playgrounds,* denominó un nuevo «orden social desde dentro»[261]. Una red de espacios pedagógicos, supervisados por los reformistas, habría de sustituir a los comunes realmente existentes y ayudar a asimilar a las poblaciones subalternas, «americanizando» a los inmigrantes europeos. Estos nuevos comunes reconocían las demandas de la clase obrera, pero las utilizaban como una oportunidad para desempoderar, reeducar e integrar al proletariado —en particular a las familias blancas de origen europeo— en el proyecto de urbanización capitalista. La reforma de la publicidad fue un intento de consolidar una renovada hegemonía social en torno a la idea de una urbanización ordenada y moralizada. Hubo tres aspectos fundamentales para esta estrategia. En primer lugar, los espacios públicos reformados tenían que generar un nuevo sentido de unión y convivencia, haciendo hincapié en los vínculos de los individuos con la comunidad más amplia de la ciudad y la nación para diluir formas antagónicas de cohesión de clase y diferencia étnica. En segundo lugar, era necesario resignificar y domesticar la propia idea de autonomía; los espacios reformados enseñarían a los trabajadores y a sus hijos «cómo poseer las calles» y «gobernarse a sí mismos», estableciendo una adecuada «coordinación del hombre y la ciudad»[262]. En tercer lugar, la visión de una nueva publicidad debía convertirse en una plataforma más amplia para remodelar los principios de ciudadanía e interés públicos, creando una nueva conciencia urbana y un nuevo imaginario colectivo.

Publicidad subalterna: los comunes de la calle

Los comunes del capítulo anterior eran instituciones muy evolucionadas y largamente arraigadas, con estructuras de gobierno sólidas y complejas. Por el contrario, en las ciudades en vías de industrialización la publicidad de la clase trabajadora se desarrolló como una forma de comunización primaria: no nos encontramos ante la culminación de un orden colectivo duradero, sino ante una infraestructura improvisada que ayudaba a las personas, los hogares y las comunidades a sostenerse, y que a veces, gradualmente, se convertía en una plataforma para alianzas sociales más amplias. La publicidad subalterna era una expresión material de la compleja articulación de la estructura de clases y las posiciones raciales y étnicas en las ciudades estadounidenses. En su intento de adaptarse a las cambiantes relaciones de clase, los trabajadores y sus familias se

esforzaron por asegurar ámbitos de autonomía en circunstancias que no habían elegido. El control de las calles y los barrios fue fundamental para estas incipientes culturas proletarias y para la consolidación de las identidades comunitarias. Las mujeres, los niños y ciertos grupos de trabajadores no cualificados e informales —especialmente los procedentes de zonas rurales— desplegaron nuevas formas de apropiación del espacio en un intento de adaptarse a las frecuentes transformaciones de la naturaleza, los lugares y los sujetos de la reproducción y el trabajo.

Las tipologías de urbanización cambiaron profundamente entre la década de 1850 y principios de la de 1900. La industrialización metropolitana de Nueva York antes de la Guerra Civil, con sus redes de manufactura doméstica en prominentes barrios de *tenements* (edificios de vivienda de alquiler en altura), se parecía poco a los territorios productivos y residenciales del Chicago de finales del siglo XIX, donde la mayor parte de la mano de obra estaba empleada en grandes fábricas ubicadas en zonas cada vez más periféricas y de densidad relativamente baja. Pero ambas ciudades presentaban también características comunes. La política de la comunidad y la del taller se entremezclaban en barrios que permanecían próximos al lugar de trabajo y conservaban agrupaciones compactas de comercios y talleres, instituciones étnicas sólidas, ámbitos públicos vigorosos y bulliciosos lugares de ocio popular[263]. Los trabajadores desarrollaron un apego cada vez mayor a estos entornos. A pesar de sus pésimas condiciones habitacionales, les proporcionaban un sentido de pertenencia, oportunidades para complementar los ingresos del hogar y apoyar a las familias en tiempos difíciles, así como la posibilidad de organizarse en torno a cuestiones laborales y comunitarias. El *slum* estaba impregnado de la tensión entre la insularidad y la hibridación entre etnias y razas. Mientras que las relaciones primarias e instituciones como las escuelas, iglesias y sociedades de ayuda mutua reforzaban la segregación, otras dinámicas y lugares —los talleres, las asociaciones de trabajadores y, sobre todo, los espacios colectivos compartidos— fomentaban la integración y la apertura. La alta sociedad, al menos, veía estas comunidades como entornos multiétnicos poblados por «gente miserable de todas las razas, colores y nacionalidades»[264].

Los comunes de la publicidad consistían en una panoplia de recursos que contribuían a la reproducción de la clase trabajadora en dos niveles interrelacionados: por un lado, proporcionaban oportunidades para el sustento material cotidiano de individuos y familias; por otro, constituían una plataforma relacional para la

formación de subjetividades colectivas y la organización política a través de las generaciones. Los comunes materiales eran en parte una adaptación de costumbres rurales y precapitalistas al entorno industrial urbano. Durante el siglo XIX, los pobres trajeron a la ciudad prácticas propias de sus orígenes en el campo o en regiones atrasadas. Los neoyorquinos pobres, por ejemplo, convivían con cerdos, gallinas y cabras en el espacio público, sobre todo en aldeas periurbanas y barrios de chabolas como Seneca Village o la llamada Pigtown, pero también en lugares céntricos como Five Points, en el Lower Manhattan. Según su propio testimonio, los propietarios de estos animales dependían de ellos para «pagar sus alquileres y abastecer a sus familias de [...] alimentos»[265]. En 1820, había un cerdo por cada cinco habitantes en Nueva York; hacia mediados de la década de 1860, unas veinte mil familias todavía dejaban que sus animales «pastaran» en las calles y en las afueras de la ciudad a pesar de los continuos intentos de prohibir esta práctica[266]. Además de la cría informal de ganado, a los «okupas soberanos» que vivían en las afueras les resultaba «fácil reponer sus reservas de combustible con la madera flotante del río y abastecer sus mesas de la misma fuente, con pescado»; también cultivaban vegetales y hortalizas y obtenían madera para la construcción de los árboles cercanos en las zonas no edificadas del alto Manhattan[267].

También había formas de «espigueo» específicas de la compleja ecología de los comunes de las ciudades industriales. El reciclaje informal, por ejemplo, se convirtió en una próspera empresa urbana[268]. Las mujeres y los niños desempeñaron un papel fundamental en estas actividades. En 1833, el *New York Mirror* los consideraba «creadores de algo a partir de la nada» que prestaban un gran «servicio a la ciudad acopiando y empleando para fines útiles artículos que, de otro modo, se pudrirían y se convertirían en una grave molestia»[269]. Los traperos recogían alimentos, combustible y todo tipo de materiales de la basura de la calle para utilizarlos o venderlos a los chamarileros. Los trapos se convertían en papel, los huesos se hervían para obtener aceite para velas y jabón y luego se hacían con ellos mangos o botones; los niños cogían flores y capturaban pájaros para venderlos en los barrios de clase alta; los despojos y restos de cocina se reutilizaban en las granjas, y así sucesivamente[270]. En la década de 1870, miles de personas se dedicaban a estas actividades, que ya no eran vistas con buenos ojos; Charles Loring Brace, por ejemplo, los presentaba como una casta aparte en su obra *Dangerous Classes of New York*[271]. En Chicago, los muelles, los apartaderos ferroviarios y los vertederos eran lugares

concurridos, visitados a diario por grupos de mujeres y niños en busca de trastos abandonados y chatarra que reutilizar. A principios de la década de 1900, por ejemplo, entre cincuenta y ochenta mujeres y niños peinaban regularmente los vertederos del barrio de Back of the Yards, cerca de Packingtown[272]. Un miembro de la comunidad polaca recordaba que nadie «tenía que comprar combustible, aceite o leña»[273], sino que se limitaban a obtener lo que necesitaban de la basura de la calle. Del mismo modo, una encuesta realizada en el West Side de Nueva York reveló que numerosas «familias vivían casi exclusivamente de los residuos» en una fecha tan tardía como 1914: «Los niños buscan leña, carbón y hielo por las vías del tren y entre los almacenes, y la madre trae a casa del trabajo prendas "regaladas" y trozos de comida. Es sorprendente lo mucho que se puede recoger de las calles para conseguir lo mínimo que hace falta para vivir en el West Side»[274].



FIGURA 7. Un grupo de residentes y sus cerdos, cabras y gallinas en un enclave de chabolas cerca de la calle 42 entre la Segunda y la Tercera Avenidas, en Nueva York, hacia 1865. Este poblado formaba parte del asentamiento informal conocido como Dutch Hill, ubicado cerca del East River y al sur de Central Park. La creación de este último había desplazado a comunidades similares unos años antes. Litografía de W. C. Rogers & Co. para John Shannon, *Manual of the Corporation of the City of New York* (Nueva York, 1868), op. 526. Cortesía de la biblioteca de la Universidad de Columbia.

Los propietarios de ganado y los chatarreros y traperos fueron presentados como «tribus de escuálidos bárbaros de ciudad» sin una «ocupación fija»[275]. En realidad, las prácticas de estos «salvajes» urbanos apuntaban hacia un régimen de urbanización alternativo, híbrido, con una menor división del trabajo, en el que la separación

entre las tareas productivas y reproductivas se difuminaba en la experiencia del espacio público, sirviendo este último como fuente de valores de uso. Al igual que sus homólogos en la Inglaterra rural precapitalista, los artífices de estos comunes de la ciudad industrial se contentaban con lo que obtenían de las calles y los desechos urbanos: «Lo suficiente para vivir a su manera, pero nada más»276. Conscientemente o no, cuando los reformadores se propusieron reorganizar la vida de los pobres y mejorar sus condiciones sanitarias, sustituyeron un régimen de urbanización que acomodaba prácticas rurales y permitía ciertos grados de autosuficiencia y autonomía por un arreglo que promovía una mayor división del trabajo y hacía a las clases sociales y los territorios más dependientes de las disposiciones del mercado y el Estado.



FIGURA 8. Niños de la comunidad de Back of the Yards, en Chicago, recogen «trofeos navideños» de un basurero cercano, hacia 1900. Los vertederos del área eran visitados a diario por grupos de mujeres y niños para recuperar objetos y materiales con los que complementar los ingresos familiares. Fuente: Museo de Historia de Chicago, ICHi-018555.

Más allá de estas formas directas de sustento material, la publicidad popular tuvo un papel fundamental en la reproducción social y relacional de los trabajadores en términos de conciencia y cohesión de clase entre generaciones y, en ocasiones, entre etnias y razas. Los

espacios compartidos de estos barrios eran ámbitos de exuberante sociabilidad. Cada esquina, callejón y portal funcionaba como un foro local en el que los sujetos colectivos se (re)producían constantemente a través de representaciones de género, etnia y clase[277]. Esta situación era especialmente significativa para los niños. «Las calles —recordaba un hombre que creció en el Lower East Side de Nueva York— nos enseñaron estrategias de supervivencia y nos dieron la primera idea clara de cómo iba a ser la vida en los Estados Unidos»[278]. Los reformadores coincidían en la importancia crucial del espacio público como *educador:* «La calle —escribió el líder del movimiento de los *playgrounds* Henry S. Curtis— le da al niño una especie de agudeza y astucia. Es difícil engañarle [...]. Es autosuficiente y puede valerse por sí mismo en cualquier parte»[279]. Pero la publicidad subalterna difería drásticamente de las ideas burguesas de lo que era un régimen adecuado de demarcación, contenido y uso del espacio público. En los *slums,* la separación entre lo público y lo privado estaba desdibujada por lo que la élite consideraba una división social del espacio rudimentaria e incompleta. Descampados, tabernas, áreas de maniobras ferroviarias y muelles fluviales, salones de baile y pequeños cines de barrio, merenderos, azoteas, patios traseros y praderas y descampados periurbanos formaban parte, junto con las calles y callejones, de la red cotidiana de espacios colectivos de libre acceso[280]. La combinación de todo tipo de actividades daba al espacio público del *slum* un aire de intensidad furiosa y apremiante. Vendedores ambulantes, traperos, repartidores de periódicos, prostitutas, organilleros, predicadores y agitadores callejeros, curanderos, carros de caballos, tranvías y bicicletas se mezclaban con los peatones convencionales. Las mujeres y los niños de clase trabajadora inundaban las calles desafiando la ideología victoriana de las «esferas separadas», según la cual ambos grupos debían estar preferiblemente en espacios domésticos o privados[281]. A escala de distrito, las zonas obreras eran mosaicos multiétnicos y el espacio público funcionaba como un crisol para comunidades de diferentes orígenes. Una parte importante de las bandas callejeras de Chicago, por ejemplo, estaba formada por niños de diversos grupos étnicos[282]. Y lo que es más importante, zonas como Five Points en Nueva York o el distrito Levee de Chicago se convirtieron en espacios famosos de «mestizaje» racial, donde blancos, negros e inmigrantes —irlandeses, eslavos, italianos y judíos eran considerados en ese momento como razas híbridas, «intermedias», de «negros blancos»— socializaban y mantenían relaciones recreativas, políticas y sexuales[283].

Las clases altas y medias veían este régimen con inquietud y fueron

segregando sus barrios paulatinamente. Pero, al menos hasta la década de 1870, los *slums* seguían estando peligrosamente cerca de sus hogares y las áreas principales de las ciudades. El choque de publicidades en los espacios compartidos fue, de hecho, una motivación fundamental para la reforma. En Nueva York, «lo alto y lo bajo, los ricos y los pobres» compartían las aceras y «se mezclaban en una verdadera vorágine republicana»[284]. Algunos se quejaban de que «la noble avenida de West Broadway [estaba] totalmente entregada a los negros»[285]. Los primeros grandes almacenes de esta arteria fundamental estaban rodeados de vendedores ambulantes y niños harapientos; a menos de doscientos metros de sus perfumados interiores, el hedor de los excrementos humanos y animales impregnaba los rincones más infames de la ciudad[286]. Del mismo modo, en Chicago «los extremos de la riqueza y la miseria [vivían] a tiro de piedra el uno del otro»[287]. La burguesía a menudo equiparaba a los pobres con su ganado y presentaba a los hijos de estos como «árabes de la calle», tan «holgazanes y viciosos» que resultaba «humillante […] reconocerlos como parte […] de la familia humana»[288]. Por su parte, los trabajadores se burlaban de la incapacidad de la clase alta blanca para disfrutar de la experiencia del espacio público debido a su rígido sentido del decoro y la privacidad[289].

El juego callejero era uno de los elementos esenciales de la publicidad y la reproducción de la clase obrera[290]. Para los niños, la calle significaba tener la «aventura […] delante de casa», una ventana al mundo que les rodeaba[291]. La comunidad del juego callejero era un conector social no solo para los niños, sino también para los adultos que se detenían a observar sus evoluciones. Los reformadores veían la «ciudad moderna» como un «maravilloso sistema de *playgrounds* […] perfectamente adecuado desde el punto de vista [de los niños]», pero que a la larga «conducía al crecimiento de una clase criminal» y engendraba «enemigos de la ley y el orden»[292]. El robo y el vandalismo, decían, eran la lección suprema de la calle. En realidad, jugar, realizar trabajos informales, cuidar de los hermanos pequeños y hacer recados familiares eran las principales actividades de los niños y sus vías de acceso a la identidad de clase[293]. Las calles eran «bastante seguras» hasta finales del siglo XIX, cuando se hicieron más frecuentes los accidentes causados por vehículos[294]. Los extractos de los archivos policiales y de los juzgados de menores que aparecen en los informes de los reformadores revelan su estricta concepción de la publicidad frente a la libertad y la curiosidad ilimitadas de los niños. Jane Addams, por ejemplo, mencionaba como casos de «alteración del

orden público» el «encender fogatas junto a las vías del tren […] dormir en graneros […] robar [caramelos] “para saciarse de una vez” […] llamar “esquirol” a un vecino […] holgazanear en los muelles, [o] “tener episodios de vagabundeo”»295.



FIGURA 9. Broadway a la altura de Spring Street, frente a la ubicación de un hotel de lujo recién inaugurado en el Bajo Manhattan, 1857. Los personajes en primer plano son dibujados con rasgos simiescos, habitualmente empleados en la época para retratar a irlandeses y afroamericanos. Aunque aparecen como personas vulgares, insolentes y crueles —sobre todo en el caso de los niños—, se les presenta como protagonistas absolutos del espacio público. Los personajes vestidos de forma más elegante se mezclan con ellos, pero quedan relegados a un segundo plano. Fuente: Wallach Division Picture Collection, The New York Public Library.

A medida que los niños entraban en la adolescencia y el juego fluía hacia la esfera del ocio para adultos, los jóvenes encontraban un nuevo hogar en las salas de baile, las tabernas y las primeras salas de cine. Aunque de propiedad privada, los espacios de ocio colectivo constituían un elemento fundamental de la publicidad subalterna, ya que ofrecían una oportunidad para el encuentro, la convivialidad y la diversión sin restricciones, pero también actuaban como un lugar de afirmación comunitaria y lucha que fomentaba formas de apropiación, apego y autonomía. Los servicios de ocio no eran comunes *per se,* pero atrajeron prácticas de socialización y comunización que a menudo precedieron al ocio mercantilizado. Las tabernas eran, según Addams, «el centro de la vida política y social más animada» de los *slums*296. Tradicionalmente habían promovido una ética de reciprocidad, amistad y comunalidad hostil a los valores de una sociedad cada vez

más mercantilizada. En la primera mitad del siglo XIX, cuando las normas laborales prohibieron beber, las tabernas proliferaron como lugar de reunión habitual[297]. A modo de ejemplo, en el año 1875, Milwaukee Avenue, una vía central del barrio alemán de Chicago, albergaba 110 tabernas, aproximadamente una cada veinte metros[298]. Según Addams, el distrito diecinueve —un mosaico multiétnico de alemanes, irlandeses, bohemios, polacos e italianos donde la líder de la reforma se instaló unos años más tarde para fundar la Hull-House— contaba con 255 tabernas, una «por cada veintiocho votantes»[299]. Su estimación denotaba una preocupación por la influencia política de estos establecimientos, que funcionaban como sedes de sindicatos, partidos y organizaciones étnicas[300]. En ese sentido, constituían recursos fundamentales donde los clientes —en su mayoría hombres, pero también mujeres[301]— concertaban acuerdos laborales e intercambiaban información valiosa, pedían créditos y préstamos en efectivo al tabernero, tramaban revueltas, discutían las próximas elecciones… y, por supuesto, bebían, celebraban y mataban el tiempo.

Las salas de baile eran otra fuente favorita de entretenimiento, especialmente para los jóvenes, movidos por una «febril búsqueda de placer»[302]. Los reformistas veían en el deseo de fiesta de la población el motor de un régimen de urbanización degradado que, en última instancia, ponía en peligro su propio proyecto social. Una encuesta realizada en 1911 en Chicago calculaba que algunas noches casi noventa mil personas se entregaban en estos lugares a «bailes inmorales y abrazos sin tapujos»[303]. La mayoría de los locales estaban conectados a tabernas y, a menudo, funcionaban como instalaciones polivalentes en las que también se representaban obras de teatro, vodeviles y *tableaux vivants* de contenido histórico y político, organizados por los trabajadores[304]. Algunos advertían alarmados que «un salón de baile de este tipo siempre [conducía] a la libertad de expresión y a la libertad de conducta»[305]. El baile improvisado era una forma habitual de socialización desde edades tempranas, también en las calles, donde los niños y sus madres solían reunirse en las aceras para brincar alrededor de los organilleros y las zanfonas[306].

El teatro, la música y el baile, junto con los deportes, la comida y la bebida, eran también ingredientes esenciales de los frecuentes festivales celebrados en merenderos y cervecerías al aire libre en las afueras de la ciudad. Muchos de estos parques vernáculos eran mantenidos por organizaciones de clase obrera e incorporaban contenidos políticos radicales y explícitos en sus agendas. En Chicago, por ejemplo, sindicatos y grupos socialistas, comunistas y anarquistas los utilizaron para atraer a nuevos miembros con programas que

podían incluir conmemoraciones de la Comuna de París y experimentos con dinamita[307]. Las calles, las tabernas y las azoteas también eran escenarios habituales para el activismo político. Los oradores callejeros eran un elemento típico del paisaje público, y los trabajadores podían interactuar con regularidad con líderes socialistas y anarquistas como Eugene Debs, Emma Goldman, August Spies o Lucy Parsons frente a sus propios hogares[308].

En conjunto, este sistema de lugares, espacialidades y geografías políticas cotidianas sirvió de plataforma para las sociedades de ayuda mutua, órdenes fraternales y sindicatos, instituciones más sofisticadas que vertebraron el asociacionismo subalterno. La iniciativa y la creatividad organizativa de la clase trabajadora florecieron a partir de la década de 1850, alterando la política local con conflictos civiles intermitentes y ciclos recurrentes de disturbios y huelgas[309]. En Nueva York, antes de la Guerra Civil, los conflictos étnicos y las guerras entre bandas evolucionaron hacia protestas más estructuradas y formas institucionales avanzadas con la creación de cooperativas de producción, consumo y construcción, y una coordinación más sistemática del movimiento obrero, especialmente a partir de la creación del Congreso Industrial local en 1850[310]. Después de la guerra, y durante más de cuatro décadas, Chicago emergió como un foco de innovación política, y arterias como Halsted Street o Milwaukee Avenue se convirtieron en los principales epicentros nacionales de radicalismo. La sustancia antagonista que estas instituciones extraían de los comunes de la publicidad volvió a las calles no solo en forma de manifestaciones y disturbios, sino también en el discurso político, con la demanda de más tiempo para la esfera de la reproducción social y mejores condiciones habitacionales y vecinales[311]. En suma, mezclando estrategias mundanas de supervivencia, rituales comunitarios y desafíos abiertamente políticos, las abigarradas geografías de la praxis popular desestabilizaron las nociones hegemónicas de la vida pública y el orden social y cultural burgués.

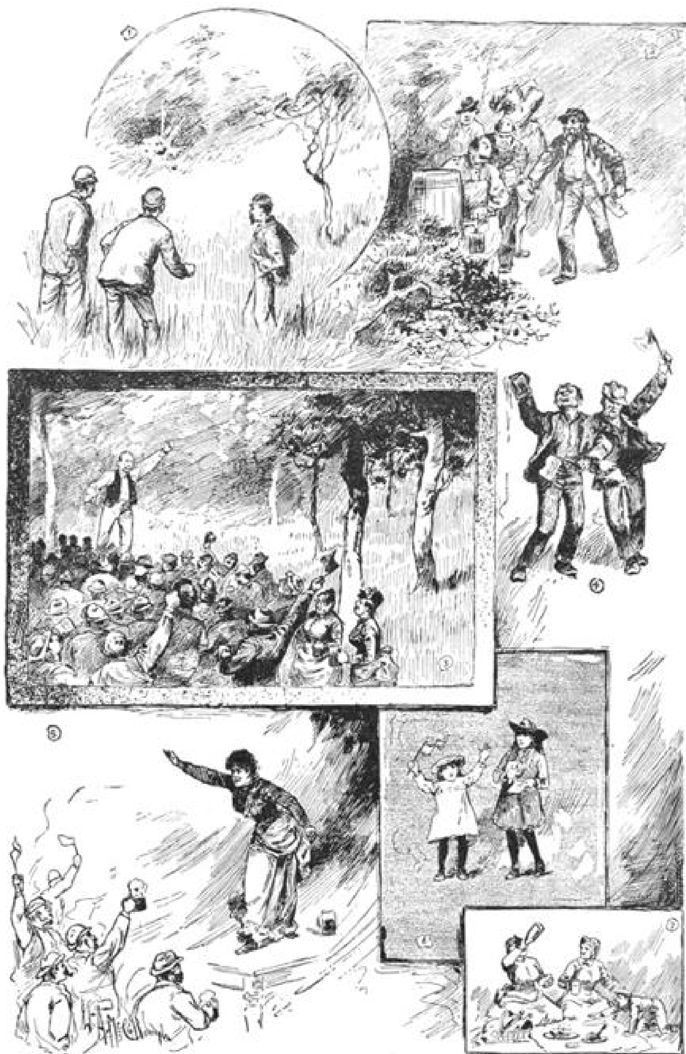


FIGURA 10. «Un pícnic de "rojos" en Sheffield», Chicago, c. 1885. Los anarquistas y otros radicales de clase obrera solían reunirse en parques vernáculos y cervecerías al aire libre para socializar, divertirse y organizarse. Esta ilustración muestra varias escenas de un festival de este tipo. Entre ellas se incluyen «experimentos con dinamita», personas ebrias, niños que venden libros de Johann Most y discursos de la líder anarquista afroamericana Lucy Parsons y de George Engel, un inmigrante alemán y activista sindical que pronto sería condenado y ejecutado tras el motín de Haymarket. El escenario es probablemente Ogden's Grove, un popular merendero que también servía como destino de manifestaciones. Reimpreso del estudio sobre el anarquismo en Chicago del capitán de policía Michael J. Schaack, *Anarchy and Anarchists: A History of the Red Terror and the Social Revolution in America and Europe* (Chicago, 1889), op. 453. Fuente: University of Illinois Urbana-Champaign / Internet Archive.

La reforma de la publicidad surgió en este contexto, movilizando una serie de estrategias espaciales para reorientar las trayectorias de la urbanización. Central Park fue la iniciativa más visible entre los primeros intentos en esa dirección inmediatamente antes y después de la Guerra Civil[312]. Nueva York ya había experimentado con iniciativas menores de renovación urbana para la creación de espacios públicos verdes, y durante varias décadas los estándares de las nuevas áreas residenciales de la élite incluyeron la exclusión de otros usos del suelo, zonas de paseo, vías arboladas y jardines como signo de distinción social[313]. Pero Central Park abrió el camino a una nueva generación de dispositivos y estrategias de transformación del espacio público, con una agenda política más amplia para promover una sociedad más cohesionada. La década de 1850 estuvo marcada por turbulencias económicas, sociales y políticas. Tras la apertura del Canal Erie en 1825, la ciudad había experimentado un crecimiento vertiginoso, pero la inestabilidad económica y la agitación laboral aumentaron en la década de 1840. Siguió un breve periodo de expansión, pero la volatilidad, la recesión y el malestar de la clase trabajadora volvieron durante el invierno de 1854-1855 en un contexto de desafío emergente de un proletariado cada vez más organizado y un realineamiento de los actores políticos de la élite y la clase media[314]. El reformismo *whig* y republicano y organizaciones como la Association for Improving the Condition of the Poor y la Children Aid's Society se alzaron para exigir un nuevo orden regulatorio, más preocupado por el bienestar de las clases bajas[315]. Pronto empezó a tomar forma la idea de producir comunes controlados por el Estado para sustituir los ya existentes y neutralizar el conflicto urbano. Frederick Law Olmsted, futuro arquitecto en jefe y codiseñador de Central Park, instó en 1854 a la creación de «lugares […] de *reunión»,* tan tentadores «que los ricos y los pobres se sientan atraídos y alentados para mezclarse e integrarse», ejerciendo «una influencia edificante sobre el conjunto del pueblo»[316].

Los primeros pasos de la iniciativa, a mediados de la década de 1850, estuvieron plagados de desacuerdos sobre la pertinencia de la ubicación, los esquemas de financiación, los enfoques de diseño y los posibles usuarios del parque. Pero la necesidad de preservar el orden y la oportunidad de utilizar el proyecto para moralizar y regular los regímenes de publicidad lograron un amplio consenso de las élites en una ciudad obsesionada por el decoro colectivo y los rituales sociales. Había pocas dudas de que las masas trabajadoras eran la principal preocupación y el objetivo número uno de las autoridades. El alcalde

Ambrose Kingsland presentó el parque como «el lugar favorito de *todas* las clases», pero subrayó la importancia crítica de la participación y la conformidad de aquellos «especialmente confiados a nuestro cuidado: las clases *más pobres*»[317]. La experiencia del parque fomentaría una urbanidad refinada, siempre que este no se convirtiera en «una enorme leonera para las borracheras de los habitantes más humildes de la ciudad», como advirtió la prensa[318]. El «obrero, su esposa obrera y sus hijos obreros», escribió el editor del *Tribune,* Horace Greeley, se «civilizarán gracias a los buenos modales que imperarán de forma espontánea o se impondrán cuando sea necesario»[319]. Los primeros informes oficiales presentaban el parque como un «educador del pueblo», un dispositivo pedagógico que «instruiría a los usuarios a través del entretenimiento» y pacificaría la esfera pública promoviendo una experiencia gregaria y pasiva del espacio público[320]. Según Olmsted, los visitantes «ignora[ban] lo que es un parque propiamente dicho»; era necesario «instruirles para que lo usaran correctamente» y «restringir el mal uso que pudieran hacer del mismo»[321]. Él y su socio de diseño, Calvert Vaux, concibieron los terrenos como un espacio de excepción: debía establecerse una clara distinción «entre [el parque] y los comunes adyacentes»[322]. Si «el orden y el decoro se respetaran escrupulosamente», Central Park funcionaría como un catalizador que irradiaría el cambio a toda la ciudad[323]. Los visitantes interiorizarían y luego amplificarían y extenderían el nuevo régimen de publicidad en sus barrios, al igual que se esperaba que hiciera cualquier individuo reformado tras visitar otras instituciones morales como escuelas, iglesias o museos. Los niños —un objetivo estratégico para los comisarios del parque— también prolongarían el efecto beneficioso en el tiempo, manteniendo «a lo largo de su vida […] los hábitos adquiridos en el parque»[324].

Central Park fue una de las principales iniciativas en las primeras campañas para eliminar los comunes materiales del área periurbana de Manhattan. Su construcción supuso el traslado de varias comunidades autoconstruidas que habían ocupado los suelos desde hacía décadas. Alrededor de 1.600 personas —y, según la estimación exagerada pero reveladora del primer topógrafo, «cien mil animales y aves de corral»— poblaban la zona seleccionada para el parque en la década de 1850, «habitando en toscas chozas construidas por ellos mismos y viviendo de los desperdicios de la ciudad»[325]. La mayoría eran trabajadores no cualificados, alemanes, irlandeses y afroamericanos. Aunque algunos de ellos ocupaban chabolas precarias y dispersas, otros llevaban décadas viviendo en comunidades estables. Seneca Village era una de las más grandes y consolidadas[326]. Con unos

260 habitantes, dos tercios de ellos negros, el asentamiento tenía tres iglesias —una de ellas con una congregación racialmente mixta— y una escuela, y ofrecía mejores condiciones a la comunidad afroamericana de preguerra que la mayoría de zonas del Lower Manhattan. Sin embargo, la «Nigger Village», como se la llamaba, fue barrida por completo. Algunos de sus habitantes habían sido desalojados de chabolas en otros asentamientos cercanos en la década anterior y se quejaron de que «el único objetivo de las autoridades al construir el Parque [era] expulsarlos» definitivamente[327]. La iniciativa también marcó el comienzo de un esfuerzo concertado por eliminar del Uptown Manhattan las prácticas informales ya comentadas y su mundo híbrido entre lo urbano y lo rural. «Existe una gran diferencia —escribió Olmsted— entre [el parque] y el campo suburbano en general, en el que cierta clase tiene predominantemente la impresión de que todos los árboles, arbustos, frutas y flores son propiedad común»[328]. Tras la creación de una comisaría de policía *ad hoc* en 1856, antes de los trabajos de desmonte, los agentes comenzaron a arrestar a quienes permitían que su ganado pastara en la zona. Poco después, durante el verano de 1859, se aprobó una ordenanza que prohibía la cría de cerdos al sur de Eighty-Sixth Street, lo que incluía aproximadamente la mitad de los terrenos del futuro parque. A pesar de la feroz resistencia de sus dueños —especialmente las mujeres—, en los dos meses siguientes se retiraron nueve mil cerdos y tres mil animales de corral[329].

Según Olmsted, «evitar […] el desorden y el rufianismo» dentro del parque se consideraba «la mayor [dificultad] y los medios para superarla requirieron más análisis que ninguna otra medida»[330]. Persiguiendo una sutil mezcla de «libertad [y] restricción»[331], se utilizaron tres mecanismos para lograr el resultado deseado: la arquitectura del paisaje, las ordenanzas de uso y una unidad especial de policía. Las «enseñanzas mudas» del diseño del paisaje ocuparon un lugar destacado en este esfuerzo. La «quietud de los lugares, la belleza natural y el orden imperante» debían funcionar como «atractivos eficaces para [que los usuarios] observaran, en lugar de transgredir, las normas necesarias para su preservación»[332]. El concepto de Olmsted y Vaux para el parque, propuesto al concurso organizado al efecto bajo el lema «Greensward» (distrito verde), pretendía facilitar «una habituación fácil, segura y cómoda del público a la costumbre que quiere establecerse en él»[333]. Los ambientes pintorescos y la voluntad de disciplinar las conductas iban de la mano. Un delicado paisaje bucólico reemplazaría la ruralidad cacofónica de los comunes periurbanos y contribuiría a calmar los nervios de los visitantes,

promoviendo formas contemplativas y pasivas de recreo, ejerciendo «una influencia armonizadora y refinadora sobre las clases más desafortunadas e ingobernables» de la ciudad[334]. En una rudimentaria prefiguración de la zonificación del espacio público, el proyecto establecía un sistema de lugares definidos por la combinación de configuraciones formales, actividades y experiencias particulares[335]. Las guías de los parques y las descripciones publicadas en la prensa pronto los asociarían a sujetos y conductas específicos mediante elaboradas viñetas visuales y textuales, que amplificaban la imaginación de los diseñadores con clichés de clase media sobre el decoro urbano y el buen comportamiento[336]. Los visitantes estaban implícitamente segregados por clases a través de un sistema jerárquico de pistas, paseos y senderos por todo el parque, o eran reunidos para producir una impresión de convivencia armoniosa en los lugares centrales. Se concibieron enclaves especiales para actividades potencialmente conflictivas, como practicar deporte o tomarse un refresco, de forma que pudieran controlarse fácilmente. Las unidades de diseño estaban dotadas de valores ideológicos que, en la estrategia de Olmsted y Vaux, conferían a los lugares un tipo específico de agencia. Aquí entraban en juego dos mentalidades dominantes de la época: una cultura material que vinculaba las condiciones ambientales al comportamiento social y una práctica arquitectónica que asignaba un significado moral a la forma construida.

Sin embargo, el control del comportamiento público en el parque exigía instrumentos más coercitivos. Las primeras ordenanzas del parque se aprobaron en marzo de 1858 en un intento pionero de regular el uso del espacio público y las conductas colectivas. Se regulaban numerosos aspectos, incluyendo formas de acceso y horarios de apertura, medidas de seguridad, la presencia de animales, la conservación de la integridad material y visual del parque y, por supuesto, la preservación del decoro y el cumplimiento de los usos asignados a cada espacio[337]. Muchas de las prescripciones pueden parecer normales hoy en día, pero excluían prácticas entonces familiares en calles y plazas convencionales. Algunas, de hecho, eran parte de la esencia misma de la publicidad obrera. Se prohibían explícitamente los actos o el lenguaje indecentes, la venta ambulante, las banderas y pancartas, las procesiones y manifestaciones cívicas, la música y el baile espontáneos, la mendicidad, los deportes intensos, la embriaguez, los juegos de azar y adivinación, los fuegos artificiales y globos, tener una apariencia sucia y cualquier actividad «que pudiera ocasionar una alteración del orden público»[338]. Las ordenanzas se publicitaban activamente, no solo en los terrenos del parque, sino

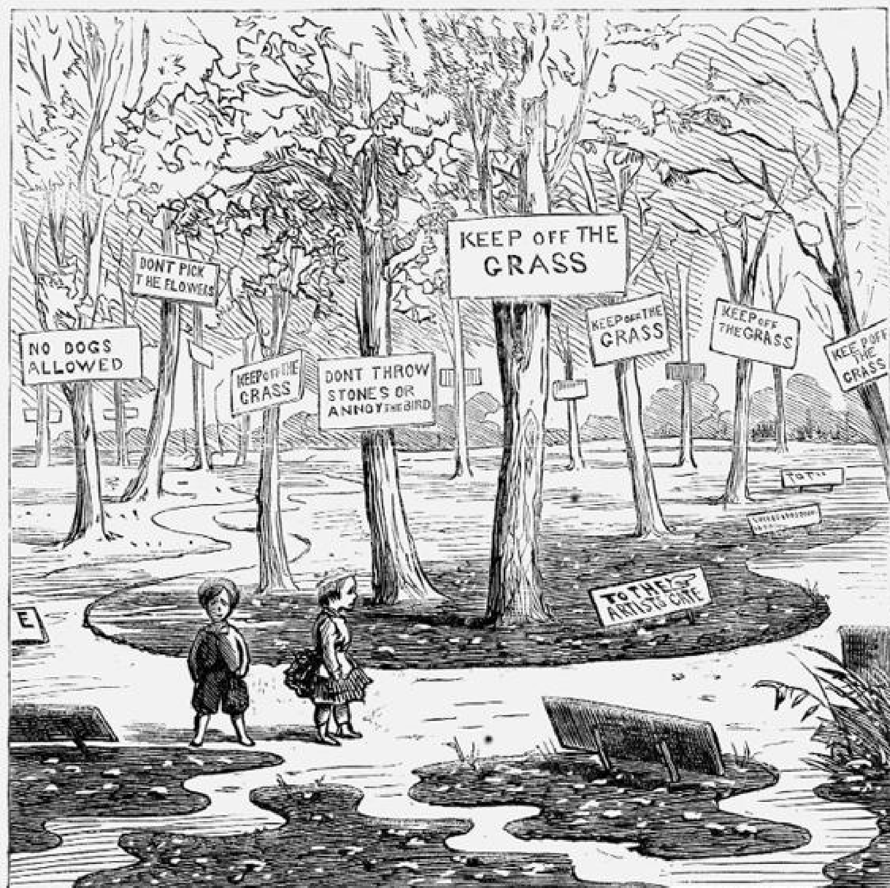
también en periódicos y revistas[339]. Algunas de las restricciones, como la prohibición de bebidas destiladas, se extendieron a las calles circundantes[340]. Otras se relajaron con el paso del tiempo. Por ejemplo, tras varios años de agitado debate, se eliminó gradualmente la prohibición de determinados deportes y se permitió a los alumnos de los colegios públicos jugar partidos semanalmente, bajo supervisión[341]. Este privilegio «dependía de la asistencia regular y del buen comportamiento [...] en la escuela»; prefigurando los esquemas posteriores de *playgrounds* vigilados, los profesores tenían que controlar «el buen comportamiento de sus alumnos mientras estuvieran en el parque» y dar prioridad «solo a aquellos que lo utilizaran correctamente»[342]. En todo caso, la mayoría de las restricciones se mantuvieron y, de hecho, sirvieron de modelo para una regulación más amplia del espacio público, no solo en las inmediaciones, sino también en otras iniciativas de espacios verdes en la ciudad[343].



FIGURA 11. Haciéndose eco del discurso oficial, este detalle de una litografía de 1865 representa Central Park como un espacio ordenado y coreografiado en el que se mezclan e interactúan ciudadanos de distintas procedencias. Litografía de Julius Bien y John Bachmann. Cortesía del Metropolitan Museum of Art, Harris Brisbane Dick Fund.

Además, se creó un grupo especial de guardas del parque para

hacer cumplir las normas. Estos tenían autoridad como agentes de policía y estaban sujetos a entrenamiento militar y a una meticulosa rutina diaria[344]. De hecho, el proyecto del parque estaba estrechamente entrelazado con estrategias policiales. Aunque la iniciativa había partido del ayuntamiento —liderado por el Partido Demócrata—, la ejecución definitiva fue asumida en 1857 por el gobierno republicano del estado de Nueva York, que arrebató el control del proyecto al municipio y lo derivó a una Junta de Comisarios encargada de su gestión. Coincidiendo con esta medida, los republicanos también crearon el primer cuerpo de policía moderno para la ciudad, la Policía Metropolitana [345]. Olmsted, afín a este partido, se enorgullecía de ser «uno de los pocos hombres de la época en los Estados Unidos que se había preocupado por estar bien informado en materia de organización y gestión policial»[346]. De hecho, según su propio testimonio, su nombramiento se debía a su conocimiento de los sistemas policiales europeos y a su compromiso con la «administración […] del público en el acceso y uso del parque»[347]. La creación de una unidad especial de policía para un espacio singular era una medida audaz, y el protocolo de vigilancia fue igualmente innovador. Los guardas del parque debían, en la medida de lo posible, actuar como educadores, «indicando tranquila y cortésmente a los visitantes […] la mejor forma de conseguir lo que dese[aran]» y «ayudando respetuosamente al infractor a comprender mejor lo que se debe a los demás, como un caballero se las arreglaría para ayudar a otro»[348]. Los visitantes, a su vez, debían adquirir «seguridad en sí mismos para pedir y aceptar lo que necesit[aran]»[349]. Los guardas, sin embargo, podían arrestar a los infractores e imponer multas. Las detenciones y sanciones fueron especialmente frecuentes y severas en los primeros años del parque, con penas de hasta treinta días de cárcel y multas de 50 dólares, equivalente al salario medio de un trabajador textil durante casi cinco meses[350].



THE CENTRAL PARK.

A delightful resort for toil-worn New Yorkers.

FIGURA 12. «Central Park, un agradable lugar de recreo para los agotados neoyorquinos». Esta caricatura se burlaba de la sobreabundancia de normas y restricciones en el parque. *Frank Leslie's Illustrated Newspaper,* 19 de junio de 1869, 221. Fuente: Library of Congress.

Al parecer, estas medidas produjeron el efecto deseado poco después de la inauguración del parque. Tras alcanzar su punto álgido en 1859, los arrestos disminuyeron o se mantuvieron estables incluso cuando el número de visitantes aumentó de forma constante en la década de 1860[351]. La prensa ensalzó los beneficios sociales del parque, mientras que Olmsted se jactaba de la «admirable demostración de orden y decoro» en su recinto y de su capacidad para «debilitar las peligrosas inclinaciones [de las] clases anárquicas de la ciudad»[352]. Este discurso celebratorio ayudó a consolidar el consenso sobre la capacidad de los parques para normalizar el comportamiento público y promover «la cortesía, el autocontrol y la templanza»[353].

La realidad, sin embargo, era más compleja. En 1863, cuatro años después de que el parque se abriera por primera vez a los visitantes, las calles de Manhattan estallaron con el episodio de desorden público más violento de la ciudad hasta la fecha: los Draft Riots. Aunque rara vez se mencionan en las historias sobre el parque, los obreros que trabajaban en sus instalaciones fueron especialmente activos y agresivos en los comienzos de la revuelta, que, según algunas fuentes, podría haberse originado allí[354]. Al principio, la muchedumbre estaba compuesta principalmente por residentes de asentamientos informales de la zona alta de la ciudad; la historiadora Catherine McNeur ha sugerido que los disturbios expresaban la rabia de los desplazados o desposeídos de su ganado y estilo de vida por el parque y las medidas asociadas a su creación[355]. Lejos de ser un agente pacificador, por tanto, el parque pudo haber estimulado el malestar social. Los disturbios, sin embargo, también mostraron la ambivalencia y los peligros del control popular de las calles en una metrópoli cada vez más segregada. Surgieron como respuesta a la Ley de Reclutamiento para la Guerra Civil, que obligaba a los pobres a alistarse en el ejército de la Unión. Los demócratas locales habían advertido a sus electores, en su mayoría inmigrantes blancos de clase trabajadora, que la guerra la habían ideado los republicanos para liberar a los esclavos negros, que trabajarían por salarios bajos y les quitarían los empleos[356]. La insurrección contra las autoridades pronto se convirtió en un ataque brutal contra los afroamericanos y los blancos partidarios del mestizaje de razas. Los irlandeses fueron especialmente activos en los ataques, pero también lo fueron en la protección de sus vecinos negros en comunidades racialmente mixtas como Five Points[357].

En un plano más mundano, Olmsted se quejaba a menudo ante la Junta de Comisarios del parque de la dificultad de preservar el orden debido a la falta de recursos para las tareas de vigilancia. El número de guardas del parque no aumentaba al mismo ritmo que el de visitantes. La situación empeoró gradualmente, sobre todo después de que el ayuntamiento recuperara el control del parque en 1870[358]. Poco después, los comisarios empezaron a detectar «la impaciencia de los visitantes con las normas y la laxitud de la disciplina para hacer que estas se cumpl[ieran]»[359]. A pesar de su prohibición, en los años inmediatamente posteriores a los Draft Riots estallaron protestas políticas en el parque en varias ocasiones[360]. Es más, los comunes de la calle fueron penetrando gradualmente en su recinto. En 1875, los propietarios de ganado ilegal seguían llevando a sus animales al parque «para pastar entre los arbustos y árboles jóvenes»[361]. Durante la década de 1880 los arrestos volvieron a aumentar con intensidad, la

mayoría de ellos por comportamiento inadecuado y alteración del orden público. La pretensión de que las clases bajas imitarían la conducta de las clases educadas fue vana. No todos los pobres que entraban en el parque se detenían a admirar los hermosos carruajes de los usuarios más elegantes; algunos, de hecho, se dedicaban a apedrearlos[362]. En un amargo y sombrío folleto publicado en 1882, Olmsted lamentaba que las zonas apartadas y silvestres estaban siendo utilizadas por prostitutas para esperar a sus clientes; otras servían de alojamiento a un gran número de «vagabundos y gitanos» que se ganaban la vida vendiendo flores y plantas que cogían del parque[363].

Se produjo, pues, una interesante dialéctica en las primeras etapas del parque. Las prácticas del común callejero se infiltraron lentamente en su recinto y, simultáneamente, las autoridades trataban de diseminar su influencia ampliando las ordenanzas y estrategias adoptadas en el parque a las inmediaciones y a otras zonas verdes de Nueva York[364]. A pesar de estas contradicciones, la ideología del gran parque paisajístico se extendió por todo el país, y muchos municipios promovieron sus propios proyectos tras la Guerra Civil[365]. Olmsted y Vaux recibieron pronto el encargo de diseñar intervenciones similares e idear esquemas verdes y de ensanche de mayor magnitud para otras grandes ciudades, incluido el esquema inicial de 1870 para el sistema de parques del sur de Chicago. Estos primeros esquemas integrales compartían la aspiración de moralizar la urbanización y definir los contornos de la interacción pública. Durante este periodo, los parques se asociaron en el imaginario institucional y profesional a una reproducción equilibrada de la mano de obra urbana y a entornos residenciales tranquilos, agudizando la brecha entre los espacios productivos y los reproductivos. Los propios Olmsted y Vaux trataron de consolidar y ampliar esta «separación entre la vida comercial y doméstica» en su trabajo posterior[366]. Muchos de estos aspectos reaparecerán más adelante en este capítulo y en el siguiente.

«Dejad que jueguen los jóvenes bárbaros»: la reforma del ocio

Tras la Guerra Civil, pues, quedó firmemente establecida la conexión del espacio público planificado con la regulación de la sociabilidad y el esparcimiento. Pero, en el contexto de una creciente conflictividad social, poco a poco se hicieron evidentes las limitaciones del concepto de gran parque paisajístico. Aunque los enfoques de Olmsted siguieron siendo populares en todo el país, una nueva oleada de reformas replanteó los supuestos de las políticas anteriores, especialmente entre la década de 1880 y la de 1900. El intento de resignificar la

experiencia de la publicidad mediante equipamientos gestionados por el Estado se extendió más allá de las zonas verdes para desarrollar un programa integral y a largo plazo de espacios pedagógicos que guiaran a las personas desde la infancia hasta la vida adulta, promoviendo el «desarrollo de la raza»[367]. Debían ubicarse en puntos estratégicos de los barrios obreros, donde se necesitaban con mayor urgencia. Al adoptar un programa de reeducación más sistemático e intervencionista, los espacios públicos pasarían a proporcionar no «un mero *lugar* de recreo», sino un «*plan* de recreo» más integral[368]. Había que regular la sustancia misma de la socialización para evitar una mayor desmoralización de la esfera pública. El concepto de *playground* (patio de juegos) se convirtió en el elemento más destacado de este nuevo enfoque. Los relatos críticos disponibles sobre el *play movement* (movimiento del juego) estadounidense durante la Era Progresista se centran en su papel en la segregación de los niños respecto a los procesos comunitarios y en la «destrucción de la vida callejera de los inmigrantes de clase trabajadora»[369]. En esta sección, aunque parto de estos análisis, también haré hincapié en la ambivalencia política del movimiento y en su contribución creativa al replanteamiento de la intersección entre el Estado, el ocio y la reproducción social, no solo en lo que respecta a los niños, sino también en relación con regímenes vecinales más amplios. Los reformadores del juego y el ocio hicieron campaña para desmercantilizar el ocio colectivo y abogaron por la implementación de redes de espacios sociales gestionados por el Estado que guiaran —en lugar de destruir— la interacción social y, por tanto, se convirtieran en el núcleo de una comunidad renovada y purificada. Muchas voces críticas consideraron que este programa era una suerte de comunismo disfrazado. De hecho, no deberíamos ignorar sus implicaciones radicales: toda forma de planificación progresista enuncia un común como horizonte de su praxis; hay en ese gesto un excedente emancipatorio latente, aunque normalmente reprimido, que, en determinadas condiciones, puede alimentar planteamientos y formas de antagonismo alternativos.

Pero, a decir verdad, los reformistas de la Era Progresista tenían poco de comunistas. De hecho, a menudo defendían explícitamente los beneficios que el capital podía obtener de la municipalización del ocio: una mano de obra vigorosa se vería atraída por la «oportunidad de esparcimiento que [cada] ciudad [pudiera] ofrecer», así que la recreación colectiva era «un factor determinante» en el crecimiento urbano[370]. Los esquemas municipales de ocio eran, según el economista político Simon Patten, una forma de «control social atractivo» que «aumentaría […] la eficiencia industrial» y protegería

la reproducción de la clase trabajadora y de la sociedad[371]. Al reavivar la «relación del trabajador con las grandes entidades de su ciudad, le harían consciente de [la vida comunitaria]» y «le incitarían a participar en [...] las oportunidades de diversión [...] de parques, teatros [...] grandes almacenes, *settlements* [...] y colegios socializados»[372]. Mary McDowell, directora de una de las principales *settlement houses* (centros de barrio) de Chicago, escribiría más tarde sobre la aspiración del movimiento a «asegurar el "derecho al ocio" [...] que los débiles [...] no [podían] asegurarse por sí mismos», para mantener satisfecha a la clase trabajadora y diluir el atractivo de ese «"divino pero lejano acontecimiento" del Socialismo»[373]. Así pues, la reforma del ocio era, de forma bastante explícita, un antídoto contra esa forma madura del común en la ciudad industrial: el deseo político colectivo y antagónico. También constituyó un eje de lucha de frontera en un momento en que los límites entre producción y reproducción —o entre tiempo de trabajo y tiempo libre en la comunidad— estaba desplazándose como resultado de la presión del proletariado para reducir la jornada laboral y liberar a niños y mujeres del trabajo industrial. En este contexto, los reformistas de la Era Progresista plantearon la necesidad de ampliar la intervención del Estado en el ámbito del ocio para alinear la reproducción cotidiana y generacional de los trabajadores con la reproducción del sistema capitalista en su conjunto.

Aunque la reforma del ocio pronto abordaría «las variadas necesidades de todos los miembros de la comunidad» a través de «sistemas integrales de ocio público», los niños fueron el objetivo original y fundamental de esta estrategia emergente[374]. La prohibición del trabajo infantil aumentó la presencia de menores en las calles y redujo los ingresos familiares. Para algunos, esto obligaba al Estado a intervenir para «hacer que el cuidado de los niños fuera lo más fácil y agradable posible»[375]. El juego libre en las calles era un elemento fundamental de la vida cotidiana de los niños en los barrios obreros y una de las principales preocupaciones de los reformadores, que pensaban que los «jóvenes bárbaros» adquirían «muchos hábitos viciosos» en el espacio público, convirtiéndose en «una molestia para sus padres y para el barrio»[376]. La demonización de la vida pública en los *slums* alcanzó su punto álgido durante este periodo. La calle era vista como «un campo libre en el que la influencia más maligna y corruptora [podía] actuar en contra de la moral de la comunidad», «una escuela vil» en la que «el demonio utiliza[ba] su munición más destructiva para dinamitar [...] el carácter humano»[377]. Incluso el presidente Theodore Roosevelt afirmaba que «en los sectores más

poblados de la ciudad» las calles se convertían en «escuelas del crimen».[378] Al igual que en el caso de los páramos y *wastelands* de la Inglaterra del siglo XVIII, la red de publicidad subalterna se consideraba un sistema de «lugares baldíos»[379]. Con el fin de «sacar a los niños de las calles durante sus horas de recreo», los defensores de los *playgrounds* los convertirían en «escuelas del carácter» y *«organizarían* para los niños [...] las posibilidades del *juego libre»*[380]. Esta paradójica noción de «libertad vigilada» resume la mezcla de disciplina y liberalidad que subyacía a la reforma del juego. Henry S. Curtis, el primer secretario de la Playground Association of America (PAA), sugirió que en un *playground* vigilado «los niños creen estar recibiendo lo que quieren»[381]. Este era, por tanto, un instrumento estratégico para inculcar la «subordinación del yo al grupo» que el amigo de Curtis y primer presidente de la PAA, Luther H. Gulick, había identificado como «fundamento de la vida moderna»[382].

La mayoría de las iniciativas iniciales de parques y *playgrounds* en los barrios de Nueva York y Chicago fueron impulsadas por los líderes de las *settlements houses* y reflejaban su ideología y su trabajo con las comunidades. Las *settlement houses* o centros de barrio se concibieron originalmente como comunes. Debían empoderar a los barrios en los que se ubicaban mediante diversas actividades y servicios de reeducación, y luego transferir el control de los equipamientos a los vecinos una vez que hubieran aprendido a gobernarse a sí mismos. Pero esto rara vez sucedió. Los prejuicios de los trabajadores sociales que los dirigían obstaculizaron este ideal bienintencionado, prueba de cómo una comprensión limitada de las formas de orden socioespacial subalterno realmente existentes puede frustrar incluso las empresas más progresistas. En sus escritos e iniciativas como directora de la pionera Hull-House, Jane Addams condensó la visión del *slum* como un lugar en el que todo el «organismo social se [había] descompuesto»[383]. Las formas de organización social y apropiación del espacio que hemos asociado al común de las calles —incluido el juego espontáneo— se consideraban síntomas de degeneración y falta de «energía social»[384]. De hecho, Addams y otros reformadores aludían a esas prácticas para racializar a las poblaciones negras y migrantes de origen rural, estereotipándolas como «gente primitiva» lastrada por una «estupidez patética»[385].

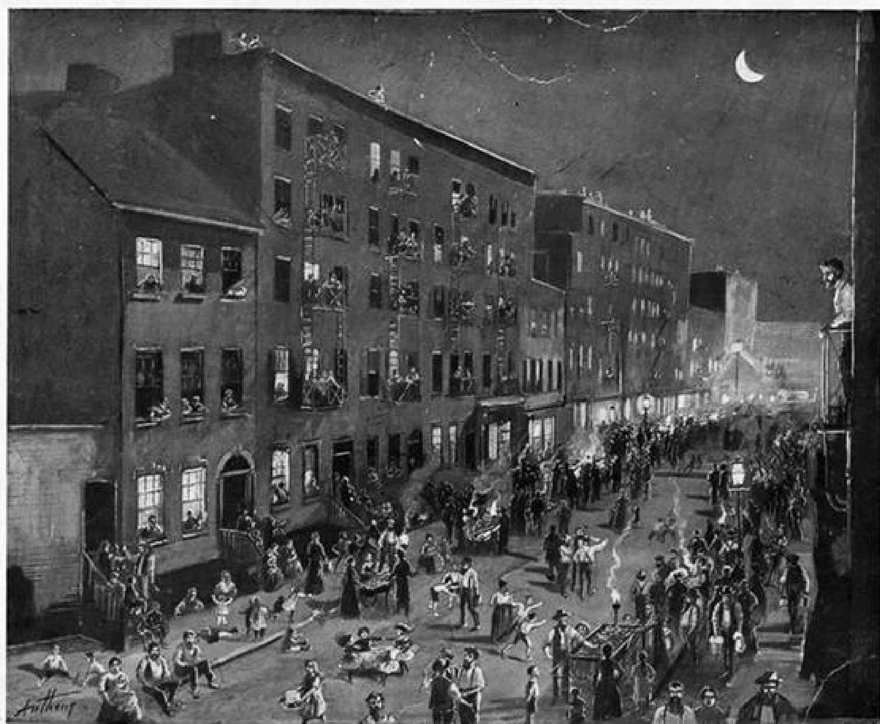
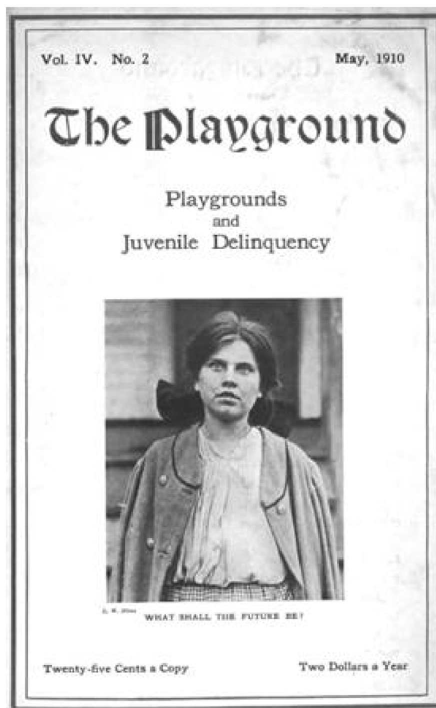


FIGURA 13. «Una noche de calor en el East Side», 1899. Los *slums* de Nueva York eran notorios, entre otros motivos, por sus tórridas veladas estivales, cuando la temperatura interior y el hacinamiento en los *tenements* hacían difícil conciliar el sueño. En esas condiciones el espacio público conservaba su habitual trasiego hasta bien entrada la noche, convirtiéndose en un gran patio de juegos y lugar de socialización. Fuente: Wallach Division Picture Collection, The New York Public Library.

Los integrantes de las *settlement houses* estaban decididos a diseñar una «nueva ciudadanía» ajustada a su propia «concepción de la vida»[386]. El movimiento proporcionó a las comunidades una asombrosa panoplia de servicios y equipamientos, incluidos dispensarios médicos gratuitos, liceos, guarderías, cafeterías, salas de lectura, salas de baile, clubes sociales, gimnasios, proyecciones de teatro y cine, conciertos y cursos de idiomas y manualidades; para disfrutar de ellos, los residentes de la zona solo tenían que cumplir las normas y códigos de conducta prescritos por los monitores asignados a cada actividad. Los *playgrounds* y los esquemas para organizar el juego en la calle fueron uno de los primeros elementos de estos programas. La Hull-House inauguró el primer *playground* público de Chicago en el Near West Side en 1893. El Chicago Commons de Graham Taylor, el University Settlement de Mary McDowell y el Northwestern University Settlement de Charles Zueblin pronto siguieron su ejemplo[387].

Addams, Taylor y Zueblin también desarrollaron una exitosa campaña para la creación de una red metropolitana de *playgrounds* y pequeños parques de barrio[388]. En Nueva York, la Educational Alliance, otra *settlement house,* elaboró esquemas para la supervisión del juego callejero en el Lower East Side a principios de la década de 1890, y Charles Stover, del University Settlement de esa ciudad, creó con Jacob Riis la New York Society of Parks and Playgrounds, que desempeñaría un papel decisivo en la demolición de varios bloques de viviendas y en la creación de un parque en Mulberry Bend en 1897[389]. Stover, Riis y Lilian Wald, del Henry Street Settlement, también fundaron la Outdoor Recreation League, que creó los primeros *playgrounds* de Manhattan en los terrenos de los futuros DeWitt Clinton Park (1898) y Seward Park (1899)[390]. Los miembros de las *settlement houses* también participaron activamente en el intento de establecer una simbiosis entre los espacios de juego vigilados y las instituciones escolares, utilizando los locales de los colegios públicos de Chicago y Nueva York para organizar *playgrounds* y escuelas vacacionales para niños y niñas y centros recreativos nocturnos para adultos desde finales de la década de 1890[391]. Estas experiencias prefiguraron algunas de las características distintivas de los esquemas posteriores, incluida la segregación de niños por edad y sexo y la incorporación de directores de juego y agentes de policía para supervisarlos y preservar el orden.

A principios de la década de 1900, los *playgrounds* y los programas de juego se describían cada vez más como estrategias de bienestar social polivalentes con beneficios inmediatos y a largo plazo. La PAA, fundada en 1906, abogaba por ellos de la siguiente manera: La delincuencia se reduce proporcionando una salida saludable a la energía juvenil [...]. Se eleva el nivel general de salud [...]. Se incrementa la eficiencia industrial al proporcionar a los individuos una vida lúdica que les permitirá desarrollar mayor ingenio y adaptabilidad [...]. Se adoptan estándares morales más altos al proporcionar sustitutos óptimos de formas de recreo indeseables [...]. Se promueve la buena ciudadanía mediante la formación de hábitos de cooperación en el juego [...]. Los individuos se convierten en ciudadanos más leales y eficientes [...]. El espíritu comunitario se desarrolla más fácilmente a través de juegos en los que pueden participar todos los miembros de la comunidad [...]. El progreso social depende de la medida en que un pueblo posea el espíritu del juego[392].



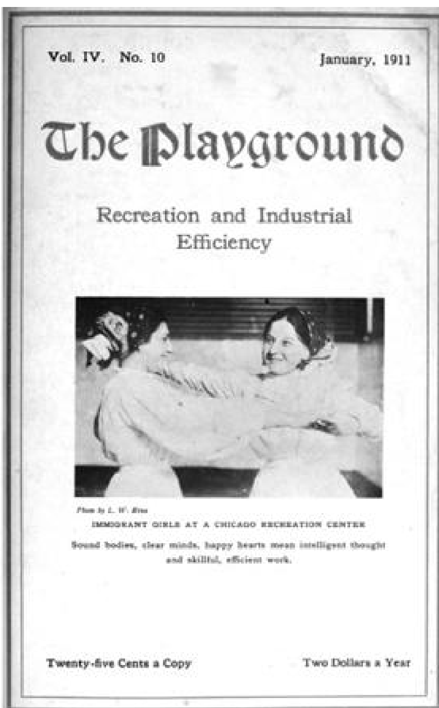


FIGURA 14. Portadas de *The Playground* en 1910 y 1911, en pleno apogeo de los enfoques intervencionistas para la provisión de ocio para la clase trabajadora. Estos monográficos se centraban en temas clave para la Playground Association of America, como la relación entre las formas de uso del tiempo libre, la delincuencia juvenil y la eficiencia en el trabajo. Fuente: Prelinger Library, San Francisco/Internet Archive.

Los *playgrounds* promovían la limpieza, reforzaban las identidades de género, protegían a los conductores y ciclistas al mantener a las «hordas salvajes» de niños fuera de las calles y preservaban las «virtudes marciales», la «obediencia» y el «espíritu de sacrificio», preparando la nación para la guerra mediante el «desarrollo de la psique, la salud y la lealtad de la generación venidera»[393]. Pero, fundamentalmente, el *playground* era una «escuela de ciudadanos» que, a diferencia de las culturas callejeras existentes, aseguraba la productividad y la paz social educando a los niños para ser «útiles y leales»[394]. En primer lugar, el juego se concebía como una preparación para el trabajo[395]. El *Normal Course in Play* —el programa académico de la PAA para futuros «líderes de *playgrounds*»— no apreciaba «ninguna diferencia fundamental entre el juego y el trabajo»[396]. «Dime cómo juega un niño —escribió Luther H. Gulick— y te diré cómo trabajará»[397]. Los equipamientos, organizados como una taylorizada «fábrica de juegos», garantizaban la (re)producción de una mano de obra eficiente[398]. Los monitores debían «dotar al juego

libre de un propósito inconsciente» para «embaucar» a los niños y orientarlos «hacia el trabajo»[399]. En segundo lugar, el juego en común mitigaría las luchas étnicas y de clase y fomentaría un sano orgullo comunitario. Los juegos supervisados «disolv[ían] las diferencias nacionales y sociales y ayud[aban] a los niños a encontrar un vínculo común» para el «honor y la gloria […] del barrio»[400]. Los *playgrounds* y los programas recreativos se consideraban en general como una forma de seguridad social, y no solo para los pobres. Henry S. Curtis escribió explícitamente sobre ellos como un medio de anestesia colectiva: Los trabajadores están reclutando líderes para su causa, y […] experimentan una nueva sensación de poder. Estamos sentados sobre la boca de un volcán industrial, que podría […] provocar huelgas destructivas, anarquía o revoluciones francesas […]. Cuando el pueblo de Roma se sintió descontento, se construyó el Circo Máximo y el Coliseo […]. Un *playground* que proporcione seguridad, ejercicio, salud y diversión a los niños, y un lugar de recreo familiar por la noche, puede hacer mucho para mejorar las condiciones y calmar el descontento[401].

El diseño del *playground* daba prioridad a la funcionalidad, la visibilidad y una asignación clara de actividades específicas y grupos de usuarios en recintos exclusivos. Su forma debía adecuarse a la organización del juego; predominaban las geometrías sencillas. Los elementos vegetales eran escasos y enfatizaban los esquemas funcionales; los juegos y los niños debían convertirse en los protagonistas del paisaje. El *playground* típico solía tener una superficie aproximada de entre 8.000 y 20.000 m[2], y ocupaba normalmente una manzana completa separada de las calles circundantes, especialmente en las congestionadas zonas obreras, donde las vallas debían ser «más altas y fuertes»[402]. Incluía zonas equipadas separadas para chicos, chicas y niños pequeños, aunque estos dos últimos grupos generalmente se combinaban para que las niñas aprendieran a actuar como cuidadoras desde una edad temprana[403]. Los *playgrounds* más grandes solían tener campos de atletismo y béisbol, pistas de tenis, piscinas para niños y para nadar y, a veces, huertos o instalaciones temporales para festivales[404]. El horario diario estaba meticulosamente organizado e incluía tiempo para hacer marchas y desfiles, cantar canciones patrióticas, saludar a la bandera o participar en «clubes de buenos ciudadanos»[405]. Los *playgrounds* solían ser independientes de las zonas verdes más grandes, pero Chicago combinó ambos conceptos para desarrollar un nuevo tipo de parque pensado como centro comunitario tanto para niños como para adultos. Los parques del sur de Chicago tenían entre cuatro

y veinticinco hectáreas e incorporaban magníficas «casas de campo» *(field houses),* una variación actualizada de las *settlement houses* con gimnasios cubiertos, bibliotecas, auditorios, salas de club, restaurantes a precio de coste, fiestas vecinales vigiladas y bailes sujetos al control de carabinas municipales[406]. Al igual que en la generación anterior de grandes parques paisajísticos, las asambleas políticas y otras prácticas habituales en el espacio público que se consideraban indecorosas estaban prohibidas en estos equipamientos[407].

Los reformadores definían el *playground* como «un espacio bajo la dirección de un monitor de juego»; este último era fundamental para «hacer del *playground* una fuerza social», y al menos tan importante como el diseño espacial del lugar[408]. En muchos casos, no se podían utilizar las instalaciones si los llamados «líderes del juego» no estaban presentes. «Sin ellos —escribió Gulick— era mejor prescindir por completo de los *playgrounds*»[409]. Los monitores eran considerados «ingenieros sociales» y «alquimistas de los deseos humanos» que «proporcionarían salidas seguras a los instintos de los jóvenes»[410]. Los instructores debían tener una «personalidad dominadora», mantener un aspecto impecable y utilizar un lenguaje refinado para asegurar la «obediencia a la autoridad y la ejecución automática de las órdenes» en las instalaciones[411]. Recompensaban las actitudes positivas con insignias, libros o entradas de cine y castigaban el comportamiento desconsiderado y el lenguaje inapropiado, prohibiendo a los infractores la entrada al recinto durante varios días. También contaban con el apoyo permanente de agentes de policía especiales asignados a los *playgrounds*[412]. La insistencia en la supervisión era tan fuerte que algunos directores de juegos e incluso miembros del Congreso de los Estados Unidos expresaron su preocupación por que el enfoque intervencionista de la PAA destruyera la espontaneidad de los niños[413]. Dicho enfoque se basaba en la suposición de que los niños de clase baja «no sabían jugar»[414]. Los supervisores les «devolverían la iniciativa» y les enseñarían «cómo gobernarse a sí mismos»[415]. La definición de lo que se consideraba una autonomía buena y eficaz — en comparación con la libertad autodidacta típica del juego callejero — era por tanto una de las principales preocupaciones del movimiento.



FIGURA 15. Marshal Swenie Playground, Polk Street, 1907. Ubicado en un barrio multiétnico poblado por alemanes, irlandeses, italianos y judíos del este de Europa, este *playground* es un ejemplo avanzado de la nueva concepción de espacio público de la época. En primer plano, tras la valla, un grupo de chicos juega al béisbol; más al fondo, las chicas y niños más pequeños juegan juntos al corro. Entre ellos pueden apreciarse varios monitores de juego y al menos un policía. Reimpreso del Informe Anual de la Special Park Commission, 1907, p. 26. Fuente: Chicago Public Library.

Como ya se ha mencionado, se dio prioridad a los barrios obreros en las campañas para la creación de *playgrounds* y parques pequeños. La «jungla del Lower New York» fue el objetivo explícito de la Small Parks Act de 1887 en esta ciudad; las primeras intervenciones se concentraron en el Lower East Side de Manhattan, con otros *playgrounds* satélites situados en zonas proletarias conflictivas como Hell's Kitchen[416]. En Chicago, la red de *playgrounds* y parques de barrio era más amplia y sistemática. Para ubicar los nuevos equipamientos se tuvieron en cuenta las condiciones sociales y sanitarias existentes, como la densidad de habitantes, los estándares de vivienda y los índices de delincuencia juvenil[417]. El sistema se organizó en dos fases. La primera se centró en las zonas obreras tradicionales, situadas entre el núcleo de la ciudad y la franja interior del sistema de parques. La segunda se concentró en zonas emergentes y más periféricas de población inmigrante, especialmente en el sur de Chicago[418].

La ubicación precisa dentro de una zona concreta también respondía a criterios sociales estratégicos. En Nueva York, intervenciones como las de Mulberry Bend Park y Seward Park tenían como objetivo específico la demolición de bloques de *slums* especialmente problemáticos y se convirtieron en precursores de las campañas de renovación urbana tras la Segunda Guerra Mundial. También constituían un intento de rescatar a los niños de la influencia de los numerosas tabernas y casas de prostitución en la cercana Allen Street y el Bowery[419]. En algunos casos, como el de Tompkins Square Park, se incorporaron *playgrounds* en lugares predilectos en las movilizaciones de las clases trabajadoras con el fin de pacificarlos[420]. Los *playgrounds* de Chicago se ubicaron a menudo cerca de centros de vida comunitaria ya existentes, como iglesias y escuelas étnicas. En su manual de 1917, Henry S. Curtis también sugirió este planteamiento, que tendía a reforzar la segregación social: «El emplazamiento de un *playground* debe ubicarse en el seno de una población homogénea. Las secciones de la ciudad a menudo deben considerarse como entidades separadas, porque la gente de [una sección] no desea mezclarse con la de las secciones adyacentes. Los niños no irán de una sección acomodada a un *slum* para ir a un *playground,* o viceversa»[421]. También recomendaba «lugares separados para los niños de color y los blancos»[422]. En la práctica, pues, la idea de que los *playgrounds* eran oportunidades para el encuentro y la mezcla social parecía referirse únicamente a los descendientes de inmigrantes blancos, y, de hecho, las comunidades afroamericanas a menudo fueron discriminadas en la provisión de espacios abiertos. Hasta la década de 1930, por ejemplo, solo había un *playground* en el Black Belt de Chicago, y estaba mal equipado y ajardinado en comparación con otras intervenciones[423].

La PAA ayudó a difundir la idea de que todas las ciudades necesitaban un sistema municipal de ocio que racionalizara la provisión de equipamientos recreativos, extendiendo su influencia al espacio público convencional y ampliando los conceptos de *playground* y parque para incluir centros comunitarios siguiendo el ejemplo de las casas de campo de Chicago[424]. Nueva York fue especialmente activa en la ampliación y centralización de los equipamientos recreativos bajo la coordinación del Departamento de Parques[425]. Dada la falta de emplazamientos disponibles en los *slums,* la ciudad reordenó calles convencionales y lo que denominaban «lugares baldíos» *(waste places)* como *playgrounds*. A raíz de una petición presentada en 1909 por la New York's Parks and Playgrounds Association —la rama local de la PAA—, se cerraron docenas de calles para el juego en barrios congestionados. La buena noticia, sin embargo, se acompañó de la

introducción de líderes de juegos para monitorizar las actividades y la interacción social[426]. En 1914, el Departamento de Parques aceptó una propuesta para ocupar solares vacíos y descampados con jardines y *playgrounds* provisionales —también supervisados por instructores— y comenzó a apoyar los intentos de crear *playgrounds* en patios traseros y azoteas de bloques de vivienda reformados[427]. La «idea comunista» de abolir el «bloque antisocial», convirtiendo los patios en una especie de «centro cívico» lleno de niños y equipamientos comunitarios, comenzó así a tomar forma[428]. Tanto en Nueva York como en Chicago, los estadios, muelles recreativos, bailes callejeros supervisados, proyecciones de películas educativas, desfiles municipales e incluso las propuestas para construir zonas de *playgrounds* elevados sobre las calles y «rascacielos de *playgrounds*» de veinte pisos pasaron a formar parte de los panoramas expansivos del ocio de gestión municipal[429].

Esta estrategia para implementar programas integrales de instalaciones públicas y la municipalización del ocio colectivo de forma más generalizada constituyeron esfuerzos primordiales en el avance institucional de la planificación socioespacial[430]. Las conexiones entre la reforma del juego y las primeras prácticas de planificación en los Estados Unidos eran evidentes. Algunos de los sistemas de *playgrounds* y parques comunitarios más influyentes fueron diseñados por profesionales pioneros como Frederick Law Olmsted Jr., y los reformadores del ocio y los primeros planificadores compartían preocupaciones, objetivos y actitudes respecto a la cuestión social, al menos, como veremos, hasta la institucionalización de la disciplina.

Mientras esta visión positiva de los sistemas públicos de ocio penetraba en el ámbito de la planificación, se desarrollaron nuevas formas de vigilancia urbana para regular la vida en la calle y la diversión de las clases trabajadoras con un enfoque fundamentalmente prohibitivo y coercitivo[431]. Algunas de las prácticas que definían los territorios callejeros populares —incluido el juego en la calle— fueron prohibidas o restringidas, aumentando así el número de detenciones, especialmente entre los niños[432]. Casi la mitad de los niños y niñas llevados a los tribunales a principios del siglo XX en Nueva York y Chicago fueron arrestados por alteración del orden público, con delitos que a menudo incluían infracciones triviales como jugar a los dados, jugar al fútbol, tirar bolas de nieve o, simplemente, holgazanear en el espacio público[433]. Algunos reformadores y funcionarios judiciales reconocían que la mayoría de los infractores solo seguían el «instinto normal de juego infantil»[434]. El ocio colectivo, los festivales y diversiones cotidianas como la música

callejera también fueron objeto de regulación[435]. Mientras las casas de campo de los parques ofrecían bailes supervisados y fiestas en salas inundadas de luz eléctrica, los municipios aumentaron las tasas de las licencias para disminuir el número de tabernas y salas de baile en los barrios obreros, aprobaron nuevas ordenanzas para restringir sus actividades y reducir su clientela e implementaron leyes que obligaban al cierre de *pubs* en domingo, el día de más actividad, forzando la clausura de miles de negocios[436]. El cine también estaba en el punto de mira. Chicago y Nueva York establecieron juntas de censura en 1907 y 1909, y se impusieron nuevas condiciones que obligaron a cerrar muchos pequeños cines de barrio, con la posterior aparición de salas más decorosas y asépticas en zonas más céntricas en las décadas de 1910 y 1920[437].

Parece claro, por tanto, que la reforma progresista trató de sustituir los comunes del espacio público realmente existentes con una nueva concepción y geografía de la interacción colectiva basada en una noción depurada de ciudadanía. Pero ¿cuáles fueron los resultados de este esfuerzo redoblado por moralizar la publicidad? Según sus partidarios, la nueva generación de equipamientos recreativos públicos fue todo un éxito. Las autoridades de los *playgrounds* y las áreas recreativas presumían de una asistencia anual de casi 5.500.000 visitas en el sur de Chicago en 1906 y de más de 3.600.000 en Nueva York en 1907[438]. Según el discurso oficial, estos espacios pedagógicos estaban «americanizando» a los «inmigrantes de forma más eficaz que cualquier otra institución», proporcionándoles «lealtad a su país de adopción» y reduciendo las «detenciones de menores en sus inmediaciones»[439]. En 1908, Howard Bradstreet, secretario de la New York's Park and Playground Association, utilizó supuestos testimonios de niños del Lower East Side para mostrar su satisfacción con los *playgrounds:* «"Mi madre dice que el buen Dios no puso en el corazón de nadie abrir un *playground* cuando ella era niña, así que tuvo que jugar en el callejón de atrás". Un niño le respondió: "Oye, ¿no te alegras de no haber nacido antes de que se abriera el *playground?"*»[440]. Bradstreet observó que los niños reproducían por sí mismos los esquemas del juego supervisado: «Se reúnen todas las noches y juegan al "Playground". Eligen un niño como monitor, cantan las canciones y juegan los juegos aprendidos en el patio de recreo —escribió—. Las niñas mayores han estado enseñando a [jugar] a grupos de niños pequeños en las calles cercanas a sus casas»[441]. Incluso relató una escena surreal en la que los conductores de carros y los primeros automóviles, agradecidos de que por fin no hubiera niños en las calles de ciertos barrios, se detuvieron frente a un *playground* para unirse a

los pequeños que estaban cantando melodías patrióticas[442]. Sin embargo, otros observadores menos optimistas señalaron que la dotación de *playgrounds* y espacios recreativos era insuficiente, atrayendo en el mejor de los casos a entre una quinta y una tercera parte de los niños en barrios con una oferta adecuada de zonas de juego[443]. En particular, hacían falta muchos más monitores para garantizar la disciplina en las actividades[444].

También hay pruebas de resistencia popular a los intentos de supervisar el ocio y de una capacidad permanente de reapropiación y resignificación de los nuevos espacios públicos para la reproducción de identidades antagónicas. Debemos aclarar que esto no era expresión de una oposición de la clase trabajadora a los nuevos equipamientos y oportunidades de ocio. Se trataba más bien de un esfuerzo por integrarlos en la cadena de apropiaciones colectivas que sostenían los comunes de la publicidad subalterna. Los emergentes programas de ocio eran, al fin y al cabo, una respuesta a las demandas de la clase trabajadora[445]. En ocasiones, la iniciativa para la creación de parques y áreas recreativas provenía de las propias comunidades, y en algunos casos adultos y niños colaboraron en la promoción y construcción de *playgrounds* en sus barrios. En Nueva York, por ejemplo, varias asociaciones del Lower East Side y del West Side se organizaron para convertir descampados y patios traseros en áreas de juego, y grupos locales apoyaron la creación del *playground* de Seward Park[446]. En Chicago, algunas organizaciones étnicas de atletismo y células vecinales de sindicatos obreros se alinearon con los reformistas en su demanda de creación de escuelas vacacionales y *playgrounds*[447]. Esto no significaba, sin embargo, que los grupos de base aceptaran todos los aspectos de los esquemas reformistas, y existen numerosas evidencias de oposición popular a los intentos de controlar las actividades de ocio[448].

Las comunidades obreras consideraban estos nuevos espacios parte de su territorio y se resistieron desde el principio a los esfuerzos paternalistas de acotar y controlar su significado y sus prácticas. Al igual que las *settlement houses* que los promovieron, los primeros *playgrounds* se encontraron con la pasividad o el rechazo de los niños a los instructores de juego. La inauguración del *playground* de Hull-House en Polk Street, por ejemplo, estuvo marcada por una «confusión salvaje»; la prensa achacó al origen étnico de los niños la total desorganización y la escasa participación en las actividades programadas para ellos[449]. Los instructores de juego se asombraban a veces de la capacidad de los usuarios para reorganizar y reutilizar el equipamiento y de su iniciativa para reinventar formas de interacción

espacial dentro de los parques y *playgrounds*[450]. Lo más habitual era que tuvieran que aprender a lidiar con la «guerra de guerrillas» de los niños que tenían a su cargo: eran «testarudos [y] tenían mal genio», se negaban a que los separaran y trataban por todos los medios de seguir su propio planteamiento del juego, por desordenado que este pudiera parecer; a veces incluso abandonaban el *playground* en protesta explícita contra determinados monitores[451]. Estos se veían obligados a aceptar las divisiones existentes entre las bandas, reproduciendo la rivalidad callejera dentro de los *playgrounds* para garantizar la asistencia y la participación. A veces esto provocaba enfrentamientos violentos, vandalismo, pequeños robos y acoso. En ocasiones los grupos étnicos y raciales reclamaban los *playgrounds* y zonas de juego como territorio propio y, en palabras de un agente de policía de Chicago, pasaban el tiempo «peleándose y molestándose unos a otros», reproduciendo así el papel de las calles como escenario de representaciones identitarias con una concepción cerrada de la comunidad, que a veces incluían actitudes excluyentes[452]. En el Chicago de principios del siglo XX, por ejemplo, los visitantes negros a veces eran atacados y expulsados de los parques en barrios predominantemente blancos; como hemos visto, esto sirvió para legitimar la creación de terrenos segregados y normalmente mal acondicionados para los afroamericanos[453].

La regulación del espacio público fuera de los *playgrounds* y las zonas de recreo también suscitó controversias y rivalidad. Como sugería un periodista judío del Lower East Side de Nueva York en 1904, los reformadores y los responsables políticos habían «conspirado [...] para robarle al niño su derecho inalienable a jugar [...] mediante normativas y prohibiciones»[454]. La prohibición de jugar en la calle se justificaba a menudo como un medio para evitar atropellos. Sin embargo, los residentes de las comunidades obreras consideraban a sus hijos las víctimas, no la causa de los accidentes, e intentaron inhibir la proliferación de vehículos —primero bicicletas y luego automóviles— en sus barrios. Tanto en Nueva York como en Chicago, los vecinos esparcían en el pavimento vidrios rotos, basura y otros obstáculos para detenerlos, los socialistas protestaban por el asfaltado de las calles y los niños arrojaban huevos, verduras y piedras a los ciclistas y conductores de coches[455].

Hacia la planificación de la ciudad

Así pues, había una compleja dialéctica en marcha en la política de la publicidad. Los *playgrounds* y otras medidas y espacios pedagógicos

fueron en parte una respuesta a los retos y demandas de la clase trabajadora. Sin embargo, al igual que la generación anterior de grandes parques paisajísticos, se concibieron como comunes sustitutivos para mediar y mitigar el conflicto de clase, no como una proyección de las necesidades y deseos de los pobres. La idea de un común reformado, en todo caso, no podía sostenerse sin la participación masiva de las comunidades subalternas, que a menudo se reapropiaban de los nuevos espacios públicos y los resignificaban para reafirmar su autonomía.

El impacto de la ola de urbanización pedagógica de la cual nació la planificación urbana en Estados Unidos es, por tanto, ambiguo. Por un lado, no cabe duda de que, junto con la provisión de espacios y servicios públicos, el enfoque disciplinario basado en normas coercitivas durante este periodo fue contundente y decisivo a la hora de eliminar lo que hoy se consideran los aspectos más anacrónicos e indecorosos de la publicidad subalterna. Los comunes materiales de la cría informal de animales y el reciclaje de residuos, o las formas más desenfrenadas de juego infantil, aventuras juveniles y entretenimiento adulto fueron suprimidos o estigmatizados como impropios de la vida urbana y hoy siguen considerándose actividades indeseables por la mayoría de la población. Pero es más difícil medir el efecto más amplio de los *playgrounds,* parques y otros equipamientos recreativos en las espacialidades de la clase trabajadora. Personalidades eminentes como Frederick Law Olmsted o Henry S. Curtis lamentaron las limitaciones del proyecto social de parques y *playgrounds* al final de sus carreras, sobre todo en relación con su capacidad para monitorizar el comportamiento de las multitudes urbanas[456]. Al mismo tiempo, sin embargo, estos equipamientos recreativos se convirtieron en un elemento consensual y a veces obligatorio en la definición de nuevos modelos de comunidad, tal como habían defendido los propios Olmsted y Curtis, entre otros[457]. Tal vez este proceso de normalización sea una señal de éxito. Si partimos de la base de que toda forma de política urbana que no funciona se abandona —especialmente las que implican un gasto significativo—, y teniendo en cuenta la continuidad de los programas en décadas posteriores, podemos deducir que las nuevas instalaciones fueron eficaces de algún modo. En la década de 1920, los urbanistas y los agentes inmobiliarios se interesaron cada vez más por la capacidad de los *playgrounds* y otros equipamientos recreativos para modelar el carácter de las zonas residenciales y aumentar el valor del suelo[458]. Esto ayudó a ampliar el alcance de dispositivos inicialmente concebidos como herramientas de ingeniería social para los *slums,*

convirtiéndolos en un elemento habitual en las urbanizaciones de clase media. Significativamente, no se consideraba necesario supervisar el juego en estos espacios[459]. En la década de 1930, los programas del New Deal ampliaron aún más la provisión de parques, *playgrounds,* centros comunitarios y otros equipamientos públicos de ocio, convirtiéndolos en una característica elemental de la urbanización en todo el país[460]. En ese proceso, este tipo de equipamientos perdieron parte de su énfasis pedagógico, tal vez como resultado de la resistencia cotidiana de los usuarios, que se negaban a cumplir con los patrones de recreo prescritos.

Pero más allá de la incorporación de equipamientos recreativos específicos como servicios estándar en las nuevas urbanizaciones, la idea de una publicidad pedagógica, decorosa y políticamente neutra se convirtió en un elemento consensual, ampliamente aceptado en las ideologías de planificación emergentes y en las nuevas concepciones de la comunidad. En la década de 1910, el concepto de centros comunitarios abiertos a todos los residentes del barrio ganó terreno con la implementación de programas y servicios recreativos nocturnos para adultos en estructuras *ad hoc* o, más frecuentemente, en las escuelas[461]. Howard S. Braucher, sucesor de Curtis como secretario de la PAA, los consideraba «el mejor seguro posible contra el asesinato y la revolución social»[462]. Uno de los promotores de la idea fue Clarence A. Perry, que convertiría esta forma de «escuela para todos» en la pieza central de su influyente versión de unidad vecinal para el Plan Regional de Nueva York unos años más tarde[463]. El esquema de Perry era una iteración refinada de un concepto forjado en décadas anteriores: la idea de que podía diseñarse la propia comunidad como un aparato integral para prescribir un estándar moral de ciudadanía, una aspiración que estaba empezando a instalarse en las imaginaciones urbanísticas de la época. En la década de 1910, algunas voces —entre las que se encontraba un profesor recién llegado a la Universidad de Chicago, nada menos que Robert E. Park— sugirieron la necesidad de centrar la gobernanza urbana en una política comunitaria eficaz que tuviera como objetivo el barrio en su conjunto como principal ámbito reproductivo y «base del control político»[464]. Este creciente interés por el barrio como espacio de subjetivación y socialización serviría posteriormente de base a las estrategias para trasladar «la mano de obra a las afueras de las ciudades» con la creación de suburbios industriales y los primeros experimentos de unidades vecinales en Chicago[465]. Muchas de estas experiencias seguían la lógica de las recientes áreas residenciales de clase media y alta con estrictos esquemas de uso del suelo que excluían las

actividades productivas y los equipamientos de ocio típicos de zonas de clase trabajadora[466]. Promoviendo una concepción simplificada del espacio reproductivo, enfatizaban el ambiente apacible y tranquilo de comunidades dotadas de servicios «para lo esencial de la vida diaria», pero despojadas de la complejidad que sustentaba el común de las calles en áreas centrales de la ciudad[467]. Así, lo que comenzó como maniobras tácticas, fragmentarias, para reformar determinados puntos conflictivos de los *slums* se reformuló ahora a escala metropolitana para concebir una formación más amplia de cinturones urbanos planificados para la clase obrera. Veremos cómo se desarrolló este proceso cuando analicemos las luchas por la centralidad en el próximo capítulo.

La búsqueda de una publicidad normativa también estuvo presente en otras corrientes pioneras de planificación espacial. El concepto de City Beautiful y las ordenanzas de zonificación —sin duda los enfoques urbanísticos más populares de principios del siglo XX— tuvieron una relación vaga y a veces problemática con las agendas reformistas, pero también pueden entenderse como intentos alternativos de dar forma a un nuevo imaginario del espacio público que desplazaba o invisibilizaba la ciudad de la clase trabajadora. La idea de la City Beautiful era, según un destacado promotor de la idea, un «sueño de hombres de negocios» que delineaba un nuevo orden social, supuestamente más cohesivo[468]. Clinton Rogers Woodruff, presidente de la American Park and Outdoor Art Association, hizo hincapié en el intento del movimiento de producir un «vida comunal sana» mediante «la educación de las masas»[469]. Los planes de la City Beautiful se basaban, entre otros mecanismos, en la estetización de una publicidad decorosa, presentando el espacio público como un retablo cívico monumental, desprovisto de cualquier rastro de prácticas obreras. Más allá del aparato visual de las cartografías y planos típicos de estas iniciativas, la vocación pedagógica del movimiento quedó patente en su expansión como fenómeno cultural generalizado a través de su presencia en fiestas y desfiles locales, en revistas populares como *Ladies' Home Journal* o en campañas más sistemáticas de divulgación de las nuevas concepciones de la ciudad. La máxima expresión en este sentido fue el programa de educación pública en torno al plan de Chicago de 1909, que incluía no solo la difusión de su concepción de la urbanización en folletos, presentaciones de diapositivas, cortometrajes e incluso sermones en las iglesias, sino también y especialmente en colegios públicos[470]. El *Wacker's Manual of the Plan of Chicago* —un libro de texto que explicaba el plan y promovía una idea específica de gobierno

municipal, urbanidad y publicidad— se incorporó al plan de estudios de los institutos de la ciudad durante casi dos décadas[471]. Del mismo modo, las políticas de zonificación y los planteamientos de la llamada City Practical se presentaron a menudo como un intento de fijar el carácter social, étnico y racial de distritos estratégicos de la ciudad[472]. Es bien sabido, por ejemplo, que la ordenanza de zonificación de Nueva York de 1916 tiene su origen en los intereses de las clases media y alta por eliminar los elementos sociales y comerciales indeseables del espacio público en lugares elegantes del centro y en las nuevas áreas residenciales[473].

Estos procesos coincidieron con la institucionalización de la planificación espacial entre finales de la primera década del siglo XX y principios de la década de 1910 y, de hecho, contribuyeron a darle forma, por lo que es apropiado cerrar este capítulo con una breve nota sobre el papel de la política de la publicidad en este proceso. Las voces progresistas procedentes de las tradiciones de la reforma de la vivienda y el trabajo en las *settlement houses* fueron fundamentales para el establecimiento de la National Conference on City Planning en 1909, que suele identificarse como el momento fundacional para la profesión en los Estados Unidos. En este contexto, miembros radicales como Benjamin C. Marsh no tardaron en exponer las contradicciones de clase de la urbanización capitalista. Sin embargo, sus aspiraciones de justicia social pronto se vieron marginadas por un núcleo de colegas moderados y conservadores, que se hicieron con el poder interno de la organización[474]. Entre estos últimos destacaban figuras como John Nolen, Charles Mulford Robinson, Lawrence Veiller y, sobre todo, el portavoz más notable de la institución y heredero visible de la tradición de la reforma del espacio público, Frederick Law Olmsted Jr. Todos ellos habían apoyado activamente la incorporación de parques y *playgrounds* como recursos esenciales de la planificación, y Olmsted había diseñado algunos de los equipamientos comunitarios más icónicos de Chicago.

No es de extrañar, por tanto, que estos instrumentos con alta carga política siguieran siendo defendidos a pesar del giro de la organización hacia la «neutralidad» técnica y la priorización de los aspectos de ingeniería, gestión y desarrollo inmobiliario sobre las agendas políticas más explícitas en la década de 1910[475]. Quizá los equipamientos recreativos, los centros comunitarios y la política del espacio público en general puedan considerarse un vehículo consensual, aparentemente libre de conflictos, a través del cual la cuestión social, minimizada en el discurso institucional tras la marginación de los progresistas radicales, perduró en el imaginario de

la planificación. En este sentido, la ideología de la publicidad que aún impregna las prácticas dominantes hoy en día es el rastro de una ausencia, un eco de luchas culturales y de frontera críticas y reprimidas, pero también un sedimento que sugiere un posible urbanismo alternativo, en el que la publicidad surja de los comunes de base en lugar de cercenarlos.

Este capítulo ha contado la historia de un choque en torno a la aparición de nuevos comunes específicos de las condiciones reproductivas de la temprana ciudad industrial. Como hemos visto, fue una batalla con resultados ambivalentes. A pesar de las limitaciones descritas anteriormente, la reforma de la publicidad inauguró una formación histórica del espacio público que en buena medida todavía nos acompaña, esencializándolo como un ámbito ordenado y libre de conflictos, instrumental para los procesos de producción, la reproducción de las jerarquías sociales y culturales y la asimilación de diversas multitudes urbanas como una clase trabajadora satisfecha y laboriosa. Esta concepción se desarrolló en el seno de la naciente disciplina hasta principios del siglo XX y quedó inscrita en los códigos e ideologías de la planificación, en su pretensión de representar el interés común, en su definición misma de la urbanidad y la ciudadanía. La lucha por la publicidad fue uno de los mecanismos mediante los cuales la planificación espacial estableció su aspiración de definir y normalizar los parámetros de un crecimiento urbano «correcto»: la idea de la urbanización como fundación de un común domesticado, controlado por el Estado, en contraposición a una noción basada en la proliferación autónoma de encuentros subalternos y prácticas de comunización; la urbanización concebida como purga de prácticas rurales y de autoabastecimiento, en lugar de la armonización del encuentro entre el mundo de la ciudad y el del campo; la urbanización como prescripción de actitudes decorosas, en contraposición a la urbanización como contestación y subversión permanentes del cuerpo político; la urbanización como racialización y segregación excluyentes, en lugar de un proceso de mestizaje y fluidificación de las relaciones étnicas y raciales; la urbanización, en suma, como restricción del potencial de las comunidades para gobernarse a sí mismas, en contraposición a la urbanización como dinámica emancipadora que abre nuevos horizontes para el empoderamiento popular. Sin embargo, la realidad a pie de calle fue diferente. Esta noción restringida del espacio público y el régimen de ciudadanía asociado a ella eran a menudo disputados por poblaciones subalternas que se esforzaban por preservar su propia concepción de la publicidad como común material y relacional, un recurso para

sobrevivir y reproducir sus identidades étnicas y de clase. Pronto estos enfrentamientos volverían a desplazar el frente de la lucha: de la publicidad a la comunidad y su posición en la estructura funcional y política de la emergente metrópoli. Este es el problema que abordaremos a continuación.

---

251 Véase una extensa exposición sobre la noción de los «regímenes de publicidad» en Lynn A. Staeheli y Don Mitchell, *People's Property? Power, Politics, and the Public* (Londres: Routledge, 2008), 141-154.

252 Alfred D. Chandler, *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism* (Cambridge, MA.: Belknap, 1990), 51-78 [*Escala y diversificación: la dinámica del capitalismo industrial* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996)]; Dan Clawson, *Bureaucracy and the Labor Process: The Transformation of U.S. Industry, 1860-1920* (Nueva York: Monthly Review, 1980); Melvyn Dubofsky, *The State and Labor in Modern America* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1994), 1-4.

253 David M. Gordon, «Capitalist Development and the History of American Cities», en *Marxism and the Metropolis: New Perspectives in Urban Political Economy,* ed. William K. Tabb y Larry Sawers (Oxford: Oxford University Press, 1984), 21-53; Jon A. Peterson, *The Birth of City Planning in the United States, 1840-1917* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2003), 2-3, 15-18.

254 Leslie M. Harris, *In the Shadow of Slavery: African Americans in New York City, 1626-1863* (Chicago: University of Chicago Press, 2003), 195-198; Eric L. Hirsch, *Urban Revolt: Ethnic Politics in the Nineteenth-Century Chicago Labor Movement* (Berkeley: University of California Press, 1990); Neil Smith y Don Mitchell (eds.), *Revolting New York: How 400 Years of Riot, Rebellion, Uprising and Revolution Have Shaped a City* (Athens, GA: University of Georgia Press, 2018), 71-121; Sean Wilentz, *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850,* 2.ª ed. (Oxford: Oxford University Press, 2004).

255 Nota conmemorativa de la revuelta de Haymarket, 1907, en Harmut Keil y John B. Jentz (eds.), *German Workers in Chicago: A Documentary History of Working-Class Culture from 1850 to World War I* (Champaign, IL: University of Illinois Press, 1988), 275; Roy Rosenzweig, *Eight Hours for What We Will: Workers and Leisure in an Industrial City, 1870-1920* (Cambridge: Cambridge University Press, 1983).

256 Paul Boyer, *Urban Masses and Moral Order in America, 1820-1920* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992), 221-283.

257 Lebert H. Weir, «Playgrounds and Juvenile Delinquency», *Playground* 4, n.º 2 (1910): 37-40, 37.

258 Simon Patten, *The New Basis of Civilization* (Nueva York: Macmillan, 1907), 177; Howard Braucher, secretario de la Playground Association of America, 1911, citado en Cary Goodman, *Choosing Sides: Playground and Street Life on the Lower East Side* (Nueva York: Schocken, 1979), 25.

259 Patten, *New Basis,* 127.

260 «To Protect Park Lawns», *New York Times,* 30 de mayo de 1895, 13; Jane Addams, «The Subtle Problems of Charity», *Atlantic Monthly* 83 (1899): 163-178, 164; *Twenty Years at Hull-House* (Nueva York: Macmillan, 1911), 98-99.

261 Joseph Lee, *Play in Education* (Nueva York: Macmillan, 1915), 331.

262 Patten, *New Basis,* 126; Luther H. Gulick, presentación, *Playground* (1), n.º 1 (1907): 7.

263 Thomas Lee Philpott, *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago, 1880-1930* (Oxford: Oxford University Press, 1978), 6-41; James R. Barrett, *Work and Community in the Jungle: Chicago's Packinghouse Workers, 1894-1922* (Champaign, IL: University of Illinois Press, 1987), 64-107; Christine Stansell, *City of Women: Sex and Class in New York, 1789-1860* (Champaign, IL: University of Illinois Press, 1987), 41-75, 193-216.

264 Reverendo T. M. Peters, misionero para los pobres residentes en Seneca Village, citado en John Punnett Peters (ed.), *Annals of St. Michael's, 1807-1907* (Nueva York, 1907), 446.

265 Propietario de cerdos en 1817, citado en Catherine McNeur, *Taming Manhattan: Environmental Battles in the Antebellum City* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014), 26.

266 McNeur, *Taming Manhattan,* 23; «Squatter Population of New-York – A Real Grievance», *New York Times,* 21 de noviembre de 1864. Véase una situación similar en Chicago a principios del siglo XX en Robert Hunter, *Tenement Conditions in Chicago* (Chicago: City Homes Association, 1901), 128-132, 141-142.

267 «The Squatter Population of New-York City», *New York Times,* 25 de noviembre de 1864, 4; Peters, *Annals of St. Michael's,* 446.

268 Susan Strasser, *Waste and Want: A Social History of Trash* (Nueva York: Metropolitan Books, 1999), 114-117.

269 «Emigrants», *New York Mirror,* 12 de octubre de 1833, 119.

270 «The Rag and Bone Pickers», *New York Times,* 22 de enero de 1853, 2; McNeur, *Taming Manhattan,* 188 y ss.

271 Charles Loring Brace, *The Dangerous Classes of New York* (Nueva York: Wynkoop and Hallenbeck, 1872), 147-164.

272 Sophonisba P. Breckinridge y Edith Abbott, «Housing Conditions in Chicago, Illinois: Back of the Yards», *American Journal of Sociology* 16 (1911): 433-468, 464-467; Barrett, *Work and Community,* 104.

273 Citado en David Nasaw, *Children of the City: At Work and at Play* (Oxford: Oxford University Press, 1985).

274 Katharine Anthony, *Mothers Who Must Earn* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1914), 9-10.

275 Frederick B. Perkins, *The Central Park* (Nueva York: Carleton, 1864), 13; Peters, *Annals of St. Michael's,* 446.

276 Nota del censo de Nueva York de 1855, citado en Roy Rosenzweig y Elizabeth Blackmar, *The Park and the People: A History of Central Park* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992), 74.

277 John W. Martin, «Social Life in the Street», en *Year Book of the University Settlement Society of New York,* 1899, 22-24; Frederick A. King, «Influences in Street Life», *Year Book of the University Settlement Society of New York,* 1900, 29-32; David M. Scobey, *Empire City: The Making and Meaning of the New York City Landscape* (Filadelfia: Temple University Press, 2002), 146-152; Esther Romeyn, *Street Scenes: Staging the Self in Immigrant New York, 1880-1924* (Mineápolis: University of Minnesota Press, 2006).

278 Citado en Goodman, *Choosing Sides,* 11.

279 Henry S. Curtis, *The Play Movement and Its Significance* (Nueva York: Macmillan, 1917), 122.

280 Edward B. DeGroot, «What Is a Playground?», *Playground* 3, n.º 7 (1909): 12-15, 13; Frederic M. Thrasher, *The Gang* (Chicago: University of Chicago Press, 1927), 132-147.

281 Stansell, *City of Women,* 55-57, 61-62, 203-204.

282 Thrasher, *Gang,* 191.

283 James R. Barrett y David Roediger, «Inbetween Peoples: Race, Nationality and the "New Inmigrant" Working Class», *Journal of American Ethnic History* 16 (1997): 3-44; Harris, *In the Shadow of Slavery,* 248-262; Christopher Robert Reed, *Black Chicago's First Century, Vol. 1: 1833-1900* (Columbia, MO: University of Missouri Press, 2005), 289-290, 293-304.

284 Edward Winslow Martin (James D. McCabe), *The Secrets of the Great City* (Filadelfia: Jones, 1868), 46.

285 Nathaniel Parker Willis, *Complete Works* (Nueva York: Redfield, 1846), 691.

286 Stansell, *City of Women,* 203; Sean Wilentz, «Crime, Poverty and the Streets of New York City: The Diary of William H. Bell», *History Workshop 7* (1979): 126-131, 128.

287 Elias Colbert y Everett Chamberlin, *Chicago and the Great Conflagration* (Cincinnati, OH: Vent, 1872), 223.

288 «The Children's Aid Society», *New York Times,* 7 de abril de 1860, 2; George Matsell, *Semi-annual Report of the Chief of Police* (Nueva York, 1850), 58, 62.

289 «The Origin of Picnics», *Chicagoer Arbeiter-Zeitung,* 27 de junio de 1883, incluido en Red y Jentz, *German Workers,* 204-206.

290 Nasaw, *Children of the City,* 1-38. Para un análisis sobre el papel del juego en la relación entre reproducción y espacio, véase Cindi Katz, «Power, Space, and Terror: Social Reproduction and the Public Environment», en *The Politics of Public Space,* ed. Setha Low y Neil Smith (Nueva York: Routledge, 2006), 105-121.

291 Recuerdos de un inmigrante judío en Nueva York, citado en Goodman, *Choosing Sides,* xiii; véase también la relación entre la aventura, el juego y la formación de la

identidad durante la infancia en Jane Addams, *The Spirit of Youth and the City Streets* (Nueva York: Macmillan, 1915).

292 DeGroot, «What Is a Playground?», 12-13; *Report of Committee on Small Parks, City of New York* (Nueva York, 1897), 1.

293 Nasaw, *Children of the City,* 101-114.

294 Michael Hines, «"They Do Not Know How to Play": Reformers' Expectations and Children's Realities on the First Progressive Playgrounds of Chicago», *Journal of the History of Childhood and Youth* 10 (2017): 206-227, 214; Clay McShane, *Down the Asphalt Path: The Automobile and the American City* (Nueva York: Columbia University Press, 1994), 49.

295 Addams, *Spirit of Youth,* 55-57.

296 Jane Addams, «Hull-House, Chicago: An Effort toward Social Democracy», *Forum* 14 (1892): 226-241, 228. Véase también la obra de uno de los residentes de Hull-House: Ernest C. Moore, «The Social Value of the Saloon», *American Journal of Sociology* 3 (1897): 1-12.

297 Madelon Powers, *Faces along the Bar: Lore and Order in the Workingman's Saloon, 1870-1920* (Chicago: University of Chicago Press, 1998).

298 Según mi propio cálculo, utilizando el mapa de Chicago de 1872 del U.S. Lakes Survey y datos de Keil y Jentz, *German Workers,* 172.

299 Addams, «Hull-House», 228.

300 Keil y Jentz, *German Workers,* 175; Royal Melendy, «The Saloon in Chicago, II», *American Journal of Sociology* 6 (1901): 433-464.

301 Jeffrey Wiltse, «"I Like to Get Around": City Girls in Chicago Music Saloons, 1858-1906», *Journal of Urban History* 39 (2013): 1125-1145.

302 Addams, *Spirit of Youth,* 14.

303 Louise de Koven Bowen, *Our Most Popular Recreation Controlled by the Liquor Interests: A Study of Public Dance Halls* (Chicago: Juvenile Protective Association of Chicago, 1911), s.p.

304 Keil y Jentz, *German Workers,* 212, 276-277.

305 Curtis, *Play Movement,* 108.

306 Bella Mead, «Social Pleasures of the East Side Jews» (tesis de máster, Columbia University, 1904), 5-6.

307 Colin Fisher, *Urban Green: Nature, Recreation and the Working Class in Industrial Chicago* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2015), 119-122.

308 Goodman, *Choosing Sides,* xxi, 11.

309 Norman Ware, *The Industrial Worker, 1840-1860* (Boston: Houghton Mifflin, 1924), 227-240; Wilentz, *Chants Democratic,* 326-389; Richard Schneirov, *Labor and Urban Politics: Class Conflict and the Origins of Modern Liberalism in Chicago, 1864-97*

(Champaign, IL: University of Illinois Press, 1998). Para leer relatos contemporáneos, véanse Joel T. Headley, *The Great Riots of New York, 1712-1873* (Nueva York: Treat, 1873), y Michael J. Schaack, *Anarchy and Anarchists: A History of the Red Terror and the Social Revolution in America and Europe* (Chicago: Schulte, 1889).

310 Iver Bernstein, *The New York City Draft Riots* (Oxford: Oxford University Press, 1990), 77.

311 Bernstein, *New York City Draft Riots,* 260-261; Elizabeth Blackmar, *Manhattan for Rent, 1785-1850* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1989), 258.

312 El clásico de Rosenzweig y Blackmar, *The Park and the People*, sigue ofreciendo la exploración más consistente de la historia del parque. Puede encontrarse un relato crítico en Dorceta E. Taylor, *The Environment and the People in American Cities, 1600-1900s: Disorder, Inequality, and Social Change* (Durham, NC: Duke University Press, 2009), 251-292.

313 McNeur, *Taming Manhattan,* 86-92.

314 Edwin G. Burrows y Mike Wallace, *Gotham: A History of New York City to 1898* (Oxford: Oxford University Press, 2000), 824-833; Smith y Mitchell, *Revolting New York,* 71-86.

315 Bernstein, *New York City Draft Riots,* 85-91; Boyer, *Urban Masses,* 86-107.

316 Frederick Law Olmsted, «Slavery in Its Effects on Character, and the Social Relations of the Master Class», *New York Times,* 12 de enero de 1854, 2.

317 Citado en *Board of Commissioners of Central Park* (BCCP), First Annual Report (Nueva York, 1857), 78; énfasis añadido.

318 «The Central Park and Other City Improvements», *New York Herald,* 6 de septiembre de 1857, 4.

319 Citado en Rosenzweig y Blackmar, *Park and the People,* 100.

320 BCCP, Fifth Annual Report (Nueva York, 1862), 37; Fourth Annual Report (Nueva York, 1861), 99.

321 Frederick Law Olmsted, «Central Park: Adjourned Meeting», *New York Tribune,* 14 de octubre de 1857, 6.

322 Olmsted, «Central Park: Adjourned Meeting», 6.

323 BCCP, Second Annual Report (Nueva York, 1859), 7.

324 BCCP, Tenth Annual Report (Nueva York, 1867), 35.

325 Egbert Viele, «Topography of New-York and Its Park System», en *The Memorial History of the City of New York,* ed. James Grant Wilson (Nueva York: New York Historical Society, 1893), 4: 551-560, 4: 556.

326 Rosenzweig y Blackmar, *Park and the People,* 65-73.

327 «The Present Look of Our Great Central Park», *New-York Daily Times,* 9 de julio

de 1856.

328 Olmsted, «Central Park: Adjourned Meeting».

329 McNeur, *Taming Manhattan,* 163, 170, 209-210.

330 Frederick Law Olmsted, *Public Parks and the Enlargement of Towns* (Cambridge, MA: American Social Science Association, 1870), 33.

331 BCCP, Fourth Annual Report, 101.

332 BCCP, Seventh Annual Report (Nueva York, 1864), 29.

333 Frederick Law Olmsted, *The Papers of Frederick Law Olmsted, Vol. 5: The California Frontier, 1863-1865* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1990), 153-154.

334 Olmsted, *Public Parks,* 34.

335 Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux, *Description of a Plan for the Improvement of the Central Park: Greensward* (1858; repr., Nueva York, 1868).

336 T. Addison Richards, «The Central Park», *Harper's New Monthly Magazine* 23 (1861): 289-306; Helen S. Conant, «A Ramble in Central Park», *Harper's New Monthly Magazine* 59 (1879): 689-701.

337 BCCP, Third Annual Report (Nueva York, 1860), 17-19; Fourth Annual Report, 106-109.

338 BCCP, Fourth Annual Report, 108.

339 *Ibidem,* 99.

340 BCCP, Sixth Annual Report (Nueva York, 1863), 45. Había cuatro puntos controlados dentro del parque donde se vendían cerveza, vino y sidra; véase Olmsted, *Public Parks,* 34.

341 BCCP, Thirteenth Annual Report (Nueva York, 1870), 46-47.

342 BCCP, Eleventh Annual Report (Nueva York, 1868), 113.

343 BCCP, Eighth Annual Report (Brooklyn, 1868), 24-25.

344 Taylor, *Environment and the People,* 289-292.

345 Rosenzweig y Blackmar, *Park and the People,* 97.

346 Frederick Law Olmsted, *The Spoils of the Park,* panfleto, 1882, 23; Papers, 153.

347 *Ibidem.*

348 Frederick Law Olmsted, «Report, October 23, 1872», en *Documents of the Board of Commissioners of the Department of Public Parks,* documento 41 (Nueva York, 1873), 2; «General Observations on the Conduct Required of the Keepers of the Central Park», en *Documents of the Board of Commissioners of the Department of Public Parks,* documento 43 (Nueva York, 1873), 31.

349 Olmsted, «Report…», 27.

350 BCCP, Third Annual Report, 45; Sixth Annual Report, 42; Thirteenth Annual Report, 60-61; Wilentz, *Chants Democratic,* 405

351 BCCP, Thirteenth Annual Report, 60-61.

352 Olmsted, *Public Parks,* 34.

353 *Ibidem,* 34.

354 «A Day of Infamy and Disgrace», *New York Times,* 14 de julio de 1863, 1; «Inquiry Called For», *New York Times,* 14 de agosto de 1863, 4.

355 McNeur, *Taming Manhattan,* 228.

356 Bernstein, *New York City Draft Riots,* 9-10; Rachel Goffe y Esteban Kelly, «America's Deadliest Riots: The 1863 Draft Riots», en Smith y Mitchell, *Revolting New York,* 87-101.

357 Harris, *In the Shadow of Slavery,* 285.

358 Taylor, *Environment and the People,* 292.

359 Board of Commissioners of the Department of Public Parks, *Second General Report* (Nueva York, 1872), 15.

360 Bernstein, *New York City Draft Riots,* 229; Taylor, *Environment and the People,* 279-282.

361 Frederick Law Olmsted, «Report on Turf», 18 de mayo de 1875, en *Forty Years of Landscape Architecture: Central Park,* ed. Frederick Law Olmsted Jr. y Theodora Kimball (Cambridge, MA: MIT Press, 1973), 432.

362 Rosenzweig y Blackmar, *Park and the People,* 223, 327-328.

363 Olmsted, *Spoils,* 24-25.

364 Rosenzweig y Blackmar, *Park and the People,* 257.

365 David Schuyler, *The New Urban Landscape: The Redefinition of City Form in Nineteenth-Century America* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1986), 102-146.

366 Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux, «Report of the Landscape Architects», en el *Eighth Annual Report* del BCCP (Brooklyn, 1868), 29-56, 44-45.

367 «Kinder-Welten», *Playground* (1), n.º 1 (1907): 8.

368 South Park Commissioners, *Report,* marzo 1908-febrero 1909 (Chicago, 1909), 114; énfasis añadido.

369 Goodman, *Choosing Sides,* xii; Dominick Cavallo, *Muscles and Morals: Organized Playgrounds and Urban Reform, 1880-1920* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1981); Boyer, *Urban Masses,* 242-251.

370 Curtis, *Play Movement,* 320.

371 Patten, *New Basis,* 123, 177.

372 Patten, *New Basis,* 125.

373 Mary E. McDowell, «The Right to Leisure», *Playground* 4, n.º 10 (1911): 328-331, 328.

374 South Park Commissioners, Informe, marzo 1913-febrero 1914 (Chicago, 1914), 68.

375 Theodore Roosevelt, «Letter in Favor of Public Playgrounds», *Playground* (1), n.º 1 (1907): 5.

376 Martin, «Social Life», 23; Curtis, *Play Movement,* 8.

377 King, «Influences», 32; Stoyan Vasil Tsanoff, «Children's Playgrounds», *Municipal Affairs* 2 (1898): 293-303, 294.

378 Roosevelt, «Letter».

379 Everett B. Mero (ed.), *American Playgrounds: Their Construction, Equipment, Maintenance and Utility,* 2.ª ed. (Boston: Dale Association, 1909), 74-78.

380 Lee F. Hanmer, «Playground Happenings», *Playground* 3, n.º 3 (1909): 20; Theodor A. Gross, «Methods of Operation of the Municipal Playgrounds, Chicago», *Playground* 3, n.º 5 (1909): 10-14, 11; Parks and Playground Association of New York (PPANY), «Play Program for the City of New York», *Playground* (2), n.º 22 (1909): 18-20, 19.

381 Curtis, *Play Movement,* 319.

382 Luther H. Gulick, «The Doctrine of "Hands Off" in Play», en *Proceedings of the Third Annual Playground Congress* (Pittsburgh, 1909), 289-296, 294.

383 Jane Addams, «A New Impulse to an Old Gospel», *Forum* 14 (1892): 345-358, 346.

384 Addams, «New Impulse», 347.

385 Jane Addams, «Ethical Survivals in Municipal Corruption», *International Journal of Ethics* 8 (1898): 273-291, 276; *Twenty Years,* 232.

386 Jane Addams, «A Function of the Social Settlement», *Annals of the American Academy* 13 (1899): 33-55, 37; Graham Taylor, «The House and the Neighborhood», en *Proceedings of the Sixth National Conference on Housing* (Chicago, 1917), 305-308, 307.

387 Benjamin McArthur, «The Chicago Playground Movement: A Neglected Feature of Social Justice», *Social Service Review* 49 (1975): 376-395, 379.

388 Henry S. Curtis, «The Playgrounds of Chicago», *Playground* (1), n.º 3 (1907): 3-6; Rho Fisk Zueblin, «Playground Movement in Chicago», *Playground* (1), n.º 4 (1907): 3-5, 11-13. Véase una contextualización del movimiento del *playground* en Chicago en Robin F. Bachin, *Building the South Side: Urban Space and Civic Culture in Chicago, 1890-1919* (Chicago: University of Chicago Press, 2004), 138-159; Joan E. Draper, «The Art and Science of Park Planning in the United States: Chicago's Small Parks,

1902-1905», en Sies y Silver, *Planning the Twentieth-Century American City,* 98-119.

389 Max Page, *The Creative Destruction of Manhattan, 1900-1940* (Chicago: University of Chicago Press, 1999), 73-87; Adrienne deNoyelles, «"Letting in the Light": Jacob Riis's Crusade for Breathing Spaces on the Lower East Side», *Journal of Urban History* 46 (2020): 775-793.

390 «New York Playgrounds», *Playground* (2), n.º 17 (1908): 1-12; Cavallo, *Muscles and Morals,* 28-29.

391 Charles Zueblin, «Municipal Playgrounds in Chicago», *American Journal of Sociology* 4 (1898): 145-158.

392 «A Constructive Creed», *Playground* 4, n.º 3 (1910): 73.

393 Arthur Leland, «Winter Organization of Playgrounds», en *Proceedings of the Second Annual Playground Congress* (Nueva York, 1908), 129-143, 129; Curtis, *Play Movement,* 326; George Johnson, «Play as a Moral Equivalent of War», *Playground* 6, n.º 4 (1912): 111-123.

394 Joseph Lee, «Play as a School of the Citizen», *Charities and the Commons* 18 (1907): 16-21; *Playground* (1), n.º 5 (1907): contracubierta.

395 Ernest Hermann, «Recreation and Industrial Efficiency», *Playground* 4, n.º 10 (1911): 321-323.

396 «Report on a Normal Course in Play», en *Proceedings of the Third Annual Playground Congress* (Pittsburgh, 1909), 87-288, 134.

397 Luther H. Gulick, citado en «Descriptions by the Press», *Playground* 3, n.º 8 (1909): 13-23, 14.

398 John H. Chase, «How a Director Feels», *Playground* 3, n.º 4 (1909): 13-15, 13.

399 PPANY, «Play Program», 19.

400 Florence Brown y Neva Boyd, *Old English and American Games for School and Playground* (Chicago: Fitzsimons, 1915), 4; Edward B. DeGroot, «Chicago's South Park System», *Playground* (1), n.º 5 (1907): 8.

401 Curtis, *Play Movement,* 316-317.

402 John H. Chase, «Should a Playground Always Be Fenced?», *Playground* (2), n.º 20 (1908): 11-12.

403 Hines, «They Do Not Know How to Play», 217.

404 Galen Cranz, *The Politics of Park Design: A History of Urban Parks in America* (Cambridge, MA: MIT Press, 1982), 76-77.

405 Mero, *American Playgrounds,* 112-113.

406 Bessie Stoddart, «Report of Committee on Recreation Buildings for Large and Small Communities», *Playground* 4, n.º 4 (1910): 126-134, 128; Curtis, *Play Movement,* 64-66.

407 Cranz, *Politics of Park Design,* 78.

408 «Report on a Normal Course in Play», 197.

409 Gulick, «Doctrine of "Hands Off"», 296; Mero, *American Playgrounds,* 39-44.

410 Luther H. Gulick, «The Social Function of Play», en *Transactions of the Fourth International Congress on School Hygiene* (Buffalo, 1913), 622-624, 623; Edward B. DeGroot, «The Management of Park Playgrounds», *Playground* 8, n.º 8 (1914): 271-276, 275.

411 Curtis, *Play Movement,* 83; Edward B. DeGroot, «Suggestions to Instructors in Municipal Playgrounds and Gymnasiums», en Mero, *American Playgrounds,* 98-105, 101.

412 Gross, «Methods», 11.

413 Mabel Macomber, «The New York Park Playgrounds, by One of the Workers», *Playground* (2), n.º 21 (1908): 11-14, 12; Ocean Howell, «Play Pays: Urban Land Politics and Playgrounds in the United States, 1900-1930», *Journal of Urban History* 34 (2008): 961-994, 989.

414 Monitora de juego del *playground* de la Hull-House, 1894, citado en Hines, «They Do Not Know How to Play», 218.

415 George E. Johnson, «Why Teach a Child to Play?», en *Proceedings of the Third Annual Playground Congress* (Pittsburgh, 1909), 357-365, 357; Gulick, presentación.

416 «New York Playgrounds», 2, 9-10.

417 Bachin, *Building the South Side,* 142.

418 Zueblin, «Playground Movement», 5, 12.

419 Timothy J. Gilfoyle, *City of Eros: New York City, Prostitution, and the Commercialization of Sex, 1790-1920* (Nueva York: Norton, 1992), 199-200, 216-217.

420 Seth Stewart, «Recreation Centers in the City of New York», *Charities and the Commons* 18 (1907): 510-512, 511.

421 Curtis, *Play Movement,* 308.

422 *Ibidem,* 85.

423 Bachin, *Building the South Side,* 160-161; Fisher, *Urban Green,* 97; Allan H. Spear, *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto* (Chicago: University of Chicago Press, 1967), 205-206.

424 «A Municipal System of Playgrounds», *Playground* (1), n.º 2 (1907): 6.

425 New York City Department of Parks (NYCDP), Annual Report (1914), 33.

426 Curtis, *Play Movement,* 127; McShane, *Down the Asphalt Path,* 224.

427 NYCDP, Annual Report, 33.

428 *Ibidem;* Curtis, *Play Movement,* 133-134.

429 Curtis, *Play Movement,* 112-115, 129-130.

430 Véase un análisis inicial de la conexión de la planificación urbana, la comunidad y la recreación, en George D. Butler, *Introduction to Community Recreation* (Nueva York: McGraw-Hill, 1940), 141-155.

431 Scobey, *Empire City,* 174-180, 219-220.

432 Goodman, *Choosing Sides,* 15.

433 «Boys Sent to Playgrounds Instead of Reform Schools», *Playground* 4, n.º 2 (1910): 41-45, 43; John Collier y Edward Barrows, *The City Where Crime Is Play* (Nueva York: People's Institute, 1914), 11-14.

434 Informe anual del Tribunal de Menores de Nueva York, citado en Goodman, *Choosing Sides,* 153.

435 Rosenzweig, *Eight Hours,* 72.

436 Dominic A. Pacyga, *Chicago: A Biography* (Chicago: University of Chicago Press, 2009), 159, 181.

437 Rosenzweig, *Eight Hours,* 206, 210; Philpott, *Slum and the Ghetto,* 279.

438 «New York Playgrounds», 9; DeGroot, «Chicago's South Park System», 8.

439 Curtis, *Play Movement,* 323.

440 Howard Bradstreet, «Does the Influence of the Playground Extend to the Neighborhood?», *Playground* (2), n.º 18 (1908): 17-18, 17.

441 Bradstreet, «Does the Influence».

442 *Ibidem,* 18.

443 Roger Hart, «Containing Children: Some Lessons on Planning for Play from New York City», *Environment and Urbanization* 14 (2002): 135-148, 138; Colin Fisher, «Nature in "The Jungle": Ethnic Workers, Environmental Inequalities and Subaltern Cultures of Nature in Chicago's Packingtown», *Resilience* 3 (2016): 330-357, 341.

444 Macomber, «New York Park Playgrounds», 14.

445 Taylor, *Environment and the People,* 311-314.

446 «To Turn Open Lots into Playgrounds», *New York Times,* 11 de junio de 1916, 9; «New York Playgrounds», 5.

447 Zueblin, «Playground Movement», 4; Thomas J. Jablonsky, *Pride in the Jungle: Community and Everyday Life in Back of the Yards Chicago* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1993), 109. Véase la cooperación de los vecinos con los reformadores del juego en Howell, «Play Pays».

448 Gulick, «Doctrine of "Hands Off"», 289; Bachin, *Building the South Side,* 159-160, 165-167.

449 Hines, «They Do Not Know How to Play», 219.

450 Macomber, «New York Park Playgrounds», 13.

451 Chase, «How a Director Feels», 13; Macomber, «New York Park Playgrounds», 12; Goodman, *Choosing Sides,* 74.

452 Citado en Amalie Hofer Jerome, «The Playground as Social Center», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 35 (1910): 129-133, 131.

453 Fisher, *Urban Green,* 83, 94-96.

454 Citado en Goodman, *Choosing Sides,* 40.

455 Paul Barrett, *The Automobile and Urban Transit: The Formation of Public Policy in Chicago, 1900-1930* (Filadelfia: Temple University Press, 1983), 58.

456 Olmsted, *Spoils;* Curtis, *Play Movement,* 68.

457 Sobre la aplicación de estándares obligatorios de parques y zonas de juego, véanse Henry S. Curtis, «The Playground Survey», *American Journal of Sociology* 19 (1914): 792-812, 810, y «Outline for a Playground Law», *Journal of Education* 85 (1917): 288.

458 Howell, «Play Pays».

459 PPANY, «Play Program», 19.

460 Cranz, *Politics of Park Design,* 101-103; Sanford Gaster, «Historical Changes in Children's Access to U.S. Cities: A Critical Review», *Children's Environments* 9 (1992): 23-36, 29-30.

461 Stoddart, «Report of Committee on Recreation Buildings».

462 Howard S. Braucher, «Community Centers under Government Control», *Playground* 10, n.º 3 (1916): 83-96, 94.

463 Clarence A. Perry, *Wider Use of the School Plant* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1911); «Evening Recreation Centers», *Playground* 4, n.º 10 (1911): 339-350; «The Neighborhood Unit: A Scheme of Arrangement for the Family-Life Community», en *Regional Plan of New York and Its Environs* (Nueva York, 1929), 7: 21-140.

464 Robert E. Park, «The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the City Environment», *American Journal of Sociology* 20 (1915): 577-612, 580.

465 Charles Mulford Robinson, citado en Graham Romeyn Taylor, *Satellite Cities: A Study of Industrial Suburbs* (Nueva York: Appleton, 1915), 304; Donald Leslie Johnson, «Origin of the Neighborhood Unit», *Planning Perspectives* 17 (2002): 227-245.

466 Peterson, *Birth of City Planning,* 278, 311.

467 John Nolen, citado en Taylor, *Satellite Cities,* 321.

468 Theodore W. Robinson, presidente del Commercial Club of Chicago, en Commercial Club of Chicago, *Presentation of the Plan of Chicago* (Chicago, 1910), 3; Boyer, *Urban Masses,* 262-276; Peterson, *Birth of City Planning,* 98-223.

469 Clinton Rogers Woodruff, «"A More Beautiful America", as the Outward Manifestation of More Wholesome Communal Life», *Charities* 11 (1903): 101-105 , 101.

470 Robert L. Wrigley, «The Plan of Chicago: Its Fiftieth Anniversary», *Journal of the American Institute of Planners* 26 (1960): 31-38, 35-37.

471 Walter D. Moody, *Wacker's Manual of the Plan of Chicago* (Chicago: Chicago Plan Commission, 1912).

472 Frank Koester, «American City Planning», *American Architect* 102 (1912): 141-146, 145; Christopher Silver, «The Racial Origins of Zoning: Southern Cities from 1910-40», *Planning Perspectives* 6 (1991): 189-205.

473 Raphael Fischler, «The Metropolitan Dimension of Early Zoning: Revisiting the 1916 New York City Ordinance», *Journal of the American Planning Association* 64 (1998): 170-188.

474 Foglesong, *Planning the Capitalist City,* 178-179; Peterson, *Birth of City Planning,* 243-251.

475 Butler, *Introduction to Community Recreation,* 141-143.

3

CONSTRUIR COMUNIDAD EN LA CIUDAD-MUNDIAL: LAS LUCHAS POR LA CENTRALIDAD EN EL BERLÍN DE LA REPÚBLICA DE WEIMAR

Berlín es un movimiento sin un centro.

Richard Huelsenbeck, «Berlin … Endstation»

Los conflictos en torno a los regímenes de publicidad habían sido una forma primaria de lucha urbana alimentada por el impacto social y cultural de los explosivos procesos de aglomeración del siglo XIX. Las primeras décadas del siglo XX vieron la consolidación de las posiciones de la clase obrera en las metrópolis occidentales y, simultáneamente, del desarrollo de una relación más estrecha entre las estrategias empresariales y estatales en un sistema capitalista cada vez más integrado. En este contexto, el choque entre la reproducción subalterna y los imperativos productivos adquirió una nueva dimensión política y espacial. Las clases trabajadoras reafirmaron el control popular sobre su territorio a pesar de los continuos intentos de neutralizar sus espacialidades. Por su parte, las élites económicas y los aparatos estatales promovieron grandes proyectos de reestructuración local, metropolitana e, incluso, regional para enfrentarse a los desafíos de mercados nacionales e internacionales en constante transformación. En el centro de estas tensiones encontramos una institución aparentemente banal e inofensiva, ahora puesta en entredicho: la comunidad. La pugna por dar forma y contenido a esta última se reformuló gradualmente a una escala cada vez más amplia y compleja, afectando a la propia estructura de la naciente metrópoli, a sus jerarquías funcionales y sociopolíticas y a su influencia en las identidades de lugar y clase. Los regímenes de centralidad —el campo de fuerzas que gobernaba estas relaciones y significados jerárquicos— se convirtieron en una esfera de confrontación crucial, no solo para determinar qué territorios y procesos contaban como núcleos y periferias funcionales, económicos y políticos, sino también para definir los nuevos modos de vida urbana y los propios contornos, fronteras y mecanismos de la reproducción social.

El Berlín de la República de Weimar proporciona una ilustración privilegiada de esta dinámica. Tras la revolución de noviembre y el final de la Primera Guerra Mundial, la capital alemana atravesó un periodo de crisis económica y agitación social que asoló los barrios populares. La espiral descendente de pobreza impulsó los esfuerzos del proletariado por utilizar el espacio como recurso, por controlar el cinturón industrial que rodeaba la mayor parte de la ciudad. Las periferias obreras comenzaron a constituirse a sí mismas como una potencial nueva centralidad, tanto en términos funcionales como políticos, desarrollando condiciones de autorreproducción y autodeterminación relativas que combinaban el apoyo mutuo en la vida cotidiana, una mayor cohesión territorial e incipientes aspiraciones revolucionarias, fragmentadas pero no por ello menos apremiantes. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) tuvo un rol central en las coaliciones supuestamente progresistas que dominaron el ayuntamiento durante la década de 1920, promoviendo políticas pioneras en materia social, residencial y urbanística. Sin embargo, lejos de consolidar el impulso que las fuerzas populares habían ido acumulando desde la proclamación de la república en 1918, muchos de estos programas trataron de apaciguarlo, o incluso bloquearlo, especialmente durante el periodo de estabilización económica entre 1924 y 1929. Las prácticas, lugares e ideologías vecinales que sustentaban la centralidad subalterna y los entornos obreros fueron estigmatizados y desplazados en la retórica oficial por un proyecto de urbanización cosmopolita. El urbanismo de la futura «ciudad-mundial»[476] *(Weltstadt)* intensificaría los procesos desencadenados por el mercado en las décadas precedentes para reconfigurar los regímenes de centralidad, promoviendo una estructura polarizada de dinámicas zonas centrales de servicios y negocios contrapuesta a letárgicas periferias residenciales *des*-centralizadas —es decir, vaciadas de centralidad— para una clase obrera renovada. Este capítulo explora cómo la planificación y las políticas municipales articularon diversas estrategias, incluyendo el diseño arquitectónico y urbano, esquemas de reforma interior y vivienda social e, incluso, mecanismos como la propaganda pública y los medios visuales, para impulsar este proyecto y definir un nuevo patrón de reproducción social en la naciente metrópoli fordista.

A pesar de la imagen de modernidad, progresismo y vanguardia que tradicionalmente se asocia a la República de Weimar, en este periodo permaneció prácticamente intacta una concepción de preguerra que veía los barrios populares y proletarios como espacios sociales atrasados y miserables. Durante la era guillermina, estos

entornos se habían presentado habitualmente como un «inframundo oscuro» habitado por «gente primitiva»[477]. En 1908, un precursor de la etnografía urbana alemana describió la vida en los barrios de clase obrera de Berlín como una forma persistente de «asesinato en masa»[478]. Esta representación tenebrosa y desesperanzada de la ciudad de los *Mietskasernen* —los característicos edificios de vivienda en alquiler para clases populares de la capital alemana— perduró en las mentes de los estratos de clase media y alta, incluidos los responsables políticos, planificadores, arquitectos, periodistas, escritores y artistas llamados a forjar la imagen de la ciudad en la década de 1920. Muchos de ellos apoyaron la campaña municipal para «sanear» las prácticas espaciales de la clase obrera, eliminar los «patios-ratonera»[479] de los barrios proletarios y promover una forma binaria de renovación urbana, basada en la segregación de dos zonas bien diferenciadas: áreas centrales de servicios y periferias residenciales. El imaginario emergente contrastaba un Berlín moderno y reluciente con los sórdidos territorios de los pobres, y no circulaba solo entre la *intelligentsia* local, sino que alcanzaba a públicos más amplios. La prensa liberal, los libros de fotografía vanguardista o turística, las guías urbanas, los ensayos académicos o documentales y populares películas dramáticas, entre otros, compartían y amplificaban las figuraciones previas del *slum* como un mundo «triste» y «sin alma», e instaban a los berlineses a abrazar una nueva experiencia urbana. Esta giraba en torno a dos polos extremos: por un lado, el centro de la ciudad, repleto de vibrante actividad comercial y rebosante de vida nocturna; por otro, un universo periurbano de apacibles enclaves residenciales, pulcros, ordenados e inactivos[480]. Algunos arquitectos llegaron a sugerir la necesidad de sacar «de sus horribles agujeros» a la «población rota, exhausta, enferma e infecta» de los barrios obreros, para «destruir[los]» y «construir otros completamente nuevos […] sobre sus ruinas»[481]. El problema, por supuesto, era que esos «horribles agujeros» se habían convertido en el *Milljöh* —forma dialectal berlinesa para referirse al «barrio» o «entorno cotidiano»— donde la mayoría de los trabajadores habían construido un nuevo hogar. Nacido y criado en una de estas comunidades, el artista satírico Heinrich Zille las definió como el producto de las «luchas de los pobres por crear un mundo para sí mismos»[482]. Constituían un territorio donde los grupos más vulnerables desarrollaban una identidad propia y una forma específica de autonomía popular.

Tras la Primera Guerra Mundial, las élites alemanas tuvieron que enfrentarse al doble reto de un proletariado empoderado por la

revolución y la urgente necesidad de recuperación económica para hacer frente a la creciente competencia internacional. En este contexto, la *Großstadt* (gran ciudad, metrópoli) se convirtió simultáneamente en el lugar de mayor peligro político y en un recurso vital para volver a situar a la nación en el mapa mundial. Berlín, con sus alteraciones intermitentes del orden público y su potencial para volver a conectar a Alemania con los flujos internacionales de mercancías y capitales, era la expresión última de esta contradicción. ¿Podía planificarse la reproducción ampliada de la maquinaria urbana —y sobre todo de su activo más importante, la fuerza de trabajo— para hacerla funcional al reescalamiento de la capital? ¿Era posible repensar la forma de la comunidad para garantizar su contribución e integración en un proceso incesante de expansión urbana, racionalización industrial y reestructuración económica? ¿Cómo se transformarían la gobernanza, los aparatos de planificación y las ideologías del diseño en el intento de mediar y superar estas contradicciones? ¿Qué lugar, material y político, debía ocupar la autonomía popular en este esquema, y qué papel debían desempeñar las principales organizaciones obreras en estos esfuerzos? *Das neue Berlin,* el nuevo Berlín, era una hipótesis sociológica: la promesa de una geografía alternativa para una clase media emergente con una «conciencia más cosmopolita»[483]. Pero para que esa nueva metrópoli floreciera, había que desplazar o eliminar las «obsoletas» prácticas populares, los vestigios rurales y la resistencia recalcitrante del Berlín obrero tradicional. Los *comunes de la centralidad* en los que se basaban estas prácticas pasaron así a estar en el punto de mira de la planificación.

Detengámonos a considerar las implicaciones teóricas de este concepto. Este capítulo se apoya en el pensamiento de Henri Lefebvre para ampliar la noción de centralidad más allá de su aplicación convencional en los estudios urbanos y la planificación. Lefebvre utilizó esta categoría con dos significados interrelacionados que enfatizaban el nexo entre espacio y política. En primer lugar, el concepto de centralidad designa la esencia misma de lo urbano, la condición de simultaneidad, densidad y complejidad social que resulta de la yuxtaposición de actividades y encuentros en el proceso de aglomeración espacial[484]. Dicha condición no se localiza necesariamente en los centros históricos o geoespaciales de las ciudades, sino que puede surgir en cualquier parte. La idea lefebvriana de «derecho a la ciudad», de hecho, es fundamentalmente una aspiración por reproducir formas de centralidad en las periferias geográficas y sociales[485]. En segundo lugar, la centralidad es también

una sustancia política. Es una concentración y reificación del poder en el espacio, que se manifiesta en la capacidad de determinados grupos y territorios para ocupar un lugar central en las decisiones que conforman la vida colectiva[486]. La centralidad es, por tanto, una infraestructura espacial de autonomía; nutre y sustenta las habilidades necesarias para liderar procesos sociopolíticos y definir o impugnar las jerarquías espaciales[487]. Esta condición es evidente en los diversos comunes explorados en este libro, pero el caso de Berlín es especialmente esclarecedor. Hay determinadas configuraciones espaciales que no solo facilitan las tareas y movilidades cotidianas, sino que también promueven la cohesión social, interacciones significativas y formas de solidaridad y alianza y, por tanto, pueden reforzar dinámicas de empoderamiento y reproducción populares. Sin embargo, por el mismo motivo, la combinación de determinadas morfologías, jerarquías, densidades y esquemas funcionales y sociales puede utilizarse para inducir procesos de descolectivización, neutralizar los vínculos de las poblaciones subalternas con sus territorios y reprimir sus inclinaciones autónomas. Así pues, las trayectorias de urbanización están marcadas por luchas por la centralidad o, mejor aún, por luchas entre proyectos de centralidad contrapuestos. En ese sentido, es ilusorio imaginar un espacio perfectamente igualitario. La centralidad, advierte Lefebvre, produce jerarquías y desigualdad[488]. Por tanto, deberíamos esforzarnos por comprender quién determina estas jerarquías, quién define las relaciones de centralidad, para quién y con qué fines.

Con este objetivo, emplearemos la noción de «común de la centralidad» para designar la capacidad popular de utilizar las relaciones espaciales y sus intensidades topológicas, funcionales y políticas con el fin de defender, asegurar y expandir esferas de autorreproducción y autonomía colectiva, desde la satisfacción de necesidades materiales cotidianas en los barrios hasta la formación de alianzas metropolitanas. El caso de Berlín muestra la dualidad de los comunes como espacio y espacialidad, como territorio y práctica social. Con su complejo entramado de actividades, tipologías espaciales, temporalidades y formas de socialización, el *Kiez* (barrio popular) era un enclave de centralidad: funcionaba como un nodo que facilitaba la proliferación y circulación de vínculos y relaciones entre estratos proletarios dentro y fuera de sus fronteras. Así pues, el común de la centralidad no solo se refiere a lugares específicos, sino también a prácticas, estrategias e imaginarios relacionales que constituyen y conectan esos lugares entre sí como un terreno de autodeterminación, autoprotección y antagonismo.

Las concepciones urbanísticas convencionales tienden a ocultar esta condición dialéctica, generando una especie de fetichismo de la centralidad. La centralidad se identifica con determinadas áreas y arreglos funcionales, y se ocultan las relaciones jerárquicas y formas de subordinación socioespacial que las sustentan. Los urbanistas suelen atender exclusivamente a la distribución de los usos del suelo y descuidan los flujos desiguales de poder social que configuran las estructuras urbanas, lo que impide entender la centralidad como una dinámica tanto espacial como política. Para superar dichas lagunas, este capítulo lee el choque entre concepciones opuestas de la centralidad como una espacialización de la lucha de clases, una batalla por definir las jerarquías políticas y funcionales de la ciudad. En el caso de Berlín, había dos tendencias en juego. En primer lugar, las poblaciones vulnerables configuraron la centralidad como un común; en otras palabras, fueron capaces de aprovechar rasgos clave de lo urbano como la densidad, la complejidad, la simultaneidad y la diversidad como recursos para construir su propio mundo, consolidar su autonomía y reforzar sus posiciones políticas en el contexto de un Estado del bienestar aún incipiente, con servicios sociales precarios. Desde esta perspectiva, la ciudad en su conjunto y la propia estructura urbana constituían activos que podían organizarse para facilitar la reproducción individual, familiar y de clase a varias escalas, ya fuera la calle, el barrio o el conjunto de la corona metropolitana de distritos proletarios al norte, este y sureste del núcleo berlinés. En segundo lugar, las élites y las administraciones públicas intentaron descentralizar o «periferizar» a las clases trabajadoras, rompiendo este nexo político-espacial para desplazarlas y desempoderarlas, reproduciéndolas como comunidades subalternas. En esta concepción, la centralidad se presentaba como un motor económico que debía confinarse a zonas de actividad comercial y hegemonía cultural en auge en los núcleos históricos y emergentes de la capital, mientras que se reservaba a las periferias la función de recuperación física y mental de los urbanitas, con un enfoque cada vez más confinado al ámbito doméstico.

Desde finales del siglo XIX, las transformaciones del tejido espacial, social y económico inducidas por la reestructuración industrial y el crecimiento del sector servicios erosionaron las jerarquías urbanas existentes y convirtieron Berlín en un mosaico de fragmentos heterogéneos. El centro histórico fue invadido gradualmente por actividades terciarias, y la primacía de Friedrichstadt como centro de negocios se vio amenazada por la reubicación de establecimientos comerciales y de ocio hacia el oeste[489]. El desarrollo del ferrocarril de

circunvalación y otras infraestructuras de transporte facilitó la relocalización del tejido productivo a las afueras del norte y el este de la ciudad. Mientras tanto, las clases acomodadas estaban trasladándose a la periferia occidental, poblando nuevas áreas residenciales cuya discreción y tranquilidad contrastaban dramáticamente con los animados paisajes sociales de barrios populares relativamente autosuficientes en el casco antiguo y los ensanches de la segunda mitad del siglo XIX[490]. Las tensiones económicas y luchas políticas estaban, pues, agitando el espacio urbano a varias escalas. Franz Hessel, el *flâneur* por excelencia del Berlín de la República de Weimar, describió la ciudad como un lugar «siempre cambiante, siempre a punto de convertirse en algo diferente»[491].

Estas turbulencias en el régimen funcional y representacional de la ciudad desencadenaron luchas de centralidad entre diversos grupos capitalistas, organismos estatales y clases sociales que competían por consolidar su propia visión de las jerarquías sociales, económicas y políticas. Había, en primer lugar, un desplazamiento de la centralidad comercial hacia el oeste, impulsado por el mercado inmobiliario y relacionado con el mundo emergente del consumo ostentoso y el ocio elegante, respaldado por grupos de clase media-alta que esperaban que los servicios se acercaran a sus nuevos lugares de residencia, expandiéndose más al oeste de Kurfürstendamm, a lo largo de Kaiserdamm y Reichskanzlerplatz. En segundo lugar, a esta tendencia se oponían las viejas estructuras financieras asentadas en Friedrichstadt y los intereses inmobiliarios y comerciales, que presionaban para revivir la centralidad de la llamada City, que comprendía el núcleo histórico y los ensanches de los siglos XVII y XVIII. Existía también, en tercer lugar, una constelación de comunidades de clase obrera en áreas interiores y semiperiféricas que luchaban por preservar su autonomía y centralidad relativas frente a procesos que incluían la estigmatización social, la deslocalización industrial y el empobrecimiento y declive de sus barrios por la reestructuración del mercado laboral y los recortes en servicios públicos básicos. Por último, el ayuntamiento veía la creación de una zona de negocios renovada y especializada a lo largo del eje central este-oeste y la periferización de los usos residenciales como pasos fundamentales en el proyecto de promover urbanidades cosmopolitas en un centro urbano reescalado, de estatus internacional.

Las dinámicas de desempoderamiento en Berlín primaron la seducción —especialmente formas de persuasión simbólica guiadas por el diseño y las representaciones de la ciudad— sobre formas de

coacción y desplazamiento más crudas. Los urbanistas y arquitectos desempeñaron un papel clave en la concepción de una distribución desigual de la centralidad. Las disciplinas del diseño estaban cruzando una brecha histórica. El incipiente régimen de urbanización se caracterizaba por una mayor intervención estatal en el desarrollo urbano y la reproducción social. Los técnicos progresistas adoptaron con entusiasmo la emergente agenda de *welfare* social, se afiliaron a partidos obreros y cooperaron con los sindicatos. La vanguardia arquitectónica amplió el alcance de los aparatos de planificación con una toma de conciencia del papel del entorno construido como sistema de relaciones sociales, concibiendo el diseño como mediador clave de estas últimas y los dispositivos de representación como escenario político estratégico. Los planes urbanísticos, se decía, «revelaban la forma genuina de la sociedad, su estructura intelectual, económica y, especialmente, sociopolítica, con mayor claridad y veracidad que ningún otro documento»[492]. Los diseñadores también intentaron expandir los límites de sus técnicas y discursos recurriendo a un abanico de tácticas representacionales y mecanismos alejados de las instituciones estatales, que resultaron vitales en una época marcada por la proliferación de los medios de comunicación de masas, la publicidad y la propaganda política. La vida urbana era cada vez más esquiva y las luchas por estabilizar sus comunidades imaginadas en nuevas culturas visuales se volvieron más complejas y apremiantes[493]. Esta dimensión simbólica fue crucial para consolidar un nuevo «sentido común de la ciudad»[494] y para legitimar las profundas transformaciones del régimen de centralidad que se avecinaban, incluso anticipándose a cualquier intervención física. En Berlín, la hegemonía espacial emergente reforzó formas previas de estigmatización y marginación de los entornos de clase obrera y buscó normalizar la idea de una nueva urbanidad cosmopolita como algo intrínseco a la modernidad. El análisis que sigue se centra, por tanto, en diversos intentos de reimaginar las estructuras y jerarquías metropolitanas. Examinaremos tanto proyectos implementados como propuestas frustradas por la crisis de 1929, prestando atención a experiencias que incluyen no solo documentos de planificación, esquemas arquitectónicos y políticas urbanas, sino también intervenciones efímeras y agencias puramente discursivas y representacionales que reforzaron las estrategias estatales y de mercado.

El común de la centralidad y la reproducción cotidiana

Los primeros años de la República de Weimar, entre la revolución de noviembre de 1918 y la estabilización económica de 1924, estuvieron marcados por intensas luchas de clase[495]. La represión de esta guerra civil de baja intensidad propició una alianza problemática entre las élites económicas y la socialdemocracia[496]. Ambivalente ante el movimiento consejista e incapaz de establecer una relación fértil entre sus bases y el aparato institucional para transformar el Estado, el SPD pasó a gobernar en varios niveles administrativos con el partido de centro (Zentrum) y el Partido Democrático Alemán (DDP), una formación liberal de centro-izquierda. La presión de las demandas proletarias, en todo caso, desencadenó importantes iniciativas de reforma —entre otras en las políticas urbanas y de vivienda—, que se convirtieron en el principal capital político progresista del SPD[497].

Con la estabilización del marco alemán y la recuperación económica de 1923-1924, esta coalición moderada trató de impulsar la expansión de una incipiente clase media. Los planteamientos socialdemócratas fueron especialmente relevantes, incluido el concepto de «democracia económica» *(Wirtschaftsdemokratie)* de Fritz Naphtali y su promesa de un reparto justo del beneficio industrial, así como programas sociales y de planificación municipales. Pero esta estrategia era difícil de implementar en un contexto de reestructuración económica y estancamiento de los salarios reales que hacía la vida de la clase obrera cada vez más precaria[498]. La racionalización y mecanización industriales, la feminización de la mano de obra no cualificada y los cierres prolongados y masivos por parte de los empresarios para neutralizar las luchas de sus empleados crearon nuevas divisiones entre los trabajadores y afectaron gravemente a los obreros cualificados[499]. En ese contexto, la esfera de la reproducción social empezó a concebirse como un potencial ámbito compensatorio y las grandes ciudades se convirtieron en un laboratorio para llevar a cabo nuevos experimentos de *welfare*. En 1929, Gustav Böß, líder del DDP en Berlín y alcalde de 1921 a 1930 con el apoyo del SPD, que era el partido mayoritario, señaló que las esferas de la producción y la reproducción social se complementaban entre sí y destacó la capacidad de las políticas sociales de hacer frente a las externalidades industriales y «promover la paz social», al evitar «la radicalización de grandes masas» de la población[500]. «Sin bienestar social —señaló— sería imposible que la economía racionalizara sus empresas [...]. La política social y la política económica van de la mano [...]. La política social no es un apéndice molesto de la economía, sino una de las tareas más importantes de la propia política de producción»[501]. Ese mismo año, Martin Wagner —miembro del

SPD y jefe del departamento de planificación de Berlín entre 1926 y 1933— presentó los equipamientos públicos como una «liberación» de los daños causados por la reestructuración económica. «Los berlineses —escribió— ya son conocidos por su trabajo duro y productivo, y en el futuro tendrán que trabajar más intensamente como habitantes de una ciudad-mundial. Pero este trabajo, que enriquece a Berlín, necesita su polo opuesto si queremos hacer felices a sus habitantes»[502].

Una parte de la burguesía estaba de acuerdo con las ventajas de ampliar las políticas sociales más allá de los esquemas asistenciales básicos. Los capitalistas habían descubierto que las iniciativas de *welfare* industrial, centradas en la mejora de las condiciones dentro de la fábrica, eran insuficientes para garantizar el orden y una ética del trabajo. La «lucha por el alma del trabajador»[503] —un eslogan recurrente durante el periodo de estabilización— debía dirimirse en el ámbito de la reproducción, en el conjunto de la ciudad. Se trataba, según el economista político Götz Briefs, de una «batalla […] por los barrios que no se pueden medir, racionalizar o controlar»[504]. Pero este intento estatal de (re)organizar las fronteras entre la esfera de la producción y la esfera de la reproducción no estaba exento de críticas. Los sectores empresariales conservadores protestaron contra lo que consideraban un proceso de «socialización fría» y exigieron que el crédito internacional se destinara exclusivamente a inversiones «productivas»[505]. A partir de 1926, de hecho, el Reichsbank adoptó esquemas de austeridad que obstaculizaron los programas de *welfare* social, especialmente la política urbana. Los municipios se vieron obligados a seguir un enfoque que priorizara proyectos orientados a producir crecimiento económico, lo que acabaría debilitando las posiciones de la clase obrera.

La celebración del trabajo industrial en la retórica oficial de la época era engañosa. La imagen de los proletarios en el discurso público estaba normalmente desprovista de referencias a sus entornos, que aún arrastraban un estigma sostenido, entre otros, por las ideologías urbanísticas[506]. El alcalde Böß, por ejemplo, solía aludir a los trabajadores para atraer capital industrial avanzado, presentándolos como una joven «mano de obra cualificada, inteligente y relativamente bien pagada», hambrienta por participar en las nuevas formas de consumo de masas[507]. Según estas representaciones, el proletariado estaba dejando atrás las viejas culturas de clase y comunitarias para acoger los estilos de vida emergentes que Siegfried Kracauer, en su investigación sobre una nueva estirpe de trabajadores de cuello blanco —los *Angestellten*—, identificaba con las actividades

en las zonas urbanas centrales y la huida de las rutinas cotidianas[508]. Pero el *Kiez,* la auténtica comunidad popular de clase obrera, seguía siendo una realidad activa en Berlín. Debemos evitar la idealización de la ciudad de los *Mietskasernen,* pero también es importante reconocer las formas de socialización que surgieron de sus conflictos y cómo estas experiencias y capacidades colectivas ayudaron a subsistir a los hogares y comunidades de clase obrera. Aunque las condiciones de vida en estos barrios eran en general mejores que las vistas en Nueva York o Chicago en el capítulo anterior, distaban mucho de ser adecuadas, y presentaban altos índices de hacinamiento en apartamentos que carecían de servicios sanitarios básicos[509]. Las redes de patios de manzana abiertos, con su indiscreta mezcla de personas y actividades conectadas con el espacio público o la omnipresencia en las viviendas de la figura del inquilino ajeno al núcleo familiar, alojado en estancias subarrendadas, ponían en crisis las nociones burguesas de hogar. El sociólogo Werner Sombart veía el *Mietskaserne* como un lugar de «domesticidad interrumpida»: En verano […] entran a través de las ventanas abiertas todos los cotilleos y las riñas, todo el traqueteo, zumbido y murmullo de las máquinas de coser y de hacer zapatos, todos los gritos de los niños [y] el estruendo de la maquinaria de la fábrica en el patio […]. No se puede abrir ninguna puerta sin la interferencia de miradas curiosas, envidiosas o maliciosas. El hogar parece el infierno, y la taberna y el burdel parecen el paraíso; la prisión y el manicomio difícilmente pueden ser más aterradores[510].

Los trabajadores eran, por supuesto, los primeros en protestar por las terribles condiciones habitacionales. Las protestas vecinales, las huelgas de alquiler o la prensa y la literatura obreras denunciaban el deprimente estado de las viviendas, la resistencia de los propietarios a mejorarlas y la crudeza de la vida en esos «abismos de piedra»[511]. Algunos analistas, sin embargo, se sorprendían al descubrir que los trabajadores preferían instalarse en esas zonas; observaban que esas dificultades daban lugar a un orgullo particular, a una identidad colectiva y a formas de solidaridad genuinas[512].

Los barrios de clase obrera podían dividirse en dos tipos principales. En primer lugar, ciertas zonas del núcleo histórico seguían manteniendo un carácter popular. La expansión de las actividades de servicios y el traslado de las clases media y alta los convirtieron en enclaves relativamente aislados, a veces con un fuerte componente étnico, en áreas como Scheunenviertel y el llamado Fischerkiez, incluidos Molkenmarkt, Krögel y el norte de Luisenstadt. En segundo lugar, y de forma más destacada, desde mediados del siglo XIX la ubicación de nuevos establecimientos industriales había propiciado el

desarrollo de barrios periféricos en distritos como Wedding, Friedrichshain y Neukölln, creando comunidades relativamente autosuficientes. A finales del siglo XIX, estas zonas reforzaron su identidad y autonomía por diversas razones: la abundancia de trabajo doméstico y su conexión con talleres y comercios cercanos en las áreas centrales, o la interdependencia con las plantas productivas de los barrios periféricos; la extrema diversidad de actividades en el núcleo histórico, o el relativo aislamiento en las afueras; la prevalencia de un determinado estrato social o étnico con instituciones específicas de vida cotidiana y ocio, o la presencia de expresiones culturales alternativas y marginales. Desde comienzos del siglo XX, ambos tipos de comunidades experimentaron profundos cambios, como la deslocalización de grandes fábricas y la profundización de la segregación social. Sin embargo, abundan los testimonios orales directos que sugieren que el espíritu del *Kiez* seguía vivo en la década de 1920, cuando los residentes todavía lo identificaban como un territorio obrero autónomo, con su propia infraestructura de actividades y servicios que permitían organizar la vida cotidiana en torno a unas pocas manzanas[513].

Estos entornos conservaban redes de talleres que formaban pequeños clústeres productivos en los patios interiores, ocupando a veces las alas traseras de las manzanas residenciales. La vida en la calle variaba con los ritmos de las personas que entraban y salían del lugar de trabajo, a menudo ubicado cerca de sus viviendas, o incluso en el mismo bloque. Cuando las fábricas se trasladaron a otros distritos, las estaciones de tren se convirtieron en un nuevo centro neurálgico de los barrios. Los niños mayores solían recoger a sus padres después del trabajo y socializaban en torno al taller, los establecimientos comerciales y las tabernas de camino a casa. Al igual que en la ciudad de Nueva York y en Chicago, estas últimas constituían un espacio fundamental de encuentro y organización política; los trabajadores las definían como un «hogar familiar» y una «necesidad social»[514]. Karl Kautsky se había referido a las tabernas como el «único baluarte de la libertad política del proletario», «el único lugar donde las clases bajas pueden reunirse libremente y discutir sus asuntos comunes»; sin ellas, agregaba, «no hay vida social para el proletariado alemán, ni tampoco vida política»[515]. Durante las revueltas, por ejemplo, la policía solía cerrar las tabernas para dificultar la organización de los alborotadores[516]. Por lo general, había varios establecimientos en cada manzana, abiertos hasta altas horas de la noche. Durante la década de 1920, a menudo adoptaron una línea de partido concreta y acogían las reuniones de sus células

callejeras. Los relatos contemporáneos las describen como espacios de confianza y apoyo mutuos; los dueños de las tabernas, por ejemplo, «fiaban a los clientes desempleados sumas bastante elevadas» para ayudarles a salir del paso[517].



FIGURA 16. Der Krögel, c. 1900. Vestigio del Berlín medieval en el centro de la ciudad, este enclave alojó a docenas de familias y artesanos hasta principios de la década de 1930. Durante la República de Weimar se convirtió, junto a otras comunidades cercanas, en un símbolo de los esfuerzos para renovar las zonas céntricas y de la resistencia contra estas iniciativas. Fotografía: Heinrich Zille. Fuente: Zeno.org.

Los cines, las cervecerías al aire libre o las tardes de baile en lugares públicos y en los huertos comunitarios *(Laubenkolonien)* de las afueras eran otros espacios populares de ocio con culturas políticas asociadas a ellos, esenciales para la autorreproducción de la clase obrera[518]. La abundancia de comercios daba a la calle su bullicio cotidiano y dotaba al vecindario de «una especie de autosuficiencia»[519]. Las mujeres dominaban el espacio público, llenándolo de atributos que poco tenían que ver con las geografías chic de la *neue Frau* en el centro de la ciudad. Los patios interiores eran a menudo accesibles desde la calle e incluían varios estratos de talleres y oficios especializados. Era frecuente encontrar carpinteros, herreros, cuadras de caballos, gallineros e, incluso, lecherías con sus propios establos y mantequerías que suministraban leche fresca y mantequilla, un ambiente rural que enfurecía a la nueva generación de arquitectos y urbanistas municipales[520].







FIGURA 17. Hans Baluschek, *Almuerzo,* 1925, *Proletarios (Huelga),* 1920, y *Tarde de verano,* 1928. El trabajo del pintor realista Hans Baluschek ilustra la continuidad entre los espacios de producción, reproducción y politización en los barrios obreros de Berlín. *(Izquierda, arriba)* Las mujeres visitan a sus maridos en el taller durante la pausa del almuerzo, llevando a los niños consigo. *(Derecha, arriba)* Los trabajadores ocupan las calles del barrio durante un cierre patronal. *(Abajo)* En los barrios periféricos, los vecinos se apropian de los solares y espacios no construidos como lugares de ocio y socialización. Fuente: Zeno.org.

Los grandes complejos, como el famoso Meyers-Hof en Wedding —

una estructura residencial con seis patios paralelos que albergaba a unas mil personas en la década de 1920—, funcionaban como una «ciudad dentro de la ciudad», «una familia» que «supervisa[ba] a sus [...] hijos colectivamente»[521]. Los niños seguían constituyendo un aspecto fundamental de los territorios vecinales[522]. En *Berliner Stilleben* («Naturaleza muerta de Berlín»), un cortometraje de 1926 rodado por László Moholy-Nagy en el Meyers-Hof y sus alrededores, aparecen jugando y brincando por doquier, los verdaderos protagonistas de la vida callejera. También eran agentes cruciales de la reproducción cotidiana, haciendo recados por su cuenta en las tiendas cercanas desde una edad temprana o llevando comida o cerveza de la taberna a casa. La incorporación de las mujeres a la mano de obra industrial intensificó esta tendencia. Soportando una inmensa carga desde una temprana edad, las hijas mayores a menudo ayudaban en las tareas domésticas, cuidaban de sus hermanos menores y de los ancianos y echaban una mano a sus madres cuando estas realizaban trabajos remunerados en casa. La adolescencia también estaba marcada por la participación en organizaciones locales de ocio ligadas a partidos de base obrera, que impregnaban el tiempo libre de contenido político y un intenso sentido de pertenencia territorial. Desde la infancia, pues, el barrio y sus instituciones eran terrenos fundamentales de subjetivación. Walter Benjamin sugirió que la experiencia de la infancia y la juventud en estos «lugares donde la ciudad se abría al niño» era esencial para su identidad rebelde como adulto[523].

La organización de la clase obrera en estas comunidades abarcaba desde las luchas en torno a recursos básicos de reproducción como la vivienda o la alimentación hasta iniciativas en el ámbito del ocio o la comunicación. Antes de la guerra, habían sido frecuentes las revueltas intermitentes de comunidades e inquilinos, con enfrentamientos especialmente intensos en 1863, 1872 y 1910, cuando barrios enteros se declararon en huelga, impidiendo durante días la entrada de las fuerzas de seguridad en su territorio[524]. Estas formas de protesta y alteración del orden coexistían con nuevos mecanismos de autorreproducción de clase, como por ejemplo las cooperativas de vivienda y consumo. Durante la revolución, las organizaciones de inquilinos volvieron a radicalizarse a través de su relación con los consejos obreros, consiguiendo importantes logros en el control de los alquileres y la protección de los residentes[525]. Como veremos más adelante, el Berlín de la República de Weimar también vio surgir proyectos mediáticos autogestionados, como los movimientos de prensa callejera y de fotografía trabajadora, que se esforzaban por

generar un relato popular de la vida urbana observando los conflictos cotidianos desde abajo. Además, las comunidades de clase obrera mostraron una creciente capacidad para trascender las fronteras de los barrios y crear alianzas entre centro y periferia en el periodo de posguerra hasta la estabilización económica de 1924, y después entre 1929 y 1933. Combinando la densidad funcional y social, la complejidad y la iniciativa política de sus barrios, estas formaciones de centralidad alternativas se volvieron cruciales para los esfuerzos de los trabajadores por crear espacios de autonomía frente al Estado y las fuerzas del mercado.



FIGURA 18. Meyers-Hof, 1932. Este gran *Mietskaserne* en el distrito de Wedding alojaba a unas mil personas durante la República de Weimar. En la imagen se observa a un grupo de niños y jóvenes en torno a un músico callejero, en el segundo de sus seis patios interiores. Además de las tiendas en la calle, estos patios albergaban más de veinte establecimientos comerciales e industriales. Copyright: Alamy.

Los límites de la comunidad en la ciudad-mundial

El vínculo entre las identidades políticas y la experiencia cotidiana de

la comunidad se vio sometido a una gran presión durante la década de 1920. Por un lado, la disminución de la movilidad residencial desde principios del siglo XX reforzó el apego al lugar y el sentido de independencia del barrio[526]. El habitante promedio de estas áreas de clase obrera rara vez se aventuraba fuera del *Kiez* excepto para trabajar, y no era raro encontrar adultos jóvenes que nunca habían visitado otras partes de la ciudad[527]. Por otro lado, las identidades vecinales se vieron desestabilizadas por la influencia perturbadora de la relocalización y la reestructuración industrial, y por la aparición de nuevas subjetividades asociadas a la cultura de masas y a experiencias de ocio cada vez más vinculadas a las zonas centrales. El ayuntamiento reforzó esta tendencia al promover una nueva visión para la ciudad basada en un esquema dual, con un centro cosmopolita y dinámico y periferias lánguidas, cuidadosamente diseñadas pero desprovistas de centralidad. Sin embargo, no había un consenso claro sobre la forma que debía adoptar la nueva comunidad. El debate trascendía el terreno político. El anhelo tönniesiano de una *Gemeinschaft* esencial, intemporal y orgánica, característica del medio rural y las pequeñas ciudades, se había vuelto insostenible después de la guerra, en una época definida por la proliferación de culturas cada vez más efímeras y el triunfo del capitalismo industrial[528]. Una nueva sensibilidad emergente hacía hincapié en lo que el filósofo y antropólogo Helmuth Plessner denominó los «límites de la comunidad», la necesidad de preservar la esfera privada del individuo frente a la intromisión comunitaria[529]. Colaborador ocasional de la Deutscher Werkbund, Plessner desarrolló las reflexiones previas de Georg Simmel sobre el carácter cada vez más distante e impersonal de las subjetividades urbanas. En *Grenzen der Gemeinschaft,* su principal obra, ofrecía una crítica del radicalismo comunitario y una defensa de la libertad individual que revertía el rechazo de la *Gesellschaft* (sociedad urbana) a cargo de Ferdinand Tönnies. Publicado en 1924, el ensayo se ha descrito como una celebración de la esfera pública anónima y la «actitud fría» que caracterizaron el periodo de estabilización[530]. Los liberales estaban próximos a esta noción de una sociedad atomizada e individualista. Gustav Böß, por ejemplo, definía la acción del Estado como un intento de desagregar o «disolver las masas en ciudadanos» para evitar la «tiranía» de la multitud[531].

Mientras tanto, el SPD exploraba la posibilidad de encontrar un término medio entre este concepto y la predilección de la derecha nacionalista por una idea reaccionaria de comunidad. Esta concepción alternativa aspiraba a «liberar» a la comunidad y a sus miembros de la inmediatez de los vínculos y solidaridades vecinales tradicionales,

promoviendo un nuevo sentido de colectividad y cohesión en torno a experiencias compartidas de modernización, actividades de ocio de masas y consumo doméstico ampliado. Conscientemente o no, este sentido abstracto de unión y pertenencia desestabilizaba las bases sociomateriales de la organización popular, reescalando los vínculos sociales en torno a la familia y la esfera doméstica y reordenando los imaginarios y representaciones urbanas en una orientación cosmopolita. A pesar de sus diferencias relativas, en Berlín los socialdemócratas y los liberales compartían la idea de que las políticas urbanas podían emplearse para experimentar con nuevas formas de subjetividad y comunidad. La concepción de una nueva clase media debía ampliarse para incluir no solo a los grupos tradicionales de empleados públicos y a los emergentes trabajadores de cuello blanco, sino también a los trabajadores industriales más cualificados, la «aristocracia» de la clase obrera. El estilo de vida de los *Angestellten* (trabajadores de cuello blanco) se convirtió en un punto de referencia crucial en este proyecto, proporcionando un modelo de movilidad social ascendente para los estratos inferiores.

El desarrollo de una nueva noción de comunidad estaba estrechamente ligado a la aspiración de conectar Berlín con los circuitos económicos y culturales internacionales y a los intentos de compensar los impactos negativos del reescalamiento económico y la reestructuración industrial en la esfera de las políticas municipales. La idea de convertir la capital alemana en una ciudad-mundial *(Weltstadt)* era frecuente no solo en la retórica oficial sino también en periódicos y revistas populares. Los planificadores y diseñadores urbanos desempeñaron un papel importante en este debate, y sus contribuciones constituyen un interesante precedente de la reflexión reciente sobre la ciudad global. Martin Mächler, por ejemplo, definió la metrópoli como una «condensación espacial de las fuerzas políticas, comerciales e industriales de una gran potencia [nacional]»; como tal, era necesario simultanear los esfuerzos por asegurar la «prosperidad […] de la vida económica de la comunidad» y por «extender la influencia del Estado a todo el mundo»[532]. Ludwig Hilberseimer veía estos grandes núcleos urbanos como «los centros vitales de los Estados y del mundo al que ellos mismos dan forma, la intersección de las corrientes de la energía humana, la economía y el espíritu […] los puntos de concentración, irradiación y unión de todas las fuerzas de una comunidad nacional, funcionando de fuera hacia dentro y de dentro hacia afuera»[533]. Según Martin Wagner, Berlín debía acaparar los esfuerzos para restablecer la posición del país en la escena internacional de posguerra, convirtiéndose en «la sede de todas las

fuerzas centrales que están dirigiendo la reconstrucción del poder económico y político de Alemania»[534].

¿Cuál debía ser el papel de la planificación en este nuevo contexto? Antes de la guerra, el crítico Karl Scheffler ya había advertido de los conflictos inherentes al desarrollo de la metrópoli como un «nodo de cristalización de la economía-mundo»[535]. Harían falta planteamientos políticos innovadores para salvar la brecha entre el «ambiente familiar» de la ciudad entendida como un «lugar de vida autónomo» y su condición emergente como centro mundial configurado por «intereses económicos globales y expansivos en el comercio y la manufactura»[536]. Escribiendo en un tabloide popular unos años más tarde, en 1926, el propio Scheffler vinculaba estas aspiraciones a una reorganización radical de la centralidad que «requeriría planes urbanísticos de gran ambición»[537]. Ese mismo año, Ernst Kaeber, concejal del DDP, presentó la política urbana como un instrumento para superar la contradicción entre las concepciones aparentemente irreconciliables de la metrópoli como *Weltstadt* y como *Heimat* (lugar de origen, patria chica). La planificación sacaría a los berlineses de clase obrera de los «patios oscuros y las tabernas llenas de humo» y promovería una «actividad física revitalizadora» en *«playgrounds* y espacios deportivos repartidos por toda la ciudad»[538]. El propio «derecho de Berlín a existir como ciudad-mundial», señaló, dependía de la sustitución de los barrios de *Mietskasernen* por zonas residenciales dignas[539]. El municipio fomentaría formas de cultura de masas más allá de «las barreras intelectuales que [...] dividen a las clases sociales» mediante la educación pública no solo en las escuelas, sino también a través de actividades y equipamientos de ocio[540].

Esta breve síntesis de la agenda municipal aparecía en un punto de inflexión crucial, coincidiendo con el nombramiento de Martin Wagner como director del departamento de planificación y la fundación del City-Ausschuss (Comité de la City) con el urbanista Martin Mächler como principal portavoz[541]. Ambos veían la metrópoli como la materialización de fuerzas económico-políticas más amplias y sus enfoques eran complementarios. Wagner se centró en las iniciativas de *welfare,* sobre todo aquellas relacionadas con la reproducción social, que, según él, debían priorizarse sobre los objetivos productivos inmediatos. Mächler mantenía estrechos vínculos con el ala revisionista del SPD y el capital local y, a partir de 1926, trabajó para el City-Ausschuss, una agencia de la Asociación de Comerciantes e Industriales, el principal *lobby* empresarial de Berlín[542]. A diferencia de Wagner, Mächler presentaba los procesos de reproducción social como una variable dependiente de un imperativo

superior de acumulación de capital. A pesar de sus diferentes enfoques, los dos veían la planificación como un dispositivo fundamental para reestructurar las centralidades metropolitanas y mediar la contradicción entre las dinámicas globales y las necesidades domésticas.

«La tarea económico-política del urbanismo», escribió Mächler, consistía en «convertir la capital de un país en una ciudad-mundial»[543] que funcionara como interfaz entre la economía nacional y la internacional. Las ciudades-mundiales constituían «la infraestructura de la economía global, es decir, los puntos de conexión y transferencia en el intercambio entre unidades económicas nacionales y de procesos de producción y consumo más amplios»[544]. Sopesando el impacto de los procesos de reescalamiento en las comunidades locales, Mächler sostenía que la expansión de la actividad económica contribuiría en última instancia a la creación de empleo y al bienestar de los trabajadores[545]. Sin embargo, la *Weltstadt* no podía planificarse a escala humana o local; las dinámicas de reproducción cotidiana debían subordinarse a los requisitos productivos. «Berlín —afirmaba— tiene una tarea mayor que la de satisfacer simplemente [...] las necesidades vitales de cada uno de sus habitantes: tiene la misión de servir a los intereses vitales de toda una nación en el contexto de un mecanismo mundial más amplio»[546].

A partir de 1918, las propuestas de Mächler se centraron en los sistemas de infraestructuras y logística como activos fundamentales para facilitar la circulación de capitales y mercancías y reforzar la posición de la ciudad en las redes económicas mundiales. Entre ellas figuraban sus conocidos esquemas para crear ejes de comunicación de gran capacidad que conectaran los nuevos centros multimodales de transporte al norte y al sur de Tiergarten[547]. Pero estas intervenciones eran solo parte de una estrategia de reescalamiento más amplia e inquietante, concebida para garantizar el estatus de Berlín como ciudad-mundial, que debía considerarse el único «criterio para determinar el tamaño de la superficie edificable necesaria»[548]. Según Mächler, la futura metrópoli se extendería cincuenta kilómetros desde el centro de la ciudad: es decir, varias veces su tamaño actual en la década de 2020. Los distintos distritos debían estar segregados funcionalmente y las zonas centrales aglutinarían actividades específicas de la ciudad-mundial. Wagner recogería más tarde esta idea, sugiriendo que las estrategias de reordenación urbana debían eliminar del centro de la ciudad los usos del suelo convencionales y de rango meramente local[549]. El esquema incluía un gigantesco núcleo comercial de veinte kilómetros de ancho, «el punto central y regulador

supremo de la vida económica alemana», un «barómetro» del mercado que respondería «a la más mínima presión externa»[550]. El anillo exterior, más amplio aún, se reservaba para zonas especializadas de actividad industrial, viviendas, huertos e infraestructuras. La propuesta era desproporcionada, pero su estructura segregada y su visión del corazón de la ciudad como una especie de «púlsar» urbano al mando de la centralidad de regiones enteras prefiguraban las agendas de planificación venideras.

Con un enfoque más moderado, Wagner también abogó por la necesidad de «hacer *tabula rasa* para reconfigurar el paisaje urbano de Berlín desde cero», proponiendo un esquema dual consistente en la «renovación del tejido urbano obsoleto [...] en la Ciudad Vieja y el desarrollo residencial en la Ciudad Nueva»[551]. El «carácter cosmopolita» y la «centralización de las fuerzas económicas» constituían «un impulso inexorable que empuja[ba] espontáneamente hacia una estructura» en proceso de formación basada en «nuevas áreas residenciales [en la periferia] y la renovación de zonas obsoletas [en el centro] con distritos comerciales modernos [y] plazas rediseñadas»[552]. Sin embargo, a diferencia de Mächler, Wagner hacía hincapié en la reproducción de la población trabajadora como razón de ser del urbanismo. En su visión, la capital representaba a la nación mediante la extracción y desarrollo de sus más conspicuas «fuerzas de trabajo y recreo, de civilización y cultura»[553]. En ese sentido, la política urbana debía recompensar a aquellos capaces de crear valor; asegurar el bienestar del capital humano avanzado era la mejor manera de atraer inversores. «El capital ama Berlín», escribió, porque «el capital va allí donde está el futuro»[554].

Para Wagner, la economía política era el verdadero arquitecto de la *Weltstadt;* era ella la que configuraba la propia estructura, «el contenido y la forma» de la ciudad, su «imagen» y su «espíritu». El «estatus de ciudad-mundial» determinaba la respuesta a todos los problemas de política urbana, incluida «la planificación de las rutas de transporte», los equipamientos, «escuelas y hospitales» y la zonificación de actividades económicas, parques y espacios públicos[555]. Wagner ofrecía así una lectura transparente de cómo las transformaciones urbanas de gran calado estaban condicionadas por procesos supralocales, y del modo en que la planificación se utilizaba para resolver las externalidades y conflictos resultantes de dichas dinámicas en el ámbito de la reproducción social. Junto a su labor convencional como urbanista jefe del Ayuntamiento de Berlín, y además de los desarrollos que se analizan a continuación, concibió la revista *Das neue Berlin,* una plataforma discursiva animada por el

objetivo explícito de promover un nuevo «sentido común de la ciudad» que convirtiera la idea de ciudad-mundial en un «símbolo vinculante para los ciudadanos»[556]. Los urbanitas debían interiorizar su dinamismo económico y actuar como agentes clave de la circulación del capital, mientras que los edificios y los espacios públicos —de hecho, el propio paisaje urbano— debían materializar y estabilizar los flujos de valor a través de la metrópoli, convirtiéndose, literalmente, en capital fijo[557].

La planificación y la dialéctica de la centralidad

Núcleos recentralizados y extrarradios «periferizados» eran, para el ayuntamiento, los polos mutuamente constitutivos de un régimen emergente de centralidad binaria: mundos sociales antitéticos con ambientes urbanos complementarios pero radicalmente opuestos, marcados por modos específicos y excluyentes de interacción social. El eje que conectaba la City con las nuevas zonas de servicios al oeste de Tiergarten debía funcionar como umbral de conexión con circuitos económicos y culturales internacionales, intensificando la dimensión corporativa de los centros tradicionales y eliminando el equilibrio tradicional entre residencia, comercio y actividades productivas. Se trataba de una nueva forma de centralidad, desprovista de mundanidad y privada de impulso político. Los espacios de ocio y consumo emergentes en estas zonas permitían a los nómadas urbanos reinventar su identidad y palpar el pulso del mundo, lejos de las certezas del barrio convencional. La proliferación de nuevas formas de interacción social y circulación de mercancías y la intensificación de la publicidad, la iluminación y el transporte dotaban al paisaje urbano de una cualidad surreal, huidiza y cosmética.

Podía encontrarse la situación opuesta en los nuevos bordes urbanos, desprovistos de complejidad y concebidos como espacios de reproducción simple. Su pobreza funcional y su austeridad simbólica debían equilibrar la hiperestimulación de los núcleos recentralizados, garantizando el descanso y reposición de la fuerza de trabajo. Formulado inicialmente como un eslogan para la vivienda social, el concepto de *Existenzminimum* (existencia o habitar mínimo) se extendió a la concepción de comunidades enteras, diseñadas en el umbral de sociabilidad más bajo posible[558]. Los equipamientos y lugares característicos del *Kiez* —tiendas, tabernas, patios abiertos, talleres, cines, teatros, salas de baile y otros espacios informales— fueron eliminados o reemplazados por espacios abiertos, parques, campos deportivos y jardines privados. Las nuevas comunidades

fueron también gestionadas para promover formas alternativas de socialización, enfatizando el contacto con la naturaleza por encima de la interacción social y priorizando la reproducción física y familiar por encima de la reproducción de clase. Esta dialéctica centro-periferia implicaba no solo una reconfiguración y polarización de los patrones de uso del suelo, sino también una recomposición de las formas de subjetividad y de los propios parámetros de la urbanización como experiencia política. La tendencia era anterior a la República de Weimar y se extendía más allá de la acción de la política municipal. Sin embargo, en lugar de contrarrestar sus aspectos negativos, la coalición socialdemócrata-liberal del periodo de estabilización trató de amplificar su impacto, empujando las identidades populares y las formas de vida cotidiana y organización subalternas hacia los márgenes de la existencia metropolitana.

Renovación urbana: la mercantilización de la centralidad

La estigmatización de ciertas zonas del centro histórico como lugares de conflicto sanitario y desorden social durante la era guillermina se prolongó en la República de Weimar para legitimar operaciones de renovación urbana. Pero la transformación del núcleo histórico se presentaba ahora como culminación de una redistribución más amplia de la centralidad metropolitana, que pretendía estimular las actividades de servicios y atraer capital inversor y consumidores en detrimento de las comunidades obreras aún existentes en su seno[559]. Este objetivo se perseguía a través de proyectos de remodelación de iniciativa estatal y privada, pero también por medio de agencias alternativas, representaciones e intervenciones efímeras con capacidad para reconfigurar el imaginario colectivo del centro de la ciudad. En esta sección analizaré cómo contribuyeron en este esfuerzo diversas formas de acción regulatoria y extrarregulatoria, como el control de los usos del suelo, la creación de nuevos centros comerciales y de ocio, la redefinición del espacio público y la imagen urbana o el desarrollo de proyectos de renovación a gran escala.

La relocalización de la actividad económica y su impacto en los mercados inmobiliarios constituyeron factores clave en la desestabilización de la estructura urbana durante este periodo. Antes de la guerra, los viejos ensanches de Friedrichstadt albergaban una compleja mezcla de viviendas, comercios y edificios de oficinas, incluyendo sedes de instituciones públicas, grandes bancos, prensa y productoras cinematográficas[560]. Sin embargo, desde finales del siglo XIX buena parte de la vitalidad de esta zona fue drenada por el

desarrollo de servicios de ocio y tiendas especializadas al oeste de la Potsdamer Platz, primero en el área comprendida entre Wittenbergplatz, el parque zoológico y Auguste-Viktoria-Platz (actualmente Breitscheidplatz) y más tarde a lo largo de Kurfürstendamm. En la década de 1920, esta última arteria se convirtió en un núcleo comercial maduro que prometía intensificar la fuga de capitales del centro histórico[561]. Repleto de restaurantes, elegantes *boutiques* y glamurosos espectáculos de variedades y salas de cine, el llamado «escaparate de Berlín» experimentó un incremento vertiginoso de los precios del suelo y estaba cada vez más poblado por un círculo distinguido de nuevos ricos y jóvenes *Angestellten*[562].

Los operadores y propietarios del centro histórico veían en estos desarrollos cada vez más distantes una erosión de su centralidad «natural» y exigían la implementación de iniciativas para revertir el proceso. Entre ellas se incluía la eliminación de los enclaves obreros aún existentes en el área y de las prácticas que los sustentaban. La principal aspiración del City-Ausschuss era precisamente reactivar el centro tradicional como espacio estratégico en el nuevo orden económico internacional; la tarea, afirmaban, debía lograrse mediante una «cooperación entre las empresas y la administración, más allá de [...] la política partidista»[563]. El ayuntamiento, sometido a severas limitaciones presupuestarias, era fácilmente influenciable por el músculo inversor de los operadores vinculados al *lobby*. Sus propuestas se integraron así en una estrategia más amplia para reequilibrar la actividad económica entre Alexanderplatz, en el este, y Reichskanzlerplatz (actualmente Theodor-Heuss-Platz), en el oeste. Este eje absorbería la centralidad funcional de la ciudad en clústeres de zonas renovadas especializadas, conectadas por nuevas arterias de tráfico abiertas a través del tejido urbano existente[564]. Dichos esfuerzos iban acompañados de una desinversión paralela en distritos semiperiféricos, que carecían de programas de rehabilitación residencial a pesar de las pésimas condiciones de muchas zonas, y que se vieron privados de planes básicos de mantenimiento, limpieza e iluminación de las calles[565]. Pero las demandas de los pobres eran secundarias. A pesar de su compromiso previo con los sindicatos y el cooperativismo, Wagner asumió las corrientes económico-políticas y simbólicas dominantes para sortear una coyuntura turbulenta, promoviendo un enfoque de planificación flexible para aprovechar las fugaces oportunidades de inversión.

La terciarización del núcleo de la ciudad, ya en curso antes de la República de Weimar, tuvo profundas implicaciones tanto en lo que a las pautas de uso del suelo como a las espacialidades cotidianas se

refiere. La expansión de los servicios había inaugurado un proceso de expulsión paulatina de las viviendas y actividades productivas en el último tercio del siglo XIX con la aparición de los primeros edificios comerciales y de oficinas monofuncionales[566]. En los debates en torno al Concurso del Gran Berlín de 1910, el estado del centro histórico se había considerado inadecuado para una ciudad que aspiraba a la supremacía mundial; la altura de los edificios, se decía, debía incrementarse para favorecer la proliferación de servicios[567]. La implementación de estas propuestas después de la guerra desató la polémica sobre la adopción del modelo de distrito comercial y las tipologías de rascacielos estadounidenses[568]. Fue en este contexto en el que Ludwig Hilberseimer sugirió que «deberían sacarse todas las residencias de la City»[569]. Wagner estaba de acuerdo, y señaló que el reemplazo de «los barrios residenciales obsoletos» por «nuevos centros comerciales» era una de las principales tareas de planificación en las ciudades-mundiales; aunque inicialmente se opuso a la construcción de rascacielos, más tarde permitiría alturas superiores a las prescritas en el código de edificación local[570].

Los grandes almacenes fueron un elemento clave en este proceso y en la reinvención de Berlín como *Kaufstadt* (ciudad comercial)[571]. Se rehabilitaron y ampliaron los antiguos establecimientos en detrimento del comercio minorista tradicional, y se construyeron nuevos edificios hasta alcanzar los sesenta y cinco grandes almacenes en 1929[572]. Estos se consideraban catalizadores de la transformación urbana y social, capaces de irradiar un espíritu cosmopolita en su entorno y de conectar los nuevos barrios a la emergente lógica mercantil de la metrópoli. En 1928, por ejemplo, Max Osborn, historiador del arte y colaborador del City-Ausschuss, describió el Kaufhaus des Westens como el principal desencadenante del desarrollo de preguerra en torno a la Kaiser-Wilhelm-GedächtnisKirche y Kurfürstendamm[573]. Durante este periodo, los grandes almacenes se hicieron más complejos, incorporando servicios de ocio y de atención al cliente tales como bibliotecas, espectáculos musicales, guarderías, jardines de invierno y conferencias literarias para competir con el espacio público y las instituciones culturales tradicionales[574]. Los principales operadores de grandes superficies se involucraron activamente en desarrollos urbanos más amplios y el ayuntamiento buscó su cooperación en la gentrificación de áreas de clase obrera cercanas al centro de la ciudad[575]. En 1929, por ejemplo, la cadena de grandes almacenes Karstadt obtuvo condiciones favorables para abrir una mastodóntica estructura en el umbral entre Kreuzberg y Neukölln, con acceso subterráneo directo desde una estación de metro recién construida. La

revista *Das neue Berlin* incluyó este y otros grandes almacenes en un mapa detallado que invitaba a los lectores a visitar los lugares de referencia en el nuevo concepto del departamento de planificación municipal para la ciudad. Curiosamente, el mapa daba visibilidad a este tipo de intervenciones y equipamientos privados, pero no incluía la mayoría de las iniciativas de vivienda social en la periferia[576]. Los grandes almacenes también se convirtieron en un símbolo de centralidad en reportajes y anuncios de la prensa general y otros medios de comunicación[577]. Incluso Walter Benjamin fue un testigo fascinado, aunque irónico, de esta versión moderna de los pasajes comerciales. Una de sus piezas radiofónicas para niños de este periodo exploraba las secciones de juguetes de los grandes almacenes e introducía una esquiva alegoría de la acción revolucionaria contra este nuevo mundo urbano. «Los grandes almacenes —sugería— se han convertido en lugares estratégicos; serían los primeros que ocuparían los conejos de Pascua si alguna vez planearan un ataque»[578].

Otro punto marcado en el mapa de *Das neue Berlin* era el WOGA-Komplex (1926-1931), proyectado por Erich Mendelsohn, un intento de consolidar la nueva formación de centralidad en una de las manzanas vacías que quedaban en Kurfürstendamm, lejos de Auguste-Viktoria-Platz. Al igual que otras grandes operaciones de este periodo, el complejo se construyó parcialmente con capital estadounidense e incluía una calle comercial, el cine Universum de los estudios UFA, un teatro de cabaret, una cafetería, un hotel, pistas de tenis privadas y edificios de apartamentos destinados a la clase media alta[579]. El promotor era Hans Lachmann-Mosse, jefe de un gran emporio publicitario y editorial que incluía la popular revista *Der WeltSpiegel* y el periódico liberal *Berliner Tageblatt,* un importante diario nacional que apoyaba al DDP de Böß y una plataforma recurrente para las intervenciones de Martin Wagner. Ambas publicaciones sacaron material sobre el proyecto[580]. *Der WeltSpiegel,* en particular, fue una entusiasta difusora de la arquitectura de vanguardia. Dedicaba una sección periódica a destacar las últimas realizaciones del *neues Bauen* para un público amplio, presentándolas como arquetipos de cosmopolitismo en estrecha relación con el universo de las mercancías, el consumo y espacios de ocio como restaurantes, clubes y parques. Un díptico de 1929 titulado «El tumulto de la ciudad-mundial» sintetizaba el ambiente y los ritmos de la nueva centralidad con fotografías de una calle densamente transitada y un salón de baile abarrotado, exaltando el contraste y la complementariedad de ambas atmósferas: «nubes de humo, coches, autobuses, tranvías y masas de gente: ¡la *Weltstadt* de día!», frente a «faros, jazz, máscaras y masas de

gente: ¡la *Weltstadt* de noche!»[581].

Más tarde, ese mismo año, otro número de la revista mostraba el proyecto de Heinrich Straumer para la Amerikahaus y la Deutschlandhaus (1927-1930), complejo que se estaba construyendo en la Reichskanzlerplatz, al oeste de Kurfürstendamm, todavía parcialmente desocupada[582]. Heinrich Mendelssohn, el magnate local que promovía la iniciativa, había estado involucrado en importantes operaciones en el centro de la ciudad desde su participación en los grandes almacenes Tietz en Alexanderplatz y había escrito para *Das neue Berlin*[583]. Los nuevos edificios constituían otro punto de centralidad emergente para los residentes de clase media-alta de los suburbios del oeste; incluían un cine, restaurantes, un salón de baile y un hotel[584]. Una vez terminados los edificios en 1930, el City-Ausschuss —no olvidemos, una entidad privada— convocó un concurso de ideas para la renovación de la plaza; entre los miembros del jurado se encontraban el propio Mendelssohn, el director de la Asociación de Comerciantes e Industriales y presidente del City-Ausschuss, Alexander Flinsch, Martin Mächler y Georg Tietz, de la empresa comercial Tietz, así como el ubicuo Martin Wagner, invitado de honor del panel[585]. El WOGA-Komplex y las intervenciones de Sträumer en la Reichskanzlerplatz eran solo dos ejemplos de las estrechas interrelaciones entre personalidades institucionales, empresariales y de los medios de comunicación, y de cómo dieron forma a la agenda para el centro de la ciudad.

El régimen de centralidad emergente también implicaba una profunda transformación de la imagen urbana, otro proceso en curso reforzado y ampliado por las políticas municipales durante este periodo. El universo de la mercancía estaba transformando el aspecto de las zonas centrales, en detrimento de las comunidades de clase obrera que vivían en ellas y sus alrededores. El alumbrado público era un elemento aparentemente inocente que exacerbaba la división entre zonas céntricas y periféricas en una época en que la multiplicación de la energía eléctrica y de la iluminación se consideraba un marcador del estatus de ciudad-mundial. La proliferación del alumbrado público, los anuncios de neón y los carteles de cine iluminados ampliaban el tiempo de ocio en el centro de la ciudad, mientras que las «noches cortas» de los barrios obreros permanecían tenuemente iluminadas por los «borrosos rayos de luz» de las tabernas[586]. «El sol no es suficiente para ver Berlín», decía la canción encargada a Kurt Weill para el festival *Berlin im Licht* de 1928, organizado por el City-Ausschuss para inundar de electricidad y luz artificial puntos estratégicos del centro de la ciudad y promover una vida nocturna

más larga y trepidante[587]. Durante la década de 1920, la administración relajó las restricciones a la señalización luminosa ante la presión de empresas y arquitectos[588]. El propio Wagner sostenía que la luz artificial y los anuncios eran los materiales de construcción fundamentales de la arquitectura moderna y dedicó un número monográfico especial de *Das neue Berlin* a la publicidad[589].

Había otras formas de regulación, menos evidentes, que contribuían a minimizar las huellas de la urbanidad tradicional y los estratos populares en el núcleo de la ciudad. Se prohibieron o restringieron los tranvías y las bicicletas —ambos medios de transporte fundamentales para los obreros— en las calles principales durante la mayor parte del día para dejar espacio a los coches privados, una de las medidas que el City-Ausschuss había perseguido desde su creación[590]. También se suprimió la presencia de vendedores ambulantes en las calles e intersecciones principales y en zonas problemáticas como el Scheunenviertel, y se impusieron nuevas restricciones a sus actividades en toda la ciudad[591]. En 1917 se había prohibido la ocupación de las aceras por grupos de más de tres personas para evitar desórdenes públicos durante la guerra; la medida siguió vigente durante la República de Weimar y podía invocarse para reprimir formas típicas de apropiación popular del espacio, como protestas o manifestaciones[592]. Las construcciones visuales de la prensa de clase media y alta reforzaban este régimen de publicidad, presentando la calle como un territorio para coches y peatones elegantes y estigmatizando a los trabajadores como un estorbo público. En 1930, por ejemplo, una viñeta de la popular revista femenina *Das Leben* mostraba a una sofisticada *neue Frau* de pie en un tren lleno de pasajeros bien vestidos, molesta ante un trabajador de edad avanzada, decaído y sentado con un martillo y una botella: «¡Escandaloso! —rezaba el pie de la viñeta—, ¡estoy muerta de cansancio después de mi entrenamiento y este tipejo ni siquiera me deja un poco de sitio!»[593].

La insistencia en la movilidad como vector de transformación urbana se extendió de forma extraordinaria durante este periodo. Wagner admiraba este aspecto de las ciudades estadounidenses. Aunque solo una minoría podía permitirse un automóvil, presentó con entusiasmo el transporte motorizado como esencia de la experiencia urbana moderna y defendió la necesidad de reconstruir las ciudades alemanas para liberar sus flujos[594]. Previendo el rechazo público de operaciones de renovación urbana de gran impacto para la apertura de nuevas avenidas, se burló de la «reverencia por lo viejo»: «Una nación que no construye no vive, muere. Alemania y Berlín quieren y tienen que vivir. Queremos […] destruir y reemplazar lo viejo por lo

nuevo. Si Langhans, Knobelsdorff o Schinkel vivieran hoy, no dudarían ni un instante en demoler sus propios edificios y sustituirlos por otros nuevos»[595]. No se trataba de una mera pose modernista. Los políticos y empresarios respaldaban la visión de Wagner y urgían la implementación de actuaciones agresivas. «En esta cuestión —declaró Alexander Flinsch— no hay desacuerdo entre los empresarios berlineses y el director del departamento de planificación municipal [...]. Sus tesis [...] merecen gratitud y un apoyo incondicional»[596]. Ese mismo año, el alcalde Böß presentó Berlín como «el centro mundial del transporte»[597]. «Cuanto más se impulsa el tráfico», afirmó, «más se fertiliza la vida empresarial», por lo que «no hay que tener miedo de derribar y demoler incluso lo que pueda tener valor emocional»[598].

El interés de Wagner por la movilidad también estaba relacionado con la capacidad de gestión de las empresas de transporte público. Estas se habían convertido en importantes promotoras de vivienda y renovación urbana. Creada en 1928 como una fusión de todas las agencias de transporte público, la Berliner Verkehrs-AG (BVG) gestionaba un presupuesto considerable y podía operar con independencia de la burocracia municipal, evitando las restricciones que el Reichsbank imponía al uso de capital extranjero por las administraciones públicas[599]. La compañía se convirtió en el principal agente en la remodelación de Alexanderplatz. La iniciativa constituía el primer paso de una ambiciosa estrategia de reestructuración urbana de la Altstadt (casco histórico), que pretendía reconfigurar las principales plazas del centro de la ciudad —incluidas también Molkenmarkt, Spittelmarkt, Hallesches Tor y Potsdamer Platz— como catalizadoras de una renovación urbana más amplia[600]. Wagner concebía la «plaza de la ciudad-mundial» *(Weltstadtplatz)* como un dispositivo que debía liberar los flujos de tráfico y, simultáneamente, atraer y fijar el «poder de consumo» *(Konsumkraft)* en las zonas céntricas para garantizar su reproducción como enclaves cosmopolitas. En este esquema, los edificios constituían artefactos desechables de bajo coste moldeados por el color, la iluminación y la publicidad para que tuvieran un aspecto radiante, diseñados para ser amortizados y demolidos en veinticinco años[601].

La remodelación de Alexanderplatz era el epicentro de una estrategia de renovación más amplia que incluía la gentrificación del cercano Scheunenviertel y la creación de nuevas arterias atravesando el núcleo histórico[602]. Con su bullicioso nodo de tráfico y el Mercado Central, la plaza era, a mediados de 1920, un enclave cotidiano fundamental para el proletariado, el «corazón y el alma del este»[603] de

la ciudad en la frontera de la Altstadt con las zonas obreras de Friedrichshain, Prenzlauer Berg y Scheunenviertel. Este último era el vestigio más infame de la ciudad preindustrial, hogar del lumpenproletariado, los recién llegados y los judíos del este, y un bastión radical que albergaba la sede del Partido Comunista (KPD) a solo quinientos metros del ayuntamiento. La configuración laberíntica de los patios y las conexiones internas de los edificios creaban una red paralela de espacios colectivos que contenían pequeñas granjas urbanas, organizaciones políticas clandestinas y un submundo de pequeña delincuencia[604]. Las calles no solo estaban llenas de tiendas y talleres, sino también de vendedores ambulantes ilegales, burdeles, casas de empeño, casas de juego y *Kneipen* (tascas) baratas. Los trabajadores del área de Alexanderplatz y los bohemios —incluidas personalidades como Bertolt Brecht— se reunían para almorzar y divertirse después del trabajo. El barrio, un hervidero de alteridad, vivió episodios recurrentes de desorden público, pogromos y redadas policiales durante este periodo, empezando por las sangrientas Märzkämpfe de 1919, un ciclo breve pero fundamental de huelgas y disturbios colectivos que comenzó entre Scheunenviertel y Alexanderplatz[605].

Varias secciones del Scheunenviertel habían sido parcialmente renovadas antes de la guerra; después de una demolición sustancial a principios de 1900, otras quedaron vacías durante dos décadas[606]. En 1927, Hans Poelzig, íntimo amigo y colaborador de Wagner, ganó el concurso organizado por el ayuntamiento para reanudar las obras de construcción con un proyecto que incluía un gran cine, edificios de la administración local, apartamentos de clase media-alta y más de cien tiendas alrededor del teatro de la Volksbühne. El esquema solo se completó parcialmente debido a la crisis. Para algunos, el interés menguante de los promotores privados en el área se debía al estigma de los sectores cercanos aún en pie[607]. El geógrafo Friedrich Leyden utilizó el ejemplo de Scheunenviertel para advertir de que «si los viejos barrios marginales sobreviven a la creación de vivienda nueva y de mayor calidad […] [entonces] el antagonismo político se mantendrá [en estas zonas] con un conflicto constante»[608]. Más explícitamente, Heinrich Mendelssohn —también involucrado en la operación de Alexanderplatz— indicó que los «gérmenes enfermizos que infecta[ban] la zona» podían afectar severamente al proyecto para la plaza[609].

Así pues, era necesaria una intervención más agresiva, estructural, capaz de transformar el carácter de todo el distrito, tanto material como simbólicamente. Ese era el cometido de la nueva

Alexanderplatz. Convocado poco después de la intervención en Scheunenviertel, las bases del concurso de diseño urbano celebrado en 1929 sintetizaban la visión de Wagner de la *Weltstadtplatz* como nodo de transporte multimodal y centro de servicios de primer orden que debía articular una doble condición como «punto de destino del poder de consumo y canal de paso para los flujos de tráfico»[610]. Los edificios albergarían en su mayoría grandes almacenes, oficinas y hoteles inundados de abundante iluminación y publicidad para evocar un aura cosmopolita. La propuesta ganadora de Hans y Wassili Luckhardt y Alfons Anker era la más parecida al esquema preliminar elaborado por el propio Wagner. Sus líneas sinuosas encarnaban la tensión entre estabilidad y movimiento; las fachadas totalmente acristaladas funcionaban como fondo neutro para el despliegue de letreros luminosos y vallas publicitarias. Sin embargo, la BVG optó por el esquema más económico —pero igualmente destructivo— de Peter Behrens para el desarrollo final[611].

La crisis posterior a 1929 interrumpió la operación unos años más tarde, pero el impacto de la intervención y la renovación en curso del Scheunenviertel contribuirían a transformar la imagen colectiva de la zona. Los testimonios contemporáneos revelan la combinación de violencia material y sutileza discursiva requerida para impulsar ese cambio. En una reseña de *Berlin Alexanderplatz,* la novela de Alfred Döblin, Walter Benjamin señalaba que la plaza era «un lugar donde [...] se han producido las transformaciones más agresivas»[612]. El escritor comunista Karl Schröder veía la zona de obras como un espacio donde el capitalismo prefiguraba «un teatro a modo de antesala de la guerra»[613]. Al mismo tiempo, las imágenes del concurso inundaron las revistas de mayor tirada, que acogieron la iniciativa como fin del «viejo Berlín de clase obrera» y símbolo del «Berlín del mañana»[614]. En una de sus frecuentes correspondencias visuales, la revista *Zeitbilder* mostraba la futura Alexanderplatz junto a fotografías del Central Park de Nueva York, bailes de moda y lujosos cócteles en la Riviera[615]. *Das Leben* publicó un reportaje fotográfico sobre la plaza que mostraba a frenéticos oficinistas y parejas elegantes deambulando por la zona aún en pie; no había ni rastro de los trabajadores industriales ni del mercado. «En todas las grandes ciudades y metrópolis lujosas del mundo,—comentaba la autora— hay calles y plazas cuyos nombres resultan familiares a todos, lugares que evocan una idea exacta en la conciencia de la gente»[616]. La renovada Alexanderplatz, proseguía el reportaje, pronto se uniría al rango de Broadway, Trafalgar Square o Place de l'Étoile. En una viñeta aún más directa, la propuesta de los Luckhardt servía como telón de fondo para

una elegante *neue Frau* en la campaña publicitaria de una conocida marca de moda[617].



FIGURA 19. Martin Wagner, diseño para Alexanderplatz, c. 1928. Elaborada con motivo del concurso para la remodelación del espacio, esta perspectiva sintetiza la visión de Wagner para la plaza cosmopolita como combinación de nodos de transporte y enclave para actividades terciarias de alto nivel, alojadas en edificios bañados de luz artificial y publicidad. Fuente: Wikimedia Commons.

En el lado opuesto de la City, el proyecto de Wagner para la remodelación de Potsdamer Platz y Leipziger Platz incorporaba edificios de oficinas, grandes almacenes y una gran cafetería sobre una exagerada rotonda central. Habría sido el punto intermedio de un eje de centralidad renovada que conectaría Alexanderplatz, al este, y Auguste-Viktoria-Platz, al oeste. Una vez más, la iniciativa se abandonó tras la crisis[618]. Los proyectos para las plazas, en cualquier caso, no eran más que batallas locales, el frente de una campaña de reestructuración más amplia dirigida a partes sustanciales del centro histórico bajo la presión de los círculos empresariales. Desde 1926, el ayuntamiento había estado adquiriendo propiedades en la Altstadt con el fin de derribar los edificios y abrir vías de gran capacidad que conectarían Alexanderplatz con Friedrichstadt y Potsdamer Platz, atravesando manzanas residenciales de clase trabajadora[619]. En 1930, el City-Ausschuss encargó a Martin Mächler la coordinación de un concurso de ideas para la renovación integral de la zona sur del núcleo histórico, incluidos los enclaves de viviendas y de talleres en

torno a Molkenmarkt, Krögel y Fischerkiez, los últimos vestigios del Berlín preindustrial popular en el centro, hogar de más de cinco mil artesanos y trabajadores pobres… y de docenas de vacas y abundantes gallinas[620]. Tras el concurso, el ayuntamiento presentó en 1931 una propuesta más modesta para la zona, que posteriormente sería modificada para su ejecución durante el Tercer Reich[621]. Al mismo tiempo, la BVG, en colaboración con Mächler, encargó un informe sobre las condiciones habitacionales en el núcleo histórico, financiado por el City-Ausschuss. Publicado en 1932, el trabajo se centraba en las peores construcciones de la zona para denunciar sus catastróficas condiciones higiénicas y estructurales, y se convirtió en un importante elemento legitimador para la posterior campaña de renovación urbana[622]. Ninguna de estas propuestas, sin embargo, incluía medidas para realojar a los residentes o proporcionarles nuevas viviendas en el área tras la operación.

En ese momento, en todo caso, la economía estaba muy dañada y la crisis impidió la ejecución inmediata. Dos años más tarde, ya bajo el mandato del Partido Nacionalsocialista, Martin Mächler tomó estos documentos como base para una nueva campaña en la que insinuaba la capacidad del nuevo régimen para llevar a buen puerto los proyectos inacabados de la República[623]. El propio Wagner, escribiendo bajo seudónimo, invocó patéticamente la figura de un «*Führer* para la ciudad de Berlín», un «planificador de sangre y nobleza» que sacara a «los pobres, con su diezmado poder adquisitivo», del centro histórico y «desmantelara radicalmente» sus «desoladas áreas residenciales»[624]. Aunque no con la magnitud prevista por Wagner y Mächler, los nazis reanudarían las operaciones en muchos de estos lugares, reformulando los planes en los parámetros de su propio proyecto de limpieza política y étnica y desplazando el énfasis discursivo de la idea de una ciudad-mundial cosmopolita a la visión de una capital para el nuevo Imperio.

Comunidades descentralizadas: la nueva periferia

La producción de comunidades libres de conflictos en periferias reformadas a imagen de la nueva clase media constituía el contrapunto «positivo» al desplazamiento y la erosión de la centralidad subalterna en el centro de la ciudad. La República de Weimar generó un nuevo consenso en torno a la capacidad transformadora de la urbanización residencial. La historiadora Adelheid von Saldern ha vinculado este papel a un «proceso histórico de desestabilización de clase a través de procesos de modernización».

Los reformadores, sugiere, «utilizaron el deseo de las personas de tener mejores viviendas para hacerlas vulnerables a la dominación cultural, aprovechando su relocalización en nuevas residencias para "forzarlas" a abandonar la forma en que habían llevado hasta entonces su vida cotidiana [...] haciendo que sintieran vergüenza de vivir como trabajadores»625.

El alcalde Böß consideraba la necesidad de «elevar la cultura habitacional» un «deber moral nacional»626. Del mismo modo, las cooperativas de vivienda de los sindicatos, que se convirtieron en importantes agencias de desarrollo durante este periodo, instaron a los residentes de sus iniciativas a adoptar la «nueva forma de vida como un deber y una tarea»627. Los técnicos de la nueva generación celebraron el énfasis del ayuntamiento en el desarrollo periurbano como un vector que «aceleraría la transición hacia una nueva humanidad [...] trascendiendo la separación entre el urbanita y el habitante del campo»628. De forma similar, los científicos sociales identificaron la *Großsiedlung* («gran colonia residencial») como una síntesis de «sociedad y naturaleza» que permitiría a los berlineses cultivar una nueva forma de vida en común en los márgenes de la ciudad629. En realidad, la noción de comunalidad en este tipo de asentamiento distaba mucho de los comunes tradicionales del *Kiez*. Los desarrollos residenciales de baja densidad para la clase media-alta existentes en Westend, Grunewald, Dahlem o Lichterfelde proporcionaban ejemplos tangibles de esta experiencia urbana alternativa, con su carácter monofuncional, su segregación de la ciudad compacta tradicional y el consiguiente ambiente de calma y privacidad exacerbada, a veces vigilada por empresas de seguridad630. Pese a las diferencias radicales en cuanto a estilo arquitectónico, simbolismo político y densidad residencial, las iniciativas modernistas perseguían una relación similar entre individuo, comunidad y medio urbano. La estructura de las espacialidades burguesas se convirtió así en una referencia para los esfuerzos por concebir un nuevo territorio para una clase media en ciernes631. Los operadores inmobiliarios estaban de acuerdo en las ventajas de esta forma de desarrollo. Uno de los objetivos explícitos del City-Ausschuss, por ejemplo, era promover el «reasentamiento de los residentes del centro de la ciudad en distritos periféricos»632.

La incipiente periferia residencial debía servir de contrapartida funcional, económica y cultural al núcleo urbano. Podría definirse esta producción activa y deliberada de territorios desprovistos de centralidad como una «periferización» de los bordes de la ciudad promovida por el Estado. El proceso implicaba la provisión de mejores

estándares habitacionales y ambientales en comunidades dotadas con equipamientos e infraestructuras colectivas elementales que estrechaban el terreno de la reproducción social y las oportunidades de apropiación espontánea del espacio. Las prácticas comunitarias convencionales fueron estigmatizadas y expuestas a dinámicas de aculturación y despolitización a través de diversos mecanismos concomitantes, incluyendo la configuración de los usos del suelo y el diseño de los tejidos urbanos, la desconexión de las nuevas colonias de los entornos obreros, la erosión de las formas tradicionales de socialización y organización política, una ingeniería comunitaria excluyente, la capitalización del cooperativismo y la neutralización o cooptación de los comités de residentes autónomos. Detengámonos a analizar algunos de estos aspectos.

Durante la República de Weimar, Berlín se enfrentó a una grave escasez de viviendas, con unas doscientas mil familias necesitadas de hogar en 1928[633]. Esto suponía un gran problema, pero también una oportunidad excepcional para dar forma al crecimiento de la ciudad. Entre 1926, cuando Wagner comenzó a coordinar la oficina municipal de urbanismo, y 1930, se construyeron alrededor de 116.000 viviendas con fondos públicos para albergar a casi medio millón de personas, más del 10% de la población local[634]. El ayuntamiento solo controlaba directamente una pequeña parte de esta cifra, pero podía definir el carácter de las nuevas urbanizaciones mediante ordenanzas de construcción y, especialmente, estableciendo requisitos concretos para recibir subvenciones públicas a las nuevas promociones. El código de vivienda de 1925 segregaba las zonas residenciales, industriales y comerciales y preveía el desarrollo residencial de vastas áreas de la periferia mediante grandes manzanas abiertas *(Randbebauung)* con patios interiores abiertos, abandonando la tipología tradicional del *Mietskaserne*[635]. Algunas de las intervenciones más influyentes de este nuevo esquema las construyeron cooperativas de clase media, como el Kissingenviertel de Pankow (1925-1928), la Beamtenwohnungsvereins Siedlung a lo largo de Borkumer Straße (1925-1931), en Wilmersdorf, o la Gartenstadt am Südwestkorso (1927-1933) —incluida la Künstlerkolonie de Laubenheimerplatz, desarrollada por una cooperativa de escritores y artistas—, también en Wilmersdorf. El código de vivienda contemplaba la presencia de usos del suelo complementarios en las zonas residenciales, pero las iniciativas coordinadas por Wagner tendieron a eliminar o reducir al mínimo la dotación de locales comerciales. Así, se construyeron decenas de miles de unidades en la periferia carentes de actividades auxiliares elementales, el contrapunto a las «zonas puramente

comerciales» que el código reservaba para el centro de la ciudad[636].

Las iniciativas con mayor control público y promovidas por los sindicatos de izquierda presentaban con frecuencia los patrones de uso del suelo más simples y homogéneos. En 1933, Friedrich Leyden observó que, en toda la ciudad, solo las *Siedlungen* (colonias) de reciente construcción y los suburbios de villas de lujo estaban privados de actividad comercial debido a las restricciones normativas, la falta de equipamientos y la prohibición de mercadillos y vendedores ambulantes, habituales en los barrios de clase obrera tradicionales[637]. La renombrada Hufeisensiedlung de Bruno Taut y Wagner en Britz (1925-1931) y la Siedlung Onkel Toms Hütte de Taut, Hugo Häring y Otto Rudolf Salvisberg en Zehlendorf (1926-1931) fueron las pioneras del programa, a menudo publicitadas como símbolo del SPD y de la iniciativa sindical. Presentaban ratios de más de doscientas y trescientas viviendas por cada establecimiento comercial, respectivamente (un establecimiento por cada tres y seis hectáreas de suelo)[638]. Ambas urbanizaciones se encontraban a casi diez kilómetros de distancia de sus respectivos centros de referencia en el casco histórico y la Auguste-Viktoria-Platz. A más de cuarenta minutos en transporte público desde las principales estaciones, era un trayecto extrañamente largo para la población de clase obrera de la época[639]. Estos casos pueden parecer extremos, pero otras iniciativas de vivienda pública, como la Siedlung Schillerpark de Taut (1924-1930) y la Friedrich-Ebert-Siedlung de Taut, Mebes y Emmerich (1929-1931), ambas en Wedding, o la Rauchlose Siedlung de Mebes, Emmerich y Heinrich Straumer en Steglitz (1930-1931), incorporaban aún menos servicios o carecían totalmente de ellos. Por el contrario, el infame «Meyers-Hof» de Wedding tenía a principios del siglo XX una proporción de unas diez viviendas por cada taller ubicado en el inmueble, sin contar la existencia de tiendas y otras actividades comerciales en el solar y sus alrededores, y las fábricas de tamaño mediano adyacentes a ella[640]. Esto equivalía a una unidad industrial por cada 176 metros cuadrados de suelo, incluidas muchas que empleaban a residentes del edificio. No era una situación excepcional. A mediados de la década de 1920 Scheunenviertel presentaba una ratio de cinco viviendas por establecimiento comercial[641]. Fruchtstraße, una arteria principal de Friedrichshain, tenía treinta y dos tabernas en menos de un kilómetro, el equivalente a un local por cada 125 habitantes[642]. Incluso las calles secundarias seguían este patrón. Metzer Straße, una pequeña calle de cuatrocientos metros de largo en Prenzlauer Berg, tenía unas sesenta tiendas y diez tabernas; el barrio contaba con más de veinte cines[643].

Como vimos en el capítulo anterior, estos servicios no constituían un común en sí mismos. Al fin y al cabo, en su mayoría se trataba de negocios privados, y algunos desarrollaban relaciones tensas con sus vecinos. Sin embargo, en un contexto de precariedad, estos elementos formaban una infraestructura cotidiana que sostenía una densa red de relaciones y prácticas sociales cruciales para los pobres. Los nuevos desarrollos residenciales ofrecían una mejora sustancial de las condiciones de habitabilidad, pero suprimían aspectos esenciales de los entornos obreros, desarticulando la imbricación de los espacios de producción, consumo, reposición corporal y reproducción de clase. El impacto de esta transformación no se limitaba a las dificultades para cubrir las necesidades cotidianas de alimentación y mantenimiento del hogar, sino que inhibía también las dinámicas colectivas y las identidades y solidaridades que emanaban de ellas. La disociación del trabajo, el hogar y los espacios de consumo y esparcimiento contribuyó a desactivar los encuentros, las subjetividades, las luchas y la organización política que habían urdido el tejido social de los barrios populares. Las brechas generacionales y de género se hicieron más profundas. Las tareas cotidianas para las mujeres que realizaban labores domésticas se hicieron más duras, especialmente para aquellas que duplicaban tareas dentro y fuera del hogar. Los jóvenes experimentaron un empobrecimiento sustancial de la vida de barrio. Los niños podían ahora disfrutar de un entorno más saludable para crecer, pero también perdían el contacto con experiencias comunitarias cruciales que hasta entonces habían conformado su formación como vástagos de la clase obrera. Al entrar en la adolescencia, se veían obligados a abandonar el barrio para encontrar oportunidades de aventura[644].





Figura 20. GEHAG, catálogo de la exposición de vivienda de 1931. Diseñadas por las figuras más notables de la vanguardia arquitectónica de la época, las colonias residenciales desarrolladas por esta cooperativa sindical en colaboración con el ayuntamiento se convirtieron en un símbolo de la gestión socialdemócrata a finales de la década de 1920. A la derecha, un ejemplo de la propaganda electoral del SPD durante esta época: «Los felices residentes de la colonia de Britz votan por los socialdemócratas, a los que deben sus espléndidos hogares. Si también quieres vivir mejor, vota al SPD». Fuente: Archivo GEWOBAG/Wikimedia Commons.

Los nuevos enfoques de diseño produjeron morfologías urbanas menos diversas y más difíciles de apropiar. Los primeros desarrollos urbanísticos bajo la supervisión de Wagner incorporaban lugares públicos cuidadosamente diseñados a pequeña escala, pero las iniciativas posteriores utilizaron trazados abstractos y uniformes basados en el tipo *Zeilenbau* (bloque abierto), que incorporaba espacios públicos abundantes, pero a menudo pobremente definidos. Esto se debía en parte a la creciente influencia de estrategias estatales a nivel nacional para normalizar un estándar de urbanización residencial. En 1928, la Sociedad Nacional de Investigación para la Eficiencia Económica en la Construcción y la Vivienda convocó un concurso para un gran complejo residencial de más de diez mil viviendas en Haselhorst, en el distrito de Spandau, a unos quince kilómetros del centro histórico. Los participantes debían utilizar el modelo *Zeilenbau,* que había sido objeto de exploraciones anteriores por los arquitectos Alexander Klein y Walter Gropius para el mismo organismo. La agencia adoptó un esquema sumamente crudo que comprendía más de cincuenta edificios repetitivos en bloque abierto

de hasta trescientos metros de largo y encargó su diseño a Klein, Otto Bartning, Fred Forbat y Mebes y Emmerich[645]. La iniciativa se convirtió en una referencia importante para experiencias posteriores que utilizaron planteamientos similares, no solo en Berlín. Además de Wagner, integraban el jurado del concurso Ernst May, Fritz Schumacher y Richard Vorhoelzer, jefes de las oficinas de urbanismo de los ayuntamientos de Fráncfort, Hamburgo y Múnich, que posteriormente adoptaron planes análogos en sus ciudades[646].

Pero para producir una periferia y marginar las prácticas de clase obrera eran necesarios otros procedimientos, más allá de las normativas de construcción y la infraestructura dura de las morfologías de diseño. El mecanismo de financiación pública que sustentaba la mayoría de desarrollos residenciales en la época tuvo un impacto extraordinario en el mercado inmobiliario. En 1929, Böß estimó que el número de viviendas construidas sin fondos públicos era insignificante. Esto otorgó a la administración una influencia sin precedentes sobre los modelos de urbanización[647]. Para recibir subvenciones públicas, las iniciativas debían ajustarse a ciertos requisitos, entre los que se incluían no solo condiciones funcionales y morfológicas como las ya descritas, sino también criterios sociales como la prohibición de la presencia de inquilinos ajenos al núcleo familiar en habitaciones subarrendadas o la priorización de viviendas para familias pequeñas frente a personas solteras, parejas sin hijos o familias numerosas[648].

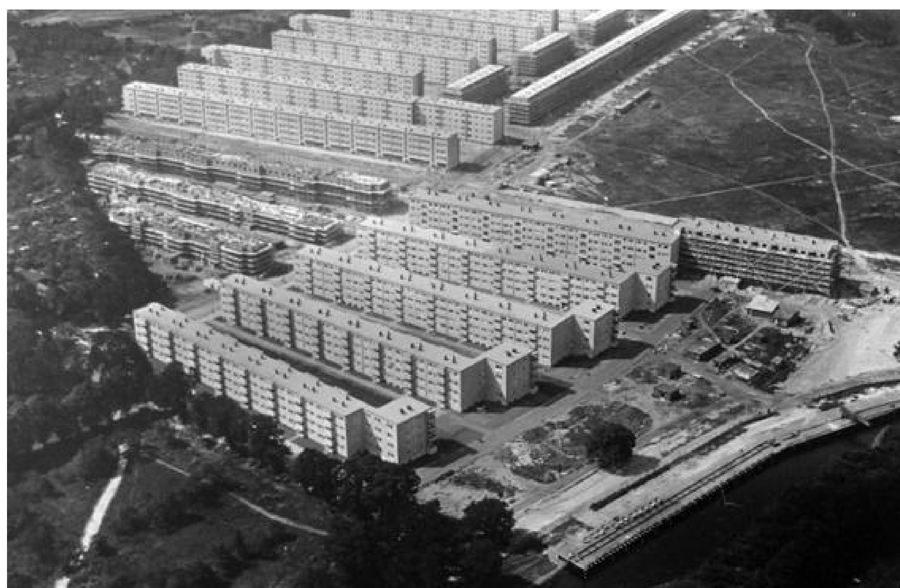


FIGURA 21. La Siedlung Haselhorst en construcción, 1931. Promovida por una agencia estatal de rango nacional, esta colonia sentó las bases de los enfoques de

diseño urbano más crudo que caracterizarían el desarrollo de periferias residenciales en las décadas posteriores. Fuente: Archivo GEWOBAG/Wikimedia Commons.

La arquitectura financiera de los esquemas de *welfare* emergentes podía movilizarse no solo para estabilizar determinados regímenes urbanos y domésticos, sino también para promover la segregación de clases, incluyendo la limitación de hogares de ingresos bajos en determinadas zonas. Esto fue especialmente perjudicial para la clase obrera, que se veía ahora fragmentada a través de las políticas sociales, al igual que en la fábrica. En este sentido, el relato sobre la orientación obrerista de la política residencial de la República de Weimar es un mito. A pesar de la retórica oficial, los alquileres en los complejos de nueva construcción eran a menudo demasiado caros para el trabajador medio[649]. La mayoría de las viviendas producidas durante este periodo —incluidas las dirigidas por los sindicatos, en particular las famosas colonias modernistas— solo estaban al alcance de los oficinistas, los empleados públicos y los trabajadores industriales cualificados mejor pagados. Las organizaciones de inquilinos y el KPD criticaron esta situación[650]. Una parte sustancial de la financiación de estas iniciativas procedía del *Hauszinssteuer,* un impuesto sobre los alquileres de las viviendas construidas antes de 1918. Los propietarios solían repercutir los costes del impuesto a los inquilinos, por lo que los hogares más pobres que vivían en barrios tradicionales estaban subvencionando indirectamente la construcción de nuevos asentamientos periféricos que no podían permitirse y que aumentaban el estigma de sus propias comunidades[651]. Böß reconoció el dilema, pero defendió la necesidad de maximizar la construcción de viviendas en lugar de subvencionar directamente los alquileres. Una oferta amplia y de alta calidad, argumentaba, mejoraría las condiciones generales de la vivienda, permitiendo a las familias más humildes ocupar los pisos de las capas más privilegiadas una vez que estas se trasladaran a las zonas de nueva construcción[652]. Pero esto nunca ocurrió[653]. Antes de incorporarse al departamento de planificación municipal, Wagner había utilizado el ejemplo de la Viena Roja —donde una política redistributiva verdaderamente progresista mantenía los alquileres bajos— para oponerse al enfoque conservador de Berlín[654]. Sin embargo, los programas que coordinó más tarde presentaban los mismos defectos que había denunciado pocos años antes. En una declaración escasamente conocida, durante su exilio como profesor de Harvard una década más tarde, admitió que, más allá de las restricciones financieras, había razones ideológicas para estas limitaciones. La decisión de priorizar un diseño «magnífico» obligó al ayuntamiento a centrarse en «los estratos de las

clases trabajadoras que podían pagar viviendas estandarizadas decentes», en detrimento de las capas más vulnerables[655]. En otras palabras, para producir la visión comunitaria deseada, fue necesario desatender a una parte significativa de la población; de hecho, un sector clave del electorado del SPD.

En su intento por impedir la proliferación de poblaciones y prácticas indeseables en las nuevas comunidades, las entidades públicas y sin ánimo de lucro encargadas de seleccionar a los inquilinos evaluaban los antecedentes y la respetabilidad de los solicitantes para garantizar la preservación del orden y el decoro en las colonias[656]. Teniendo en cuenta los intentos de arquitectos y promotores inmobiliarios por reprimirla, la autonomía de los nuevos residentes debía suscitar gran preocupación y ansiedad. Se controlaba la limpieza de los apartamentos y se daban consejos sobre la gestión del hogar, la decoración, el uso de aparatos domésticos y actitudes más generales relativas a la vida familiar y vecinal[657]. Dado su papel fundamental en los esquemas de reproducción doméstica emergentes, las mujeres se convirtieron en objetivos estratégicos en la racionalización de las viviendas y las comunidades[658]. Los asesores domésticos, los diseñadores y las revistas creadas ex profeso para los vecinos de los nuevos barrios desplegaron un imaginario fuertemente sexista que responsabilizaba a las mujeres del éxito de las comunidades, la modernización de la domesticidad y el bienestar familiar, al mismo tiempo que las apartaba de oportunidades potenciales de comunización. Las mujeres estaban «cercadas» en espacios aislados a varias escalas: cocinas monofuncionales con superficie para una sola persona, separadas del resto de la vivienda, edificios que normalmente carecían de espacios comunes intermedios y barrios con escasas instalaciones comerciales y una vida colectiva y callejera muy pobre, a menudo desconectados del resto de la ciudad[659]. El popular tratado de ciencia doméstica *Die neue Wohnung: Die Frau als Schöpferin* [La nueva vivienda: la mujer como creadora], de Bruno Taut, presentaba a las mujeres como un obstáculo fundamental, pero también como un agente potencial para la consolidación de una nueva cultura de la vivienda si abandonaban sus hábitos tradicionales y seguían las directrices de los arquitectos[660]. Un estudio publicado en la revista *Soziale Praxis* en 1930 señalaba que los habitantes de los nuevos barrios estaban desarrollando un «estilo de vida racional superior a la media»[661], lo que daba a entender que por fin se habían librado de las retrógradas prácticas de apoyo mutuo típicas del *Kiez*. Para algunos, sin embargo, estas transformaciones eran motivo de preocupación. En 1926, Adolf Behne —coeditor de *Das*

neue Berlin junto con Wagner— había dicho que «una de las tareas más importantes del arquitecto consistía en entrenar [a los usuarios con] mejores costumbres habitacionales»[662]. Sin embargo, más tarde se lamentaría de que en las urbanizaciones modernistas los seres humanos se estaban «convirtiendo en criaturas de un habitar abstracto»[663].

Como ya hemos mencionado, las cooperativas de viviendas y las asociaciones de inquilinos habían constituido importantes focos de organización antes de la guerra, ya que brindaban oportunidades para resistir la presión del mercado y garantizar formas de autonomía relativa en el ámbito de la reproducción. Durante la República de Weimar algunas de estas instituciones siguieron una trayectoria problemática. Antes de su nombramiento como planificador jefe, Wagner desempeñó un papel importante en la transformación del sector de la construcción de Berlín y en la introducción de enfoques empresariales en la tradición obrera de las cooperativas de viviendas de dividendos limitados *(Baugenossenschaften)*[664]. A principios de los años veinte, trabajó codo con codo con los sindicatos, promoviendo la fusión de entidades pequeñas para crear agencias más grandes, centralizadas y verticalmente integradas que utilizarían los ahorros de los trabajadores como capital de inversión. Estas corporaciones de interés público facilitarían la implementación de desarrollos urbanísticos masivos, la estandarización y la racionalización de las técnicas de construcción[665]. El KPD denunció este enfoque alegando que, en lugar de avanzar hacia una genuina socialización de la vivienda y la urbanización, empujaba a las instituciones cooperativas a adoptar una lógica empresarial, haciéndolas converger con los promotores privados convencionales y creando una burocracia gerencial desconectada de las luchas y necesidades cotidianas de las bases[666].

La iniciativa seguía el ejemplo de la GAGfAH (Compañía de Utilidad Pública para Viviendas de Empleados), una agencia de clase media creada en 1918 y vinculada a sindicatos y partidos conservadores y nacionalistas que colaboraba con compañías de seguros para promover grandes operaciones inmobiliarias. Wagner vio en esta estrategia una oportunidad para establecer un capital social expansivo que creara condiciones de democracia económica. Para ello, sin embargo, era necesario que la nueva agencia adoptara un enfoque de mercado, más «racional» y menos político, abandonando el compromiso con los gremios de la construcción y con las perspectivas de los comités de inquilinos[667]. La eficiencia en los procedimientos financieros, de gestión y construcción era absolutamente prioritaria.

La visión tradicional del asociacionismo cooperativo de preguerra debía sustituirse por un imperativo taylorista. La colaboración de Wagner con la ADGB (Liga General de Sindicatos Alemanes) —el brazo sindical del SPD y la mayor confederación de trabajadores del mundo en aquel momento— condujo así a la creación de la DEWOG (Compañía Alemana de Provisión de Viviendas) y su filial, la GEHAG (Empresa Pública de Viviendas, Ahorros y Construcción), en 1923-1924. Wagner coordinó ambas empresas en sus primeras etapas. Más tarde, desde el ayuntamiento, priorizó la colaboración con ellas para la construcción de las *Siedlungen* más destacadas.

Paradójicamente, estas agencias reprimieron el control comunitario de base en las nuevas periferias. Los comités de inquilinos asociados a las cooperativas de viviendas tradicionales habían cobrado relevancia antes de la guerra no solo por su política de representación en las luchas por la vivienda y el alquiler, sino también por coordinar algunos de los servicios del barrio, incluido el suministro de alimentos[668]. Eran organizaciones horizontales y autogestionadas, que formaban redes comunitarias con delegados de edificio y de manzana elegidos entre los residentes. Al iniciarse la República de Weimar se volvieron más politizados y conflictivos, cooperando con los consejos de trabajadores y liderando campañas de huelga de alquileres durante el periodo inflacionario[669]. En los nuevos asentamientos, sin embargo, los comités de vecinos —si existían— tenían un carácter menos beligerante, a menudo centrado en el desarrollo de comunes culturales alternativos y relativamente desvinculados de las necesidades materiales. La iniciativa solía partir de residentes cercanos a la izquierda institucional, fervientes partidarios de la idea de un nuevo orden comunitario, dispuestos a explorar su implementación a nivel local. Las promotoras inmobiliarias se mostraban ambivalentes hacia los comités; sus estrategias iban desde rechazar la participación de los residentes en la gestión del barrio hasta diseñar y monitorizar asociaciones dóciles, dirigidas por delegados afines elegidos por las propias agencias para garantizar un diálogo fluido[670]. Estas asociaciones tendían a centrarse en demandas domésticas relacionadas con las prestaciones de los pisos o, en menor medida, la falta de equipamientos y servicios de transporte en los barrios. A pesar de la eventual retórica obrerista, no tenían capacidad ni especial interés en conectar las cuestiones domésticas y vecinales con las luchas fabriles. En ese sentido, estos arreglos contribuyeron a restablecer los límites entre los conflictos en las esferas de la producción y la reproducción, que se habían difuminado antes de la guerra y durante la revolución bajo la influencia de los comunes del *Kiez*.

La Hufeisensiedlung de Taut y Wagner en Britz fue uno de los primeros ejemplos de este proceso. En mayo de 1927, poco después de la finalización de la primera fase de construcción, un grupo de residentes de clase media y orientación de izquierdas crearon un comité vecinal con el apoyo de la GEHAG[671]. Fue una de las iniciativas más ambiciosas de organización comunitaria en las colonias modernistas, con especial énfasis en aspectos culturales. El comité coordinaba una publicación semanal, *Die Wohngemeinschaft* [La comunidad residencial], que empleaba un fuerte tono pedagógico para promover una nueva cultura habitacional. La revista y otras iniciativas, como el festival anual del trabajo, estaban impregnadas de un discurso progresista, pero las reivindicaciones reales de la clase obrera no eran una prioridad en un barrio donde esta representaba solo el 15% de la población[672]. El comité estaba integrado por miembros del SPD y del KPD, e incluso por anarquistas. Los diferentes enfoques pronto condujeron a conflictos internos. Los críticos de izquierdas dentro de la organización lanzaron una publicación alternativa, *Die andere Wohngemeinschaft* [La otra comunidad residencial], que utilizaron para exponer el abismo existente entre la retórica y la práctica de los programas de vivienda social. Poco después, la GEHAG dejó de reconocer al comité como interlocutor legítimo. Los miembros del SPD pasaron a integrar el equipo que editaba *Einfa,* un boletín genérico para todas las colonias de la GEHAG con un tono apolítico, más cercano a las perspectivas de la cultura de masas y alejado de los conflictos locales. A partir de entonces, la empresa abandonó el diálogo con los comités de vecinos[673].

La reafirmación de los comunes de la centralidad

En junio de 1931, un comité de inquilinos del barrio proletario de Brunnenplatz advirtió de la inminencia de casi ochenta desahucios en su pensión. Si los que se veían expulsados y obligados a vivir en la calle seguían el dramático camino de otros desdichados residentes de Wedding, la ola de suicidios provocada por la crisis podía alcanzar proporciones trágicas. «Nuestros muertos les acusan», afirmaba el panfleto[674]. El grito de protesta del comité captaba el amargo odio hacia las élites y el Estado. Tiempos más duros llegarían de hecho un año más tarde, en un momento en que los periódicos de clase obrera denunciaban la «epidemia de suicidios» que asolaba la ciudad tras el colapso económico, con más de diez casos al día en algunos distritos[675]. Las víctimas solían dirigir sus protestas y notas de suicidio a las autoridades estatales o, incluso, se quitaban la vida en las

oficinas de empleo[676]. El fracaso de las instituciones del Estado del bienestar era especialmente grotesco en una ciudad gobernada durante más de una década por coaliciones de centro-izquierda que presumían de sus programas sociales y su promoción de una vida sana y feliz para las clases trabajadoras. En aquella época, alrededor de 120.000 berlineses vivían en cabañas informales en huertos periurbanos —un nuevo territorio de comunización—[677]. Después de 1929, la crisis asestó el golpe definitivo a la política de reproducción social de la República de Weimar.

También puso de manifiesto las limitaciones del proyecto de una nueva centralidad, al menos en el corto plazo. A pesar de la penetración de la agenda urbanística en zonas estratégicas de la ciudad y de la erosión de las tradiciones del *Kiez* bajo la influencia de la acción estatal y de los mercados inmobiliarios y las culturas de masas emergentes, los entornos populares conservaron un papel fundamental en la definición de las prácticas cotidianas de la clase obrera, sus redes de apoyo mutuo y sus identidades durante la República. La reestructuración metropolitana había hecho que ciertos grupos de población se volvieran más móviles; si podían permitírselo, algunos segmentos de las generaciones más jóvenes participaban en las oportunidades de ocio del centro de la ciudad, y los nuevos hogares de clase media se sentían cada vez más atraídos por las urbanizaciones periféricas. Pero la mayoría de las comunidades obreras permanecieron en distritos que, aunque miserables, conservaban infraestructuras autosuficientes que permitían una experiencia urbana policéntrica. De hecho, la crisis reforzó la autonomía de estas zonas. El colapso de los programas de *welfare* la dotó de una urgencia y una ferocidad que amenazaba con una subversión extrema del esquema de centralidad buscado por el ayuntamiento, subordinando los centros terciarios y las nuevas periferias al dictado de los barrios proletarios y cortando los vínculos de la ciudad con los mercados globales de capital. Los trabajadores denunciaban que el proyecto del «nuevo Berlín» les había ignorado. Durante el breve periodo de prosperidad entre 1925 y 1929, el gasto público se concentró en crear un centro urbano más atractivo para consumidores, turistas e inversores, y en producir periferias para la clase media. Mientras tanto, los populosos distritos del norte y el este sufrieron procesos de desinversión, fuga de actividades y empleos, el aumento de la precariedad laboral y de los alquileres, una mayor estigmatización y marginación de sus prácticas y la falta de estrategias para mejorar las condiciones habitacionales.

El año 1929 fue un punto de inflexión que intensificó estos

procesos coincidiendo con las elecciones municipales. Gustav Böß publicó su programático *Berlin von Heute* y Martin Wagner lanzó *Das neue Berlin* para mostrar los logros de la coalición social-liberal y guiar los próximos retos de la ciudad; la oficina municipal de urbanismo presentó las propuestas preliminares de un *Generalsiedlungsplan* [plan integral de asentamiento], pronto abandonado, y el esquema para ampliar el sistema de parques. Pero en primavera los disturbios del *Blutmai* (Mayo sangriento) sacudieron la ciudad. Miles de personas procedentes de Wedding y Neukölln bajaron a las zonas céntricas en torno a Scheunenviertel y Alexanderplatz para protestar por la prohibición de las manifestaciones del Primero de Mayo, desencadenando el enfrentamiento político más violento desde la revolución. Más tarde, en noviembre, el KPD se acercó al SPD en las elecciones locales, ganando tanto en distritos semiperiféricos, como Friedrichshain o Wedding, como en el núcleo tradicional de Mitte.

La resistencia se hizo más intensa con la crisis, y las culturas de barrio se radicalizaron con un virulento lenguaje callejero de acción directa que reafirmaba la centralidad política de las capas populares, su papel en el funcionamiento cotidiano de la metrópoli y sus capacidades para perturbarlo. El frente rojo de las comunidades obreras finalmente se rebeló contra la *Weltstadt,* forjando amplias redes de solidaridad que traspasaban las divisiones entre núcleo y extrarradios y engendrando nuevas y violentas territorialidades que se convertirían en un aspecto crucial del declive de la República de Weimar[678]. El auge del extremismo político fue en parte consecuencia de la fallida aspiración social-liberal de engendrar una clase media más amplia y cosmopolita, pero sería un error deducir que la aspiración de crear una nueva centralidad y nuevas periferias había llegado a su fin. Este régimen emergente había empezado a cobrar impulso antes de la guerra y sobreviviría a la crisis. Los años veinte fueron un punto de inflexión determinante en esta trayectoria. Una alianza política realmente progresista en Berlín podría haber contenido o reorientado esa tendencia, utilizando las fuerzas del Estado y la planificación para liberar espacios para la proliferación de prácticas, infraestructuras y redes comunales. En lugar de ello, como hemos visto, el ayuntamiento optó por ignorar las aspiraciones de emancipación de la clase obrera, fragmentando las alianzas populares y desplazando a las poblaciones más vulnerables. Buena parte de las agendas, proyectos y modelos ideados durante este periodo se continuaron con un enfoque diferente durante el Tercer Reich y después de la Segunda Guerra Mundial. Pero los años finales de la República de Weimar mostraron que, al menos en ese momento, la

hegemonía de esta nueva concepción polarizada de las jerarquías y estructuras metropolitanas seguía siendo precaria y podía revertirse. En ese sentido, la interpretación que el KPD hizo de la geografía de la lucha de clases apuntaba a un modelo alternativo, apoyado en dinámicas de base en los espacios de centralidad proletaria en peligro. Esta estrategia fue pronto emulada por el NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), que trató de establecer sus propias plataformas en territorios semiperiféricos. Pero la repolitización de los entornos populares a menudo rebasó la capacidad de las estructuras partidistas para controlar estos procesos. Los sucesos del *Blutmai,* por ejemplo, mostraron la iniciativa y la habilidad de los trabajadores para defender sus barrios, enfrentarse a la brutal represión policial y organizar la lucha a nivel local, a pesar de la oposición del SPD y la indecisión del KPD[679]. En los años siguientes, el crecimiento de los partidos extremistas en los barrios obreros tuvo que convivir con la autonomía de sus organizaciones vecinales y células callejeras, con conflictos y acciones cotidianas que escapaban a su dirección. Las mujeres y los hombres con empleos precarios o en paro desempeñaron un papel fundamental en la consolidación de nuevas formas de control territorial sobre sus entornos.

Las luchas comunitarias durante la crisis solían girar en torno a dinámicas de reproducción social. Las acciones contra los desahucios y las manifestaciones de protesta por los precios de los alquileres o la falta de mantenimiento adecuado de los edificios fueron generalizadas. En ocasiones, las huelgas de inquilinos desencadenaron redes de solidaridad que podían abarcar toda la ciudad, y muchas consiguieron resultados inmediatos, incluyendo la reducción de los alquileres[680]. Algunas de las acciones más potentes tuvieron lugar en espacios centrales especialmente sensibles de Mitte, como Scheunenviertel y los alrededores de Molkenmarkt y Krögel. En 1932, coincidiendo con el informe sobre las condiciones habitacionales del centro histórico patrocinado por el City-Ausschuss, los residentes del Stadtvogtei de Molkenmarkt —una antigua prisión reutilizada como alojamiento de emergencia— protestaron por las pésimas condiciones del recinto. Su acción desencadenó una huelga de inquilinos respaldada por al menos tres mil hogares[681]. Unos meses más tarde, los habitantes del *Mietskaserne* más infame se unieron a la huelga. El titular que abría la noticia en *Die Rote Fahne* era dramático: «No queremos morir en Meyers-Hof»[682].



Figura 22. «Primero la comida, luego el alquiler», 1932. Situado en Kopenickerstrasse en la frontera entre Mitte y Kreuzberg, este fue uno de los múltiples inmuebles que se declararon en huelga de alquiler en los últimos años de la República de Weimar. Las banderas comunistas y nazis que cuelgan de las ventanas dan una idea de la tensión cotidiana en estos barrios. Fuente: Bundesarchiv/Wikimedia Commons.

Los alimentos y otras necesidades cotidianas básicas fueron otro terreno para las luchas de reproducción. Se hicieron habituales las amenazas, los asaltos organizados y el pillaje espontáneo contra tenderos que no cooperaban y se negaban a donar alimentos para los desempleados o que mantenían los precios altos. Una vez más, las mujeres desempeñaron un papel clave en los ataques. Los servicios y

equipamientos públicos también fueron objeto de acciones colectivas, como la ocupación de hospitales o las huelgas escolares en protesta por los recortes en educación, los planes de estudio burgueses o religiosos y el castigo físico en las aulas[683]. El Estado respondió aumentando drásticamente las fuerzas policiales en los barrios obreros durante la depresión. Wedding y Neükolln, por ejemplo, fueron etiquetados oficialmente como «distritos peligrosos» tras las protestas del *Blutmai,* convirtiéndose *de facto* en espacios de excepción donde «reunirse en grupos de más de dos personas, permanecer en patios o entradas de vehículos» e, incluso, «abrir ventanas y circular en bicicleta» estaban prohibidos en determinadas condiciones[684].

Las prácticas representacionales constituyeron un ámbito de lucha menos obvio, pero también crucial, en respuesta a los intentos estatales de imponer una hegemonía cultural en torno al imaginario de la *Weltstadt.* El KPD trató de reanimar las culturas subalternas existentes, fomentando el despliegue de nuevas formas de expresión colectiva como campos privilegiados de subjetivación política[685]. Estas hacían hincapié en la realidad y el potencial de los barrios semiautónomos, y en la prioridad de los conflictos locales frente a la imagen conciliadora y consensual de una metrópoli globalizada. El KPD y más tarde el NSDAP se hicieron más presentes en las tabernas, clubes y teatros de barrio, aprovechando los vacíos dejados por el SPD en los ámbitos populares del ocio de la clase obrera. Al mismo tiempo, surgió una oleada de expresiones culturales que retrataban al barrio como un agente colectivo, presentando a la calle, y no al individuo, como verdadera protagonista de una nueva narrativa social. Novelas como *Barrikaden am Wedding* (Klaus Neukrantz, 1931) y *Kämpfende Jugend* (Walter Schönstedt, 1932), películas como *Mutter Krausens Fahrt ins Glück* (Phil Jutzi, 1929) y *Kuhle Wampe* (Slatan Dudow, 1932) o cortometrajes documentales que mostraban las terribles condiciones de las viviendas constituían una respuesta militante a la *flânerie* apolítica de los productos de la cultura de masas.

Nummer 7 — 3. Beilage **Die Rote Fahne** Sonntag, 8. Januar 1933

Wir wollen im Meyerhof nicht verrecken

Heinrich Zille: „Mit einer Wohnung kann man einen Menschen genau so töten, wie mit einer Axt!"

Für 30 Personen ein Klosett.

Hier ist Mieterstreik · Wir fordern 25% Mietssenkung

Streikbrecher Hütet! Euch.

FIGURA 23. «No queremos morir en el Meyers-Hof», portada de *Die Rote Fahne,* órgano central del Partido Comunista de Alemania, que cubría la huelga de alquileres en curso en toda la ciudad, pocos días antes del nombramiento de Hitler como canciller de Alemania. Reimpreso de *Die Rote Fahne,* 8 de enero de 1933.

Algunas de estas intervenciones fueron financiadas por el KPD o agencias afines, incluido el imperio mediático de Willi Münzenberg. Münzenberg también fue el padre intelectual de *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* y *Der Arbeiter-Fotograf,* dos revistas ilustradas con sede en Berlín de gran tirada nacional, que utilizaban material de fotógrafos obreros, profesionales y aficionados para mostrar el mundo de los proletarios a través de sus propios ojos, centrándose especialmente en las reivindicaciones y luchas vecinales cotidianas[686]. Los comunistas también estaban detrás del fenómeno de la prensa callejera, un movimiento de periódicos rudimentarios y panfletos de barrio producidos en pequeños talleres locales. Concebido como un

instrumento para la pedagogía política y la organización de células callejeras siguiendo las líneas del partido, el movimiento pronto desarrolló un enfoque independiente, a menudo en contra de los criterios de la cúpula del KPD, centrándose en los problemas cotidianos y atacando abiertamente a los «villanos» del barrio, desde caseros y tenderos abusones hasta oponentes políticos y policías que vivían en la zona. Estas formas de medios de comunicación populares se convirtieron en otro elemento en el refuerzo de los comunes de la centralidad. Constituían, a fin de cuentas, recursos importantes no solo para organizar las luchas locales, sino también para dar a los trabajadores la oportunidad de hablar con su propia voz, y ofrecían un relato alternativo y autónomo de la vida urbana, alejado del conformismo de la prensa convencional y de la abstracción del discurso oficial de la izquierda[687].

En ocasiones estas luchas prefiguraban la posibilidad de desviaciones y reapropiaciones momentáneas de la ciudad planificada, pero la urgencia de la crisis confirió a estas formas de resistencia un carácter fragmentario. Frente a la creciente influencia estatal y técnica sobre los imaginarios urbanos, la perspectiva de una planificación radical más coherente y duradera, basada en ideas de justicia social o en prácticas de comunización, parecía lejana. Dividido entre la crítica de las políticas municipales y el aplazamiento de las respuestas urbanísticas a una etapa postrevolucionaria, el KPD fue incapaz de articular una idea de urbanización alternativa. La ambivalencia entre la crítica realista y la escatología revolucionaria también definió el trabajo del Colectivo para la Arquitectura Socialista (KfSB), un grupo de diseñadores, estudiantes y trabajadores de la construcción creado en 1931 para «desarrollar una ciencia marxista de la arquitectura», promover la autoformación entre los «técnicos rojos» e «influir en sectores amplios del público»[688]. El KfSB, un grupo nacido en la Escuela Marxista para Trabajadores —una de las iniciativas culturales y educativas del KPD—, pronto creció hasta contar con unos 120 miembros en Berlín[689]. Estaba dirigido por Arthur Korn, miembro del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), y apuntaba hacia soluciones modernistas poco realistas y de dudosa utilidad para los trabajadores berlineses. Sin embargo, el grupo también organizó actividades radicales de *agitprop* en barrios obreros utilizando métodos rudimentarios de prensa callejera. La muestra más importante fue la Exposición de Construcción Proletaria, organizada en junio de 1931 en un taller abandonado en Kreuzberg. La exposición presentaba las condiciones de las viviendas de los trabajadores, desmontaba el mito progresista en torno a las políticas residenciales municipales y

sindicales e identificaba a todos los partidos institucionales, excepto al KPD, como «instrumentos de las clases capitalistas» en lo referente a la producción del espacio[690]. La exposición también reclamaba un urbanismo que acabara con las formas de desarrollo desigual y la segregación de clases inherentes a la distribución polarizada de la centralidad perseguida por el ayuntamiento. Este nuevo enfoque urbanístico debía asumir «la tarea histórica de superar el contraste entre lo más alto y lo más bajo, entre la cúspide de la ciudad y las masas», es decir, la aglomeración de «edificios de prestigio y culto» en el centro urbano y el «alojamiento de las multitudes» en la periferia[691].

La acción de Kreuzberg era una respuesta a la Exposición Alemana de la Construcción, una gran feria internacional celebrada simultáneamente en el recinto ferial municipal al otro lado de la ciudad. El lugar de celebración —cercano al nuevo centro de ocio de la Reichskanzlerplatz y a los enclaves de clase alta de Westend y Grunewald— no podía ser más ajeno al entorno de la acción del KfSB. Martin Wagner y Hans Poelzig habían preparado un proyecto para un nuevo centro público de exposiciones y ocio en 1928; la iniciativa fue abandonada durante la crisis, por lo que la feria de la construcción se expuso en locales provisionales. Se presentaron los últimos logros municipales junto con el proyecto de renovación del sur de la Altstadt[692]. Werner Hegemann, la autoridad del momento en la crítica a la ciudad de los *Mietskasernen,* consideró el evento una oportunidad para difundir la visión de nuevos regímenes de centralidad y comunidad a un público amplio[693]. El KfSB, sin embargo, la calificó de «mera feria comercial al servicio de la racionalización de la industria de la construcción», que promovía «una mayor explotación, salarios más bajos y un aumento del desempleo entre el proletariado»[694]. En ese momento, sin embargo, la crisis y los problemas internos estaban desintegrando el proyecto de un nuevo Berlín. Böß había dejado la alcaldía recientemente por un escándalo de corrupción. Wagner abandonó el SPD un mes antes de la inauguración de la exposición y permaneció en el cargo con una actividad marginal hasta que lo expulsaron los nazis. Afectadas por los recortes presupuestarios y la ausencia de inversiones extranjeras, sus iniciativas se paralizaron. La renovación de la Alexanderplatz, en particular, simbolizó la caída de *das neue Berlin,* del mismo modo que había encarnado su ascenso unos años antes. En 1932, una oleada de protestas y paros culminó en una enorme huelga salvaje contra el principal promotor, la BVG. Casi en bancarrota por sus fallidos negocios inmobiliarios, la empresa había llegado a un acuerdo con el

sindicato socialdemócrata para introducir recortes salariales adicionales[695]. La huelga, secundada por unos veinte mil trabajadores de la BVG, se extendió por toda la ciudad[696]. Tanto el centro como las periferias volvieron a paralizarse durante cuatro días, coincidiendo con las últimas elecciones al Reichstag verdaderamente libres. Esa semana, el KPD ganó las elecciones en Berlín por primera vez y mejoró su resultado global en todo el país. Pero no fue suficiente. Los nazis perdieron dos millones de votos, pero ganaron las elecciones generales. Poco después, consumando la reacción contra el ascenso de la izquierda radical, Hindenburg nombró a Hitler canciller de Alemania.

Las luchas por la centralidad amplificaron y reescalaron los problemas analizados en el capítulo anterior más allá de los barrios populares, diseminando el conflicto social por toda la metrópoli. Las clases trabajadoras aprovecharon atributos de la gran aglomeración industrial como la densidad, la simultaneidad, la complejidad y la diferencia para forjar formas subalternas de centralidad que les ayudaron a satisfacer sus necesidades básicas y a reproducir sus comunidades como sujetos antagonistas. Al hacerlo, dotaron a determinadas configuraciones funcionales y espaciales de potencial político. Además de la capacidad de controlar su entorno cotidiano, las capas populares desarrollaron relaciones funcionales y sociales y habilidades organizativas que rearticulaban las estructuras metropolitanas en circulaciones de poder alternativas, conectando las zonas desfavorecidas del centro y la periferia para contrarrestar las jerarquías urbanas y políticas dominantes. La centralidad subalterna operaba como una infraestructura espacial de autonomía colectiva: es decir, como un común. Estas dinámicas, y los esfuerzos de los urbanistas por reconducirlas, influenciaron profundamente el proceso urbanizador en las principales ciudades de Europa y Norteamérica durante buena parte del siglo XX. La experiencia de Berlín en la década de 1920 ilustra de forma particularmente clara, pero problemática, esta tensión. En lugar de respaldar estas formaciones de centralidad popular —como cabría esperar, dado el liderazgo de la socialdemocracia durante este periodo—, el ayuntamiento adoptó estrategias de renovación y expansión urbana que desplazaron y desempoderaron a los estratos más vulnerables de la población. La crisis y las políticas del Tercer Reich retrasaron y desfiguraron este proyecto, por lo que su efecto inmediato fue limitado, pero el Berlín de la República de Weimar podría considerarse un ensayo del régimen de urbanización fordista-keynesiano que se avecinaba. La promoción de estructuras urbanas y sociales polarizadas y la fetichización de la

centralidad como una condición puramente funcional, restringida a los núcleos de ocio y servicios, prefiguraron las dinámicas de diferenciación, segregación y desterritorialización típicas de la remodelación de centros urbanos y los programas de vivienda periférica y suburbana habituales tras la Segunda Guerra Mundial, en Alemania y fuera de ella. En este proceso, la geografía de la reproducción social se vio radicalmente alterada. Los núcleos metropolitanos se convirtieron en espacios arquetípicos de consumo dirigido, mientras el potencial comunal de las clases trabajadoras languidecía en el desierto social y político de periferias instantáneas, privadas de vida. Pero, aquí, en los páramos del urbanismo moderno, resurgirían nuevas formas de comunización para desafiar una vez más a la urbanización capitalista en una inesperada oleada de deseo y creatividad colectivos.

---

476 Aunque puede asimilarse a la noción contemporánea de «ciudad global», adoptamos aquí esta traducción del término *Weltstadt* —literalmente, «ciudad-mundo»— para evitar caer en un anacronismo.

477 Extractos de «Die Vorstadt» («Los márgenes de la ciudad»), pieza de 1911 del poeta expresionista Georg Heym, incluida en la colección *Der ewige Tag* (Leipzig: Rowohlt, 1911).

478 Albert Südekum, *Großstädtisches Wohnungselend* (Berlín: Seemann, 1908), 9.

479 Bruno Taut, «Via London-Paris-New York-Neu-Berlin», *Das neue Berlin,* n.º 2 (1929): 25-30, 28.

480 Véanse por ejemplo Georg Stein, «Das neue Berlin», *Der WeltSpiegel,* 3 de febrero de 1929, 4-5; Mario von Bucovich, *Berlin* (Berlín: Albertus, 1928); Sasha Stone, *Berlin in Bildern* (Viena: Epstein, 1929); Laszlo Willinger, *100× Berlin* (Berlín: Verlag der Reihe, 1929); Franz Hessel, *Spazieren in Berlin,* en *Sämtliche Werke. Bd. 3, Städte und Porträts* (1929; repr., Hamburgo: Igel, 2013), 137-138 [*Paseos por Berlín* (Madrid: Errata naturae, 2015)]; Friedrich Leyden, *Groß-Berlin: Geographie der Weltstadt* (Breslau: Hirt, 1933), 170, 173, 182. Véanse también películas como *Der Letzte Mann* (Friedrich W. Murnau, 1924), *Unter der Laterne* (Gerhard Lamprecht, 1928) o el documental *Die Stadt von Morgen* (Maximilian von Goldbeck y Erich Kotzer, 1930).

481 Adolf Rading, «Die Typenbildung und ihre städtebaulichen Folgerungen», en *Probleme des Bauens,* ed. Fritz Block (Potsdam: Müller & Kiepenheuer, 1928), 55-86, 73.

482 Heinrich Zille, nota autobiográfica en *Das Graphische Jahr* (Berlín: Gurlitt, 1922), s.p.

483 Ernst Kaeber, «The Metropolis as Home» (1926), en *Metropolis Berlin: 1880-1940,* ed. Iain Boyd Whyte y David Frisby (Berkeley: University of California Press, 2012), 337-340, 338.

484 Henri Lefebvre, *La production de l'espace,* 3.ª ed. (París: Anthropos, 1986), 381-385 [*La producción del espacio* (Madrid: Capitán Swing, 2013)]; *La survie du capitalisme* (París: Anthropos, 1973), 19. Véase también Christian Schmid, *Henri Lefebvre and the Theory of the Production of Space* (Londres: Verso, 2022), 214-218, 222-223, 225-228, 234-241, 246-248; Łukasz Stanek, *Henri Lefebvre on Space: Architecture, Urban Research, and the Production of Theory* (Mineápolis: University of Minnesota Press, 2011), 156-157, 192-194, 197-201.

485 Henri Lefebvre, *The Right to the City,* en *Writings on Cities,* ed. Eleonor Kofman y Elizabeth Lebas (Oxford: Blackwell, 1996), 179 [*El derecho a la ciudad* (Madrid: Capitán Swing, 2017)]; *La révolution urbaine* (París: Anthropos, 1970), 174 [*La revolución urbana* (Madrid: Alianza Editorial, 2022)].

486 Lefebvre, *Révolution urbaine,* 179; Lefebvre, *Survie du capitalisme,* 117-118.

487 Lefebvre, *Survie du capitalisme,* 22-23.

488 Lefebvre, *Révolution urbaine,* 167.

489 Karl Scheffler, «Berlin: A City Transformed» (1931), en Whyte y Frisby, *Metropolis Berlin,* 392-397, 395-396.

490 Harald Bodenschatz, *Platz frei für das neue Berlin! Geschichte der Stadterneuerung in der «grössten Mietskasernenstadt der Welt» seit 1871* (Berlín: Transit, 1987), 20.

491 Franz Hessel, *Spazieren in Berlin,* 12. Véase también Richard Huelsenbeck, «Berlin… Endstation», en *Hier schreibt Berlin. Eine Anthologie von Heute,* ed. Herbert Günther (1929; repr., Berlín: Ullstein, 1989), 321-326, 325.

492 Hugo Häring y Martin Wagner, «Der Platz der Republik», *Das neue Berlin,* n.º 4 (1929): 69-72, 70.

493 Sabine Hake, *Topographies of Class: Modern Architecture and Mass Society in Weimar Berlin* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2008), 10, 147.

494 Walter Curt Behrendt, «Berlin wird Weltstadt: Metropole im Herzen Europas», *Das neue Berlin,* n.º 5 (1929): 98-101, 98.

495 Para una visión militante del periodo, véase el clásico de Karl Heinz Roth, *Die andere Arbeiterbewegung* (Múnich: Trikont-Verlag, 1974), 55-100 [*El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2011)].

496 Sobre la historia del SPD durante la República de Weimar, véase Heinrich Potthoff y Susanne Miller (eds.), *Kleine Geschichte der SPD: 1848-2002* (Bonn: Dietz, 2002), 83-126.

497 Puede encontrarse una descripción general de las políticas sociales durante la República de Weimar en David F. Crew, *Germans on Welfare: From Weimar to Hitler* (Oxford: Oxford University Press, 1998); Ludwig Preller, *Sozialpolitik in der Weimarer Republik* (Düsseldorf: Droste, 1978); Eckart Reidegeld, *Staatliche Sozialpolitik in Deutschland: Sozialpolitik in Demokratie und Diktatur, 1919-1945* (Wiesbaden: Verlag für Sozialwissenschaften, 2006). Para un análisis de las políticas de vivienda, véase Wolfgang Hofmann y Gerd Kühn (eds.), *Wohnungspolitik und Städtebau, 1900-1930* (Berlín: Technische Universität Berlin, 1993); Gert Kähler (ed.), *Geschichte des*

Wohnens, Bd. 4, *1918-1945: Reform, Reaktion, Zerstörung* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 2000).

498 Jürgen Kuczynski, *Darstellung der Lage der Arbeiter in Deutschland von 1917-18 bis 1932-33* (Berlín: Akademie-Verlag, 1966), 202-208.

499 John Casparis y Giovanni Arrighi, «Labor Unrest in Germany, 1906-90», *Review of the Fernand Braudel Center* 18 (1995): 137-151.

500 Gustav Böß, *Berlin von Heute: Stadtverwaltung und Wirtschaft* (Berlín: Gsellius, 1929), 125.

501 Böß, *Berlin von Heute,* 51.

502 Martin Wagner, «Freiflächenpolitik», prólogo en Walter Koeppen, *Die Freiflächen der Stadtgemeinde Berlin* (Berlín: Amt für Stadtplanung der Stadt Berlin, 1929), 3-6, 4.

503 Hendryk De Man, *Der Kampf um die Arbeitsfreude* (Jena: Diederichs, 1927); Paul Osthold, *Der Kampf um die Seele unseres Arbeiters* (Düsseldorf: Industrie-Verlag u. Druckerei, 1929).

504 Götz Briefs, «Rationalisierung der Arbeit», en Industrie-und Handelskammer zu Berlin (ed.), *Die Bedeutung der Rationalisierung für das deutsche Wirtschaftsleben* (Berlín: Stilke, 1928), 32-53, 50.

505 Durante la República de Weimar, el gasto en políticas sociales se quintuplicó y la inversión pública en vivienda se multiplicó por más de treinta; véase Hagen Schulze, *Weimar: Deutschland, 1917-1933* (Berlín: Severin & Siedler, 1982), 66; David Abraham, «Conflicts within German Industry and the Collapse of the Weimar Republic», *Past and Present* 88 (1980): 88-128.

506 Martin Wagner, «Die Reichsausstellungsstadt Berlin», *Das neue Berlin,* n.º 1 (1929): 7-17, 7; Bodenschatz, *Platz frei,* 55.

507 Böß, *Berlin von Heute,* 12.

508 Siegfried Kracauer, *The Salaried Masses: Duty and Distraction in Weimar Germany* (Londres: Verso, 1998), 92-93 [*Los empleados: un aspecto de la Alemania más reciente* (Barcelona: Gedisa, 2008)].

509 Puede encontrarse una descripción general de las condiciones de vida y la geografía de los distritos de clase obrera en Südekum, *Großstädtisches Wohnungselend;* Horant Fassbinder e Ingrid Krau, *Berliner Arbeiterviertel: 1800-1918* (Berlín: Verlag für das Studium der Arbeiterbewegung, 1975); Johann Friedrich Geist y Klaus Kürvers, *Das Berliner Mietshaus, 1862-1945* (Múnich: Prestel, 1984).

510 Werner Sombart, *Das Proletariat: Bilder und Studien* (Fráncfort: Rütten & Loening, 1906), 29-30.

511 Klaus Neukrantz, *Barricades in Berlin* (Londres: Lawrence, 1932), 15. Véase también Traut Hajdu, «Meyershof-Eine Stadt in der Stadt», *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* 8, n.º 19 (1929): 5; «Hier-in der “roten Gasse”—wohnt die Bauarbeitfamilie Fournes», *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* 11, n.º 48 (1931): 964-965; «Eine Mietskaserne im Aufruhr», *Die Rote Fahne,* Berlín, 11 de agosto de 1932.

512 Theodor Goecke, «Das Berliner Arbeiter-Mietshaus», *Deutsche Bauzeitung* 24, n.º 83 (1890): 501-502, 508-510, 522-523, 501; Karl Scheffler, *Die Architektur der Großstadt* (Berlín: Cassirer, 1913), 29; Walter Petry, «Ackerstraße 132 Meyers-Hof», *Das neue Berlin,* n.º 10 (1929): 199-200, 200.

513 Jan Jansen, *Berlin Prenzlauer Berg: Alltag und Geschichte 1920-1970* (Erfurt: Sutton, 2000); Verein Stiftung Scheunenviertel (ed.), *Das Scheunenviertel: Spuren eines verlorenen Berlins* (Berlín: Haude & Spener, 1994).

514 Wenzel Holek, «Deutsche Settlements», *Nachrichten aus der Sozialen Arbeitsgemeinschaft* 8 (1916): 224-228, 227-228. Se puede encontrar una etnografía temprana de la taberna politizada en Albert Weidner, *Aus den Tiefen der Berliner Arbeiterbewegung* (Berlín: Seemann, 1905), 9-18.

515 Karl Kautsky, «Der Alkoholismus und seine Bekämpfung», *Die neue Zeit* 9 (1891): 1-8, 46-55, 77-89, 105-116, 107.

516 «Berlin Riots», *London Standard,* 29 de septiembre de 1910, 7.

517 Neukrantz, *Barricades in Berlin,* 27.

518 Hanno Hochmuth y Johanna Niedbalski, «Kiezvergnügen in der Metropole. Zur sozialen Topographie des Vergnügens im Berliner Osten», en *Die tausend Freuden der Metropole: Vergnügungskultur um 1900,* ed. Tobias Becker, Anna Littmann y Johanna Niedbalski (Bielefeld: Transcript, 2011), 105-136.

519 Leyden, *Groß-Berlin,* 146-147.

520 Geist y Kürvers, *Das Berliner Mietshaus, 284-310;* Jansen, *Berlin Prenzlauer Berg,* 88-89.

521 Petry, «Ackerstraße 132», 199; véase también Hajdu, «Meyershof»; Geist y Kürvers, *Das Berliner Mietshaus,* que proporciona una historia completa del edificio.

522 Los siguientes hechos están tomados de testimonios orales de la infancia en la década de 1920, en Jansen, *Berlin Prenzlauer Berg.*

523 Walter Benjamin, *Berliner Chronik,* en *Gesammelte Schriften,* Bd. 6 (Fráncfort: Suhrkamp, 1991), 465-519, 503 [*Crónica de Berlín,* en *Obras completas,* libro VI (Madrid: Abada editores, 2017): 619-684]; «Ein Jakobiner von heute», en *Gesammelte Schriften,* Bd. 3 (Fráncfort: Suhrkamp, 1991), 260-265, 265.

524 Thomas Lindenberger, *Strassenpolitik: Zur Sozialgeschichte der öffentlichen Ordnung in Berlin, 1900-1914* (Bonn: Dietz, 1995), 241-243.

525 Alexander Vasudevan, *Metropolitan Preoccupations: The Spatial Politics of Squatting in Berlin* (Chichester, RU: Wiley Blackwell, 2015), 33-40.

526 Pamela E. Swett, *Neighbors and Enemies: The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 25-26.

527 Moritz Goldstein, «Die Großstadt der kleinen Leute», *Vossische Zeitung,* 21 de septiembre de 1930.

528 Ferdinand Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft* (Leipzig: Fues, 1887).

529 Helmuth Plessner, *Grenzen der Gemeinschaft: Eine Kritik des sozialen Radikalismus* (1924), en *Gesammelte Schriften, Bd. 5: Macht und menschliche Natur* (Fráncfort: Suhrkamp, 1981), 26.

530 Helmut Lethen, *Cool Conduct: The Culture of Distance in Weimar Germany* (Berkeley: University of California Press, 2002).

531 Citado en Moritz Föllmer, *Individuality and Modernity in Berlin: Self and Society from Weimar to the Wall* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013), 76.

532 Martin Mächler, «Das Siedelungsproblem», *Sozialistische Monatshefte* 27, n.º 4 (1921): 182-187, 186.

533 Ludwig Hilberseimer, «Vom städtebaulichen Problem der Großstadt», *Sozialistische Monatshefte* 29, n.º 6 (1923): 352-357, 352, 354.

534 Wagner, «Reichsausstellungsstadt», 7.

535 Scheffler, *Die Architektur der Großstadt,* 9.

536 *Ibidem,* 4, 13-14.

537 Karl Scheffler, «Berlin in 50 Jahren: Perspektiven einer Weltstadt», *Uhu* 2, n.º 6 (junio de 1926): 48-56, 56.

538 Kaeber, «Metropolis as Home», 338.

539 *Ibidem,* 339-340.

540 *Ibidem,* 339.

541 Ludovica Scarpa, *Martin Wagner e Berlino: casa e città nella Repubblica di Weimar, 1918-1933* (Roma: Officina, 1983); Klaus Homann, Martin Kieren y Ludovica Scarpa (eds.), *Martin Wagner, 1885-1957: Wohnungsbau und Weltstadtplanung. Die Rationalisierung des Glücks* (Berlín: Akademie der Künste, 1985); Ilse Balg (ed.), *Martin Mächler: Weltstadt Berlin* (Berlín: Galerie Wannsee, 1986).

542 «Ein City-Ausschuß für Berlin», *Zentralblatt der Bauverwaltung* 46 (20 de enero de 1926): 35.

543 Martin Mächler, «Weltwirtschaft und Weltstadt: Eine wirtschafts-und baupolitische Frage des abendländischen Kulturkreises», *Deutsche Bauzeitung* 66, n.º 17 (1932): 321-322.

544 Mächler, «Weltwirtschaft», 322. Mächler entendió la planificación urbana *(Städtebau)* como «parte de una tarea global más amplia» de organización espacial que debía extenderse a la planificación estatal *(Staatenbau)* y la planificación mundial *(Weltbau)*. Véase Martin Mächler, *Demodynamik I* (Berlín: Hobbing, 1933), 3; «Siedelungsproblem», 185.

545 Mächler, «Siedelungsproblem».

546 Martin Mächler, «Die Grossiedlung [sic] und ihre weltpolitische Bedeutung» (1918), en Balg, *Martin Mächler,* 51-74, 73.

547 Martin Mächler, «Denkschrift betreffend eine Ergänzung des Gesetzentwurfes zur

Bildung eines Stadtkreises Groß-Berlin», *Der Städtebau* 17, n.º 1/2 (1920): 3-12; «Ein Detail aus dem Bebauungsplan Gross-Berlin», *Der Städtebau* 17, n.º 5/6 (1920): 54-56.

548 Mächler, «Grossiedlung», 73.

549 Wagner, «Reichsausstellungsstadt», 8.

550 Mächler, «Grossiedlung», 74.

551 Martin Wagner, «Das neue Berlin—Weltstadt Berlin», *Das neue Berlin,* n.º 1 (1929): 4-5, 4.

552 Wagner, «Das neue Berlin», 5.

553 *Ibidem,* 5.

554 Martin Wagner, «Das Berliner Wohnungsproblem», *Das neue Berlin,* n.º 2 (1929): 50-57, 54.

555 Wagner, «Das neue Berlin», 4, 5; «Reichsausstellungsstadt», 7.

556 Behrendt, «Berlin wird Weltstadt», 98.

557 Martin Wagner, «Das Formproblem eines Weltstadtplatzes», *Das neue Berlin,* n.º 2 (1929): 33-38, 33-34.

558 Tomo este término prestado de la descripción de los desarrollos masivos de vivienda del Movimiento Moderno que Henri Lefebvre hizo en *La production de l'espace,* 365.

559 Bodenschatz, *Platz frei,* 12, 17-21, 38-43; véase también Harald Bodenschatz, Hans-Joachim Engstfeld y Carsten Seifert, *Berlin-Auf der Suche nach dem verlorenen Zentrum* (Hamburgo: Junius-Verlag, 1995).

560 Leyden, *Groß-Berlin,* 153-157.

561 Scheffler, «Berlin: A City Transformed», 395-396; Böß, *Berlin von Heute,* 115.

562 Karl-Heinz Metzger y Ulrich Dunker (eds.), *Der Kurfürstendamm: Leben und Mythos des Boulevards in 100 Jahren deutscher Geschichte* (Berlín: Konopka, 1986).

563 Martin Mächler, «Programm des Berliner City-Ausschusses» (1932), en Balg, *Martin Mächler,* 169-171, 170.

564 Böß, *Berlin von Heute,* 118.

565 *Ibidem,* 119-120.

566 Fassbinder y Krau, *Berliner Arbeiterviertel,* 61-62, 106.

567 Bodenschatz, *Platz frei,* 35-37.

568 Véase Martin Wagner, Werner Hegemann y Heinrich Mendelssohn, «Soll Berlin Wolkenkratzer bauen?», *Wasmuths Monatshefte für Baukunst* 12 (1928): 286-289. Este fue el trasfondo de las icónicas propuestas en altura de Mies van der Rohe en Friedrichstrasse (1921) y Cornelis van Eesteren en Unter den Linden (1925).

569 Ludwig Hilberseimer, «Vorschlag zur City-Bebauung», *Die Form* 23-24 (1930): 608-611, 608.

570 Wagner, «Das neue Berlin», 5; Richard Anderson, «An End to Speculation», en Ludwig Hilberseimer, *Metropolisarchitecture and Selected Essays,* ed. Richard Anderson (Nueva York: GSAPP Books, 2012), 15-81, 77-78.

571 Así presentaba la ciudad una asociación comercial local en la edición internacional de un importante diario; Egon Zeitlin, «Die Kaufstadt Berlin-Das Schaufenster Deutschlands!», *Monats-Ausgabe des Berliner Tageblatt,* junio de 1929, 3-4.

572 Janet Ward, *Weimar Surfaces: Urban Visual Culture in 1920s Germany* (Berkeley: University of California Press, 2001), 214-215.

573 Max Osborn, «Stadt und Warenhaus, ein Beitrag zur boden-und baugeschichtlichen Entwicklung», en *Probleme des Warenhauses,* ed. *Verband deutscher Warenund Kaufhäuser* (Berlín: Verband deutscher Warenund Kaufhäuser, 1928), 123-131.

574 Ward, *Weimar Surfaces,* 214.

575 Scarpa, *Martin Wagner,* 110.

576 «Führer durch die Berliner Bautätigkeit nach dem Kriege», *Das neue Berlin,* n.º 8 (1929): 160-161.

577 Véase por ejemplo el informe dedicado a la inauguración del gran almacén de Karstadt en «Wahren-Haus Perspektiven», *Der WeltSpiegel,* 7 de julio de 1929, 2-3.

578 Walter Benjamin, «Berliner Spielzeugwanderung I», en *Gesammelte Schriften* Bd. 7.I (Fráncfort: Suhrkamp, 1991), 98-105, 104. Seguramente Benjamin introduce aquí una alusión implícita a los habitantes de los barrios obreros del este *(Osten)* de la ciudad en un juego de palabras con el término «conejos de Pascua» *(Osterhasen)*.

579 Cyril Reade, *Mendelssohn to Mendelsohn: Visual Case Studies of Jewish Life in Berlin* (Berna: Peter Lang, 2007), 198-200.

580 «Das neue Kabarett der Komiker: Architektur und Stadtbild», *Berliner Tageblatt,* 21 de septiembre de 1928, 2-3; «Neue Berliner Perspektiven», *Der WeltSpiegel,* 12 de mayo de 1929, 2.

581 «Brandung der Weltstadt», *Der WeltSpiegel,* 20 de enero de 1929, 6.

582 «Berlin von Morgen 1930», *Der WeltSpiegel,* 29 de diciembre de 1929, 5.

583 Heinrich Mendelsohn [sic], «Die Stadt am Alexanderplatz», *Das neue Berlin,* n.º 5 (1929): 102-104.

584 Un complejo de servicios y ocio similar, el Europahaus, estaba en construcción en la zona occidental de Friedrichstadt.

585 «Mitteilungen des Deutschen Werkbundes», *Die Form* 5, n.º 7 (1930): s.p.

586 Ward, *Weimar Surfaces,* 102; Neukrantz, *Barricades in Berlin,* 11, 15.

587 Balg, *Martin Mächler,* 171.

588 Ward, *Weimar Surfaces,* 134-135, 182.

589 *Das neue Berlin,* n.º 8 (1929); Wagner, «Das Formproblem», 37.

590 *Polizeiverordnung über die Regelung des Verkehrs und die Aufrechterhaltung der Ordnung in den Straßen Berlins,* 15 de enero de 1929, 41; «Ein City-Ausschuß für Berlin», *Zentralblatt der Bauverwaltung.*

591 Molly Loberg, *The Struggle for the Streets of Berlin: Politics, Consumption, and Urban Space, 1914-1945* (Cambridge: Cambridge University Press, 2018), 96, 111, 129.

592 Uwe Fraunholz, *Motorphobia: Anti-automobiler Protest in Kaiserreich und Weimarer Republik* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2002), 62.

593 «In der Strassenbahn», *Das Leben,* marzo de 1930, 29.

594 Martin Wagner, *Städtebauliche Probleme in Amerikanischen Städten und ihre Rückwirkung auf den deutschen Städtebau* (Berlín: Deutsche Bauzeitung, 1929), 5.

595 Martin Wagner, «Verkehr und Tradition», *Das neue Berlin,* n.º 7 (1929): 129-130, 130.

596 Alexander Flinsch, carta en *Das neue Berlin,* n.º 7 (1929): 131.

597 Gustav Böß, «Willkommen in Berlin!», *Berliner Tageblatt—Monats Ausgabe,* junio de 1929.

598 Böß, *Berlin von Heute,* 119.

599 Scarpa, *Martin Wagner,* 103-104.

600 Martin Wagner, «Städtebauliche Probleme der Großstadt» (1929), en Homann, Kieren y Scarpa, *Martin Wagner,* 102-107, 105.

601 Wagner, «Städtebauliche Probleme der Großstadt», 104-106; «Das Formproblem».

602 Scarpa, *Martin Wagner,* 103-122.

603 Mendelsohn, «Die Stadt am Alexanderplatz», 102.

604 Véase una etnografía temprana de la zona en Hans Ostwald, *Dunkle Winkel in Berlin* (Berlín: Seemann, 1905), 37-41.

605 Eike Geisel, *Im Scheunenviertel: Bilder, Texte und Dokumente* (Berlín: Severin und Siedler, 1981); Verein Stiftung Scheunenviertel, *Das Scheunenviertel.*

606 Otto Schilling, *Innere Stadterweiterung* (Berlín: Der Zirkel, 1921), 240-261.

607 Bodenschatz, *Platz frei,* 47-52.

608 Leyden, *Groß-Berlin,* 183.

609 Mendelsohn, «Stadt am Alexanderplatz», 102.

610 Wagner, «Das Formproblem», 37.

611 *Ibidem*. Para el proyecto ganador, véase también Walter Riezler, «Die Bebauung des Alexanderplatzes», *Die Form* 4 (1929): 129-132.

612 Walter Benjamin, «Krisis des Romans: Zu Döblins Berlin Alexanderplatz» (1930), en *Gesammelte Schriften,* Bd. 3, 230-236, 233.

613 Karl Schröder, *Klasse im Kampf* (1932), citado en Hake, *Topographies of Class,* 229.

614 «Berlin von Morgen: Der Alexanderplatz aus Ganzmetall», *Der WeltSpiegel,* 3 de marzo de 1929, 2.

615 «Der neue Alexanderplatz», *Zeitbilder,* 2 de marzo de 1929, 2.

616 Lil Picard, «Alexanderplatz», *Das Leben,* septiembre de 1929, 41-45, 41.

617 Gernot Jochheim, *Der Berliner Alexanderplatz* (Berlín: Links, 2006), 132.

618 Scarpa, *Martin Wagner,* 122-127.

619 Bodenschatz, *Platz frei,* 44.

620 *Ibidem,* 45; Bodenschatz, Engstfeld y Seifert, *Berlin–Auf der Suche,* 84-89.

621 Susanne Gänshirt-Heinemann, *Der Krögel: Eine Gasse im alten Berlin* (Berlín: Haude & Spener, 2000), 61-74.

622 Bruno Schwan, *Die Wohnungsverhältnisse der Berliner Altstadt* (Berlín: Deutscher Verein für Wohnungsreform, 1932).

623 Véanse sus introducciones a los números especiales sobre renovación urbana en *Deutsche Bauzeitung:* Martin Mächler, «Arbeitsbeschaffung und Großstadtsanierung», *Deutsche Bauzeitung* 68, n.º 2 (1934): 21; «Großstadtproblem und Altstadtsanierung», *Deutsche Bauzeitung* 68, n.º 8 (1934): 137.

624 M. Sandow [Martin Wagner], «Die Sanierung der Berliner City», *Deutsche Bauzeitung* 68, n.º 8 (1934): 142-146, 146.

625 Adelheid von Saldern, «The Workers' Movement and Cultural Patterns on Urban Housing Estates and in Rural Settlements in Germany and Austria during the 1920s», *Social History* 15 (1990): 333-354, 354.

626 Böß, *Berlin von Heute,* 127.

627 Diario de las Siedlungen de la GEHAG, *Einfa* 2, n.º 10 (1931), citado en Von Saldern, «Workers' Movement», 346.

628 Taut, «Via London», 30.

629 Leyden, *Groß-Berlin,* 170, 182.

630 Deutsches Archiv für Siedlungswesen, *Die private Stadtrandsiedlung: Untersucht am Berliner Beispiel* (Berlín: Die Grundstücks-Warte, 1933); Sace Elder, *Murder Scenes: Normality, Deviance, and Criminal Violence in Weimar Berlin* (Ann Arbor, MI:

University of Michigan Press, 2010), 108-112.

631 Von Saldern, «Workers' Movement», 333, relaciona las aspiraciones del Neues Bauen con este intento de preservar el dominio cultural burgués.

632 «Ein City-Ausschuß für Berlin», *Zentralblatt der Bauverwaltung,* 35.

633 Böß, *Berlin von Heute,* 121.

634 Martin Wagner, «Das Berliner Wohnungsproblem», *Berliner Tageblatt,* 23 de julio de 1928.

635 *Bauordnung für die Stadt Berlin* de 9 de noviembre de 1929.

636 *Ibidem* §8.f.

637 Leyden, *Groß-Berlin,* 146, 158-159.

638 Las ratios derivan de la información incluida en Norbert Huse (ed.), *Vier Berliner Siedlungen der Weimarer Republik: Britz, Onkel Toms Hütte, Siemensstadt, Weisse Stadt* (Berlín: Argon, 1987), 201-205 [*Cuatro Siedlungen berlinesas de la República de Weimar* (Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos, 1992)]. Puede encontrarse una exploración de la vida cotidiana en Britz en «Leben in der Großsiedlung Britz–Eine brüchige Idylle», en *Das Ende der Idylle? Hufeisen-und Krugpfuhlsiedlung in Britz vor und nach 1933,* ed. Udo Gößwald y Barbara Hoffmann (Berlín: Museum Neukölln, 2014), 65-103.

639 Leyden, *Groß-Berlin,* anexo: Isochronen des Nahverkehrs.

640 Geist y Kürvers, *Das Berliner Mietshaus,* 284-310, 315, 388-389.

641 Frank Morgner, «Wohnungsnot und Wohnungselend», en Verein Stiftung Scheunenviertel, *Das Scheunenviertel,* 103-111, 105-106.

642 Hochmuth y Niedbalski, «Kiezvergnügen», 111.

643 Jansen, *Berlin Prenzlauer Berg,* 63, 88-89.

644 Adelheid von Saldern, *The Challenge of Modernity: German Social and Cultural Studies, 1890-1960* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2002), 115-163.

645 Michael Bienert, *Moderne Baukunst in Haselhorst: Geschichte, Bewohner und Sanierung der Reichsforschungssiedlung in Berlin-Spandau* (Berlín: Berlin Story, 2015).

646 Bienert, *Moderne Baukunst in Haselhorst,* 31.

647 Böß, *Berlin von Heute,* 124.

648 Ludovica Scarpa, «Typologie und juristisches Denken: Die Überwindung des Typus des Berliner Mietshauses durch die Tätigkeit der Wohnungsfürsorge Gesellschaft Berlin», *ARCH+* 85 (1986): 50-52; Adelheid von Saldern, «Gesellschaft und Lebensgestaltung: Sozialkulturelle Streiflichter», en Kähler, *Geschichte des Wohnens,* 45-179, 122.

649 Von Saldern, «Gesellschaft und Lebensgestaltung», 60-61.

650 *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung,* «Hier–in der 'roten Gasse'», 965.

651 Kollektiv für Sozialistisches Bauen, *Proletarische Bauausstellung* (1931) (Leipzig: Spector, 2015), 31. Véase un análisis contemporáneo del impuesto sobre la renta en Fritz Schmidthuysen, «Die Entwicklung der Wohnungsbauabgabe und des Geldentwertungsausgleichs bei bebauten Grundstücken (Hauszinssteuer) in Deutschland», *FinanzArchiv* 45, n.º 1 (1928): 162-255.

652 Böß, *Berlin von Heute,* 126.

653 Von Saldern, «Workers' Movement», 336.

654 Martin Wagner, «Wien-Berlin: Ein wohnpolitischer Vergleich», *Wohnungswirtschaft* 2, n.º 9 (1925): 69-71.

655 Martin Wagner, *Housing A 6. Site planning 1,* Martin Wagner Papers, folder 15, doc. 16, Special Collections, Frances Loeb Library, Harvard University, Cambridge, MA, s. f. [c. 1939], 9.

656 Anthony McElligott, «Workers' Culture and Workers' Politics on Weimar's New Housing Estates: A Response to Adelheid von Saldern», *Social History* 17 (1992): 101-113, 107.

657 Von Saldern, *Challenge of Modernity,* 109-110.

658 Mary Nolan, «"Housework Made Easy": The Taylorized Housewife in Weimar Germany's Rationalized Economy», *Feminist Studies* 16 (1990): 549-577; Mark Peach, «"Der Architekt Denkt, Die Hausfrau Lenkt": German Modern Architecture and the Modern Woman», *German Studies Review* 18 (1995): 441-463.

659 También se aconsejaba a las mujeres que se aseguraran de estar a la moda y parecer inteligentes para sus maridos, a pesar de sus agotadores horarios diarios; véase Adelheid von Saldern, «Workers' Movement», 349.

660 Bruno Taut, *Die neue Wohnung: Die Frau als Schöpferin,* 3.º ed. (Leipzig: Klinhardt & Biermann, 1925), 58, 86.

661 Citado en Von Saldern, «Gesellschaft und Lebensgestaltung», 61.

662 Adolf Behne, «Architekt und Mieter», *Sozialistische Monatshefte* 32, n.º 63 (1926): 767-768, 767; véase también su *Neues Wohnen—neues Bauen* (Leipzig: Hesse & Becker, 1927), 30.

663 Adolf Behne, «Dammerstock», *Die Form* 5, n.º 6 (1930): 163-166, 164.

664 Sutcliffe, *Towards the Planned City,* 41-42; Scarpa, *Martin Wagner,* 17-27.

665 Martin Wagner, *Die Sozialisierung der Baubetriebe* (Berlín: Heymann, 1919); «Gross-Siedlungen: Der Weg zur Rationalisierung des Wohnungsbaues», *Wohnungswirtschaft* 3, n.º 11/14 (1926): 81-114.

666 Scarpa, *Martin Wagner,* 27.

667 *Ibidem,* 25, 29, 48.

668 Jan Abt y Alexander Ruhe, *Das Neue Frankfurt: Der soziale Wohnungsbau in*

Frankfurt am Main und sein Architekt Ernst May (Weimar: Edition M, 2008), 99-102.

669 Vasudevan, *Metropolitan Preoccupations,* 39-40.

670 Ronald Kunze, «Mieterbeteiligung in der Weimarer Republik: Konzepte zur Mitbestimmung und Selbstverwaltung von Wohnraum», en *Sozial Wohnen: Kommunale Wohnungspolitik zwischen Eigentümer-und Mieterinteressen,* ed. Dirk Schubert (Darmstadt: Verlag für Wissenschaftliche Publikationen, 1991), 38-57.

671 Henning Holsten, «Neues Bauen–Neues Wohnen–Neue Feste», en *Die Vergnügungskultur der Großstadt: Orte–Inszenierungen–Netzwerke, 1880-1930,* ed. Paul Nolte (Colonia: Böhlau, 2015), 29-52, 36-37.

672 «Wer bewohnt die Gehag-Häuser?», *Wohnungswirtschaft* 5, n.º 9 (1928): 74; Holsten, «Neues Bauen». Véase una comparación con una celebración genuina de la clase obrera en los patios de Meyers-Hof, en Neudatschin y Joffe, «Ackerstraße 132/33 lädt zum Ball», *Der Weltspiegel,* 8 de septiembre de 1929.

673 Holsten, «Neues Bauen», 45-46; Von Saldern, «Workers' Movement», 345.

674 Folleto de la junta de residentes de una casa de huéspedes en Brunnenplatz, 3 de junio de 1931, citado en Moritz Föllmer, «Suicide and Crisis in Weimar Berlin», *Central European History* 42 (2009): 195-221, 204.

675 «Selbstmordepidemie in Berlin: Sieben Selbstmorde an einem Tage», *Die Welt am Abend,* 31 de marzo de 1932; «Selbstmordepidemie in der Stadt: Grauenhafte Zahlen klagen an», *Die Welt am Abend,* 30 de mayo de 1932.

676 Christian Goeschel, *Suicide in Nazi Germany* (Oxford: Oxford University Press, 2009), 22-23.

677 Martin Wagner y Adolf Behne, «Was wir nicht wollen», *Das neue Berlin,* n.º 1 (1929): 1; «Wir suchen eine Wohnung», *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* 8, n.º 5 (1929): 6; Florian Urban, «The Hut on the Garden Plot: Informal Architecture in Twentieth-Century Berlin», *Journal of the Society of Architectural Historians* 72 (2013): 221-249, 221; Crew, *Germans on Welfare,* 78, 158-159.

678 Eve Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933* (Cambridge: Cambridge University Press, 1983); Swett, *Neighbors and Enemies.*

679 Thomas Kurz, «*Blutmai*»: Sozialdemokraten und Kommunisten im Brennpunkt der Berliner Ereignisse von 1929 (Bonn: Dietz, 1988).

680 Uwe Rada, *Mietenreport: Alltag, Skandale und Widerstand* (Berlín: Links, 1991), 169-186.

681 Rada, *Mietenreport,* 175-177.

682 «Wir wollen im Meyerhof nicht verrecken», *Die Rote Fahne,* 8 de enero de 1933.

683 Swett, *Neighbors and Enemies,* 117, 195, 206-207.

684 *Ibidem,* 124.

685 Enzo Collotti, «Politica e cultura nella Repubblica di Weimar: la posizione dei

partiti operai», *Rivista di Storia Contemporanea* 10 (1981): 169-198.

686 «Großstadt Berlin», *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* 8, n.º 7 (1929): 8; Hajdu, «Meyershof»; «Ankunft in Berlin», *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* 9, n.º 24 (1930): 464-465. Véase también Hanno Hardt y Karen B. Ohrn, «The Eyes of the Proletariat: The Worker-Photography Movement in Weimar Germany», *Studies in Visual Communication* 7 (1981): 72-83.

687 Swett, *Neighbors and Enemies,* 218-222.

688 Kollektiv für Sozialistisches Bauen (KfSB), «Jahresbericht für das Jahr 1931», en KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 146-147, 146; KfSB, «Antrag: Arbeitsprogramm» (1931), en KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 148-153, 150.

689 KfSB, «Antrag: Arbeitsprogramm», 150; Arthur Korn, «Typescript», en KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 154-158, 156.

690 KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 34.

691 KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 40.

692 Bodenschatz, *Platz frei,* 45.

693 Werner Hegemann, «Berlin und die internationale Baukunst: Zur Berliner Bau-Ausstellung», *Der Querschnitt* 5 (1931): 301-304, 30.

694 KfSB, *Proletarische Bauausstellung,* 28.

695 Klaus Rainer Röhl, *Nähe zum Gegner: Kommunisten und Nationalsozialisten im Berliner BVG-Streik von 1932* (Fráncfort: Campus Verlag, 1994).

696 «Streikhetze geht weiter», *Vossische Zeitung,* 4 de noviembre de 1932, 1; Rosenhaft, *Beating the Fascists?,* 176.

4

LA CAPTURA DE LA CREATIVIDAD: MOVIMIENTOS SOCIALES Y PLANIFICACIÓN NEOLIBERAL EN MILÁN

> Cuestionamos la celebración de la creatividad del artista porque somos conscientes de que, en una concepción competitiva, incluso la creatividad, que es una práctica liberadora que debería socializarse, se convierte en símbolo de privilegio y en una representación de la individualidad burguesa. Aislada de este modo, la creatividad [...] refuerza la segregación de unos pocos elegidos con un papel creativo respecto a las masas destinadas a convertirse en meros espectadores.
>
> Collettivo Autonomo Pittori di Porta Ticinese, «Arte e società: Intervento»

> La creatividad no se puede organizar.
>
> Grafiti autonomista, c. 1975

Hasta ahora, hemos seguido la trayectoria del urbanismo y sus sucesivas transformaciones para enfrentarse a nuevos retos en la esfera de los comunes y la reproducción, en el contexto de procesos cíclicos de reestructuración capitalista y rondas expansivas de urbanización. En ese recorrido hemos visto cómo las estrategias y técnicas espaciales mutaron gradualmente para facilitar la captura y erosión de formas colectivas de autonomía cada vez más amplias. Desde los comunes materiales, como la tierra y los sistemas de aprovisionamiento de alimentos, hasta comunes relativos a la organización social, como la capacidad de convertir los encuentros y entornos urbanos en regímenes de uso del espacio público cohesivos y en centralidades antagónicas, determinados aspectos espaciales de la vida comunal fueron identificándose gradualmente como nuevas fronteras de acumulación y descolectivización en etapas de desarrollo sucesivas. Hemos visto que los esquemas de planificación concebidos para mediar en estas luchas no siempre fueron efectivos. Incluso si tuvieron éxito, a menudo fueron recibidos con una feroz resistencia, que a veces dio vida a nuevas formas de comunización. En este capítulo, por ejemplo, reconoceremos el resurgimiento de viejos conflictos y tácticas

bajo unas condiciones nuevas. Cuando los autonomistas italianos —los protagonistas de la primera parte de este último estudio de caso— establecieron «mercados rojos» y organizaron redadas masivas en supermercados y restaurantes, estaban reivindicando el derecho a disfrutar colectivamente de alimentos y otros productos básicos; cuando se echaron a las calles y ocuparon plazas y campus con manifestaciones, *happenings* colectivos y festivales, estaban haciendo valer su derecho a una interacción libre en el espacio público; cuando crearon círculos juveniles y centros sociales para protestar por la falta de servicios e instalaciones en las periferias, estaban ejerciendo su derecho a la centralidad.

Sin embargo, había algo más esquivo y fundamental en juego en las luchas exploradas en este capítulo. Las maniobras de los movimientos radicales de la década de 1970 y algunos aspectos importantes de los planteamientos de planificación neoliberales posteriores a la década de 1980 en Italia giran en gran medida en torno a una batalla por la propia creatividad colectiva, por la capacidad de las imaginaciones colaborativas para reinventar y poner en valor el espacio de la ciudad en un contexto de crisis económica, políticas de austeridad y obsolescencia urbana. Definen, por así decirlo, una lucha para movilizar la innovación de base y las energías cooperativas en torno a proyectos de comunización, por un lado, o proyectos de mercantilización, por el otro. Con esta experiencia llegamos al final de trayecto en nuestro relato, un choque aparentemente definitivo en el que la desposesión apunta no solo a lugares, habilidades y redes sociales concretos, sino también al motor y la sustancia misma del común: el trabajo creativo colectivo, los potenciales populares para la apropiación espacial y la capacidad de producir riqueza —social o económica— a partir de territorios baldíos. La noción de desposesión debe matizarse en esta experiencia; como veremos, los comunes y las dinámicas de autorreproducción se encuentran aquí en una posición muy diferente, más favorable, pero problemática, frente a las estrategias capitalistas. Los autonomistas italianos y los posteriores artífices de la regeneración urbana de base mostraron, mucho antes que las instituciones estatales y las élites económicas, una sofisticada conciencia de la centralidad de este dilema. La creatividad colectiva era crucial no solo para sostener la vida de la ciudad en general, sino también, de forma dramática, para su propia supervivencia *y* la del capitalismo. Tal como sugieren varios autores, desde la década de 1970 el capitalismo vuelve a depender cada vez más de la captura de riqueza producida fuera de las lógicas del mercado, liberando nuevas rondas de acumulación primitiva y parasitando los mundos comunales

para subsistir[697]. El potencial innovador de la urbanización y la planificación capitalistas también está en entredicho, pero no lo está menos la propia capacidad colectiva de preservar los comunes como espacios de antagonismo radical.

En capítulos anteriores hemos visto que la construcción de comunes se sustenta en la capacidad de organizar colectivamente el espacio como momento de autovalorización y autorreproducción. A medida que nuestro viaje se acerca a su fin, la experiencia italiana constituye un clímax en el que, tras los ataques a los aspectos materiales y relacionales de las formaciones comunales, se libra una batalla por su propio sustrato inmaterial: la creatividad y la subjetividad colectivas; los recursos para generar valores de uso compartidos en territorios concretos; la energía para animar espacios de encuentro, liberación y solidaridad frente al declive urbano. Según el librero, escritor y activista Primo Moroni, los movimientos sociales de la década de 1960 y 1970 desplegaron una lucha por el «derecho a lugares de autogestión de la propia inteligencia, de la propia cultura y [...] de la propia vida»[698]. Esta creatividad radical se expresó por primera vez en repertorios de acción industrial al margen de los sindicatos en la década de 1960, cuando los trabajadores no cualificados y los migrantes reimaginaron el espacio de la fábrica para resistirse a la reestructuración productiva. Enfrentados a la colonización en curso de la vida social por parte de las fuerzas del mercado y del Estado, estos movimientos salieron de la factoría, se mezclaron con otras formas de activismo y produjeron una formidable urbanización del conflicto de clases, centrándose en aspectos estratégicos de la esfera reproductiva: la vivienda, la alimentación y las necesidades básicas, la salud, la educación, la cultura, el ocio o la socialidad y las capacidades de base para la organización colectiva. «Autonomía» —el esquivo término utilizado para designar este conjunto heterogéneo de movimientos— reimaginó la creatividad como un común para recuperar el control directo sobre los barrios, las fábricas y la propia vida colectiva. Pero los autonomistas no limitaban su potencial a la revitalización de lugares obsoletos como valores de uso. Para algunos de ellos, al menos, «la creatividad [también] implicaba [la] lucha armada» para garantizar el control de las zonas obreras y convertir la propia urbanización en algo amenazador[699]. La constitución de nuevas subjetividades y espacialidades alcanzó su punto álgido con la disrupción masiva de ciudades enteras causada por el Movimiento de 1977 —una fuerza desbocada que sintetizó y trascendió el activismo de las generaciones previas— y se derrumbó con la subsiguiente represión y el llamado «repliegue *(riflusso)* a la vida privada», un

periodo de desintegración de las iniciativas colectivas, aislamiento y despolitización[700]. Pero el potencial de regeneración urbana inherente a Autonomía apuntaba a una respuesta diferente y, de hecho, se convirtió en una oportunidad cuando los capitalistas y los ayuntamientos se propusieron «recuperar» zonas y grupos de población moribundos una vez restablecido el orden.

Este capítulo, por tanto, se centra en el papel de la creatividad en las luchas de valorización espacial que rodean a los procesos de regeneración urbana y reestructuración económica. Utilizaremos Italia —en particular, Milán, entre principios de la década de 1960 y la de 2010— para explorar cómo los grupos autonomistas, primero, y después una combinación de urbanismos tácticos y corporativos movilizaron distintas articulaciones de la intersección entre creatividad y espacio como catalizadores del cambio urbano. En Milán, la explosión de los movimientos sociales en las décadas de 1960 y 1970 estuvo seguida de un intenso proceso de transformación neoliberal que ha convertido a la ciudad en un laboratorio de desregulación, privatización y fundamentalismo de mercado. Milán es el área metropolitana más desigual de Italia y una de las más polarizadas económicamente de Europa, a pesar de su riqueza[701]. Los planteamientos de gobernanza urbana desde la década de 1980 han adoptado una estrategia dual, facilitando tanto la erosión de potenciales antagonistas como la cooptación de las capacidades de valorización aún latentes en determinados sujetos, redes y espacios sociales tras la represión de los setenta. En este contexto, una formación emergente de lo que podría denominarse planificación *difusa* está trascendiendo los enfoques regulatorios tradicionales para infiltrarse en el tejido social y captar parte de su energía creativa. Los urbanismos de base se vieron obligados primero a asumir una lógica empresarial por las limitaciones estructurales en un contexto de crisis económica y austeridad en la década de 1980, y luego fueron absorbidos por nuevos enfoques de planificación flexible que resignificaban muchas de las características de la creación de lugares de Autonomía. Esta forma emergente de planificación es el resultado de las sinergias entre múltiples estrategias de regeneración de base crecientemente supervisadas por agentes estatales y corporativos. En este contexto, la planificación se convierte en una dinámica integral polivalente y descentralizada, basada en redes de agencia espacial a diferentes escalas, que incorpora innovadores esquemas sociales, funcionales y de diseño más allá de las técnicas tradicionales para beneficiarse de las iniciativas comunales.

La creatividad, el conocimiento, la identidad, la participación y la

diferencia fueron elementos centrales tanto del *strano movimento* de la década de 1970 como de los enfoques de política urbana en las décadas posteriores. Reflexionando sobre este dilema, el filósofo Paolo Virno ha descrito el neoliberalismo italiano como un «1977 invertido», una «contrarrevolución» que «comenzó a finales de la década de 1970 y continúa hasta el día de hoy»[702]. La contrarrevolución, dice Virno, supone no solo «una represión violenta», sino una «revolución a la inversa» que «fabrica activamente su propio "nuevo orden"» utilizando «los mismos presupuestos y las mismas tendencias (económicas, sociales y culturales) que la revolución habría podido acometer; ocupa y coloniza el territorio del adversario; da respuestas diferentes a las *mismas* preguntas»[703]. Siguiendo la hipótesis de Virno, podríamos hablar de un urbanismo contrarrevolucionario para designar un enfoque de gobernanza que, más allá del reajuste de la iniciativa estatal y de los programas de *welfare,* convierte prácticas de comunización en su día desplegadas para resistir la crisis del fordismo-keynesianismo en un elemento integral de nuevas estrategias de urbanización capitalista.

Al invocar los comunes de la creatividad, este capítulo también sugiere una genealogía alternativa frente a las ideologías actuales que conciben la creatividad como una «industria» y un motor fundamental de las economías urbanas contemporáneas[704]. ¿Cuál es la relación de la creatividad con la ciudad o la urbanización en general? La creatividad autonomista fue, como sugiere la cita que abre este capítulo, escrita por un colectivo artístico radical, una práctica socializada y liberadora, un intento de movilizar la imaginación popular contra la industrialización de la vida y la descolectivización de lo urbano[705]. Proporcionó una plataforma para apropiarse del territorio mediante un trabajo cooperativo orientado hacia la producción de valores de uso compartidos, la solidaridad, la libertad y el placer común. Bajo el neoliberalismo, sin embargo, la creatividad se ha replanteado como un juego de suma cero, un medio para trazar nuevas fronteras entre unos pocos grupos productivos selectos y una masa de consumidores pasivos. En un contexto de creciente fragmentación espacial, polarización y competencia, la creatividad se ha convertido en la fuente definitiva de valor de cambio, un privilegio de lugares exclusivos que alimenta nuevas rondas de segregación y desigualdad. Comprender este cambio es crucial para idear formas de trascender nuestra actual condición urbana.

El auge de Autonomía

Los procesos de reestructuración espacial y descomunización explorados en los capítulos anteriores eran parte de los «dolores del parto» de nuevos regímenes emergentes de acumulación y regulación. Como país de desarrollo tardío, Italia experimentó este tránsito dos veces en el lapso de tres décadas. Tras la Segunda Guerra Mundial, el país entró en un régimen que pronto sería sustituido por nuevos arreglos sociales, espaciales y de gobernanza, prefigurando los actuales órdenes económico-políticos y urbanos en el Norte Global. Entre las décadas de 1950 y 1970 Italia experimentó una intensa transformación económica[706]. También en este caso fue el resultado de un proyecto de reescalamiento promovido por las élites económicas nacionales para aprovechar una coyuntura geopolítica favorable. Sin embargo, a diferencia de los episodios discutidos anteriormente, en esta ocasión el esquema estaba determinado en gran medida por hegemonías extranjeras. El Plan Marshall y la posterior integración en el Mercado Común Europeo otorgaron a Italia un papel importante, aunque subordinado, en la división internacional del trabajo. Los centros industriales del norte se beneficiaron de una combinación de alta productividad y bajos costes laborales gracias al éxodo masivo de mano de obra barata del Mezzogiorno[707]. Pero el llamado «milagro económico» se vio pronto interrumpido por una crisis mundial de sobreacumulación que iba a cambiar la faz del capitalismo.

El Estado se enfrentó a retos sin precedentes durante este breve periodo de expansión y la posterior recesión, sobre todo en grandes ciudades industriales como Milán, Turín y Génova, pero también en Roma y en regiones urbanas emergentes como el Véneto o Emilia-Romaña. Entre principios de la década de 1960 y finales de la de 1970 estos territorios se vieron desgarrados por amargos conflictos con el nacimiento y declive del llamado «obrero-masa» y la explosión y crisis de áreas metropolitanas que transformaron la experiencia cotidiana y nutrieron una nueva composición de clase. La clase trabajadora y otros estratos populares y marginales vivían en condiciones de hacinamiento bajo amenaza de desahucio en núcleos urbanos cada vez más terciarizados o eran desplazados a periferias residenciales semidesiertas, un vástago bastardo del modelo habitacional explorado en el capítulo anterior[708]. Durante la década de 1960, la creación de estructuras de *welfare* fue lenta, con escasos avances en términos de reforma urbana y de vivienda. En el mejor de los casos, la planificación perseguía una mera racionalización de las externalidades del crecimiento industrial. Gran parte del desarrollo urbano, sin embargo, se produjo en mercados informales sin control estatal[709]. Como sugiere Marcello Tari, en estas condiciones las ciudades

italianas se convirtieron en «megafábrica[s] sobre la[s] que se abat[ía] una tormenta de fuego sin precedentes»[710]. Midiendo la intensidad del descontento popular, un importante periódico militante leyó la agenda de la izquierda radical como un crudo enfrentamiento de «los trabajadores contra la metrópoli»[711]. En realidad, las espacialidades de los sujetos políticos emergentes eran más sutiles y complejas. Los obreros-masa y una incipiente constelación de colectivos que incluía a amas de casa y jóvenes desempleados de las periferias metropolitanas, estudiantes, trabajadores intelectuales, artistas precarios e, incluso, grupos terroristas identificaron el territorio y la reproducción comunitaria como momentos fundamentales de luchas que desafiaban temporalmente las geografías del capital italiano.

En la década de 1960, al principio del periodo bajo escrutinio, el espacio público y los barrios emergieron como *hinterlands* de conflictos que seguían girando principalmente en torno a la fábrica. En 1973, la ocupación de la planta de Fiat Mirafiori en Turín, la más grande del país, supuso un punto culminante y simbólico. Ese año, en el inicio de una nueva etapa de reestructuración industrial que transformaría la geografía del capitalismo en todo el mundo, el Partido Comunista Italiano (PCI) y los sindicatos abrazaron una incipiente ideología de austeridad[712]. Autonomía prosperó en este contexto como una mutación de las organizaciones de clase trabajadora más allá de sus típicas instituciones fordistas y de las identidades y espacialidades derivadas de ellas. Celebrando la «expresión de todas las diversidades» como esencia del movimiento, los autonomistas veían su heterogeneidad y sus contradicciones como la principal «fuerza motriz» del cambio revolucionario[713]. Durante la represión judicial de finales de la década de 1970, uno de los perplejos fiscales que los investigaba definió a los colectivos autónomos como un «mosaico de diferentes fragmentos, una galería de imágenes superpuestas, de círculos y colectivos»[714]. Pero esta multiplicidad proteica descansaba en una agenda compartida de reivindicaciones más allá de los objetivos sindicales tradicionales, que incluía «la educación, la vivienda, el coste de la vida; las relaciones entre sexos y entre generaciones; los problemas de la información y los regímenes de asistencia sanitaria; la administración y la concepción de la justicia; las formas de vivir y estar juntos, de ocio y uso del tiempo libre, el propio sentido que se da a la vida»[715].

La puesta en práctica de esta amplia agenda giró en gran medida en torno a un recurso simple: el trabajo creativo colectivo, extendido por toda la ciudad. La creatividad de Autonomía se definió como una «alegría pensativa» destinada a movilizar la urbanización para la

satisfacción de un amplio abanico de demandas populares[716]. El movimiento reclamaba el «derecho a decidir cómo se gestiona la ciudad» y preveía la «liberación de zonas territoriales metropolitanas» y la «transformación de los guetos urbanos en centros de arquitectura lúdica» para forjar un comunismo de base[717]. El intrincado carácter de los colectivos autonomistas ha impulsado el uso de metáforas espaciales y topológicas para describirlos: «área», «archipiélago», «espacio de agregación», «autonomía difusa»[718]. En realidad, el espacio, la ciudad y el territorio eran rasgos distintivos de la praxis y la teorización autonomistas más allá de estos tropos[719]. El movimiento era en parte el resultado de una nueva aproximación de base a la problemática de la urbanización capitalista. Algunos grupos, por ejemplo, tomaron conciencia de la necesidad de dar respuestas territoriales específicas a los diversos arreglos y maniobras espaciales movilizados por el capital en sus nuevas estrategias de reestructuración en la década de 1970, lo que aportó visiones cruciales que siguen siendo útiles hoy en día.

En primer lugar, el *decentramento* —la deslocalización de fábricas fuera de las aglomeraciones industriales tradicionales— y la especialización flexible transformaron la geografía de la manufactura, y el auge de las pequeñas empresas y la subcontratación se vincularon con la fragmentación y precarización de la mano de obra. Italia fue pionera en la sustitución del paradigma productivo y territorial fordista de la ciudad-fábrica por lo que los académicos y activistas radicales denominaron *fabbrica diffusa* (fábrica difusa) y *città-regione* (ciudad-región), la base espacial de lo que más tarde se denominaría «acumulación flexible»[720]. Los autonomistas interpretaron estos procesos como una «fluidificación del ciclo metropolitano» a través de una urbanización de extensos *hinterlands* regionales impulsada por la industria[721]. En segundo lugar, la creciente terciarización y gentrificación de los núcleos históricos otorgó a los poderes financieros e inmobiliarios un papel destacado en la construcción de la ciudad que, ya en 1975, se interpretó como una forma de «revanchismo *(revanscismo)* de los rentistas»[722]. En tercer lugar, la transformación del propio territorio en una maquinaria productiva con la colonización de todos los ámbitos de la sociedad por una lógica de valorización capitalista convirtió al trabajador en un sujeto explotado no solo en la fábrica, sino también en la esfera de la reproducción, movilizando para tal fin «toda la organización funcional urbana»[723]. En resumen, los activistas e intelectuales radicales sugirieron que ciertos segmentos del capital estaban desarrollando nuevas prácticas espaciales para hacer frente al declive de la aglomeración fordista y

del «Estado planificador» keynesiano. Aunque todavía fragmentadas, estas estrategias emergentes delineaban los contornos de una nueva forma de planificación para un tiempo de crisis[724]. Lo urbano trascendía lo industrial como marco para la lucha. Por una alquimia peculiar, toda la metrópoli se convertía en un espacio de producción ampliado. En consecuencia, los autonomistas defendieron que el «territorio» mismo debía convertirse en una «arena clave para la reproducción del antagonismo social»[725].

Espacios de autonomía: la urbanización del conflicto social

Las proteicas geografías de Autonomía son difíciles de sistematizar porque estaban constituidas no solo por mosaicos organizativos heterogéneos específicos de cada metrópoli, sino también por superposiciones de entidades políticas fluidas a diferentes escalas de resistencia[726]. En esta sección ofrezco una breve reconstrucción de los vínculos entre las formas organizativas y espaciales del movimiento y su capacidad para producir urbanismos creativos insurgentes. Ya en la década de 1960 había indicios de una incipiente urbanización del conflicto de clases en tres esferas: los disturbios industriales, las protestas estudiantiles y las luchas por la vivienda. En primer lugar, un nuevo tipo de trabajador no cualificado resultante de la creciente automatización de la producción —el obrero-masa, a menudo un inmigrante del Mezzogiorno— perturbó las formas tradicionales de agitación social con acciones que ya no se centraban solo en la fábrica. Este patrón era ya evidente en la revuelta de la Piazza Statuto de Turín en julio de 1962, cuando los trabajadores mantuvieron un enfrentamiento de tres días con la policía para tomar una plaza central en la confluencia de varias avenidas importantes en el borde del centro histórico[727]. La ocupación mostró una incipiente capacidad popular para apoderarse del espacio público más allá de la manifestación ocasional. Siete años después, el *autunno caldo* se abrió con la batalla de Corso Traiano en julio de 1969, otro episodio de la lucha urbana en Turín. En el contexto de una huelga regional contra la subida de alquileres, una concentración independiente a los sindicatos en la planta Mirafiori de Fiat derivó en enfrentamientos a lo largo de toda la jornada. La prensa habló de tácticas de «guerrilla urbana»: los agitadores «atacaban, escapaban y reaparecían en otro lugar»[728]. Cuando la policía cargaba, la multitud se dispersaba por los barrios aledaños de Lingotto y Mirafiori Sud, construidos en su mayor parte después de la Segunda Guerra Mundial con bloques lineales y perimetrales. El abundante espacio abierto hacía de estos barrios un

escenario difícil para la confrontación, pero los vecinos se unieron a las protestas, bloquearon las calles y escondieron a los manifestantes en solidaridad con ellos[729]. De este modo, las luchas fuera del control sindical demostraban no solo su capacidad para apoderarse de enclaves céntricos de la ciudad como Piazza Statuto, sino también para desarrollar estrechos vínculos con las periferias obreras. Los conflictos en el lugar de trabajo también evolucionaron con nuevas formas de «espontaneidad estructurada», desarrollando una innovadora gramática espacial dentro de la fábrica[730]. Los principales instigadores de estos nuevos repertorios fueron los *comitati unitari di base* (CUB, comités unitarios de base), organismos independientes con una importante presencia de trabajadores no cualificados y vínculos con colectivos vecinales y estudiantiles fuera de la fábrica. Milán, donde se creó el primer CUB en 1968 en la planta de Pirelli en Bicocca, tenía la mayor concentración de este tipo de comités[731].

En segundo lugar, la agitación estudiantil fue otro elemento de la difusión del conflicto social en la metrópoli[732]. En una época en que los estudios superiores se hicieron accesibles a segmentos más amplios de la población, una nueva generación de estudiantes radicalizados desarrolló una conciencia crítica de los vínculos de la universidad con las estructuras de poder. Università Negativa, un colectivo con sede en el Instituto de Ciencias Sociales de Trento, mantuvo uno de los planteamientos más incisivos. En 1967, el colectivo publicó un manifiesto en el que interpretaba la formación académica existente como «el instrumento más avanzado que la clase dominante ha creado para […] producir y reproducir su dominación» y «apropiarse de cualquier potencial con capacidad para generar una transformación cualitativa del sistema»[733]. El colectivo se presentaba como un vehículo para sentar «las bases de un trabajo político, creativo, antagonista y alternativo» en las universidades públicas. El principal autor del manifiesto, Renato Curcio, pronto se trasladaría a Milán para colaborar con el CUB Pirelli y crear el Collettivo Politico Metropolitano y, más tarde, las Brigate Rosse. Al igual que los trabajadores, los estudiantes desarrollaron una territorialidad expansiva, incluyendo la oleada de ocupaciones de institutos y universidades de 1967 y principios de 1968, enfrentamientos con la policía en los campus y la toma de espacios urbanos fuera de ellos. Una de las acciones más interesantes en Milán fue la okupación de un hotel abandonado en la Piazza Fontana en noviembre de 1968[734]. Situado a pocos metros del Duomo, los okupas definieron la rebautizada Casa dello Studente e del Lavoratore como «un puñal en el corazón de la ciudad capitalista»[735]. La acción denunciaba las

condiciones de alojamiento de los estudiantes y trabajadores inmigrantes, pero también la terciarización del núcleo urbano prevista en el Plan General de 1953. De hecho, el colectivo leía la planificación como una estrategia de racionalización que, trasladando las formas de compartimentación espacial de la fábrica al conjunto de la ciudad, segregaba el núcleo histórico como un «centro de dirección política, administrativa y cultural»[736].

El tercer precedente de lucha urbana fue el movimiento por la vivienda. Durante este periodo desempeñó un papel fundamentalmente defensivo pero poderoso en la resistencia contra la subida de los alquileres y los desahucios. Solo en Milán, cerca del 40% de los hogares que residían en viviendas de protección oficial se unieron a huelgas de alquiler entre 1968 y 1970[737]. En algunas ciudades, los ayuntamientos se vieron obligados a crear *consigli di zona* (consejos de distrito), un mecanismo de descentralización administrativa diseñado para integrar y regular la contestación popular mediante esquemas participativos formales e institucionales[738]. Implantados por primera vez por el gobierno comunista de Bolonia e imitados posteriormente en las principales ciudades italianas, estos consejos de distrito fueron criticados en la década de 1970 por su limitada concepción democrática, que anticipaba posteriores intentos de manipular la participación para legitimar la acción estatal[739].

Territorios rojos

A principios de la década de 1970, la urbanización del conflicto de clases cobró impulso a medida que los movimientos industriales, estudiantiles y de lucha por la vivienda se fueron integrando más estrechamente, combinando acciones a ambos lados de la divisoria entre producción y reproducción. El papel de la metrópoli en la «socialización» de las luchas se convirtió en objeto de teorización constante, no solo en los círculos académicos, sino también entre los activistas que, en muchos sentidos, estaban por delante de la investigación convencional[740]. Se desarrollaron nuevos conceptos y constelaciones organizativas en un intento de repensar el territorio desde la perspectiva de la vida cotidiana y los proyectos militantes. Estos esfuerzos se nutrieron de los debates en curso entre las feministas de izquierda, que ponían el énfasis en los vínculos entre las esferas de la producción y la reproducción y en la necesidad de concebir esta última como un campo estratégico de lucha en el ámbito del hogar, la comunidad, el barrio y la ciudad en general. Los

manifiestos de Rivolta Femminile y Lotta Femminista, por ejemplo, incorporaban ambiciosos programas para subvertir los equipamientos y servicios públicos urbanos, incluyendo comedores colectivos, la socialización de las tareas domésticas y acciones en los ámbitos de la movilidad, la atención sanitaria, la educación y la asistencia a las personas mayores[741].

Los grupos de la izquierda radical tendían a subsumir esta problemática y la cuestión urbana en general bajo su propia agenda política. El Colletivo Politico Metropolitano fue un ejemplo temprano y significativo. Creado en Milán a finales de 1969 por miembros de Università Negativa y el CUB Pirelli, pronto se convertiría en el embrión de las Brigate Rosse[742]. Pero antes de centrarse en la lucha armada, el colectivo participó en acciones en fábricas y en importantes okupaciones de viviendas en el barrio de Gallaratese y en Via MacMahon. En su manifiesto fundacional, «Lotta sociale e organizzazione nella metropoli» (Lucha social y organización en la metrópoli), el colectivo reflexionaba sobre la condición «esencialmente urbana» de la lucha social en el capitalismo tardío. Las ciudades se habían convertido en el «centro organizador de la explotación económico-política». Eran «el punto más débil del sistema» porque en ellas se concentraban sus «contradicciones más agudas». Haciéndose eco de Lenin, el manifiesto subrayaba que el «proceso revolucionario metropolitano» tenía que basarse en una «teoría revolucionaria de la metrópoli»[743].

Lotta Continua, uno de los principales grupos extraparlamentarios del país, siguió un enfoque similar. Desde finales de 1970 presentaron las acciones y los textos sobre el «trabajo de barrio» y la «organización territorial» bajo el lema «Prendiamoci la città» (Tomemos la ciudad)[744]. La reapropiación urbana se describía como una lucha contra el desplazamiento y la segregación, el momento espacial de un esfuerzo más amplio de «reapropiación de la propia identidad de clase»[745]. La batalla por el territorio era un medio para superar las limitaciones de los métodos sindicales tradicionales y contrarrestar los intentos capitalistas de neutralizar los logros materiales del *autunno caldo* fuera de la fábrica mediante la inflación y otros mecanismos de gestión de la crisis. Estas maniobras se interpretaron como una reacción capitalista en la esfera de la reproducción social; la respuesta, en consecuencia, debía articular un «programa coherente para una vida social emancipada»[746]. La formación de «bases rojas» comunales *(basi rosse)* garantizaría un «*hinterland* político y organizativo» y una plataforma para la posterior lucha armada[747]. Con este fin, el grupo promovió los llamados «comités políticos de barrio» *(comitati politici di*

quartiere); eran ambiciosos en sus objetivos iniciales, pero solo desarrollaron vínculos sólidos con el territorio en unos pocos casos, al menos en Milán[748]. Lotta Continua tuvo mucho más éxito en intervenciones breves concebidas para atraer la creatividad colectiva y la capacidad de autogestión en torno a necesidades prácticas. Iniciativas *ad hoc* como los denominados «ambulatorios rojos» o los mercados proletarios con precios «políticos» organizados por primera vez en Pisa y los alrededores del Véneto fueron pronto imitadas por colectivos independientes en todo el país[749].

En este contexto, el PCI y los sindicatos se vieron impelidos a desarrollar su propio discurso urbano. Persiguiendo una amplia hegemonía cultural capaz de atraer a segmentos de la clase media del electorado, el partido evocó la imagen de una ciudad orgánica para presentar el «malestar urbano» como un mal general que afectaba a todos los habitantes, independientemente de su clase social[750]. Haciéndose eco de la frase acuñada recientemente por Henri Lefebvre, el alcalde de Bolonia rechazó en 1975 la noción del «derecho *a* la ciudad» como «una expresión equívoca», que interpelaba solo a una parte de la población. En su lugar aludió a un vago «derecho *de* la ciudad, [un derecho a] liberar la ciudad» en su conjunto, para «recuperar y redefinir su identidad»[751]. Los sindicatos también idearon órganos para conectar las luchas de las fábricas y las comunidades, los «consejos unitarios de distrito» *(consigli unitari di zona)*. Surgidos inicialmente en el área metropolitana de Milán, se extendieron después a otras regiones, manteniendo un enfoque moderado[752].

En cualquier caso, la praxis de las bases iba a menudo más allá de estas imaginaciones teóricas y de los enfoques organizativos de la izquierda institucional, mostrando el potencial creativo de iniciativas radicalmente descentralizadas. El abanico de luchas se amplió para incluir no solo la cuestión de la vivienda, sino también otros problemas como el precio de los alimentos, el transporte, los colegios y los centros de salud[753]. Cada colectivo desarrolló su propia estrategia organizativa basada en una territorialidad específica. En Milán, por ejemplo, los grupos de izquierda radical se concentraron en los barrios populares que quedaban en el centro de la ciudad, como Ticinese, Porta Genova, la Dársena y el área de los Navigli, combinando el intento de mantener una centralidad simbólica y los aspectos prácticos de una ubicación en un tejido urbano y social de gran complejidad. Las luchas vecinales, por otro lado, fueron especialmente intensas en las periferias, donde la homogeneidad demográfica permitía estrategias más coherentes, aunque

fundamentalmente pragmáticas[754].

FIGURA 24. «Tomemos la ciudad», campaña de Lotta Continua, 1970: «En esta ciudad todo [...] está contra los proletarios, en contra de su voluntad de crecer, de desarrollar su fuerza, de conocer, de aprender colectivamente. Nosotros hemos construido [...] todo lo que existe. Todo es nuestro. Tomémoslo todo [...]. Tomemos las viviendas, las escuelas, los transportes, las guarderías. Las plazas y las calles deben convertirse en lugares donde nos reconozcamos y nos unamos, discutamos,

decidamos y luchemos. Aprendamos a vivir de una manera nueva [...]. Tomemos la ciudad: construyamos aquí y hoy [...] la sociedad comunista». *Lotta Continua,* 11 de diciembre de 1970, 1. Fuente: Associazione Culturale La Lotta Continua.

En este contexto nacieron en Milán los primeros *comitati di quartiere* (comités de barrio) y *Unione Inquilini* (Sindicato de Inquilinos). Los comités de barrio florecieron como organismos radicales en el periodo comprendido entre 1971 y 1974, y más tarde adoptaron un enfoque moderado en muchas ciudades, cooptados por municipios de izquierda con la introducción de esquemas participativos[755]. En Milán, sin embargo, los comités de barrios como Gallaratese o Quarto Oggiario se convirtieron en el germen del Sindicato de Inquilinos, que lideró las luchas más ambiciosas en la ciudad, movilizando a unas diez mil familias en huelgas de alquiler a principios de la década de 1970[756]. La organización perseguía no solo la «conquista de una serie de servicios [...] como escuelas, guarderías, centros culturales, mercados ambulantes, transporte público y servicios sanitarios», sino también y sobre todo la «autogestión del barrio por parte de sus habitantes»[757]. El Sindicato de Inquilinos desempeñó un importante papel coordinando acciones en los barrios periféricos y zonas céntricas como Garibaldi e Isola. Ubicados en el borde del núcleo histórico alrededor de las puertas de las murallas españolas, estos barrios populares estaban habitados por una mezcla de trabajadores industriales, artesanos y comerciantes[758]. En las décadas de 1960 y 1970, algunas zonas ya estaban experimentando una incipiente gentrificación, mientras que otras se habían deteriorado gravemente. En 1969 se creó aquí uno de los primeros comités de barrio para oponerse a la implementación de las determinaciones del Plan General de 1953 para el área, que preveían la apertura de nuevas vías públicas para conectar ambos barrios, la construcción de oficinas y viviendas de lujo y, en palabras de los propios vecinos, la «deportación de los proletarios a la periferia»[759]. Grupos de estudiantes de arquitectura del Politecnico di Milano se unieron al comité y ayudaron a preparar diseños alternativos. La protesta tuvo un éxito limitado al principio, pero inauguró un patrón de resistencia en la zona que continúa hasta el día de hoy. En 1972, con el apoyo del Sindicato de Inquilinos y el PCI, una nueva movilización detuvo las demoliciones y dio lugar a un programa alternativo de construcción de viviendas sociales en el barrio[760].

El Sindicato de Inquilinos y algunos comités de barrio también promovieron campañas de okupación por toda la ciudad. En 1971, en el contexto de manifestaciones y acciones en todo el país, el sindicato apoyó la toma de un edificio en Via Tibaldi que desembocó en seis

días de lucha con la participación de grupos extraparlamentarios, colectivos universitarios y trabajadores de las fábricas cercanas[761]. Los okupas —sesenta y siete familias del sur de Italia— organizaron en pocas horas un comedor colectivo, un servicio de primeros auxilios y una guardería autogestionada para más de cien niños. La prensa militante presentó esta eficaz transformación del espacio residencial en un «centro de organización» como prueba de la capacidad creativa popular para idear formas alternativas de vivienda[762]. Las mujeres y los niños desempeñaron un papel fundamental no solo en la organización de la okupación, sino también en el desarrollo de acciones en las calles cercanas para ganar visibilidad. Con la ayuda de estudiantes y profesores del Politécnico y de trabajadores de la fábrica de Officine Meccaniche situada a unas manzanas de distancia, los okupas extendieron su protesta a otras partes de la ciudad, irrumpieron en el festival de los Navigli y tomaron el ayuntamiento durante siete horas[763]. Tras el desalojo, las familias fueron acogidas en la escuela de arquitectura del Politécnico, que puso en marcha un seminario sobre la cuestión de la vivienda[764]. Una nueva intervención policial unos días después provocó enfrentamientos en todo el campus, durante los cuales murió un bebé. La marcha de duelo reunió a más de treinta mil personas, probablemente la mayor manifestación organizada por grupos radicales en la ciudad hasta entonces[765]. Finalmente, el ayuntamiento cedió y proporcionó pisos en condiciones especiales para las familias[766].

La difusión de Autonomía

Así pues, hemos visto que el periodo que llega hasta 1973 se caracterizó por una especie de frenesí organizativo a medida que las distintas fuerzas intentaban encontrar una forma territorial adecuada para articular sus demandas. Lejos de desvanecerse con la crisis, estos esfuerzos se intensificaron en los años siguientes. Tal como hemos subrayado a lo largo de este libro, los comunes resurgen con especial vigor en los momentos de peligro. El año 1973 fue un punto de inflexión a varios niveles: la recesión económica se agudizó como consecuencia de la crisis del petróleo y el lanzamiento de nuevas estrategias de desinversión y reestructuración industrial; el PCI viró a la derecha en busca de un «compromiso histórico» con los democristianos; grupos extraparlamentarios como Potere Operaio o Lotta Continua, que habían desempeñado un papel clave en el *autunno caldo,* se enfrentaron al declive y la disolución[767]. Autonomía surgió en este contexto como un intento de superar una etapa de lucha que

había quedado obsoleta por las nuevas espacialidades del capital, cuando el conflicto urbano empezaba a trascender el conflicto industrial[768]. En su intento por asegurar ámbitos libres de autorreproducción, las prácticas autonomistas difuminaron las divisiones entre el centro y la periferia de la ciudad, y entre la metrópoli y su *hinterland.* Cada territorio desarrolló estrategias organizativas particulares, específicas de la naturaleza de la reestructuración industrial en su contexto. Entre ellas se encontraban la organización paramilitar del Véneto en células territoriales estrictamente jerarquizadas, el enfoque neoconsejista de los colectivos autónomos romanos de Via dei Volsci y la hiperfragmentación del llamado maodadaísmo creativo de Bolonia[769]. La experiencia milanesa, más diversa, combinó distintos enfoques, por lo que nos centraremos en ella.

Con el declive de los grupos extraparlamentarios de izquierda radical, parte de sus miembros se mezclaron con las subjetividades políticas emergentes: una joven generación de proletarios mejor formados que solo conocían el desempleo y la precariedad, grupos feministas, el naciente movimiento *queer,* los círculos de la cultura *underground* y la llamada «área creativa», o los «indios metropolitanos». El Gruppo Gramsci, fundador de la revista *Rosso,* subrayó que estos nuevos ámbitos de activismo combinaban una perspectiva de clase con una incipiente política identitaria, privilegiando la experiencia cotidiana como campo de lucha[770]. El debate sobre el ocio adquirió mayor relevancia. El tiempo libre estaba aumentando por el absentismo estructural y el desempleo, pero también se empobrecía con el aislamiento y la guetización de los barrios periféricos[771]. A diferencia de los grupos extraparlamentarios de la etapa anterior, los espacios sociales en torno a este nuevo terreno de lucha estaban sólidamente arraigados en los vecindarios del extrarradio. Ampliando la idea de «reapropiación», Autonomía presentó la cuestión del «espacio como una problemática global» que afectaba a todos los ámbitos de la vida[772]. Era necesario un «nuevo tipo de okupaciones» para contrarrestar «la marginación [y segregación] de los espacios urbanos […] la falta de un lugar donde reunirse, conversar, conocer gente y divertirse, la falta de un lugar en el que hacer el amor»[773].

El foco feminista en la vida cotidiana se vio ahora enriquecido con grupos procedentes de la escena *underground*[774]. Los jóvenes estudiantes y trabajadores de estos movimientos eran políticamente ambiguos y pronto se convertirían en el blanco de los intentos de cooptar el antagonismo social. Según *Re Nudo* —la revista

contracultural más popular, con una tirada de ocho mil ejemplares solo en Milán—, su objetivo era «liberar el tiempo de ocio» y organizar «círculos para dar rienda suelta a la libre colectividad creativa»[775]. Al principio chocaron con los grupos extraparlamentarios y los colectivos de estudiantes más politizados[776]. Su discurso, a veces frívolo, también podía ser más visceral. *Re Nudo* parafraseó el famoso eslogan de Lotta Continua con un crudo «Distruggiamoci la città»: «Camaradas, apropiarnos de las cosas no es suficiente; cojamos lo que necesitamos y nos gusta, el resto usémoslo [y] luego destruyámoslo. Hoy necesitamos la ciudad, pero la ciudad es un monstruo: apoderémonos de ella, luego, destruyámosla, cambiemos la vida, destruyamos la ciudad»[777]. Era necesaria una «revolución cultural» no solo contra los lugares clave de la opresión urbana —«la fábrica, el hogar, la prisión, la escuela [y] el gueto»—, sino también contra la propia «ideología de la ciudad», que había elevado los principios de la urbanización capitalista al rango de hegemonía cultural[778]. La lucha en el ámbito de los imaginarios colectivos debía librarse desde las «comunas de barrio» y desde «centros capaces de transformar la vida» que desafiarían la obsolescencia de distritos y regiones enteras[779]. *Re Nudo* materializó la idea por primera vez en 1972 con un «centro contracultural» en Garibaldi, un espacio que pronto imitarían más de cincuenta «círculos de jóvenes proletarios» *(circoli del proletariato giovanile)* diseminados en las afueras de Milán[780].

> ¿Qué son los círculos de jóvenes proletarios? […] No se crean desde el centro, sino desde la base […]. No nacen en el lugar de trabajo, sino en el barrio; no son espacios físicos que luego se desarrollan en círculos, aunque la apropiación del espacio es una tarea clave […]. Okupamos porque queremos tener lugares donde reunirnos, hablar, tocar música, hacer teatro, crear […]. Practicamos la autoconciencia para conocernos mejor, para enfrentarnos colectiva y políticamente a nuestros problemas individuales […] Eso es lo que expresa nuestro movimiento. Este es nuestro deseo de comunismo […] ¡Por eso, animamos a los jóvenes a organizarse, a salir del bar […] y a crear 10, 100, 1.000 círculos de jóvenes, 10, 100, 1.000 festivales! […]. Queremos gestionar nuestras propias vidas, el presente y el futuro[781].

Los *circoli* invirtieron la espacialidad de los grupos extraparlamentarios. Estos últimos habían perseguido un movimiento centrífugo para liderar las luchas periféricas desde sus sedes en las zonas centrales de la ciudad. Los círculos, sin embargo, presentaban un enfoque centrípeto; estaban arraigados en la experiencia de los cinturones rojos exteriores y sus acciones solían dirigirse a las zonas centrales[782]. Los grupos extraparlamentarios habían ensalzado la épica de las manifestaciones y la violencia. Los *circoli* trataban de animar nuevas formas de vida colectiva a través de apropiaciones cotidianas

del espacio público orientadas hacia las necesidades básicas diarias y las experiencias lúdicas[783]. *Re Nudo,* por ejemplo, publicaba una sección colaborativa titulada *Controcittà* (Contraciudad) que incluía una lista de direcciones milanesas útiles donde los lectores podían encontrar comida o alojamiento baratos, o donde podían obtener de forma gratuita información, asistencia médica y legal, anticonceptivos, *etc.* Concebida como un fondo común de recursos en la «lucha contra la paranoia urbana», la sección invitaba a los lectores a compartir su sabiduría callejera para «radicalizar nuestra sociedad creativa y alternativa»[784].





FIGURA 25. Dos expresiones del movimiento contracultural. *(Izquierda)* Respuesta de *Re Nudo* a la campaña de *Lotta Continua:* «Destruyamos la ciudad» (1971). Un niño sostiene un fusil y un hacha de guerra —símbolos de la lucha armada y del movimiento de los «indios metropolitanos»— sobre el típico paisaje de viviendas de los barrios obreros periféricos. *(Derecha)* Cartel del Happening Nacional del Proletariado Juvenil, dirigido a «la juventud creativa», anunciando «dos días para estar juntos, discutir y organizarse para conquistar la alegría por la fuerza», Milán, noviembre de 1976. Fuentes: Internet Archive y Archivio Autonomia.

En 1971, Antonio Negri había identificado los temas de la autovalorización y la (re)apropiación de la riqueza producida socialmente como nuevas fronteras de lucha[785]. La apropiación se presentó en formas diversas, como un «consumismo para todos» o una «dictadura de las necesidades» contra el consenso de austeridad emergente[786]. La expresión principal de esta orientación fue la «autorreducción» *(autoriduzione),* una forma de ilegalidad de masas consistente en la reducción unilateral y coordinada del precio de

determinados bienes y servicios. Las autorreducciones comenzaron en Milán en 1970-1971 en el ámbito de la contracultura *underground,* cuando miles de personas irrumpieron en conciertos de bandas de rock como Led Zeppelin o Rolling Stones para asaltar los recintos en protesta por el elevado precio de las entradas[787]. A partir de 1974, el fenómeno se generalizó, con acciones masivas relacionadas con servicios básicos como la electricidad y el transporte, especialmente en Roma y Turín, donde cientos de miles de clientes redujeron sus facturas de luz y el precio de los billetes de autobús, a veces con el apoyo de trabajadores de las empresas que imprimían billetes alternativos, protegían a los usuarios rebeldes contra la desconexión del servicio o saboteaban el suministro eléctrico de fábricas y barrios de clase alta como represalia cuando este se producía[788]. Las protestas se extendieron luego a las facturas de gas y teléfono. Se crearon comités vecinales *ad hoc* para coordinar las autorreducciones, amenazando con una nueva campaña de huelgas de alquiler[789]. La prensa alertó de una incipiente ola de desobediencia civil sin precedentes[790]. El éxito de estas iniciativas permitió a colectivos autonomistas de línea dura, como los de Roma o el Véneto, reforzar el control territorial de zonas «liberadas», a las que llamaron, respectivamente, «zonas proletarias» o «zonas homogéneas»[791].

En Milán, las prácticas de los *circoli* y otros colectivos fueron menos sistemáticas, pero más imaginativas e impredecibles. Las autorreducciones se hicieron frecuentes en cines, teatros y restaurantes del centro. El *Corriere della Sera* expresó su inquietud ante una «*jacquerie* urbana» desestructurada cuyos miembros estaban «fuera de todo: fuera de los partidos, de los grupos [extraparlamentarios], fuera de las propias periferias de las que provienen»[792]. Milán también fue la cuna de las primeras *spese proletarie* (compras proletarias) y *ronde operaie* (patrullas obreras). Las compras proletarias comenzaron en octubre de 1974, cuando colectivos de trabajadores saquearon grandes supermercados en las afueras de Quarto Oggiaro y Via Padova, invitando a los clientes a coger todo lo que quisieran gratis o al precio que consideraran justo. Los activistas bloqueaban las calles, cortaban las líneas telefónicas y montaban puestos de vigilancia para recibir a la policía con cócteles molotov[793]. Esta práctica se integró luego en «patrullas obreras» más amplias, unidades de control territorial que inspeccionaban los barrios periféricos con regularidad para hostigar a los empresarios abusivos, traficantes de heroína y grupos fascistas, y para buscar propiedades vacías para abrírselas a quienes necesitaran refugio o espacio para organizarse[794].

La contribución más significativa de Milán a la regeneración de

lugares por el movimiento autónomo fueron los más de treinta centros sociales autogestionados (CSA) creados entre 1975 y 1977, que se convirtieron en instrumentos clave para resistir el declive y la obsolescencia urbanos[795]. Se concibieron como «ámbitos para la reapropiación de los valores de uso de lo urbano», una «crítica práctica» a la «naturaleza capitalista de la ciudad»[796]. Impugnando la relación convencional entre vivienda y servicios, los colectivos que los gestionaban transformaron estructuras abandonadas —especialmente edificios industriales— en espacios para el enriquecimiento funcional y político de los barrios. En Italia, las llamadas «casas del pueblo» habían establecido una tradición de lugares de reunión para el ocio y la organización en barrios obreros periféricos desde finales del siglo XIX. La nueva generación de centros, sin embargo, era totalmente autónoma y se extendía por toda la ciudad. Podían encontrarse en barrios tradicionalmente activos como Isola o Ticinese, en vecindarios relativamente tranquilos en los ensanches de Beruto y Pavia-Masera o en periferias obreras de reciente construcción. La iniciativa de crear un CSA solía partir por lo general de los comités de barrio, colectivos de jóvenes y mujeres o el Sindicato de Inquilinos. Muchos centros incorporaban instalaciones de ocio y educativas, como cines y teatros, bibliotecas, escuelas de música y de interpretación, espacios para niños o talleres de artesanía y producción audiovisual. Los CSA de las zonas céntricas y populares acogían a jóvenes de toda la ciudad y daban prioridad a los contenidos culturales; los de las periferias los frecuentaba la población local como centro comunitario de reunión y organización colectiva. Hubo varios intentos de coordinar todos los CSA y negociar con el ayuntamiento, liderado por el PCI, con un éxito modesto[797].

De hecho, hacia mediados de la década de 1970 el diálogo entre los movimientos radicales y el Estado se había hecho casi imposible. En Milán, el enfrentamiento había sido especialmente duro desde los disturbios de abril de 1975 en el centro de la ciudad, tras el asesinato de dos activistas a manos de fascistas y policías. En un número especial «Contra la represión», *Rosso* sugería que la política urbanística estaba pensada como contrapartida compensatoria a la acción violenta de la policía. La planificación urbana formaba parte del «asedio reformista» de los rebeldes, una «nueva frontera» en la que el capital buscaba la «normalización social mediante la renovación de los instrumentos de control territorial»[798]. Las revistas radicales centradas en la cuestión urbana, pero más cercanas al ámbito académico o intelectual, como *Quaderni del territorio* o *L'altra Roma,* habían extraído consecuencias sutiles de este proceso, pero *Rosso* y otras

publicaciones militantes leían la coyuntura como un escenario de extrema polarización. En un número seminal de 1976, titulado «Los trabajadores contra la metrópoli», la publicación presentaba la urbanización como un soporte que «maximizaba la circulación del proyecto capitalista» y abogaba por un reajuste de las iniciativas autonomistas para coordinar sus múltiples rostros a escala metropolitana y regional[799]. Tras el polémico y accidentado festival urbano organizado por *Re Nudo* en el Parco Lambro de Milán en junio de 1976, *Rosso* prosiguió con la misma idea en un suplemento especialmente dirigido al público más joven: «El festival ha muerto, vámonos de fiesta a la metrópoli […]. Llevemos la fiesta a la ciudad, contra la ciudad […]. Volvamos a los barrios y a las fábricas para que las flores de revuelta que se abrieron en el Parco Lambro se multipliquen en cien flores de organización, en mil episodios de apropiación, en sólidas bases de contrapoder […]. Organicemos un gran festival el año que viene: nuestro festival contra la metrópoli»[800].

El «ala creativa» y el Movimiento de 1977

La convocatoria anticipaba la explosión de 1977, cuando las principales ciudades del país, especialmente Bolonia y Roma, fueron tomadas por un «extraño movimiento de extraños estudiantes»[801]. Lejos de las aspiraciones de *Rosso* de ver surgir un contrapoder a largo plazo, el Movimiento de 1977 se caracterizó por una mayor fragmentación organizativa, cuando los sujetos más jóvenes, y en particular el ámbito de la «autonomía creativa», pasaron a desempeñar un papel protagonista[802]. Sus miembros destacaron la importancia de la cultura popular, la vida cotidiana y la comunicación, concibiendo la creatividad como motor de las luchas por la valorización colectiva y la apropiación. Celebraban la imaginación colaborativa como un recurso y un común, y eran deliberadamente esquivos, irónicos y volátiles. El fanzine romano *Oask?!,* por ejemplo, se presentaba como una expresión de los «indios metropolitanos en dis/agregación» y llamaba a la «explosión incontrolable y violenta del área de la autonomía creativa»[803]. El periódico *A/traverso* —la publicación más popular del movimiento, vinculada a la libre Radio Alice y Franco Berardi (Bifo)— se burlaba de la actitud vertical y leninista de algunos colectivos y de la noción sartreana de «grupo en fusión», proponiendo en cambio un enfoque maodadaísta de «pequeños grupos en multiplicación»[804]. Aunque atractivas e innovadoras, estas imágenes políticas promovían una atomización espacial en islas autonomistas cada vez más alejadas del tejido social y político convencional de las comunidades obreras,

sometidas a un control y normalización estatal creciente[805]. El imaginario espacial de estos colectivos era a menudo apocalíptico, revelando un descontento difícil de traducir en agendas operativas: Milán-Babilonia vive sus últimas horas [...]. Mira el cielo negro, todos los animales se han escapado [...]. Nadie puede predecir nuestras intenciones, nuestros movimientos, ya que somos esquizofrénicos y hablamos con una lengua bífida. Milán-Babilonia es una metrópoli con rascacielos mortíferos. El ayuntamiento debería haber demolido los edificios más peligrosos [...]. Lo harán nuestros colectivos de planificación territorial: cientos de antiarquitectos en paro supervisarán el trabajo de miles de obreros de demolición improvisados [...]. ¿Qué será de vuestras casas [...] cuando el primer sobresalto ponga en marcha a las brigadas proletarias de saqueo, cuando los escaparates, milagrosamente, se vengan abajo esparciendo por las calles esas mercancías fetiche que anhelábamos en vano? [...]. El soplo del viento, un cristal roto, [...] un grito histérico, serán suficiente para volvernos locos, dementes, salvajes: los últimos y verdaderos habitantes de la metrópoli[806].

El ala creativa, sin embargo, desarrolló un lúcido análisis del cambio productivo en curso y su impacto en las dinámicas urbanas y comunales. En primer lugar, reflexionando sobre el papel de las nuevas formas de trabajo inmaterial, comunicativo y afectivo, los *creativi* subrayaron la necesidad de explorar enfoques alternativos en la producción colectiva de contrainformación. Se ocuparon del estatus semántico y social de las representaciones urbanas, pero también de aspectos prácticos de la comunicación y sus implicaciones políticas. Las radios libres y otras formas incipientes de activismo mediático como los documentales, la televisión participativa y el vídeo militante, así como la circulación de dicho material en centros sociales, escuelas y otros espacios vecinales, sugerían que estas nuevas redes de comunicación podrían ampliar el alcance del común de la creatividad y movilizar diferentes territorios contra las ideologías urbanas dominantes[807]. En segundo lugar, lejos de constituir un mero pasatiempo lúdico, el *ethos* de los *happenings, performances* y festivales se concibió como la semilla de un nuevo régimen de publicidad, un vector de cambio urbano que podría facilitar una reapropiación plena de la ciudad. En tercer lugar, Autonomía creativa también fue certera al identificar al emergente proletariado de servicios como un nuevo sujeto laboral, a menudo dotado de «inteligencia científico-técnica», pero abocado a la precariedad en mercados laborales cada vez más flexibles[808]. Tal vez como resultado de su propia ambigüedad, este sector también fue más consciente que otros del peligro latente de

recuperación y cooptación sistémicas de algunas de las prácticas y principios del movimiento, concretamente en términos de una creatividad colectiva entendida como capacidad organizativa. «La reestructuración capitalista —argumentaban— se apropia [...] de las estrategias concebidas para ganar autonomía y vuelve la propia capacidad inventiva de los trabajadores contra ellos»[809]. Estos grupos, más que cualquier otro sector de Autonomía, enfatizaron la idea de que había que *socializar* la creatividad; de lo contrario, se convertiría en un nuevo vector de fragmentación, segregación y explotación de las clases trabajadoras y sus entornos.



FIGURA 26. Conferencia «Contra la represión», Bolonia, 1977. Este evento reunió a más de 35.000 integrantes de colectivos autónomos, partidos radicales e intelectuales de izquierda para protestar por la represión estatal y policial en Italia. El «ala creativa» y los indios metropolitanos tuvieron un papel protagonista en las acciones callejeras, reimaginando el espacio público como un lugar de reivindicación y alegría colectiva. Fotografía y *copyright:* Enrico Scuro.

Leyendo la evolución de la crisis, el ala creativa anticipó su propia tragedia. Se ha señalado que este impulso por imaginar y desplegar nuevos ámbitos de socialización en torno a la información, la cultura y

el conocimiento prefiguró los inminentes esquemas productivos que barrerían el espacio social en décadas posteriores[810]. En los años siguientes se utilizaron la tensión creciente en torno a las protestas de 1977 y la deriva armada de los grupos más radicales para legitimar la represión del movimiento. Al igual que otros activistas, muchos creativos fueron perseguidos, aislados y encarcelados. Pero su espíritu y sus anticipaciones sobrevivieron al periodo de «repliegue a la vida privada» mejor que otras expresiones de Autonomía. De hecho, parte del legado creativo —y sus protagonistas— tendrían una contradictoria vida posterior durante el surgimiento de una nueva formación urbanística en la década de 1980.

Planificación contrarrevolucionaria: la cooptación de los comunes

El «milagro económico» italiano de las décadas de 1950 y 1960 se caracterizó por un control laxo del desarrollo urbano. El caos de la urbanización no regulada y la construcción ilegal condujo a reformas legislativas tímidas y, en última instancia, fallidas[811]. A finales de los años sesenta y setenta, las demandas de la clase trabajadora obligaron a los planificadores y responsables políticos a adoptar una agenda progresista más coherente[812]. Impulsada por administraciones y técnicos en torno a alianzas de centro-izquierda, la breve etapa de *urbanistica riformista* (planificación reformista) trajo consigo logros considerables, sobre todo en el ámbito de la cultura disciplinar. Durante su apogeo, un pequeño pero renombrado grupo de planificadores abordó la necesidad de viviendas asequibles, servicios públicos y espacios abiertos, e ideó esquemas para incorporar la participación ciudadana, preservar el patrimonio histórico y proteger los entornos naturales[813].

Sin embargo, la planificación reformista también tuvo importantes puntos débiles a varios niveles. La participación y la política urbana se movilizaron para generar consenso en torno a aspectos sectoriales de la cuestión urbana en lugar de aprovechar un contexto de inestabilidad política sin precedentes para transformar radicalmente los patrones de urbanización[814]. Al mismo tiempo, los intereses inmobiliarios bloquearon las iniciativas más ambiciosas, especialmente en las grandes ciudades. Los planes generales de Bolonia de 1970 y 1978 y el plan de equipamientos de Turín de 1974, por ejemplo, aumentaron la prestación de servicios públicos en respuesta a las demandas de los comités de barrio[815]. Sin embargo, por lo general, se abandonaron medidas estructurales como los intentos de descentralizar las actividades terciarias o revitalizar las

zonas industriales en declive. Incluso el famoso Piano di Edilizia Economica e Popolare (plan de vivienda social) de 1973 para el centro histórico de Bolonia —que combinaba la rehabilitación del centro histórico y un programa de vivienda social para frenar la desproletarización del núcleo de la ciudad— tuvo que renunciar a su objetivo de convertir los edificios restaurados en cooperativas ante la presión de los propietarios[816]. La reforma nunca llegó a despegar en Roma, y Milán fue incapaz de desarrollar políticas integrales[817]. El incipiente paradigma urbanístico también se mostró incapaz de gobernar las geografías de la reestructuración industrial. Tal como hemos visto, el movimiento autónomo había interpretado la «fábrica difusa» y la «ciudad-región» como formas territoriales de una emergente ofensiva de reestructuración capitalista[818]. El PCI y los planificadores reformistas aspiraban a preservar el carácter autocontenido y espacialmente acotado de los núcleos tradicionales como modo «normal» de urbanización, pero los esquemas de planificación regional en esta línea tuvieron un éxito limitado.

En cualquier caso, el proyecto reformista tuvo poco margen para desarrollarse. La represión de los grupos radicales redujo la presión sobre las administraciones locales a finales de los años setenta. Ya en 1978, algunas voces advertían de que el Estado estaba transfiriendo prerrogativas de planificación a actores privados que, en lugar de paliar los desequilibrios territoriales, operaban a corto plazo para aprovechar las oportunidades generadas por las dinámicas de desarrollo espacial desigual. Se centraban, decían, en «islas [...] de capitalismo avanzado» y abandonaban el resto del territorio a un «estado anárquico, paleocapitalista», una iteración extrema de los regímenes metropolitanos polarizados explorados en el capítulo anterior[819]. Curiosamente, esta imagen de archipiélagos de valor (de cambio) rodeados por las ruinas del urbanismo del bienestar reflejaba e invertía las geografías fragmentadas de Autonomía[820]. Los enfoques posteriores de política urbana asumieron íntegramente este planteamiento. Su expresión técnica por excelencia era el proyecto urbano de escala intermedia, centrado en aspectos de diseño y dotado de prestigio cultural por una nueva generación de arquitectos y urbanistas que rechazaban cada vez más la planificación general por su supuesta incapacidad para captar oportunidades de inversión fugaces en un contexto de creciente movilidad del capital[821]. Simultáneamente, surgieron formas alternativas de planificación *bottom-up* difusa, que se combinaron progresivamente con enfoques más convencionales en un momento en que el capitalismo dependía cada vez más de los entornos «creativos» para prosperar.

Tras un breve repaso al desmantelamiento de los incipientes programas reformistas entre finales de los setenta y principios de los ochenta, dedicaremos el resto del capítulo a examinar estas estrategias entrelazadas: por un lado, los megaproyectos de renovación promovidos por grandes operadores inmobiliarios y administraciones públicas a través de mecanismos de planificación ortodoxos que desencadenan formas de desplazamiento relativamente similares a las descritas en otros capítulos; y, por otro, procesos de regeneración urbana fragmentarios, difusos y tácticos, vinculados a nuevos enfoques en torno a las ideas de creatividad e innovación, con alianzas público-privadas específicas de coyunturas y operaciones concretas que extraen valor urbano de las prácticas comunitarias y de base, alimentando dinámicas de mercantilización espacial, cooptación y gentrificación.

Milán como laboratorio de urbanización neoliberal

Milán puede considerarse el epítome del proyecto contrarreformista[822]. La ciudad tenía precedentes poco prometedores. Los planes generales de 1934 y 1953 habían promovido desarrollos especulativos que aumentaron la densidad y la terciarización en el centro de la ciudad y desplazaron a los residentes de clase trabajadora a periferias de baja calidad[823]. A finales de los años sesenta y en los setenta, los comités de barrio presentaron propuestas alternativas que condujeron en 1975 a la implementación de un plan de vivienda, un plan de equipamiento y la preparación de un nuevo Plan General (PRG) bajo la alianza del PCI y el Partido Socialista Italiano[824]. El documento preveía inicialmente la descentralización y contención de las actividades terciarias, la preservación de las zonas industriales, la limitación del desarrollo residencial y la rehabilitación de enclaves de viviendas estratégicos. La propuesta, sin embargo, no respondía a las demandas populares de espacios de socialización y cultura, y mantenía una estructura urbana que veía las periferias como destino natural de los trabajadores[825]. Pero incluso este moderado intento reformista resultó imposible de implementar. La versión final del plan cedió en 1980 a las demandas de los intereses inmobiliarios, redujo las zonas industriales y permitió la multiplicación de los usos terciarios en áreas productivas y de infraestructuras.

Tras las elecciones de ese año, se revisó a fondo la política urbanística. El concejal de urbanismo del PCI, Maurizio Mottini, resumió el nuevo enfoque en un polémico artículo publicado en el periódico oficial del partido, titulado «Urbanista, un cambio de

planes»[826]. Mottini acusaba a los urbanistas reformistas de «replegarse a visiones soñadas de redención social» en un momento en que las administraciones públicas carecían de «recursos económicos para hacer planes contra el mercado». La planificación urbana era un «instrumento indispensable», pero tenía que «flexibilizarse» para permitir a los ayuntamientos «gobernar [el territorio] utilizando mecanismos de mercado». Esto podría lograrse mediante la implementación de «programas [*ad hoc*] de proyectos coordinados»[827]. Era un ejemplo pionero de una nueva forma de urbanismo plegado a los caprichosos movimientos del capital: la planificación estratégica. En los años subsiguientes, el ayuntamiento introdujo más de 130 modificaciones en el PRG de 1980 para posibilitar tales proyectos, sustituyendo el modelo comprehensivo previsto inicialmente, con su énfasis en la redistribución y el equilibrio territorial, por un marco de planificación estratégica oportunista y orientado al crecimiento, diseñado para atraer inversores[828]. Milán se ha presentado posteriormente como la capital de la desregulación urbanística en Italia, una «ciudad sin proyecto público», una «metrópoli irreflexiva» cada vez más supeditada a los intereses del gran capital y de los oligopolios inmobiliarios[829]. Dos importantes documentos guiaron el nuevo enfoque, el «Documento Direttore del Progetto Passante» (Plan director del pasillo ferroviario, 1984) y el «Documento Direttore per le Aree industriali Dismesse» (Plan director para las zonas industriales abandonadas, 1989). Tal como había sugerido Mottini, ambos eran «sistemas» de proyectos individuales resultantes de negociaciones directas con grandes propietarios de suelo y empresas constructoras para transformar más de cien enclaves industriales y de infraestructuras en complejos residenciales, de oficinas de alto nivel y equipamientos metropolitanos[830].

Desde la década de 1990, la voluntad de reescalar Milán y conectarla a las redes de ciudades globales ha intensificado dinámicas previas de cambio urbano[831]. A pesar de los cambios de color político en el ayuntamiento, existen evidentes continuidades en la orientación de las estrategias urbanas en las tres últimas décadas, determinadas por la reestructuración en curso y el progresivo abandono de las políticas espaciales redistributivas. Los principales ejes de transformación socioespacial durante este periodo son los siguientes: (1) la reconversión de grandes polígonos industriales abandonados en megaproyectos que incluyen servicios de alto nivel y zonas residenciales para clases medias y altas; (2) el abandono de periferias obreras como Mazzini, Ponte Lambro o Gratosoglio, gradualmente estigmatizadas como bolsas de pobreza, y (3) la «regeneración» y

gentrificación de zonas residenciales, industriales y de infraestructuras en los límites del centro histórico como Garibaldi-Isola, Portello, Tortona y Ticinese-Navigli. Juntos, estos procesos delinean una dialéctica de destrucción creativa que combina el desmantelamiento del viejo mundo industrial, el desplazamiento de las poblaciones obreras y el abandono de zonas marginales con la captura del potencial de base para la apropiación colectiva, la innovación colaborativa y las capacidades creativas en la regeneración de espacios en declive. Como veremos, ambos momentos han animado formas de descomunización que incluyen la desintegración y gentrificación de zonas tradicionales de clase obrera, la cooptación de colectivos basados en el territorio y la promoción de la competencia entre barrios, la mercantilización del espacio y la instilación de enfoques empresariales en las comunidades de base.

Planificación ortodoxa: megaproyectos y abandono organizado

Entre las décadas de 1980 y la de 2010, Milán atravesó fases de profunda decadencia, euforia económica, crisis institucional y recuperación metropolitana. En 2007, justo antes del inicio de la Gran Recesión, el *International Herald Tribune* celebraba que la ciudad se había convertido en «la mayor zona de obras de Europa», una «oportunidad para los inversores [italianos e internacionales más destacados]»[832]. Pocos años después, coincidiendo con la celebración de la Exposición Universal, Milán concentraba la mitad de la inversión inmobiliaria no residencial del país[833]. Pero este éxito se ha construido a costa de una parte de la población, marginada en el proceso de reestructuración económica[834]. Este periodo se ha caracterizado por una drástica contracción de la industria manufacturera y la expansión de la construcción y el sector servicios, especialmente las actividades integradas a escala global en los campos del diseño, las comunicaciones, la moda y la tecnología[835]. Tras la crisis de la década de 1970, Milán consiguió restablecer el dinamismo de su mercado laboral relativamente pronto, hacia finales de la década de 1980, pero esto vino asociado a un aumento de la precariedad[836]. La polarización y la segregación espacial son más evidentes en la parte superior e inferior de la estructura social, con la élite cada vez más aislada en el centro y una masa de desempleados crónicos y trabajadores pobres —sobre todo inmigrantes extranjeros— repartidos en bolsas de marginalidad por toda la ciudad, especialmente en las periferias más lejanas[837].

El proceso de reestructuración industrial supuso el abandono y

posterior reconversión de grandes extensiones de terreno mediante proyectos de una escala sin precedentes, con un enorme impacto en las comunidades cercanas que vieron cómo, tras años de declive, la planificación se convertía en vehículo de la desintegración de sus espacios sociales. Considerando solo los proyectos con una extensión de más de diez hectáreas, entre principios de la década de 1980 y mediados de la década de 1990 se transformaron casi nueve millones de metros cuadrados de terreno en las afueras de Milán y zonas adyacentes de Sesto San Giovanni y Rho[838]. Estas urbanizaciones contaron con privilegios especiales, como unos coeficientes de edificabilidad anormalmente altos y una dotación desigual de equipamientos públicos, en ocasiones por debajo de los estándares legales[839]. Más crucialmente para lo que aquí nos ocupa, estas actuaciones arrasaron el núcleo de los espacios sociales en torno a los establecimientos industriales, con enclaves urbanos instantáneos desconectados de las comunidades cercanas. Se consumaban así las predicciones autonomistas de que las estrategias capitalistas para romper los vínculos socioespaciales entre barrio y fábrica fragmentarían a la clase trabajadora y destruirían la memoria de organización y de las capacidades colectivas para conectar las luchas en las esferas de la producción y la reproducción[840]. Este proceso estaba determinado en gran medida por tendencias macroeconómicas que escapaban a la competencia de los urbanistas, pero estos también ignoraron tradiciones organizativas de base y formas de resistencia contra la obsolescencia y el declive que podrían haber animado enfoques de regeneración alternativos.

La reconversión de las zonas industriales resignificó las estrategias de valorización desplegadas previamente por Autonomía. En su análisis de la transformación de la zona de Bicocca, al noreste de Milán, Maria Kaika y Luca Ruggiero sugieren un cambio en el enfoque de las grandes empresas industriales en la década de 1980[841]. Hasta entonces, las empresas que deslocalizaban su producción fuera de Milán habían abandonado sus plantas, considerándolas activos depreciados en sus balances. Esto facilitó de hecho la proliferación de CSA en edificios vacíos en la década de 1970. Sin embargo, en la década de 1980, varias empresas industriales pusieron en marcha ambiciosos planes para reconvertir las zonas vacías. Pirelli, uno de los mayores operadores de la ciudad, inauguró esta tendencia especulando con los potenciales rendimientos inmobiliarios de sus propiedades. La histórica planta de Bicocca era un hito emblemático. Pirelli había contribuido a levantar todo un barrio adyacente a partir de la década de 1920; a finales de la década de 1960, la fábrica había

sido testigo de la formación del primer comité unitario de base del país, cimentando la confluencia de trabajadores y estudiantes milaneses. La reconversión en los ochenta y los noventa marcó la pauta de los megaproyectos posteriores. En un principio, la empresa pretendía remodelar la zona como un espacio productivo modernizado, reimaginándolo como un centro de investigación y tecnología. En 1985, un concurso internacional de diseño urbano presentó la zona bajo un eslogan alentador: «El lugar de trabajo». De hecho, la propuesta ganadora de Vittorio Gregotti pronto se conoció popularmente como Tecnocity[842]. Este planteamiento, que preservaba parte del ciclo de producción en Milán, era el fruto de negociaciones a tres bandas entre empresa, sindicatos y ayuntamiento[843]. A principios de los noventa, sin embargo, la compañía rompió el acuerdo. Pirelli se había embarcado en una nueva estrategia de reestructuración que la convertiría en un importante actor inmobiliario en Italia, conectado con los círculos financieros internacionales. El proyecto se replanteó como un complejo residencial y terciario más convencional, desvinculado de su entorno y con una menor dotación de equipamientos a escala de barrio[844]. Al final, sin embargo, fue necesaria una importante inversión pública —en particular, la creación de un nuevo campus universitario— para salvar la operación a causa de las dificultades financieras de la empresa[845].

La transformación actualmente en curso de las plantas químicas de Montedison en Rogoredo y la acería de Falck cerca de Bicocca, en Sesto San Giovanni, presenta características especulativas similares. Se recurre a estudios de arquitectura de renombre —Norman Foster y West8 en Santa Giulia, Renzo Piano en Milanosesto— para legitimar una discrecionalidad inusitada en los criterios de diseño, incluidas importantes desviaciones de los coeficientes de edificabilidad convencionales y los estándares de equipamientos[846]. Anunciados como «*smart* y sostenibles», estos esquemas en áreas periféricas están destinados principalmente a viviendas de clase media y alta y usos terciarios. Los megaproyectos de renovación en enclaves centrales son especialmente bizarros. Junto a la operación de Porta Nuova, que estudiaremos más adelante, son significativas las iniciativas para la zona de Portello-Fiera. Una vez más, se basan en condiciones excepcionales legitimadas por la participación de «arquitectos estrella» como Zaha Hadid, Bjarke Ingels, Arata Isozaki, Charles Jencks y Daniel Libeskind[847]. El proyecto CityLife, por ejemplo, ha sustituido el antiguo recinto ferial por pisos de lujo, un centro comercial de alta gama y tres rascacielos de oficinas; en palabras de una de sus críticas, se trata de una «*gated community* en el corazón de la ciudad»[848]. Esta

es la zona donde, a principios de la década de 1970, la mezcla de residencia, equipamientos públicos y mediana y pequeña industria impulsó los primeros episodios de autorreducción en conciertos de masas o la creación de alianzas entre los vecinos de Sempione y trabajadores de Alfa Romeo liderados por Lotta Continua.

Pero las políticas urbanas convencionales arrojan una sombra más oscura e insidiosa en la degradación de los barrios obreros del cinturón exterior y las periferias distantes, donde los efectos combinados de la precarización, la fragmentación social y el abandono organizado por parte del Estado han producido una especie de ciudad excedente. Los focos de pobreza son especialmente prominentes en las grandes urbanizaciones creadas después de la Segunda Guerra Mundial para absorber la migración masiva de posguerra en barrios como Quarto Oggiaro, Bovisasca, Calvairate, Ponte Lambro, Corvetto-Mazzini, Gratosoglio y Baggio. En las décadas de 1960 y 1970, las familias amenazadas por la renovación urbana y la gentrificación en el centro se negaron a ser realojadas en estos *quartieri-ghetto* porque, según ellas, carecían de las condiciones necesarias para una «convivencia civil»[849]. Desde la década de 1980, estas zonas se vieron afectadas no solo por la reestructuración económica, sino también por una estigmatización alentada por el Estado con la ubicación de equipamientos conflictivos, como plantas de tratamiento de aguas residuales y otros sistemas de gestión de residuos, campamentos de población gitana, refugios para personas sin hogar, centros para drogadictos, etcétera. Las familias que podían permitírselo se trasladaron a otros lugares. A principios de la década de 2000, estas zonas presentaban los niveles de exclusión social más altos de la ciudad[850]. Comunidades que habían forjado una incipiente cohesión en torno a identidades políticas compartidas resistiendo el *shock* del desarraigo a su llegada a la gran ciudad durante la década de 1960 y la crisis económica de la década de 1970 se veían ahora desintegradas por formas más virulentas de marginación y segregación. El ayuntamiento respondió a la creciente conflictividad de estos barrios con planteamientos de tolerancia cero que empeoraron la situación, aumentando la vigilancia en las calles y reduciendo el uso del espacio público[851]. Los megaproyectos de remodelación de antiguos emplazamientos industriales representan el lado salvaje y especulativo de la urbanización contemporánea, las «islas de capitalismo avanzado» anticipadas por los críticos radicales ya a finales de la década de 1970. El abandono y la estigmatización de los complejos residenciales periféricos constituyen la otra cara de la reestructuración económica: espacios reducidos a una «condición anárquica, paleocapitalista»,

desprovistos de su memoria de antagonismo, en los que la reconstrucción de un proyecto colectivo se ha vuelto extremadamente complicada[852]. Estas dinámicas de desplazamiento y desintegración hacen cada vez más difícil la reaparición del común en estos territorios.

Planificación difusa: la captura de la creatividad

Los procesos de deterioro, abandono y transformación analizados en la sección anterior incorporan dinámicas de desempoderamiento relativamente similares a las ya descritas en el capítulo tercero, incluidos el desplazamiento y la neutralización de las poblaciones de clase trabajadora a través de la desorganización de su espacio social. Las últimas décadas, sin embargo, también han visto la aparición de enfoques urbanísticos específicos a los regímenes de acumulación postfordistas. En este contexto, la política urbana no se orienta solo a la destrucción o marginación de los comunes, sino que busca una captura y subsunción activa de su potencial. Para estas nuevas perspectivas los espacios sociales y las prácticas colectivas que los sostienen —especialmente los comunes organizativos, comunicativos y afectivos que impulsan las iniciativas de regeneración de base— constituyen una reserva disponible de recursos que la alianza capital-Estado puede alimentar, vigilar y aprovechar de diversas formas. Esta estrategia anima un nuevo marco de *planificación difusa* que facilita la recuperación y cooptación de prácticas y agentes que antaño gravitaban en torno a constelaciones creativas autonomistas. El proceso suele estar vinculado a la valorización y regeneración de zonas urbanas centrales, promovidas por pequeños actores colectivos a través de tácticas *ad hoc,* específicas de cada lugar, relacionadas con prácticas de innovación, producción de conocimiento, creatividad, comunicación, participación y economías colaborativas[853].

A partir de la década de 1980, dinámicas de trayectoria más larga como la terciarización y la gentrificación del centro de la ciudad o la expulsión de los estratos populares a las zonas periféricas se vieron reforzadas por estas formas de urbanismo *bottom-up,* penetrando en el tejido social de las comunidades para convertir ciertas capacidades de valorización del trabajo cooperativo en un motor de desplazamiento y mercantilización. Desde la década de 1990, este nuevo panorama de urbanismo difuso se ha integrado en esquemas regulatorios más convencionales y los enfoques de gobernanza se han vuelto más eficaces en su capacidad de captar iniciativas descentralizadas de creación de lugares. En estas condiciones, el urbanismo no funciona ya

como un conjunto rígido de normas, directrices y diseños ideados por técnicos y partes interesadas y aplicados por las instituciones estatales. Se entiende mejor como un campo de fuerzas heterogéneas que operan dentro y fuera del Estado, generando condensaciones cambiantes de agencia espacial que amplifican las oportunidades del capital para atrapar valor —inmobiliario o de otro tipo— en diferentes lugares y escalas. Este campo está supervisado, cada vez más, por alianzas público-privadas que pueden configurar sus condiciones externas e incentivar o inhibir determinadas vías de desarrollo. Sin embargo, como veremos, el propio poder de innovación y valorización que sustenta este nuevo paradigma de urbanización se comparte cada vez más con redes capilares de pequeños actores locales y proyectos *bottom-up* temporales que a menudo se apoyan en prácticas creativas y colaborativas de base para reinventar y revitalizar lugares selectos.

Las características externas de este fenómeno son comunes a muchas ciudades del Norte Global. El papel central de las actividades culturales, de innovación y creativas en los procesos contemporáneos de cambio urbano fue analizado inicialmente por economistas, geógrafos económicos y sociólogos urbanos a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000, y popularizado después por diversos gurús de la regeneración[854]. Estas dinámicas suelen vincularse a enclaves de capital intelectual descritos en la bibliografía como «barrios culturales», «entornos creativos» o «comunidades creativas»: redes locales abiertas y relativamente flexibles con un alto potencial de generación de valor[855]. Las perspectivas críticas, sin embargo, han hecho hincapié en los aspectos negativos de este fenómeno, que incluyen la pérdida de identidades urbanas derivada de la sustitución de poblaciones tradicionales e instalaciones de manufactura ligera, así como la precariedad intrínseca a los nuevos mercados de trabajo intelectual, inmaterial y afectivo[856]. En Milán, estos procesos adquieren especial relevancia si los contrastamos con el trasfondo de perspectivas autonomistas que, ya en la década de 1970, advirtieron los conflictos inherentes a las nuevas formas de trabajo y organización capitalistas facilitadas por la aparición de una intelectualidad de masas, el potencial de las prácticas de base para producir nuevos espacios y sujetos sociales o la cooptación de capacidades comunales de autogestión.

La drástica transformación de la economía y las técnicas de gobernanza desde la década de 1980 exacerbó estas contradicciones, obligando a los incipientes trabajadores «creativos» a una feroz competencia por sobrevivir, coincidiendo con el desmantelamiento de las políticas de *welfare* fordista-keynesiano[857]. En la década de 1970,

la creatividad se había movilizado como una habilidad colaborativa para generar valores de uso y hacer los entornos subalternos más autónomos y cohesionados. En décadas posteriores, la creatividad ha sido reimaginada como un elemento de distinción. Primero se replanteó como un activo que garantizaba la supervivencia individual o grupal en un contexto de crisis intermitentes y de desenfrenado fundamentalismo de mercado; más tarde pasó a considerarse una palanca para el desarrollo inmobiliario y económico. Así, se ha empujado a los trabajadores cognitivo-culturales a volverse resilientes, a resignificar sus capacidades de autovalorización como capital cultural y a utilizar su habilidad para apropiarse y reutilizar el espacio urbano para impulsar sus carreras profesionales. En ese contexto, una serie de lugares selectos empezaron a considerarse no solo como plataformas de encuentros que hacían posible el trabajo creativo a través de la cooperación y el apoyo mutuo, sino también como símbolos de autenticidad y, poco después, como puras marcas: productos únicos que podían comercializarse, como cualquier otra mercancía. Colectivos que habían sido cruciales en la resistencia contra la renovación y gentrificación de los barrios populares pasaron a inducir o incluso liderar estas mismas dinámicas. Con el tiempo, no solo los trabajadores culturales, los artistas y las universidades, sino también algunos centros sociales autogestionados, se convertirían en «agentes de “regeneración urbana”» o en «fábricas de entretenimiento con una cultura política pobre», mientras una legión emergente de *brokers* de la creatividad imitaban sus espacialidades[858].

La captura de momentos creativos en Milán ha pasado por varias etapas: desde un momento inicial de iniciativas *bottom-up* fragmentadas, que lideraron la transformación de zonas estratégicas del núcleo urbano en las décadas de 1980 y 1990, hasta un primer acercamiento por parte del ayuntamiento, con la adopción de la agenda de la ciudad creativa a principios de la década de 2000, y una fase posterior en la década de 2010, con la cooperación activa del Estado promoviendo la innovación y los barrios culturales, y la participación de medianas y grandes empresas inmobiliarias[859]. Quienes celebran la idea de una «Milán creativa» hacen hincapié en su independencia de la acción estatal y del urbanismo convencional. Sin embargo, de hecho, la planificación difusa se caracteriza por la interacción constante entre estrategias capilares de creación de nuevos espacios y diversos esquemas estatales y corporativos de remodelación a diferentes escalas. Desde la década de 1980, estas dinámicas se han integrado y supervisado más estrechamente desde el ayuntamiento. De hecho, podríamos hablar de una fase de subsunción «formal» de la

creatividad, con la apropiación externa de la riqueza creada por el urbanismo de base por parte del Estado y los agentes privados, y de una etapa más reciente de subsunción «real» a medida que las alianzas público-empresariales han adoptado estrategias más sofisticadas para promover, coordinar y reorganizar estos movimientos[860].

Inicialmente, este proceso se concentró en la periferia del núcleo histórico y estuvo relacionado con una acumulación de iniciativas populares reforzadas por las políticas públicas. La gentrificación de Brera, Lazzaretto, Garibaldi, Ticinese, Tortona o los Navigli fue a menudo el resultado de una transfiguración de las propias condiciones y prácticas que habían hecho de estos barrios bastiones populares durante la década de 1970. Ticinese y los Navigli son un buen ejemplo. En las décadas de 1960 y 1970, estas eran las zonas más diversas de la ciudad, en las que convivían grupos de clase media y trabajadora con poblaciones marginales[861]. Un memorable grafiti en una taberna local resumía su atmósfera: «Este es el territorio de la diferencia y todo lo que es diferente es bello»[862]. Pronto estas zonas se convirtieron en el centro neurálgico de las organizaciones de la izquierda radical milanesa, incluyendo la sede de *Rosso,* la célula fundacional de las Brigate Rosse, y varios centros sociales pioneros[863]. Junto a ellos, compartiendo no solo espacios sino en ocasiones también tareas y proyectos comunes, los artistas radicales y jóvenes activistas interesados en el papel político de la cultura pusieron en marcha iniciativas como la galería dirigida por el Collettivo Autonomo Pittori di Porta Ticinese o el CSA Santa Marta, que organizaba cursos gratuitos para futuros trabajadores en los campos de la música, el teatro, el diseño gráfico, el cine y otros medios visuales[864]. Los círculos contraculturales de *Re Nudo* eran especialmente vigorosos en torno a Alzaia Naviglio Grande, donde se mezclaban centros de diseño radical y *boutiques* alternativas que se dirigían al público femenino de la revista con ironía: «¡El Rey está desnudo *[Il re è nudo],* pero la Reina no! ¡Ven a Naviglio 6!»[865]. La «folclorización» del barrio pronto se vio acompañada por dinámicas de renovación residencial de iniciativa tanto privada como pública[866]. La «diferencia» se estaba convirtiendo en algo atractivo y comercializable para una nueva generación de profesionales urbanos. Pronto la base popular tradicional del barrio tuvo que convivir no solo con activistas, okupas y artistas radicales, sino también con una pujante pequeña burguesía intelectual y los servicios asociados a su estilo de vida, especialmente en las privilegiadas zonas ajardinadas situadas entre las iglesias de San Lorenzo Maggiore y Sant'Eustorgio[867]. Ya a principios de la década de 1970, el Sindicato de Inquilinos y el comité vecinal local habían unido

sus fuerzas para exigir políticas públicas que frenaran las subidas de los alquileres, la rehabilitación de edificios y la reutilización de propiedades abandonadas, pero también para pedir medidas que impidieran la mercantilización de las identidades vecinales y el apoyo municipal a los procesos de gentrificación[868].

TICINESE
IN LOTTA

BOLLETTINO DEL COORDINAMENTO COMITATI INQUILINI DEL TICINESE

LA FESTA DEL NAVIGLIO E' VOLUTA DAI PADRONI
OGGI SI ATTIRA L'ATTENZIONE SULLE FACCIATE TIPICHE, DOMANI SI BUTTANO FUORI GLI INQUILINI PER RIORDINARE GLI INTERNI E AFFITTARE A PREZZI ALTISSIMI!

LA CASA È UN DIRITTO DI OGNI PROLETARIO

FIGURA 27. Este número especial de *Ticinese in Lotta* —un boletín elaborado por el comité de inquilinos del barrio— reclamaba medidas para detener la expulsión de los residentes de clase trabajadora de la zona. Las fotografías confrontan la celebración del festival de los Navigli con la gentrificación en curso, mostrando la coexistencia de pancartas y carteles con la exhibición de cuadros a lo largo de los canales. El plano muestra la propuesta del comité para las áreas de Ticinese, Navigli y Tortona, priorizando la construcción y rehabilitación de viviendas sociales, la preservación de fábricas y talleres y la expropiación de lugares estratégicos para

crear instalaciones sociales para los vecinos. Reimpreso de *Ticinese in Lotta,* 2 de junio de 1974, 1, 3, 8-9.

Tras la disgregación de los movimientos autónomos a finales de la década de 1970, decenas de exmilitantes abrieron tiendas alternativas que mercantilizaban la memoria de la lucha y la identidad del barrio como un *souvenir* nostálgico. Mientras tanto, en las avenidas principales de Corso Genova y Corso di Porta Ticinese el comercio minorista tradicional fue reemplazado por tiendas de moda. A principios de la década de 1980 una creciente población de clase media-alta atraída por la renovación del parque residencial en la zona instó al ayuntamiento a aumentar la vigilancia y retirar a drogadictos, prostitutas y travestis de espacios públicos estratégicos. Pronto la policía realizó una serie de redadas contra estos elementos «indeseables»; el ayuntamiento y diversos grupos locales cooperarían después para llenar los espacios «liberados» con programas musicales y espectáculos callejeros para «pacificar» el área[869]. El activista Primo Moroni fue testigo directo del proceso desde su librería Calusca. Habló de un revanchismo perverso que reconfiguraba la zona como un «barrio alternativo artificial», pero que no toleraba la diversidad realmente existente[870]. La diferencia, antaño sello distintivo de los movimientos autónomos, era ahora higienizada y capitalizada; irónicamente, los sectores renegados de Autonomía y los antiguos creativos radicales encabezaban este proceso. La renovación se intensificó en la década de 1990, incluyendo programas de rehabilitación de promoción estatal. Celebrados por algunos académicos como «barrios de moda», hoy Ticinese y los Navigli albergan una prominente red de restaurantes y *boutiques* de moda, estudios fotográficos y agencias de publicidad[871].

Ticinese y los Navigli son casos evidentes de descomunización mediante una renovación difusa, fragmentada y acumulativa. La evolución hacia iniciativas integradas de regeneración *bottom-up* lideradas por «actores creativos» es más evidente en las geografías de Fuorisalone, escaparate anual del diseño y vector fundamental en la transformación de barrios como Brera, Ventura-Lambrate y Tortona. Los antecedentes de Fuorisalone se remontan a la década de 1970, cuando grupos de jóvenes diseñadores y firmas emergentes excluidos del Salone del Mobile —la exposición oficial de muebles que se celebraba en el recinto ferial de la ciudad— comenzaron a utilizar *showrooms* alternativos e improvisados repartidos por toda la ciudad para mostrar sus productos[872]. En un principio, el fenómeno era una mezcla contradictoria de agencias heterogéneas que compartían territorialidades similares, con pequeñas empresas de diseño

relativamente consolidadas, por un lado, y, por otro, redes colaborativas vinculadas a los movimientos del denominado «antidiseño» y la arquitectura radical.

Entre estos últimos se encontraban grupos como Global Tools, que se autodefinía como un «laboratorio para la creatividad individual» y especulaba con la formación de una escuela popular de artes y oficios compuesta por talleres de artes escénicas, cerámica o gastronomía, entre otros; o Studio Alchimia, con sede en Brera, que surgió a mediados de la década de 1970 como una excrecencia cultural del activismo político para organizar exposiciones para diseñadores y artesanos críticos con los métodos de producción convencionales[873]. Muchos de los protagonistas de estos círculos estaban vinculados a colectivos de arquitectura y arte de dentro y fuera de Milán, como Superstudio, Archizoom, el Centro Internazionale di Brera o la Fabbrica di Comunicazione, ubicada en una iglesia ocupada, también en Brera[874]. Sin embargo, algunos de los principales protagonistas de estos grupos fueron virando gradualmente hacia enfoques más convencionales y comerciales, conservando en todo caso sus capacidades como dinamizadores de vida social en torno a espacios concretos. El colectivo Memphis —creado por Ettore Sottsass Jr., una figura fundamental en los círculos del diseño radical— era un buen ejemplo. En 1981, coincidiendo con la inauguración del Salone del Mobile en el recinto ferial oficial, el grupo debutó con una exposición en el *showroom* Arc'74, cerca de la Piazza Fontana, a una manzana de la antigua casa okupa del Hotel Commercio. La exposición fue un gran éxito, convirtiéndose en un pequeño acontecimiento para el área. Su atmósfera lúdica —que se extendía al espacio adyacente en fiestas y acciones en la calle— y la celebración posmoderna de una estética del consumismo se han descrito como una influencia duradera en la iconografía de la emergente *Milano da bere*[875].

En 1983, la revista de diseño *Abitare* informó de la formación en curso de un sistema alternativo de exposiciones «fuori Salone» (es decir, fuera del Salone del Mobile oficial)[876]. En los años siguientes, el fenómeno se desarrolló en torno a ciertas áreas, lo que condujo a principios de la década de 1990 a la organización del Fuorisalone como iniciativa coordinada de diversas redes informales de diseñadores, publicistas y propietarios de espacios de exposición. Hoy el festival presenta más de mil eventos con múltiples organizadores y atrae a más de trescientos mil visitantes cada año, constituyendo un elemento central de la Semana del Diseño de Milán[877]. La marca se ha convertido en una infraestructura global de *marketing* dirigida por empresas de publicidad y gestores de eventos que operan como

agentes de espacios, vendiendo sus servicios a asociaciones vecinales para promocionar sus barrios como *design districts*. Trabajando como intermediarios entre diseñadores, comunidades y propietarios de locales, estos autodenominados *place-makers* crean nuevas marcas de zona en cada edición. Para ello coordinan agrupaciones de exposiciones *ad hoc* —incluyendo no solo galerías, sino también sedes informales como fábricas y almacenes abandonados, *pubs,* viviendas privadas, vestíbulos de hoteles y espacios públicos abiertos— y programan exposiciones y eventos paralelos, fiestas y reuniones sociales, con el fin de destilar y promover un cierto sentido de lugar, posicionando determinados barrios frente a otros enclaves del festival[878]. Tal como hicieron los autonomistas con sus intentos de regenerar espacios en declive, la creatividad y la sociabilidad, la identidad del lugar y las atmósferas lúdicas se movilizan como catalizadores de valorización del territorio. En este caso, sin embargo, la producción de nuevos imaginarios espaciales busca maximizar las oportunidades de beneficio y valor de cambio en lugar de primar los valores de uso, alimenta la competencia intraurbana en lugar de la solidaridad, promueve la transformación de experiencias comunitarias en iniciativas empresariales y moviliza las capacidades colectivas para mercantilizar los barrios, en lugar de alentar su emancipación de la presión de los mercados.



FIGURA 28. Portada de la revista editada por el Centro Internazionale di Brera, con una imagen de las acciones lúdicas ligadas a la okupación de la iglesia de San Carpoforo por el colectivo Fabbrica di Comunicazione. Reimpreso de *Brera Flash* 2, diciembre de 1976-enero de 1977.

Brera, una de las sedes más exitosas del Fuorisalone, también fue pionera en darse a conocer como *design district* en 2010. El impulsor de esta iniciativa fue Studiolabo, una agencia de publicidad y diseño creada por antiguos alumnos del Politecnico que también es

responsable de la creación de **Fuorisalone.it**, sitio oficial de la Design Week[879]. Presentándose como un grupo que busca «crear la identidad de [los] lugar[es]», su cartera incluye no solo la coordinación de otros eventos centrados en la relación entre «innovación y territorio» en el barrio, sino también la «producción» de distritos de diseño en Turín y Shenzhen[880]. Aunque la agencia está en las antípodas de los centros sociales y los colectivos radicales de la década de 1970, existe una conexión subterránea e inquietante con las ideas de estos últimos. Por ejemplo, uno de los primeros centros sociales autogestionados en el núcleo de la ciudad se creó en Brera en 1976, en Via Ciovassino 1. En un momento en que la zona ya estaba amenazada por una incipiente gentrificación, el centro pretendía «construir barrio [en torno a] nuevos estilos de vida […] y comportamientos» con el fin de «repoblar [el área] con proletarios» y crear un «lugar de encuentro para los jóvenes»[881]. Las actividades incluían, junto con acciones estrictamente políticas, «espacios abiertos a las "iniciativas culturales"» de la ciudadanía, asistencia para la organización de fiestas, conciertos y exposiciones, espacios para la producción y venta de productos artesanales y una muestra permanente de artes gráficas, fotografía, pintura y diseño[882]. Parte de ese impulso ya estaba impregnado de una profunda ambigüedad. A solo unas manzanas de este CSA, la antigua iglesia de San Carpoforo fue okupada, también en 1976, para crear la Fabbrica di Comunicazione, otro enclave de activismo con una programación fundamentalmente cultural. Dirigida por el Laboratorio di Comunicazione Militante, la Fabbrica se concibió como un espacio de investigación artística, cultural y social vinculado a los movimientos locales. El proyecto fue aplaudido por el cercano Centro Internazionale di Brera, una iniciativa municipal para la promoción de actividades culturales, gestionada por colectivos independientes y dirigida por Ugo La Pietra, que había participado activamente en la organización de otros proyectos de diseño alternativo. Juntos, pronto albergarían exposiciones internacionales de arte neovanguardista, alimentando el mito de Brera como espacio para la innovación creativa, lo que irónicamente reforzó la gentrificación de la zona[883].



FIGURA 29. Cartel de promoción de una reciente edición de la Design Week en el denominado Brera Design District, la firma privada de *«marketing* territorial» que promueve la actividad comercial y cultural del barrio de Brera. Fuente: Brera Design District.

Aunque los estudiosos de las ciudades creativas insisten en la naturaleza autoorganizada de Fuorisalone, la iniciativa cuenta ahora con un fuerte apoyo del ayuntamiento, que no solo es el principal patrocinador, sino que promueve nuevas ubicaciones vinculadas a proyectos de renovación urbana en curso de ejecución. El ayuntamiento y los agentes empresariales también han aprovechado la popularidad del fenómeno para garantizar el éxito de sus propias iniciativas en los distritos de Fuorisalone. Tortona, otra ubicación clásica del festival, ofrece un ejemplo claro[884]. Via Tortona era a finales de la década de 1970 una zona en la que se mezclaban viviendas obreras con espacios industriales de distinto tamaño, en declive o ya abandonados. Uno de ellos era la sede del Fabbrikone, un

centro social efímero creado por *Rosso* y otros colectivos con el fin de albergar «actividades creativas que superaran el concepto de espectáculo como consumo», para que la gente «pudiera implicarse libremente y encontrar un espacio abierto para su propia creatividad»[885]. Unos años más tarde, en 1983, la creación de Superstudio —una autoproclamada escisión del colectivo de arquitectos florentino— se hizo eco de estas aspiraciones, si bien con objetivos políticos muy diferentes[886]. Inicialmente, se instalaron en el decadente complejo industrial y artesanal de Via Forcella, junto a Via Tortona, creando un espacio alternativo de orientación más comercial para la producción fotográfica, la moda y la edición de arte. Según sus fundadores, el objetivo era «hacer que Milán [fuera] un poco más cosmopolita»[887]. Su éxito alentó iniciativas similares para albergar actividades creativas en catorce edificios industriales de los alrededores[888]. Tras la consolidación del complejo, los alquileres en la zona se dispararon entre 1993 y 2012.

En la actualidad, Tortona alberga varios clústeres creativos, incluyendo agencias de publicidad, estudios de arquitectura y diseño, cines alternativos, marcas de moda, agencias de modelos e instalaciones educativas. El propio Superstudio se ha convertido en un grupo empresarial que posee otros locales, incluido un gran recinto de más de diez mil metros cuadrados en Via Tortona. Se presenta como «un multiespacio moderno, polivalente y versátil […] a disposición de la ciudad de Milán y de importantes eventos internacionales, creado para satisfacer las necesidades de los actores más vitales y de creativos que trabajan en los campos colindantes de la moda, el arte, el diseño, la comunicación, la cultura y el entretenimiento»[889]. Aprovechando estas tendencias y reforzándolas, el ayuntamiento adquirió en 1989 la planta electromecánica de Ansaldo, un gigantesco edificio ubicado frente a los locales de Superstudio. A principios de la década de 2000, coincidiendo con la introducción de la marca Zona Tortona, el arquitecto británico David Chipperfield renovó parte del complejo para albergar el Museo de la Cultura. En 2012, el ayuntamiento convocó un concurso para ceder gratuitamente el uso temporal de otra parte del edificio a colectivos de jóvenes artistas y diseñadores, lo que sería conocido como Oficina Creativa Ansaldo. El proyecto tuvo éxito, pero duró poco. Cuando la actividad cobró impulso en la zona, fue sustituido por BASE, un espacio de gestión privada para la promoción de eventos culturales y de diseño. La iniciativa se presenta como un proyecto de «regeneración urbana, planificación conjunta e innovación en las industrias creativas» destinado a producir «nuevas ideas para las ciudades del siglo XXI» e impulsar «el estatus de Milán

entre las grandes capitales de la producción creativa»[890].

El proyecto más complejo e interesante en esta línea es la operación Porta Nuova, una iniciativa público-privada que aúna elementos de reestructuración a gran escala y la captura de iniciativas de valorización *bottom-up,* una especie de «blanqueo» participativo ante el intenso conflicto con los colectivos de base[891]. El proyecto —todavía en curso en el momento de escribir estas líneas, al igual que otros en este capítulo— transforma una vasta extensión de terreno de más de treinta hectáreas en las zonas de Garibaldi-Repubblica, Isola y Varesine. Dada su envergadura y la colaboración de administraciones públicas y grandes operadores inmobiliarios multinacionales, este caso podría formar parte del análisis de megaproyectos de la sección anterior. Sin embargo, algunos aspectos de Porta Nuova revelan la convergencia gradual de esas grandes maquinarias de desarrollo con agencias a pequeña escala vinculadas a urbanismos creativos y difusos. Los intentos de transformar la zona se remontan al Plan General de 1953, que preveía la creación de un centro de negocios al norte del núcleo histórico, entre la Estación Central y la Estación Garibaldi. Parte de este esquema se implementó con prontitud, pero, como vimos, la zona en torno a Garibaldi e Isola, con una fuerte base popular, se resistió a la renovación urbana con la creación en 1969 de uno de los primeros y más beligerantes comités de barrio y la colaboración del Sindicato de Inquilinos y estudiantes del Politecnico[892].

En 1991, tras varios intentos fallidos de reactivar el proyecto, la Associazione Interessi Metropolitani —un *think tank* que apoya iniciativas para el desarrollo económico del área metropolitana de Milán— organizó un concurso internacional de diseño para la creación de un complejo de oficinas y la sede del gobierno regional[893]. La propuesta ganadora, firmada por el arquitecto Pierluigi Nicolin, no cumplía los estándares exigidos de espacios abiertos y equipamientos y fue rechazada en los tribunales tras una nueva ronda de protestas [894]. A principios de la década de 2000, la iniciativa cobró un nuevo impulso con la incorporación del gigante inmobiliario estadounidense Hines Partners como promotor principal y un nuevo proyecto de Cesar Pelli que ampliaba el ámbito de intervención para erigir la llamada Città della Moda, anunciada como nuevo *hub* del diseño milanés[895]. Esta vez, la indiferencia de las firmas de moda locales, que preferían sus ubicaciones tradicionales en el centro histórico, contribuyó a retrasar la operación. Simultáneamente, los vecinos se unieron a grupos de artesanos y estudiantes activistas para crear Cantieri Isola. Entre otras acciones, el colectivo okupó una antigua fábrica

abandonada —la Stecca degli Artigiani— en 2001 para desarrollar actividades artesanales y críticas asociadas a la lucha contra la reestructuración urbana.

En el seno de Cantieri Isola se desarrollaron nuevos grupos con posturas diferentes, como el Comitato I Mile y Forum Isola, que incluía la llamada Oficina para la Transformación Urbana, posteriormente integrada en Isola Art Center, un colectivo de artistas radicales que operaba en Stecca. Forum Isola abogaba no solo por una alternativa de remodelación menos especulativa y acorde con los intereses del barrio, sino también por la adopción de medidas que frenaran la gentrificación en curso en la zona. Hines, que hasta entonces se había negado a negociar, aprovechó los desacuerdos entre Cantieri Isola y Forum Isola y ofreció la mediación del arquitecto Stefano Boeri en un nuevo esquema de diseño, abierto a la participación ciudadana. Pero el propio Boeri resultó ser un compañero de viaje problemático. Pronto comenzó a criticar el conservadurismo de la izquierda «convencional» frente a la «modernización» urbana, advirtiendo que la «nostalgia por lo "auténtico"» era de poca ayuda para los vecinos más débiles. «Isola», decía, «ya no era auténtica» porque un enjambre de «profesionales sensibles como [él]», atraídos por «galerías experimentales [...] negocios ecosolidarios» y la compañía de «artistas y artesanos innovadores», estaba conquistando el barrio[896]. La única opción, concluyó, era intentar armonizar la inevitable transformación de la zona con las necesidades de las comunidades locales.

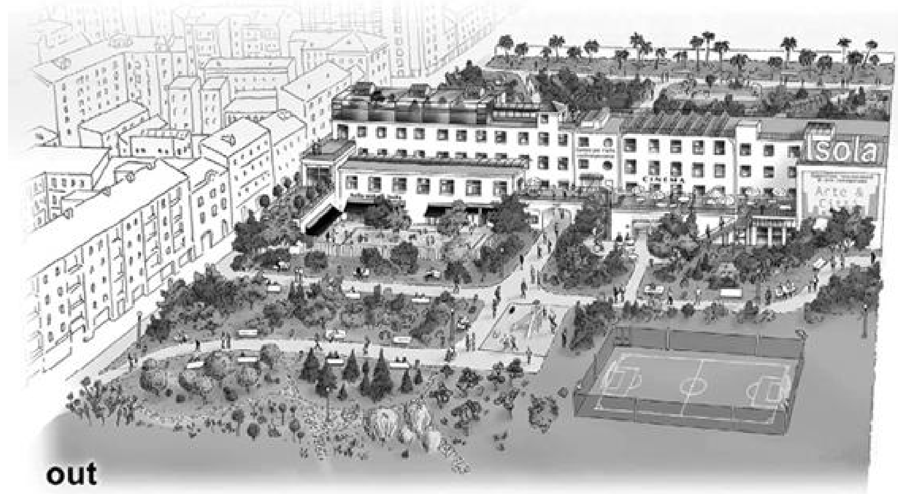


FIGURA 30. «Archivo de los Deseos» (Proyecto Stecca), de Forum Isola/Office for Urban Transformation (OUT, 2003). Apoyándose en una amplia encuesta a

residentes y asociaciones locales del área de Porta Nuova, la propuesta reinventaba la zona en torno a Stecca degli Artigiani como un espacio de reproducción cotidiana que incluía una guardería, un parque infantil y otras instalaciones de ocio y talleres para artesanos y artistas. Copyright: Bert Theis Archive.

Sin embargo, incluso esta poco alentadora promesa de mediación era ilusoria. La maniobra de Hines pronto demostró ser una mera estrategia para cooptar a parte de los colectivos resistentes y dividir aún más a sus oponentes, dejando poco espacio para adaptar el proyecto a las demandas locales. Cantieri Isola y otros grupos locales apoyaron finalmente un diseño que conservaba los principales aspectos de la propuesta de la promotora —incluida su colosal superficie edificable— y se limitaba a introducir pequeñas variaciones en la distribución de los volúmenes resultantes[897]. Presentar a los vecinos como protagonistas permitió a Hines ganar legitimidad y sacar el proyecto adelante. El papel central de las luchas simbólicas en torno a la iniciativa comunitaria y la creatividad para reactivar la iniciativa es crucial para lo que aquí nos ocupa. El acuerdo implicaba la demolición de Stecca y la expulsión del Isola Art Center, que se había convertido en un emblema de resistencia para el barrio. En compensación, Hines cedió la gestión temporal de una futura instalación privada a ADA Stecca, una escisión cultural de Cantieri Isola integrada por jóvenes arquitectos y diseñadores, algunos de ellos próximos a Boeri[898]. Stecca 3.0, el nuevo edificio —también diseñado por este arquitecto—, se definió como un «Incubador de Arte». Su presencia material es insignificante en el esquema general —apenas el 0,5% de la edificabilidad total de la iniciativa—, pero sirve para legitimar el supuesto «papel fundamental de la operación en la red de hitos culturales de la ciudad» y el «amplio diálogo con las comunidades locales», lo que, según el sitio web oficial de Porta Nuova, hace que el proyecto esté «afinado para prestar la mayor atención posible al carácter y al pasado [del lugar]»[899]. Además de un programa despolitizado —que incluye, entre otras actividades, cursos de alimentación saludable, proyectos caseros de bricolaje y microeconomía—, ADA Stecca ha promovido la iniciativa Isola Design District y su correspondiente Design Week para el Fuorisalone, organizando talleres sobre temas como la relación entre la creatividad y la vida urbana, la innovación, el diseño y las ciudades inteligentes. Por anecdótico que parezca, este pequeño dispositivo constituye una pieza fundamental de los mastodónticos procesos que tienen lugar en las inmediaciones y simboliza una nueva generación de políticas. La cooptación del potencial comunal en la zona no solo ha sido clave para facilitar la penetración del capital, sino que se ha convertido en

un nuevo motor de erosión de los comunes a través de la domesticación de las energías colaborativas. A pocos metros de Stecca 3.0, en Via de Castillia, en el antiguo emplazamiento de Stecca degli Artigiani y de la sede del beligerante comité vecinal de los sesenta, ahora se levanta el llamado Bosco Verticale, las torres de pisos de lujo de Boeri, convertidas en un icono destacado del proyecto.

En 2011, el propio Boeri se convirtió en uno de los protagonistas del «cambio» político en el ayuntamiento con su nombramiento como concejal de Cultura del nuevo gabinete de Giuliano Pisapia. Militante de Democrazia Proletaria a finales de la década de 1970 y candidato independiente próximo a la socialdemocracia en 2011, Pisapia era el primer alcalde de centro-izquierda de Milán en casi dos décadas. Su campaña prometía dar prioridad a las políticas de justicia social y la participación ciudadana. La nueva actitud no tardó en hacerse patente, al menos en el discurso. La retórica del Piano di Governo del Territorio de 2012 se centraba en la recuperación de «la ciudad como un bien común»[900]. Pronto se pusieron en marcha diversos programas de apoyo a las asociaciones de base, ahora celebradas como líderes de la innovación urbana. Los planteamientos combinaban la promoción de la creatividad y la innovación *bottom-up* con políticas de inclusión y participación social en un intento ambivalente de implicar a las iniciativas ciudadanas en la producción de un imaginario alternativo, pero sobre todo rentable, para la ciudad. Las políticas de *welfare* se reformularon como una «herramienta para el desarrollo económico local», que permitía a «las personas ser creativas, productivas y emprendedoras»[901]. Más que una transformación radical, por tanto, podría decirse que el resultado global de esta nueva etapa —incluida la administración del sucesor de Pisapia, Giuseppe Sala— es una revisión de las políticas anteriores con un enfoque social cosmético, basado en la incorporación más o menos superficial de procesos participativos, economías colaborativas y redes de innovación. El nuevo esquema de gobierno constituye un paso más en la realineación de las formas remanentes de autorreproducción y autogestión de base con un proyecto concebido para engrasar, afinar y diversificar la *growth machine* milanesa.



FIGURA 31. Lido BAM en la «Biblioteca de árboles», 2020. El parque central de la operación Porta Nuova es gestionado por la fundación privada de la familia de Riccardo Catella, promotor y socio de Hines en el desarrollo del área. Esta organización alquila regularmente espacios de la zona verde para eventos corporativos y lúdicos. En el verano tras el confinamiento por la pandemia inauguró el llamado Lido BAM, un recinto cerrado para el acceso de pago a zonas exclusivas del parque. Copyright: Alamy.

La política urbana ha sido uno de los vehículos de este ambiguo enfoque. Junto con la continuidad de los megaproyectos —incluida la polémica Feria Mundial de 2015—, el ayuntamiento puso en marcha iniciativas a pequeña escala cogestionadas con grupos de ciudadanos. Aunque estas medidas destacan en el discurso oficial, su impacto en el presupuesto municipal es prácticamente irrelevante en comparación con la inversión en grandes iniciativas de reestructuración. Los proyectos han sido liderados a menudo por grupos de clase media, que suelen buscar la mejora material de enclaves estratégicos en barrios con una fuerte presión gentrificadora como los Navigli o Isola, especialmente la creación y conservación de espacios públicos y jardines comunitarios[902]. Para conseguir subvenciones, se incitó a los colectivos de ciudadanos a convertirse en entidades formales, a competir entre sí para obtener fondos y adoptar una ideología de regeneración urbana libre de ingredientes antagónicos. Los esquemas promueven así la institucionalización de iniciativas colaborativas hasta entonces relativamente informales, obligándolas a asumir una lógica empresarial en la creación de lugares y la promoción de sus barrios. Los incentivos a la innovación también han movilizado el

lenguaje del urbanismo *smart* y de las economías colaborativas para profundizar en enfoques de gobernanza neoliberales convencionales, como el *welfare* selectivo y el estímulo de la iniciativa privada en zonas desfavorecidas estratégicas[903].

Estos proyectos no solo resignifican la creatividad desde una perspectiva empresarial, sino también el propio espíritu de colaboración y organización de base. Aunque se centran en parte en grupos sociales necesitados de ayuda, tienden a olvidar las desventajas territoriales y vulnerabilidades estructurales de los barrios en los que se desarrollan, haciendo hincapié en la capacidad de pioneros emprendedores selectos para rescatar islas de valor que luego se lanzan a las incertidumbres de las *gig economies*. Los viveros de nuevas tecnologías y economías colaborativas, por ejemplo, tratan de reforzar las tendencias ya en marcha en puntos calientes de la ciudad, pero también intentan desencadenar dinámicas similares en las periferias en declive. Entre las primeras se incluyen iniciativas como el Co-Hub de Ticinese, «el primer hogar para las economías colaborativas en Europa, que aborda la necesidad de agregación, debate y planificación de nuevas rutas de valor»[904]; el Smart City Lab, un «laboratorio de innovación», vivero de empresas y sala de exposición de iniciativas para mejorar la vida urbana a través de la tecnología, situado en una antigua planta de Pirelli en Via Ripamonti, cerca de la Fundación Prada de Rem Koolhaas y del nuevo centro de negocios Symbiosis[905]; Santería Toscana 31, un «centro cultural [y] fábrica creativa» de gestión privada para «profesionales de los campos del arte, la música, la tecnología digital y los negocios de alimentación y bebidas»[906], instalado en una propiedad pública tras el desalojo de un centro social de arte autogestionado, o Milano LUISS Hub, cerca de Porta Nuova. En las zonas periféricas, el ayuntamiento ha apoyado iniciativas como FabriQ, un «incubador de innovación social» en Quarto Oggiaro, concebido por uno de los autores intelectuales del distrito de diseño Ventura-Lambrate del Fuorisalone. El proyecto forma parte de Creative Makers, un programa lanzado en 2013 para la activación de esquemas de microemprendimiento en zonas deprimidas[907].

Las iniciativas en las periferias pretenden difundir el discurso de las *smart cities* y la ciudad creativa, pero también evocan reivindicaciones históricas de centralidad y de afirmación de las capacidades creativas en estos barrios, que en la década de 1970 habían desarrollado una respuesta comunitaria a través de los círculos de jóvenes proletarios y de los CSA. Aunque ambos fenómenos comparten ciertos contenidos y formatos organizativos, sus objetivos no podrían ser más distintos. Las experiencias de la década de 1970 conectaron a toda la ciudad en una

red solidaria, apuntando hacia una revolución urbana que alterara las jerarquías establecidas entre centro y periferia, entre producción y cuidados, dando prioridad a la autorreproducción de las comunidades subalternas. En el siglo XXI, el nuevo archipiélago de centros «colaborativos», espacios «inteligentes» y barrios «creativos» está cada vez más coordinado desde arriba, impulsado por agencias corporativas y orientado hacia un sutil disciplinamiento de lugares y poblaciones rezagados en un contexto de austeridad creciente. Como los urbanismos autónomos, aspira a conectar diferentes zonas de la ciudad entre sí y con el mundo exterior, pero subordinando las periferias al centro y la metrópoli a los circuitos globales, un proceso que conserva y agudiza las jerarquías sociales y territoriales existentes.

En el momento de cerrar este libro, la estrategia de integrar la iniciativa popular y los urbanismos tácticos en dinámicas de valorización de lugares a gran escala parece estar pasando a una nueva fase con la fabricación artificial de zonas autogestionadas y de innovación en el programa Scali Ferroviari, adoptado recientemente. La iniciativa, negociada desde 2005 y confirmada por el Plan para el Gobierno del Territorio de 2012, busca la renovación de antiguas estaciones e infraestructuras ferroviarias con desarrollos de uso mixto[908]. Aunque el suelo es principalmente público, la mayor parte de las viviendas se producirán para el mercado libre[909]. El programa se centra en ubicaciones que puedan crear sinergias con nodos de regeneración urbana ya existentes: zonas relativamente degradadas cerca de puntos estratégicos como la Fundación Prada y el centro de negocios Symbiosis junto a Porta Romana, barrios con procesos de gentrificación en curso como Porta Genova en Tortona, incluidos clústeres vinculados a la moda, el diseño y otras actividades creativas, o intervenciones que rearticulen megaproyectos existentes, como la operación Farini, que conecta Porta Nuova y Bovisa[910]. Si se aplica por completo, la iniciativa producirá transformaciones sin precedentes en el régimen de centralidad de la ciudad.

Pero aún más interesante desde la perspectiva de la innovación urbanística es el esquema propuesto para poner en marcha el programa en 2017. El proyecto comenzó con la promoción municipal de prácticas de apropiación ciudadana en ámbitos estratégicos, donde asociaciones de base reconocidas oficialmente y pequeñas empresas de regeneración pueden autogestionar actividades provisionales durante un máximo de dos o tres años. Según el ayuntamiento, el objetivo es «restituir inmediatamente a los ciudadanos zonas para que no estén abandonadas y deterioradas, sino vivas y accesibles», permitiéndoles «anticipar y experimentar soluciones funcionales e innovadoras […],

espacios para el deporte, la educación, el entretenimiento, así como espacios para la creatividad y el trabajo de los jóvenes»[911]. Los usos ya acordados con diferentes asociaciones y organismos incluyen actividades educativas, huertos, instalaciones deportivas, pistas de patinaje, espacios para espectáculos y laboratorios de agregación cultural. Es importante tener en cuenta que se trata de actividades temporales, que serán sustituidas por desarrollos convencionales en un futuro próximo. Aunque aún es pronto para evaluar el resultado de este programa, este régimen de apropiación ciudadana vigilada parece diseñado para captar las capacidades de base como «incubadoras de valor». Al activar procesos de valorización de bajo coste en zonas actualmente marginales o abandonadas, estas formas domesticadas de comunización efímera allanan el camino para la renovación a gran escala, que inevitablemente desplazará las prácticas y espacios improvisados por la ciudadanía.

Al final de nuestro recorrido histórico, la división entre pasado, presente y futuro se difumina, planteando un difícil dilema acerca de la viabilidad de los comunes en un momento en que la urbanización capitalista parece cada vez más capaz de subsumir las energías cooperativas bajo su lógica, incluso mientras sigue reprimiendo y neutralizando sus aspectos antagónicos. Autonomía surgió como un intento desesperado y ambicioso de reafirmar las capacidades comunales y de autorreproducción frente a la reestructuración económica, la austeridad y la descomposición de clase durante la transición hacia un nuevo orden industrial. Esta pretensión se vio brutalmente interrumpida, pero las cuestiones planteadas por los colectivos autónomos siguen en gran medida sin respuesta. Paolo Virno caracterizó el Movimiento de 1977 como la primera criatura del postfordismo, y Antonio Negri interpretó algunos de sus aspectos como un adelanto de las transformaciones sociales actuales[912]. Pero la relevancia de las aspiraciones autonomistas también puede medirse desde la perspectiva de los recientes intentos de apoderarse y resignificar los patrones organizativos y territoriales de la creatividad colectiva con nuevas formas de urbanismo. La capacidad de desplegar nuevas estructuras organizativas y territoriales fue un rasgo distintivo del carácter del movimiento como proceso abierto. Los esquemas de planificación difusa en Milán replican de manera problemática esa misma esencia. La forma urbana y la forma política se entremezclan y solapan, y se desarrollan nuevos aparatos de captura espacial para subsumir y mercantilizar las capacidades comunales de autogestión y autovalorización. No es casualidad que tanto los urbanismos creativos autonomistas como los neoliberales hagan hincapié en la condición

emergente como cualidad inherente al proceso urbanizador. En la década de 1970, los CSA, los círculos juveniles y los colectivos de barrio fueron descritos como «incubadoras de disidencia y recomposición de clase», una cuna rebelde para el antagonismo y la autonomía[913]. Invirtiendo esta lógica, los artefactos del *urban renaissance* milanés se presentan también como viveros de un tipo de valor diferente: la producción de lugares *smart,* enclaves de innovación social y *start-ups* creativas, las semillas de futuras concentraciones de renta que crecerán para ampliar los paisajes de la urbanización neoliberal.

---

697 David Harvey, «Neoliberalism as Creative Destruction», *Geografiska Annaler, series B, Human Geography* 88 (2006): 145-158 [«El neoliberalismo como destrucción creativa», *Apuntes Del Cenes* 27 (2008): 10-34]; Hardt y Negri, *Commonwealth,* ix-x.

698 Primo Moroni, «Militarizzazione del Ticinese», en *La luna sotto casa: Milano tra rivolta esistenziale e movimenti politici,* ed. John N. Martin y Primo Moroni (Milán: Shake, 2007), 190-196, 195.

699 Citado en Claudio del Bello (ed.), *Una sparatoria tranquilla. Per una storia orale del '77* (Roma: Odradek, 2005), 276.

700 Sobre el Movimiento de 1977, véase Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (eds.), *Settantasette: la rivoluzione che viene* (Roma: DeriveApprodi, 2004); Marco Grispigni, *1977* (Roma: Manifestolibri, 2006).

701 John Foot, *Milano dopo il miracolo: biografia di una città* (Milán: Feltrinelli, 2003); Marianna D'Ovidio, «Milano, città duale?», en *Milano e le città d'Europa tra competitività e disuguaglianze,* ed. Constanzo Ranci (Santarcangelo di Romagna: Maggioli, 2009), 9-72; Roberta Cucca, «Crescita diseguale. Gli impatti sociali della transizione al postfordismo nelle città europee», en *Città nella rete globale: competitività e disuguaglianze in sei città europee,* ed. Constanzo Ranci (Milán: Mondadori, 2010), 79-115; Maria Cristina Gibelli, «Milano: da metropoli fordista a mecca del real estate», *Meridiana* 85 (2016): 61-80.

702 Paolo Virno, «Do You Remember Counterrevolution?», en *Radical Thought in Italy: A Potential Politics,* ed. Paolo Virno y Michael Hardt (Mineápolis: University of Minnesota Press, 1996), 241-259, 242-243 [existe traducción al castellano en Paolo Virno, *Virtuosismo y revolución: la acción política en la época del desencanto* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2003), 127-153].

703 Virno, «Do You Remember Counterrevolution?», 241.

704 Véase un enfoque crítico de la celebración contemporánea de la creatividad en Max Haiven, *Crises of Imagination, Crisis of Power: Capitalism, Creativity, and the Commons* (Londres: Zed Books, 2014); Oli Mould, *Against Creativity* (Londres: Verso, 2018).

705 Collettivo Autonomo Pittori di Porta Ticinese, «Arte e società: Intervento», *Brera Flash* 2 (diciembre de 1976-enero de 1977): 6.

706 Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988* (Londres: Penguin, 1990), 210; Guido Crainz, *Il paese mancato: dal miracolo economico agli anni ottanta* (Roma: Donzelli, 2003), 13-15.

707 Crainz, *Il paese mancato,* 417; Carlo Spagnolo, *La stabilizzazione incompiuta: il piano Marshall in Italia, 1947-1952* (Roma: Carocci, 2001).

708 Giuseppe Campos Venuti, «Cinquant'anni: tre generazioni urbanistiche», en *Cinquant'anni di urbanistica in Italia, 1942-1992,* ed. Giuseppe Campos Venuti y Federico Oliva (Bari: Laterza, 1993), 5-39, 21-23 [*Cincuenta años de urbanística en Italia 1942-1992* (Madrid: Universidad Carlos III, 1994)].

709 Ginsborg, *History of Contemporary Italy,* 271-272; Campos Venuti, «Cinquant'anni», 13-17.

710 Marcello Tari, *Un comunismo más fuerte que la metrópoli: la Autonomía italiana en la década de 1970* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2016), 163.

711 «Operai contro la metropoli», *Rosso* 8 (24 de abril de 1976): 2; y, en el mismo número, «Un comunismo più forte della metropoli», 4.

712 Sergio Bologna, «La tribù delle talpe», *Primo Maggio* 8 (1977): 3-18, 5-6.

713 Declaraciones de detenidos durante los disturbios de marzo de 1977 en Bolonia, citados en Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti (eds.), *Gli autonomi, vol. 1, Le storie, le lotte, le teorie* (Roma: DeriveApprodi, 2007), 273.

714 Citado en Sylvere Lotringer y Christian Marazzi (eds.), *Autonomia: Post-political Politics* (Cambridge, MA: MIT Press, Semiotext(e), 2007), v.

715 «Prendiamoci la città», *Lotta Continua,* 11 de junio de 1971, 18-19, 19.

716 Piperno, «Autonomia possibile».

717 Periódico de barrio de Primavalle, Roma, 1976, citado en Luciano Villani, «The Struggle for Housing in Rome», en *Cities Contested: Urban Politics, Heritage and Social Movements in Italy and West Germany in the 1970s,* ed. Martin Baumeister, Bruno Bonomo y Dieter Schott (Fráncfort: Campus, 2017), 321-346, 331; «Contributo alla discussione nel movimento», *Finalmente il cielo è caduto sulla terra: la rivoluzione,* 12 de marzo de 1977, 2-3, 3; «La rivoluzione è finita abbiamo vinto!», *A/traverso,* junio de 1977, 1.

718 Tari, *Un comunismo,* 62; Giorgio Bocca, *Il caso 7 aprile: Toni Negri e la grande inquisizione* (Milán: Feltrinelli, 1980), 87.

719 Véase una exploración de las implicaciones urbanas y arquitectónicas del movimiento más allá de estas metáforas en Pier Vittorio Aureli, *The Project of Autonomy: Politics and Architecture within and against Capitalism* (Nueva York: Princeton Architectural Press, 2008), y Alexander Vasudevan, *The Autonomous City: A History of Urban Squatting* (Londres: Verso, 2017), 150-183 [*La ciudad autónoma: una historia de la okupación urbana* (Madrid: Alianza Editorial, 2023)].

720 Alberto Magnaghi, Augusto Perelli, Roccardo Sarfatti y Cesare Stevan, *La città fabbrica: contributi per un'analisi di clase del territorio* (Milán: CLUP, 1970); Collettivo Autonomo Tradatese, «La fabbrica diffussa», *Rosso* 13-14 (12 de diciembre de 1976):

11; «Appunti sulla questione del potere nella società urbana», *L'altra Roma* 8-9 (1976): 2-4, 3. Véase también David Harvey, «Flexible Accumulation through Urbanization: Reflections on "Post-modernism" in the American City», *Antipode* 19 (1987): 260-286; Sergio Bologna, «Workerism beyond Fordism: On the Lineage of Italian Workerism», *Viewpoint Magazine,* 15 de diciembre de 2014, **https://www.viewpointmag.com**.

721 «Agnelli inaugura la "città ghetto"», *Rosso* 15 (marzo-abril de 1975): 12-15, 12.

722 *Ibidem, Rosso,* 12.

723 «Appunti sulla questione del potere», *L'altra Roma,* 3; Tari, *Un comunismo,* 48.

724 Negri, *Books for Burning,* cap. 1, «Crisis of the Planner-State», y cap. 3, «Proletarians and the State».

725 Christian Marazzi, «La crisi del "Doppio mulinello"», *Primo Maggio* 9-10 (1977): 113-118, 115.

726 Giorgio Ferrari y G. Marco D'Ubaldo, *Gli autonomi, vol. 4, L'Autonomia operaia romana* (Roma: DeriveApprodi, 2007), 51; Primo Moroni, «Un certo uso sociale dello spazio urbano», en Martin y Moroni, *La luna sotto casa,* 168-189.

727 «Un'altra giornata di tumulti in Piazza Statuto», *La Stampa,* 10 de julio de 1962, 2.

728 «Giornata di violenze a Torino», *La Stampa,* 4 de julio de 1969, 1, 4.

729 Diego Giachetti, *Il giorno più lungo: la rivolta di Corso Traiano* (Pisa: BFS, 1997).

730 Los trabajadores reinventaron la fábrica desde una perspectiva horizontal descentralizada que combinaba masivas huelgas salvajes, *scioperi bianchi* («huelgas blancas», reducciones de actividad y huelgas de celo), *scioperi a singhiozzo* («huelgas de hipo», interrupciones breves e intermitentes de la producción), *scioperi a scacchiera* («huelgas de tablero de ajedrez», breves huelgas rotativas en determinados departamentos para sembrar el caos en la línea de montaje), marchas en el interior de la fábrica y bloqueos en las puertas para evitar el tráfico de mercancías. Véase Alessandro Pizzorno, Emilio Reyneri, Marino Regini e Ida Regalia, *Lotte operaie e sindacato: il ciclo 1968-1972 in Italia* (Bolonia: Il Mulino, 1978); Sidney Tarrow, *Strangers at the Gates: Movements and States in Contentious Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), 139.

731 Comitato Unitario di Base della Pirelli, «Lotta alla Pirelli», *Linea di Massa,* 1 de marzo, 1969.

732 Nanni Balestrini y Primo Moroni, *L'orda d'oro, 1968-1977: la grande ondata rivoluzionaria e creative, politica ed esistenziale,* 2.ª ed. (Milán: Feltrinelli, 2003), 202 ss. [*La horda de oro: la gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2006)].

733 Renato Curcio, *Manifesto per una Università Negativa,* panfleto (Trento: Università Negativa, 1967), 1, 4-5.

734 «Occupato l'ex-albergo Commercio», *Corriere della Sera*, 19 de noviembre de 1968, 8.

735 Giuseppe Natale, «L'occupazione dell'Hotel Commercio a Milano», *Quaderni Piacentini* 37 (1969): 109-114, 111.

736 *Ibidem,* 109, 112.

737 Ginsborg, *History of Contemporary Italy, 324*.

738 Valeria Erba, «La variante generale del 1976: un difficile tentativo di urbanistica alternativa», en Giuseppe Campos Venuti, Antonello Boatti, Annapaola Canevari, Valeria Erba y Federico Oliva, *Un secolo di urbanistica a Milano* (Milán: CLUP, 1986), 127-163, 129.

739 Andreina Daolio (ed.), *Le lotte per la casa in Italia: Milano, Torino, Roma, Napoli* (Milán: Feltrinelli, 1976), 14-15; «Appunti sulla questione del potere», *L'altra Roma.*

740 El trabajo académico crítico sobre este tema fue, en todo caso, tremendamente intenso en un momento de politización generalizada en la universidad. Incluso una breve síntesis de las contribuciones más relevantes requeriría mucho más espacio del aquí disponible. A modo de ilustración, véanse Marino Folin, *La città del capitale: per una fondazione materialistica dell'architettura* (Bari: De Donato, 1972) [*La ciudad del capital y otros escritos* (México D.F.: Gustavo Gili, 1977)]; Magnaghi *et al., La città fabbrica*; Donatella Calabi y Francesco Indovina, «Sull'uso capitalistico del territorio», *Archivio di Studi Urbani e Regionali* 4 (1973): 3-20; Francesco Indovina (ed.), *Capitale e territorio* (Milán: Franco Angeli, 1976). Pueden encontrarse abundantes ejemplos de investigaciones militantes que combinan activismo y erudición en la serie de libros publicada por Feltrinelli, incluyendo Mario Boffi, Stefano Cofini, Alberto Giasanti y Enzo Mingione, *Città e conflitto sociale: inchiesta al Garibaldi-Isola e in altri quartieri periferici di Milano* (Milán: Feltrinelli, 1972); Francesco di Caccia, *La condizione urbana. Storia dell'Unione Inquilini* (Milán: Feltrinelli, 1974), y Giuliano della Pergola, *Diritto alla città e lotte urbane* (Milán: Feltrinelli, 1974).

741 Rivolta Femminile, «Manifesto» (panfleto; Roma y Milán, 1970); Rivolta Femminile, «Assenza della donna dai momenti celebrativi della manifestazione creativa maschile» (1971), en *Sputiamo su Hegel e altri scritti,* ed. Carla Lonzi (Milán: Rivolta Femminile, 1974), 63-65 [*Escupamos sobre Hegel y otros escritos* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2018)]; Movimento di Lotta Femminile di Padova, «Manifesto programmatico per la lotta delle casalinga nel quartiere» (panfleto; Padua, 1971).

742 Balestrini y Moroni, *L'orda d'oro,* 385-391.

743 Collettivo Politico Metropolitano, «Lotta sociale e organizzazione nella metropoli» (folleto; Milán, 1970), **http://www.autprol.org**.

744 «Prendiamoci la città», *Lotta Continua,* 12 de noviembre de 1970, 2-5, 3.

745 *Ibidem,* 3.

746 *Ibidem.*

747 *Ibidem,* 11 de junio de 1971, 18-19.

748 Boffi *et al.*, *Città,* 155.

749 Balestrini y Moroni, *L'orda d'oro,* 468; Luigi Bobbio, *Storia di Lotta Continua*

(Milán: Feltrinelli, 1988), 85.

750 Francesco Bartolini, «Changing Cities: An Urban Question for the Italian Communist Party», en Baumeister, Bonomo y Schott, *Cities Contested,* 53-72, 61-62.

751 Renato Zangheri, citado en Bartolini, «Changing Cities», 62; énfasis añadido.

752 Anna Maria Artale y Giorgio Mariani, «Territorio e centralità operaia», *L'altra Roma* 6-7 (1976): 5-7; Paola Rispoli (ed.), *I consigli di zona: una cerniera che manca* (Roma: Sapere, 1974).

753 Véase una síntesis en inglés en «Working Class Struggles in Italy», número especial de *Radical America* 7 (1973), incluyendo una colección de extractos de Lotta Continua.

754 Moroni, «Un certo uso».

755 Villani, «Struggle for Housing», 328; Alfredo Agustoni y Carmela Rozza, *Diritto alla casa, diritto alla città: questione abitativa e movimento degli inquilini a Milano, 1903-2003* (Roma: Aracne, 2005), 97-120. Un tercio de los cuarenta y tres comités de barrio de Turín, por ejemplo, tenían una base demócrata cristiana a mediados de la década de 1970; su contribución a la política local fue elogiada incluso por un informe encargado por Fiat después del impacto de la histórica ocupación de su planta de Mirafiori; véase «I comitati di quartiere», *La Stampa,* 24 de marzo de 1974, 9.

756 Di Caccia, *La condizione urbana.*

757 Unione Inquilini di Milano e Provinzia, *Costruiamo l'organizzazione di massa dei proletari nei caseggiati e nei quartieri* (Milán, s.f. [1974]), 3-5; Boffi *et al., Città,* 150.

758 Antonio Brizioli y Bert Theis, «Isola, an Italian Urban Story», en *Fight-Specific Isola: Art, Architecture, Activism and the Future of the City,* ed. Isola Art Center (Berlín: Archive Books, 2013), 25-68.

759 Panfleto del comité de barrio, citado en Boffi *et al., Città,* 141.

760 Daolio, *Lotte,* 58; Aguston y Rozza, *Diritto alla casa,* 117.

761 Villani, «Struggle for Housing», 327; «Torino: una giornata di lotta dura», *Lotta Continua,* 11 de junio de 1971, 4-5; «La riforma della casa la facciamo da noi», *Lotta Continua,* 11 de junio de 1971, 20-23; número especial of *Lotta Continua,* 26 de junio de 1971, esp. 16-20; y las noticias en *L'Unità,* 10 y 11 de junio, 197.

762 «La riforma», *Lotta Continua,* 22.

763 *Ibidem,* 21.

764 *Lotta Continua,* 26 de junio de 1971, 17.

765 *Ibidem,* 6-7, 19-20.

766 «Milano: accordo fra i senzatetto e il Comune», *L'Unità,* 12 de junio de 1971, 2.

767 Bianchi y Caminiti, *Gli autonomi,* 1: 344.

768 Para una historia de los primeros pasos del movimiento, véase Comitati Autonomi Operai di Roma (ed.), *Autonomia operaia* (Roma: Savelli, 1976).

769 Ferrari y D'Ubaldo, *Gli autonomi,* vol. 4; Marcello Tari, «Fuochi di Autonomia a nordest», en Bianchi y Caminiti, *Gli autonomi,* 1: 242-254, 1: 245 ss; Luca Chiurchiù, *La rivoluzione è finita abbiamo vinto: storia della rivista A/traverso* (Roma: DeriveApprodi, 2017).

770 *Rosso* funcionaba como el centro de una red de cientos de colectivos territoriales en todo el país. Grupo Gramsci, «Una proposta per un diverso modo di fare politica», *Rosso* 7 (diciembre de 1973): 9-10; Tari, *Un comunismo,* 222-223.

771 «Rompiamo il ghetto del quartiere», *Rosso* 8 (24 de abril de 1976): 7.

772 «Centri del proletariato: un nuovo tipo di occupazioni», *Rosso* 3 (12 de noviembre de 1975): 10.

773 «Centri del proletariato», 10.

774 Mariarosa Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale* (Padua: Marsilio, 1972). Para una perspectiva contemporánea de la cultura *underground,* véase Andrea Valcarenghi, *Underground: a pugno chiuso!* (Roma: Arcana, 1973).

775 Andrea Valcarenghi en *Re Nudo,* citado en Martin y Moroni, *La luna sotto casa,* 150. Véase también Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres: Verso, 1990), 297-299.

776 Martin y Moroni, *La luna sotto casa,* 145. Se puede encontrar un intento temprano de diálogo crítico en «Re Nudo: Un'esperienza di movimento», *Rosso* 7 (diciembre de 1973): 14.

777 «Distruggiamoci la città», *Re Nudo* 8 (25 de octubre de 1971): 3.

778 *Ibidem.*

779 *Ibidem.*

780 Moroni, «Un certo uso», 175.

781 Circoli del proletariato giovanile, «È ora? È ora!», *Lotta Continua,* 22 de mayo de 1976, 2.

782 Primo Moroni, «Ma l'amor mio non muore», en Bianchi y Caminiti, *Gli autonomi,* 1: 133-148, 1: 134-136.

783 Circoli del proletariato giovanile, «È ora?»

784 «Controcittà», *Re Nudo* 6 (junio de 1971): 15.

785 Antonio Negri, «Crisis of the Planner-State», en *Books for Burning,* 1-50, 18-21.

786 Crainz, *Il paese mancato,* 566; *Senza Tregua,* 14 de noviembre de 1975, 4.

787 Véanse por ejemplo los reportajes de acciones y enfrentamientos durante los conciertos de estos grupos en *Corriere Milanese,* 2 de octubre de 1970, 5, y *Corriere Milanese,* 6 de julio de 1971, 5.

788 «Autoriduzione», *Rosso* 2 (18 de octubre de 1975): 8-9; Bruno Ramirez, «The Working-Class Struggle against the Crisis: Self-Reduction of Prices in Italy», *Zerowork* 1 (1975): 143-150.

789 «Si è costituito il comitato di lotta per l'autoriduzione», *Lotta Continua,* 17 de noviembre de 1974; «Il sindacato inquilini propone la "autoriduzione" degli affitti», *La Stampa,* 12 de febrero de 1975, 2.

790 «Come le famiglie torinesi vivono l'autunno di crisis», *La Stampa,* 20 de noviembre de 1974, 4.

791 Comitati autonomi operai di Roma, *Autonomia operaia,* 64-65; Tari, «Fuochi di Autonomia», 246.

792 Lumley, *States of Emergency,* 302; «Azione di guerriglia dell'ultrasinistra a Milano», *Corriere della Sera,* 8 de diciembre de 1976, 1.

793 «Violenze a Milano in due supermercati» y «La disobbedienza civile è arrivata alla spesa», *Corriere d'Informazione,* 19 de octubre de 1974, 1, 6; «Cronologia», *Rosso* 15 (marzo-abril de 1975): 53

794 «Giovani proletari contro la metropoli», *Rosso* 13-14 (diciembre de 1976): 8-9.

795 Claudia Sorlini (ed.), *Centri sociali autogestiti e circoli giovanili: un'indagine sulle strutture associative di base a Milano* (Milán: Feltrinelli, 1978), 88.

796 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 16; Moroni, «Un certo uso», 178-181.

797 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 47, 52, 150-153; Claudio Guenzani, «I nuovi spazi culturali», *Brera Flash* 7 (1978): 6-9.

798 «La cogestione della crisi», *Rosso* 15 (marzo-abril de 1975): 30.

799 *Rosso* 8 (abril de 1976): 2, 4, 7.

800 «Il festival è morto facciamo la festa alla metropoli», *Rosso* 11-12 (julio de 1976, suplemento): 1-2, 1.

801 Gad Lerner, Luigi Manconi y Marino Sinibaldi, *Uno strano movimento di strani studenti: composizione, politica e cultura dei non garantiti* (Milán: Feltrinelli, 1978).

802 Sobre el «área creativa», véanse Maurizio Calvesi, *Avanguardia di massa* (Milán: Feltrinelli, 1978); Collettivo A/traverso, Bifo y Gomma (eds.), *Alice è il diavolo: storia di una radio sovversiva* (Milán: Shake, 2002); Chiurchiù, *La rivoluzione è finita;* «Lingue e linguaggi: gli indiani metropolitani», *Derive Approdi* 15, número especial, noviembre de 1997.

803 *Oask?!,* marzo de 1977, 1.

804 «Piccolo gruppo in moltiplicazione», *A/traverso,* mayo de 1975, 1.

805 Marco Melotti, «Dibattito su "Dieci anni di Primo Maggio"», *Primo Maggio* 21 (1984): 63-66.

806 «Anatema isterico», *Finalmente il cielo è caduto sulla terra: la rivoluzione,* 12 de marzo de 1977, 4.

807 «Video Tape», *Re Nudo* 17 (diciembre de 1972): 13.

808 «Dibattito sull'intelligenza tecnico-scientifica», *A/traverso,* junio de 1977, 2-3, 2; «Contributo alla discussione nel movimento», *Finalmente il cielo è caduto sulla terra: la rivoluzione,* 12 de marzo de 1977, 2-3, 2.

809 «La rivoluzione è giusta, necessaria, possibile», *Finalmente il cielo è caduto sulla terra: la rivoluzione,* febrero de 1977, 1.

810 Virno, «Do You Remember Counterrevolution?».

811 Ginsborg, *History of Contemporary Italy*, 270-272.

812 Bartolini, «Changing Cities».

813 Giuseppe Campos Venuti, *L'urbanistica riformista: antologia di scritti, lezioni e piani* (Milán: Etaslibri, 1991).

814 «Un contributo alla revisione del piano regolatore», *L'altra Roma,* 8-9 (1976): 7-8.

815 Comitato di coordinamento dei Comitati di Quartiere di Torino, «Note per l'individuazione degli ambiti territoriali di quartiere e delle unità locali», *Prospettive assistenziali* 26 (abril-junio de 1974); Giuseppe Campos Venuti, «Bologna: l'urbanistica riformista», en Campos Venuti y Oliva, *Cinquant'anni,* 297-313.

816 Pier Luigi Cervellati y Roberto Scannavini, *Bologna: politica e metodologia del restauro nei centri storici* (Bolonia: Il Mulino, 1973) [*Bolonia: política y metodología de la restauración de centros históricos* (Barcelona: Gustavo Gili, 1976)].

817 Federico Oliva, «Milano: la "deregulation" urbanistica», en Campos Venuti y Oliva, *Cinquant'anni,* 223-240; Filippo Ciccone, «Roma: capitale senza piano», en Campos Venuti y Oliva, *Cinquant'anni,* 241-258. A escala nacional, los tres principales proyectos de finales de la década de 1970 —la regulación de los derechos de construcción, la ley de alquiler justo y el plan decenal de vivienda— se cancelaron o tuvieron un alcance limitado; véase Ginsborg, *History of Contemporary Italy,* 390-399.

818 Alberto Magnaghi, «Il territorio nella crisi», *Quaderni del Territorio* 1 (1976): 15-29.

819 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 8-9.

820 Puede encontrarse un análisis de los archipiélagos urbanos como formaciones espaciales emergentes en Pier Vittorio Aureli, «Toward the Archipelago», *Log* 11 (2008): 91-120, que se basa parcialmente en el examen previo del autor sobre la relación entre autonomía y vanguardia arquitectónica en Italia.

821 Giuseppe Campos Venuti, «Plan o proyecto: una falsa alternativa», *Ciudad y Territorio* 59-60 (1984): 55-60.

822 Véase una visión general del desarrollo de Milán desde mediados del siglo XX en Patrizia Gabellini, Corinna Morandi y Paola Vidulli (eds.), *Urbanistica a Milano, 1945-1980* (Roma: Edizioni delle Autonomie, 1980); Patrizia Gabellini y Corinna Morandi, *Progetto urbanistico e sinistra a Milano negli anni '70* (Milán: Franco Angeli, 1985); Andrea Balzani, *La fantasia negata. Urbanistica a Milano negli anni Ottanta*

(Venecia: Marsilio, 1995); Simonetta Armondi y Stefano Di Vita (eds.), *Milan: Productions, Spatial Patterns, and Urban Change* (Londres: Routledge, 2018).

823 Campos Venuti *et al., Un secolo,* 9-90.

824 Erba, «La variante generale», 130.

825 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 38-39.

826 Maurizio Mottini, «Urbanista, cambia piano», *L'Unità,* 18 de agosto de 1982, 3.

827 *Ibidem.*

828 «Milano senza piano. L'urbanistica milanese negli anni '80», número especial, ed. Valeria Erba, *Urbanistica Informazioni,* n.º 107 (septiembre de 1989).

829 Matteo Bolocan Goldstein y Bertrando Bonfantini (eds.), *Milano incompiuta: interpretazioni urbanistiche del mutamento* (Milán: Franco Angeli, 2007); Elena dell'Agnese y Valentina Anzoise, «Milan, the Unthinking Metropolis», *International Planning Studies* 16 (2011): 217-235; Gibelli, «Milano».

830 Federico Oliva, «Gli anni '80: la nuova concentrazione terziaria e il neocentralismo di Milano», en Campos Venuti *et al., Un secolo,* 165-220, 179-210.

831 Oliva, «Gli anni '80», 171-72. Para este periodo, me centraré en diferentes formas de proyecto urbano y planificación difusa. No analizaré en profundidad el plan director «Ricostruire la Grande Milano» (2000) y las diferentes versiones del Piano di Governo del Territorio. Puede encontrarse una crítica de estos planes en Marcello De Carli, Giorgio Fiorese, Federico Oliva y Elena Solero (eds.), *PGT di Milano. Rifare, conservare o correggere?* (Santarcangelo di Romagna: Maggioli, 2011); Maria Cristina Gibelli, «PGT di Milano: manca il coraggio o manca la sinistra?», *Eddyburg.it*, 12 de diciembre de 2012, **http://www.eddyburg.it**.

832 «An Urban Renaissance Is Transforming Milan», *International Herald Tribune,* 10 de julio de 2007.

833 «Così a Milano continuano a crescere investimenti immobiliari e progetti urbani», *Il Sole 24 Ore,* 13 de octubre de 2016, **http://www.ediliziaeterritorio.ilsole24ore.com**.

834 Cucca, «Crescita diseguale»; D'Ovidio, «Milano, città duale?».

835 Las cifras de reestructuración industrial son dramáticas. Los empleados de las fábricas disminuyeron constantemente de más de dos tercios de la fuerza laboral a principios de la década de 1960 a poco más del 10% en 2011. Entre 1970 y 1990, se perdieron casi trescientos mil puestos de trabajo, con más del 50% de los empleados en dicho sector. Istat, *4º Censimento generale dell'industria e del commercio,* 1961; *9º Censimento dell'industria e dei servizi,* 2011; Petros Petsimeris, «Urban Decline and the New Social and Ethnic Divisions in the Core Cities of the Italian Industrial Triangle», *Urban Studies* 35 (1998): 449-466, 463; Alessandro Balducci, «Policies, Plans, and Projects: Governing the City-Region of Milan», *disP—The Planning Review* 39 (2003): 59-70, 59; D'Ovidio, «Milano, città duale?», 55; Gibelli, «Milano», 67-73.

836 David Benassi (ed.), *La povertà come condizione e come percezione. Una survey a Milano* (Milán: Franco Angeli, 2005); Francesca Zajczyk, *La povertà a Milano:*

distribuzione territoriale, servizi sociali e problemi abitativi (Milán: Franco Angeli, 2003); Francesca Zajczyk, «The Social Morphology of the New Urban Poor in a Wealthy Italian City: The Case of Milan», en *Urban Poverty and the Underclass: A Reader,* ed. Enzo Mingione (Oxford: Blackwell, 2008), 299-324.

837 Alberta Andreotti, «Coping Strategies in a Wealthy City of Northern Italy», *International Journal of Urban and Regional Research* 30 (2006): 328-345; Petros Petsimeris y Stefania Rimoldi, «Socio-economic Divisions of Space in Milan in the PostFordist Era», en *Socio-economic Segregation in European Capital Cities,* ed. Tiit Tammaru, Szymon Marcinczak, Maarten van Ham y Sako Musterd (Londres: Routledge, 2015), 188-213, 199-201, 208-209.

838 Esto equivale a un área más grande que el tamaño de la ciudad a principios del siglo XX. Posteriormente se añadió otro millón de metros cuadrados para la conversión de áreas de infraestructura en ubicaciones más centrales. Se puede encontrar una lista de grandes intervenciones en Bolocan Goldstein y Bonfantini, *Milano incompiuta,* 65-96.

839 Campos Venuti, «Cinquant'anni», 33-34; Sergio Brenna, «A Milano dopo Citylife e Porta Nuova: ancora sparkling buildings contro town planning?», *Territorio* 76 (2016): 153-159.

840 «Agnelli inaugura la "città ghetto"», *Rosso;* Sergio Bologna, «Per una "societa degli storici militanti"», en Sergio Bologna, Gabriella Bonacchi, Federico Bozzini, Maurizio Carbognin, Vittorio Foa, Antonio Gibelli, Edoardo Grendi, Giovanni Levi, Dora Marucco, Luisa Passerini y Franco Ramella, *Dieci interventi sulla storia sociale* (Turín: Rosenberg & Sellier, 1981), 9-26.

841 Maria Kaika y Luca Ruggiero, «Land Financialization as a "Lived" Process: The Transformation of Milan's Bicocca by Pirelli», *European Urban and Regional Studies* 23 (2016): 3-22.

842 Bernardo Secchi, Cristina Bianchetti y Francesco Infussi (eds.), *Progetto Bicocca* (Milán: Electa, 1986); «Bicocca diventerà la Tecnocity della Lombardia», *La Repubblica,* 30 mayo 1989.

843 Kaika y Ruggiero, «Land Financialization», 9-10.

844 Triennale di Milano, *Progetto Bicocca: un contributo per Milano policentrica* (Milán: Electa, 1995).

845 Balducci, «Policies, Plans, and Projects», 65.

846 Federico Savini y Manuel B. Aalbers, «The De-contextualization of Land Use Planning through Financialization: Urban Redevelopment in Milan», *European Urban and Regional Studies* 23 (2016): 878-894.

847 Oliva, «Gli anni '80», 197; Brenna, «A Milano dopo Citylife e Porta Nuova».

848 Gibelli, «Milano», 75.

849 Boffi *et al., Città,* 141.

850 Alberta Andreotti, «Milan: Urban Poverty in a Wealthy City», en *Neighbourhoods of Poverty: Urban Social Exclusion and Integration in Europe,* ed. Sako Musterd, Alan

Murie y Christian Kesteloot (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2006), 87-101; Alfredo Agustoni, Alfredo Alietti y Roberta Cucca, «Neoliberismo, migrazioni e segregazione spaziale. Politiche abitative e mix sociale nei casi europeo e italiano», *Sociologia Urbana e Rurale* 106 (2015): 118-136, 130; Francesca Zajczyk, *Milano: quartieri periferici tra incertezza e trasformazione* (Milán: Mondadori, 2005).

851 Fabrizio Bottini y Maria Cristina Gibelli, «Milán: la difícil herencia de veinte años de desregulación urbanística», *Urban* 3 (2012): 31-43, 35.

852 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 8-9.

853 Para una visión general (simpatizante) de estos procesos, véase Laura Bovone (ed.), *Creare comunicazione: i nuovi intermediari di cultura a Milano* (Milán: Franco Angeli, 1994); Laura Bovone, Antonietta Mazzette y Giancarlo Rovati (eds.), *Effervescenze urbane: quartiere creativi a Milano, Genova e Sassari* (Milán: Franco Angeli, 2005).

854 Derek Wynne, «Cultural Quarters», en *The Culture Industry: The Arts in Urban Regeneration,* ed. Derek Wynne (Aldershot, RU: Avebury, 1992), 13-23; Scott Lash y John Urry, *Economies of Signs and Space* (Londres: Sage, 1994) [*Economías de signos y espacio: sobre el capitalismo de la posorganización* (Buenos Aires: Amorrortu, 1998)]; Charles Landry y Franco Bianchini, *The Creative City* (Londres: Demos, 1995); Allen J. Scott, *The Cultural Economy of Cities: Essays on the Geography of Image-Producing Industries* (Londres: Sage, 2000); Richard Florida, *The Rise of the Creative Class and How It's Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life* (Nueva York: Basic Books, 2002) [*La clase creativa: la transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo xxi* (Barcelona: Paidós, 2020)].

855 Wynne, «Cultural Quarters»; Landry y Bianchini, *Creative City;* Florida, *Rise of the Creative Class.*

856 Sharon Zukin, *Naked City: The Death and Life of Authentic Urban Places* (Oxford: Oxford University Press, 2009); Mark Banks, *The Politics of Cultural Work* (Basingstoke, RU: Palgrave Macmillan, 2007); Rosalind Gill y Andy Pratt, «In the Social Factory? Immaterial Labour, Precariousness and Cultural Work», *Theory, Culture and Society* 25 (2008): 1-30. Para la experiencia italiana, véase Sergio Bologna y Andrea Fumagalli (eds.), *Il lavoro autonomo di seconda generazione: scenari del postfordismo in Italia* (Milán: Feltrinelli, 1997); Dario Banfi y Sergio Bologna, *Vita da freelance: i lavoratori della conoscenza e il loro futuro* (Milán: Feltrinelli), 2.

857 Balestrini y Moroni, *L'orda d'oro,* 620.

858 Tari, *Un comunismo,* 154; Marianna d'Ovidio y Alberto Cossu, «Culture Is Reclaiming the Creative City: The Case of Macao in Milan, Italy», *City, Culture, and Society* 8 (2017): 7-12.

859 Simonetta Armondi y Antonella Bruzzese, «Contemporary Production and Urban Change: The Case of Milan», *Journal of Urban Technology* 24 (2017): 27-45.

860 Traslado aquí la clásica distinción marxiana entre subsunción «formal» y «real» del trabajo por el capital.

861 Moroni, «Militarizzazione».

862 Moroni, «Un certo uso», 174.

863 *Ibidem,* 171-173.

864 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 49; Elisabetta Longari, «Chiamata collettiva. Per una storia dell'arte sociale a Milano», en *Anni '70: l'arte dell'impegno. I nuovi orizzonti culturali, ideologici e sociali nell'arte italiana,* ed. Cristina Casero y Elena Di Raddo (Cinisello Balsamo: Silvana, 2009), 49-68.

865 Véanse por ejemplo los anuncios en *Re Nudo* 17 (diciembre de 1972): 14-15, y *Re Nudo* 24-25 (diciembre de 1973): 1.

866 Daolio, *Lotte,* 60.

867 Moroni, «Militarizzazione», 192.

868 Daolio, *Lotte,* 59-61.

869 «Musica e spettacoli all'aperto contro i vandali di San Lorenzo», *Corriere Milanese,* 25 de marzo de 1986, 28; Moroni, «Militarizzazione», 194-195.

870 Moroni, «Militarizzazione», 195.

871 Laura Bovone (ed.), *Un quartiere alla moda: imagine e racconti del Ticinese a Milano* (Milán: Franco Angeli, 1999); Laura Bovone, «Fashionable Quarters in the Postindustrial City: The Ticinese of Milan», *City and Community* 4 (2005): 359-380.

872 Alessandro Deserti, «Design and the Transformation of Cities», en *Human Smart Cities: Rethinking the Interplay between Design and Planning,* ed. Grazia Conzilio y Francesca Rizzo (Cham: Springer, 2016), 63-79, 70-75.

873 Valerio Borgonuovo y Silvia Franceschini (eds.), *Global Tools, 1974-1975* (Estambul: Salt, 2015), 35-48; Gina Sambonet, *Alchimia, 1977-1987* (Turín: Allemandi, 1986).

874 Para una discusión de los debates arquitectónicos en torno a Autonomía, véase Aureli, *Project of Autonomy.*

875 Jonathan Olivares, «Style: Memphis, Droog, Super Normal», en *As Seen: Exhibitions That Made Architecture and Design History,* ed. Zoë Ryan (Chicago: Art Institute of Chicago, 2017), 94-96.

876 Storia del Fuorisalone, *Fuorisalone.it magazine,* **https://fuorisalonemagazine.it**.

877 Armondi y Bruzzese, «Contemporary Production», 41.

878 Deserti, «Design», 74.

879 **http://studiolabo.it/** y **https://fuorisalone.it**.

880 Porfolio de Studiolabo, **https://studiolabo.it/progetti/**.

881 Circoli proletari giovanili di Milano, citado en Paolo Tonini (comp.), *Dopo Marx aprile: libri e documenti del Movimento '77* (Gussago: Edizioni dell'Arengario, 2007), 10.

882 Circoli proletari giovanili di Milano, citado en Tonini, *Dopo Marx aprile,* 10.

883 Véanse los dos primeros números de la revista del centro, *Brera Flash,* octubre/ noviembre y diciembre de 1976.

884 Para un análisis de la transformación de Tortona, véase Sergio Bologna, Antonio Costa y Pier Paolo Poggio, *Dalla classe operaia alla creative class: la trasformazione di un quartiere di Milano* (Roma: DeriveApprodi, 2009), incluido el documental *Oltre il ponte. Storie di lavoro,* dirigido por Sabina Bologna.

885 Sorlini, *Centri sociali autogestiti*, 114. La convocatoria para participar en las actividades se encuentra en *Rosso* 3 (12 de noviembre de 1975): 10.

886 Storia, Superstudio Group website, **http://www.superstudiogroup.com**.

887 *Ibidem.*

888 Armondi y Bruzzese, «Contemporary Production», 37.

889 The Locations, Superstudio Group website.

890 BASE website, **http://base.milano.it**.

891 Véase un análisis de esta iniciativa desde la perspectiva del concepto de *growth machine* en Guido Anselmi y Serena Vicari, «Milan Makes It to the Big Leagues: A Financialized Growth Machine at Work», *European Urban and Regional Studies* 27 (2020): 106-124.

892 Boffi *et al., Città,* 146.

893 Oliva, «Gli anni ’80», 187-188, 197.

894 Antonio Brizioli y Mariette Schiltz, «Chronology», en Isola Art Center, *Fight-Specific Isola,* 217-263, 226-227.

895 Sara González, «(Dis)connecting Milan(ese): Deterritorialised Urbanism and Disempowering Politics in Globalising Cities», *Environment and Planning A* 41 (2009): 31-47.

896 Stefano Boeri, «Perché l’Isola non è autentica», *La Repubblica,* 24 de febrero de 2007, 1, 7.

897 Brizioli y Theis, «Isola, an Italian Urban Story», 126, 154.

898 Mara Ferreri y Davide Caselli, «Acting in the Emerging Void: Notes on Gentrification at Isola, Milan», en Isola Art Center, *Fight-Specific Isola,* 335-361, 350.

899 Irónicamente, la operación fue pronto adquirida por un fondo soberano de inversión de Qatar. «Porta Nuova», *Urban Land Institute Case Studies* 6, febrero de 2016, **https://casestudies.uli.org**; Porta Nuova Brochure, p. 9, **http://www.porta-nuova.com**.

900 Comune di Milano, *Piano di Governo del Territorio* (2012), **https://www.pgt.comune.milano.it**.

901 Comune di Milano, *Piano di sviluppo del welfare della città di Milano, 2012-2014* (2012), 5.

902 Chiara Rabbiosi, «Urban Regeneration “from the Bottom Up”: Critique or Cooptation? Notes from Milan, Italy», *City* 20 (2017): 832-844; Valeria Fedeli, «Milan: Community Gardens as a Space for New Societal Assemblages and Learning on Public Goods», en Concilio y Rizzo, *Human Smart Cities,* 211-218.

903 Carolina Pacchi, «Sharing Economy: Makerspaces, Co-working Spaces, Hybrid Workplaces, and New Social Practices», en Armondi y Di Vita, *Milan,* 73-83; Andrea Pollio, «Technologies of Austerity Urbanism: The “Smart City” Agenda in Italy (2011-2013)», *Urban Geography* 37 (2016): 514-534.

904 «Manifesto della Cassa della Collaborazione di Milano», Co-Hub website, 2015, **http://www.cohubmilano.it**.

905 Véase la presentación de la iniciativa en la web municipal: **https://economiaelavoro.comune.milano.it/progetti/avviso-la-concessione-dello-smart-city-lab**.

906 Santeria website, **https://www.santeria.milano.it**.

907 Pacchi, «Sharing Economy»; Armondi y Bruzzese, «Contemporary Production», 28.

908 Scali Milano website, **http://www.scalimilano.vision/**.

909 Véase una crítica de la iniciativa en Maria Cristina Gibelli, «A Milano l’occasione storica degli Scali ferroviari è stata finalmente colta: da FS Sistemi urbani!», *Eddyburg.it,* 18 de julio de 2017, **http://www.eddyburg.it**.

910 Commissioni Consiliari Urbanistica e Trasporti, *Accordo di Programma Scali Ferroviari* (2017), 27, **http://www.comune.milano.it**.

911 Commissioni Consiliari Urbanistica e Trasporti, Usi temporanei ex Scali ferroviari (2017), 10-11, **http://mediagallery.comune.milano.it**. La iniciativa se ha retrasado por la pandemia de COVID-19. En el momento de cerrar estas líneas, solo algunas de las ubicaciones han llegado a acuerdos para su uso temporal. Véase, por ejemplo, «Porta Genova, sì all’uso temporaneo. L’area diventa un villaggio-vacanze», *Il Giorno Milano*, 19 de julio de 2017, **https://www.ilgiorno.it**; «Scali ferroviari, ok a uso temporaneo: a Porta Genova cultura e design», *Il Giorno Milano,* 17 de noviembre de 2017, **https://www.ilgiorno.it**; «Scalo Lambrate, uso temporaneo in chiave sostenible», *Il Sole 24 Ore,* 23 de febrero de 2021, **https://www.ilsole24ore.com**; «Milano avrà una “cittadella della arti” firmata Brera», *Milano Today,* 24 de diciembre de 2021, **https://www.milanotoday.it**.

912 Virno, «Do You Remember Counterrevolution?», 243; Antonio Negri, «La sconfitta del ’77», en Balestrini y Moroni, *L’orda d’oro,* 631-638, 636.

913 Sorlini, *Centri sociali autogestiti,* 16.

CONCLUSIÓN
HACIA UNA REAPROPIACIÓN DEL URBANISMO

> Si la forma celular del capitalismo es la mercancía, la forma celular de una sociedad más allá del capital es el común [...]. Si el capitalismo se presenta como un inmenso montón de mercancías, el «comunalismo» es la multiplicación de los comunes.
>
> Nick Dyer-Witheford, «Comunalismo»

Bajo el capitalismo, la urbanización se convierte en una batalla sin cuartel entre fuerzas sociales antagónicas que luchan por reorganizar el espacio y desarticular las posiciones, prácticas e imaginarios territoriales de sus oponentes. Las élites intentan movilizarla para colonizar y controlar espacios y formas de organización social que frustran sus proyectos y amenazan su estatus. Por su parte, los sectores populares utilizan lo urbano para escapar de estas estrategias de dominación y asegurarse espacios de libertad. En este choque, la construcción de comunes y la planificación espacial se convierten en lugares y medios de lucha a través de los cuales los grupos en pugna tratan de aumentar su poder e independencia. Hemos presentado el común como una capacidad colectiva para apropiarse, forjar y gestionar recursos y espacios sociales compartidos mediante prácticas colaborativas que refuerzan la autonomía popular frente a los mercados y los Estados, entrelazando dinámicas de producción y autorreproducción. A su vez, la planificación espacial se ha caracterizado como una estrategia —cambiante pero relativamente coherente en el tiempo— para mediar el orden social a través de una amplia gama de mecanismos que reajustan, realinean e instrumentalizan el nexo espacial entre la producción y la reproducción, a menudo en detrimento de los comunes subalternos. La comunización, en otras palabras, aspira a liberar espacios de vida cooperativa cada vez más amplios de las presiones del mercado y el control estatal, persiguiendo la prosperidad y la reproducción de la comuna como un fin en sí mismo. El urbanismo y la planificación, mientras tanto, han tendido a facilitar la descolectivización de la sociedad y a subordinar la reproducción de la clase trabajadora como externalidad del crecimiento económico y condición necesaria para la

supervivencia del capitalismo. En este sentido, la planificación debe ser entendida como un mecanismo que contribuye a garantizar la sostenibilidad del sistema, un arte que busca el equilibrio virtuoso entre la ruptura y la reparación de las estructuras socioespaciales existentes. La planificación empuja hacia nuevas fronteras de acumulación, pero también trata de asegurar ciertos arreglos reproductivos, especialmente en lo que respecta al elemento más frágil y crítico del sistema: las clases trabajadoras.

Cuanto mayor es la presión urbanizadora, más se agudiza esta contradicción entre la planificación y los comunes. La coreografía cambiante de proyectos de acumulación, innovación técnica y regulatoria y resistencia comunal desencadenada por procesos de cambio territorial es, por tanto, particularmente evidente en espacios situados a la vanguardia de la evolución capitalista. La acción de la planificación contra los comunes puede presentarse bajo formas de represión cruda en ciertos contextos, pero sus estrategias suelen ser más complejas y dinámicas. Nuestra exploración sugiere que los enfoques, conceptos e instrumentos de la planificación son flexibles y adoptan modalidades diferentes y cada vez más sofisticadas para desmantelar, restringir o subsumir los comunes y los regímenes de autorreproducción, ocupándose de manifestaciones y procesos estratégicos en coyunturas económico-políticas específicas. Al examinar las luchas por la tierra y los sistemas de aprovisionamiento básico, por la publicidad, la centralidad o la creatividad, hemos visto cómo las fronteras de la colonización capitalista se despliegan y reorganizan a distintas escalas, en diferentes territorios y ámbitos de práctica social, transformando profundamente las trayectorias de la urbanización.

La investigación empezó analizando comunes precapitalistas duraderos, institucionalmente sólidos, que giraban en torno a recursos materiales compartidos. Vimos cómo fueron suprimidos mediante procedimientos técnico-jurídicos sistemáticos para apoderarse de la tierra, separando a una vasta población de campesinos y jornaleros pobres de medios fundamentales para asegurar una subsistencia independiente del mercado. En ese proceso, el medio rural fue integrado más estrechamente en circuitos urbanos que reorganizaron no solo las relaciones entre ciudad y campo, sino también las geografías del trabajo existentes, engendrando una clase trabajadora móvil y dependiente. Inaugurando una dialéctica inherente al desarrollo capitalista, estas formas de desposesión produjeron una masa de poblaciones excedentes y desplazadas que, con el tiempo, recrearían formas espontáneas y primarias de comunes tácticos en las

emergentes aglomeraciones industriales. Gradualmente, los espacios de convivialidad proletaria, inicialmente fragmentados, adquirieron coherencia y se convirtieron en un elemento fundamental de la experiencia y las identidades de la clase trabajadora en las ciudades del siglo XIX, llegando a adoptar un carácter amenazador. La situación de la esfera pública era especialmente intolerable a ojos de las élites y las clases medias educadas. Las prácticas populares facilitaban el control subalterno de las calles, alteraban el orden social y ponían en peligro la hegemonía burguesa. Promoviendo un enfoque nuevo y más sutil, los reformadores urbanos intentaron sustituir este régimen de publicidad rebelde por un sistema de comunes diseñados desde arriba. Se concibió así una plétora de espacios pedagógicos y esquemas de planificación urbana para fijar una idea de lo que una ciudad debía ser, ligada a un sentido decoroso de la ciudadanía y la urbanidad.

La evolución y la colisión de estas fuerzas —por un lado, la comunización popular y, por otro, los intentos de la planificación por suplantar, desorganizar y, finalmente, mercantilizar los comunes— seguirían ejerciendo una influencia profunda en el desarrollo de la urbanización en el mundo occidental durante el siglo XX. En un esfuerzo incesante por crear un mundo propio en las incipientes metrópolis, las clases trabajadoras establecieron geografías de centralidad subalterna que obstaculizaban los intentos de la élite y del Estado por ajustar el cambio urbano a las nuevas demandas de acumulación de capital. La difusión de estas prácticas y su capacidad para conectar las luchas en las fábricas y en las comunidades facilitaron la consolidación de posiciones y espacios obreros antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Sobre la base de estas formaciones de poder popular, pronto se desarrollarían nuevas alianzas de segmentos subalternos, marginales y emergentes de las clases bajas para aprovechar las posibilidades negadas hasta entonces por una concepción restrictiva y alienante de la vida urbana. Estos grupos movilizaron un exuberante estallido de creatividad colectiva para ampliar la autonomía en la esfera de la reproducción y reinventar la urbanización como incubadora de valores de uso.

Como cabía prever, las políticas de planificación volvieron a transformarse para responder a estos desafíos. Las primeras estrategias integrales del periodo de entreguerras emplearon el urbanismo de los incipientes estados del bienestar para reinventar las jerarquías funcionales y sociales de las áreas metropolitanas. Los nuevos esquemas concentraban los usos del suelo de alto nivel en áreas centrales y ofrecían una mejora sustancial de los estándares residenciales y de equipamientos a cambio de la periferización

espacial y política de segmentos clave de la clase trabajadora. Los programas de vivienda y renovación urbana de posguerra ampliaron estos esquemas en las décadas siguientes. Sin embargo, el contexto de reestructuración industrial y estatal, unido a los continuos desafíos de las fuerzas populares, provocó un cambio de estrategia desde finales de la década de 1970. A partir de ese momento, una nueva generación de enfoques de política urbana contribuyó a fragmentar y segregar a las clases trabajadoras y sus comunes. Por una parte, las capas más precarias quedaron aisladas y estigmatizadas en un panorama naciente de austeridad y obsolescencia urbana. Por otra, aquellos grupos y prácticas con capacidad para regenerar las zonas en declive pasaron a ser parte esencial de nuevos regímenes de regulación y acumulación. La dimensión antagonista de los comunes fue reprimida y reducida a una condición marginal, mientras su potencial creativo para la valorización y la reinvención de lugares era destilado y capturado como una fuente renovada de beneficios.

Sin embargo, la historia también muestra que el proyecto de la planificación capitalista a menudo se ha visto frustrado o solo se ha materializado parcialmente como resultado de la resistencia popular, las limitaciones técnicas o el choque de las estrategias de gobernanza a largo plazo con imperativos económicos más apremiantes. El único caso de nuestro estudio que presenta una destrucción clara y duradera de los comunes es el proceso de cercamiento en Inglaterra, en el que se eliminó la base espacial de las prácticas comunales mediante una agresiva y contundente alianza público-privada. En los episodios subsiguientes, la construcción de comunes aparecía como un esfuerzo colectivo cambiante, más o menos coherente, por reconstruir las capacidades colaborativas de apropiación espacial; las estrategias de planificación, a su vez, eran más sutiles y en ocasiones requerían la participación activa de los subalternos para prosperar. En resumen, el urbanismo puede apropiarse, eliminar o remodelar lugares y espacialidades concretos, pero el poder popular y lo común a menudo resurgen y circulan a través de otros medios, escalas y procesos, configurando indirectamente rondas y estrategias de desarrollo posteriores con cada nueva mutación.

La urbanización capitalista suele interpretarse como un proceso lineal de crecimiento demográfico, aglomeración industrial y extracción de valor. Sin embargo, a la luz de nuestros hallazgos, debería considerarse más bien como una espacialidad dialéctica, un ámbito de lucha en el que diferentes agencias intentan mediar la introducción y reorganización periódica de las fronteras y jerarquías que delimitan las esferas de la producción y la reproducción. El

urbanismo, en el sentido amplio utilizado en este libro, ha evolucionado como disciplina a través de tales luchas de frontera. Se ha desarrollado como un conjunto de técnicas, modelos y procedimientos que facilitan la rearticulación de estas relaciones para apoyar la supervivencia y expansión del capitalismo. La planificación ayudó a desvincular las relaciones económicas y los espacios productivos de su contexto social inmediato y de mecanismos tradicionales de control colectivo, facilitó la penetración y consolidación de nuevas estrategias de acumulación en el terreno de la reproducción y reajustó este último para contener las contradicciones resultantes, utilizando procedimientos espaciales para mitigarlas, reprimirlas o naturalizarlas en distintas etapas. La lógica de la descomunización —es decir, la disrupción, dislocación y reorganización recurrente de los comunes— ha sido fundamental en este proceso, con diferentes enfoques y diversos grados de éxito. En el mejor de los casos, el urbanismo ha mejorado sustancialmente los servicios públicos y las condiciones ambientales y habitacionales, pero a menudo a expensas de la autonomía y la capacidad de los estratos populares para movilizar el espacio como una fuente de poder, base para la autorreproducción y el autogobierno. En el peor de los casos, se ha convertido abiertamente en un instrumento de desposesión, desempoderamiento y desplazamiento.

¿Puede una técnica fundada sobre esta base ser reapropiada y reutilizada para transformar y liberar la sustancia de la reproducción social? ¿Es posible imaginar un enfoque alternativo en el que los aparatos de planificación se movilicen no para aliviar las contradicciones del sistema capitalista en el espacio, sino para ofrecer un proyecto espacial a las políticas radicales que buscan superarlo? En otras palabras, ¿puede el urbanismo convertirse en una herramienta de comunización? Estas preguntas solo pueden responderse mediante un esfuerzo colectivo que transformaría inevitablemente la planificación tal y como la conocemos. Las siguientes páginas ofrecen una exploración tentativa de algunos aspectos de este proyecto.

Descolectivización planetaria

Esta investigación se ha centrado en procesos de colonización interna en espacios centrales del capitalismo en Occidente, pero estas luchas han estado y siguen estando en el núcleo de las dinámicas de urbanización y expansión de este sistema en todo el mundo. El choque entre los comunes, por un lado, y las estrategias espaciales del Estado y las élites, por otro, ha sido a menudo más brutal en el llamado

«mundo mayoritario». De hecho, la perspectiva utilizada en este libro puede estimular una reevaluación de ciertos aspectos de la urbanización en el Sur y el Este globales. El breve esbozo que sigue es solo un intento preliminar de sugerir cómo este enfoque puede hacer avanzar nuestra comprensión de la circulación de estrategias de descolectivización entre las zonas centrales y las periferias internas y externas del sistema capitalista mundial.

La experimentación con nuevas racionalidades espaciales y técnicas de desposesión en los territorios coloniales de ultramar fue fundamental para definir el enfoque en la metrópoli durante el apogeo de la expansión imperialista. El cercamiento parlamentario en Inglaterra, por ejemplo, fue el resultado de tales lógicas de ida y vuelta. Como vimos, las estrategias territoriales desplegadas previa o simultáneamente en la colonización de Irlanda, Escocia o Norteamérica tuvieron eco en el discurso de la reforma agraria en suelo inglés, y el planteamiento sistemático de las leyes parlamentarias sirvió como modelo para la apropiación de tierras de comunidades indígenas en otros continentes. La pugna colonial por los recursos materiales por parte de Gran Bretaña y otras potencias europeas empujó los límites de los mercados capitalistas contra las culturas de reproducción nativas, normalmente basadas en los comunes. Las estrategias espaciales de los estados desempeñaron un papel fundamental en este proceso, ya que para someter y desplazar a las poblaciones locales eran necesarios no solo la fuerza militar, sino también esquemas de organización territorial a gran escala. Sin embargo, estas formas tempranas de acaparamiento global de tierras diferían sustancialmente de los arreglos sociales y económicos establecidos por el cercamiento parlamentario en Inglaterra. La cambiante división internacional del trabajo hizo que la gestión de la reproducción social en las colonias externas fuera menos crítica. La eliminación del campesinado y la proletarización constituían un aspecto colateral, no estratégico, del proceso, y en ocasiones fueron sustituidas por una marginación extrema de las comunidades desplazadas, cuando no por la esclavitud y el genocidio. A menudo los desposeídos coloniales fueron gobernados como poblaciones desechables[914].

Lejos de desaparecer, esta feroz combinación de desarrollo desigual y desposesión extrema se ha visto exacerbada por una oleada reciente de *enclosure* y descomunización planetarios que se viene desarrollando desde finales del siglo XX. La actual fiebre mundial por el acaparamiento de tierra es la expresión más evidente de este proceso. Los entramados de urbanización extendida han sustituido a los

históricos aparatos estatales imperialistas como vehículo para la proliferación de cadenas de valor globales y la desposesión de tierras y recursos en África, América Latina, el Sudeste Asiático, Europa del Este y las regiones subárticas remotas de Norteamérica y Eurasia. Estos procesos engendran nuevas tipologías de cambio social acelerado y requieren el despliegue de estrategias espaciales y territoriales a gran escala, facilitadas por las agencias estatales. Sin embargo, es problemático considerar la combinación de estos enfoques como una nueva forma de planificación. Su énfasis desmedido en los aspectos productivos y la captura de valor reduce la reproducción de las poblaciones afectadas —sujetos del común, usuarios consuetudinarios de tierras públicas abiertas y pequeños propietarios desposeídos— a un estado residual. En estas experiencias, de nuevo, el desplazamiento y la eliminación del campesinado no van necesariamente seguidos de la proletarización. Las actividades posteriores al cercamiento no suelen absorber mano de obra y empujan a las poblaciones locales a un mundo de informalidad y subreproducción. Se rompe así el equilibrio entre las estrategias espaciales productivas y reproductivas que observábamos incluso en las formas más crudas de planificación histórica para la apropiación de tierras comunales en regiones capitalistas centrales[915].

No menos importantes son las luchas por los comunes de la publicidad, la centralidad y la creatividad, que también han dado forma a la experiencia de la urbanización en todo el mundo desde mediados de la década de 1970. En los regímenes neoliberales y neocoloniales, la reproducción de una cantidad creciente de grupos de población excedente se desvincula gradualmente de la reproducción del sistema. Obligados a sobrevivir en los márgenes de los mercados de trabajo, vivienda y productos básicos, los comunes se convierten en un recurso clave para este nuevo precariado planetario. Al igual que en la ciudad de Nueva York o el Chicago del siglo XIX, sus tácticas y prácticas cotidianas chocan con las nociones de civismo y urbanidad dominantes, y los responsables políticos maniobran para eliminarlas de los principales espacios públicos de las florecientes metrópolis globales. Las formas de reproducción desigual características de las sociedades postfordistas se espacializan así en estrategias de urbanismo polarizado que pretenden asegurar el orden público, entre otros mecanismos, eliminando o reubicando incluso las prácticas comunitarias más inofensivas en periferias residuales altamente segregadas y en zonas fuertemente vigiladas.

El despliegue de estos urbanismos excluyentes y el destino de los comunes que proliferan en sus intersticios son específicos de las

condiciones de desigualdad social, gobernanza local y capacidades de planificación de cada contexto. En el Norte Global, el gobierno de la publicidad se ha convertido en piedra angular de los intentos de estabilizar y controlar un tejido social fracturado, con un asalto renovado a la convivialidad autónoma y a la propia constitución del espacio público común. Las políticas de tolerancia cero se han hecho cada vez más populares y ahora incorporan una plétora de mecanismos concebidos para purificar las zonas *prime* de la ciudad. Este planteamiento adquirió visibilidad en la década de 1990, cuando Nueva York y otras ciudades de Estados Unidos adoptaron programas policiales sistemáticos para limpiar lugares estratégicos de sujetos, prácticas y comportamientos indeseables que, a menudo, constituían la sustancia primordial de los elementos comunitarios aún existentes. Estos programas se han ido ampliando gradualmente y en la actualidad incluyen no solo formas más restrictivas de vigilancia del espacio público y policía comunitaria, sino también nuevos planteamientos normativos y de diseño, como estrictas ordenanzas de uso ideadas para lugares específicos, leyes de allanamiento en zonas públicas, estatutos que excluyen a determinados grupos y sujetos en los parques, delimitación de áreas prohibidas *(off-limit orders)* y diversas formas de «urbanismo militarizado». Estos mecanismos suelen perseguir y criminalizar aspectos de reproducción individual o colectiva y el uso del espacio público como un común. Al mismo tiempo, los ayuntamientos colaboran con agentes privados, patrocinadores corporativos y grupos de gentrificadores de clase media y alta para promover lo que se ha denominado «publicidad sin democracia», poniendo en marcha proyectos estériles que recrean una convivialidad centrada en el consumo y producen el espacio público como un común aséptico para atraer a hogares, clientes y turistas de altos ingresos[916].

Este enfoque dual de gobierno del espacio público también es frecuente en el Sur y el Este globales, donde las ciudades se han convertido a veces en un laboratorio para probar y expandir nuevas técnicas de control de la publicidad. Neil Smith sugirió que se ha producido una «limpieza social global» con la difusión e intensificación de esquemas de tolerancia cero en todo el planeta, desde Ciudad de México hasta Accra, desde Ciudad del Cabo hasta Bombay, desde Cantón hasta Quito. En estos contextos, la formación de identidades de clase media y la consolidación de nuevas estructuras de clase se basan, entre otros factores, en la recuperación y depuración del espacio urbano y el desplazamiento de los pobres. En estos contextos, las políticas han criminalizado aún más ferozmente

que en el norte a poblaciones migrantes, racializadas e indígenas, utilizando mecanismos cada vez más represivos que incluyen no solo diversas formas de policía espacial, sino también operaciones de demolición y renovación urbana contra barrios de chabolas, comunidades okupas y *slums* que dependían de actividades callejeras, modos de subsistencia semirrurales y economías informales para ganarse la vida. Sin embargo, la cualidad proteica de los comunes de la publicidad ha demostrado ser especialmente escurridiza y recalcitrante en estos contextos. A menudo, los intentos de suprimirlos han tenido un éxito parcial y, en ocasiones, han reforzado los lazos comunitarios y la organización de base[917].

Las mutaciones de la centralidad en las principales regiones metropolitanas de todo el mundo están entrelazadas con esta política de la publicidad y se rigen por una dialéctica similar. Tras la Segunda Guerra Mundial, los procesos combinados analizados en el capítulo tercero se extendieron e intensificaron en Europa y Norteamérica. Los programas de renovación urbana promovieron una mayor concentración de enclaves terciarios y residenciales para rentas altas en las zonas centrales. Simultáneamente, el desarrollo de conjuntos de viviendas sociales para rentas bajas y urbanizaciones de clase media carentes de una mínima complejidad en las afueras y los suburbios profundizó la descolectivización y la periferización funcional y política de los espacios subalternos. Posteriormente, a partir de la década de 1980, los procesos de reestructuración urbana e industrial ampliaron y fracturaron este modelo, produciendo geografías cada vez más polarizadas. Reformuladas como atractores de capital, las zonas centrales de ciertas ciudades han alcanzado prominencia regional, nacional y mundial, mientras que otros lugares se enfrentan al abandono y la desinversión a largo plazo, tanto en distritos interiores como periféricos, convirtiéndose en el hogar de poblaciones marginadas, migrantes y, a menudo, racializadas. Esta lógica se reproduce a mayor escala en la creciente brecha entre las aglomeraciones urbanas de las dinámicas regiones metropolitanas y un mundo en declive de *hinterlands* rurales y manufactureros. Estos «territorios excedentes» presentan un estado terminal de desempoderamiento y descentralización, con comunidades enteras sosteniéndose a duras penas entre la reproducción más básica y una desintegración persistente. Aquellas que logran eludir la estigmatización y recuperar un sentido de centralidad, autonomía e identidad a través de experiencias comunales suelen convertirse a menudo en objetivo de mercados inmobiliarios que intentan captar potenciales *rent gaps* y deben enfrentarse a nuevos intentos de

desorganizar su tejido socioespacial. Aquí se entrelazan las dinámicas exploradas en los capítulos segundo, tercero y cuarto. Las estrategias de regeneración combinan enfoques represivos con la promoción de una centralidad renovada y altamente controlada para capitalizar los comunes de la creatividad a expensas de prácticas populares que promueven la autonomía en la esfera de la reproducción[918].

En el mundo mayoritario, por el contrario, son esas zonas «liberadas» para las clases medias y altas mediante campañas de gentrificación patrocinadas por el Estado las que se convierten en guetos de centralidad artificial, rodeados por una cacofonía vital y contradictoria de barrios populares, *slums* de clase trabajadora, barrios de chabolas y franjas metropolitanas y «rurbanas» empobrecidas. Las condiciones de extrema indigencia de algunos de estos lugares empujan a sus habitantes a desarrollar densas redes de comunización para satisfacer sus necesidades reproductivas más primarias, desde viviendas e infraestructuras autoconstruidas hasta granjas improvisadas y lugares para la interacción social. En el Norte, el resurgimiento de la centralidad y la creatividad comunales en las periferias sociales produce raros oasis de valor en medio de paisajes urbanos profundamente depauperados y cada vez más desestructurados, que posteriormente son objetivo de promotores que intentan aprovecharse de ellos. En el Sur, por el contrario, la creatividad popular sigue siendo una condición omnipresente en muchos contextos en ausencia de un control urbanístico exhaustivo, pero su alcance se está reduciendo gradualmente con la creciente conexión de estos lugares a dinámicas globales[919].

Comunización y planificación: perspectivas insurgentes y radicales

Este panorama de desposesión y descolectivización incesantes, alimentadas por el implacable avance de la urbanización, es ciertamente desolador. Sin embargo, las energías comunales siguen emergiendo y continúan animando formas cotidianas de autonomía y autorreproducción en todo el planeta[920]. Este libro ha aplicado un enfoque histórico para dar sentido a un presente de comunalidad en peligro, pero lo común no es solo un inquietante espectro del pasado; también es una hipótesis sobre el futuro. El potencial de los comunes como motor de transformación social y emancipación colectiva ha inspirado prácticas activistas e imaginaciones radicales en las últimas décadas, suscitando un debate agitado sobre la viabilidad de una senda basada en los comunes para transformar, trascender o escapar del capitalismo. Desde elaboraciones postobreristas y de ultraizquierda

sobre la noción de *commonwealth* y teorías de la comunización hasta lecturas anarquistas y libertarias sobre las nuevas comunas y zonas autónomas, pasando por proyectos anticapitalistas para expandir las denominadas «economías diversas» y economías sociales, o experimentos socialdemócratas y ecosocialistas heterodoxos con implementaciones locales de democracia directa, municipalismo radical y comunitarismo, un abanico plural y palpitante de tradiciones recientes consideran la multiplicación y circulación de lo común como condición previa para un futuro postcapitalista[921]. Dada la fragmentación de la izquierda en la actualidad, esta confluencia es una oportunidad excepcional para construir las amplias alianzas progresistas que necesitamos para detener el avance de formas extremas de autoritarismo de mercado, la mercantilización en curso de nuevas esferas y escalas de la vida social y biológica, la recomposición del proyecto reaccionario a través de varias corrientes de neofascismo y la carrera ciega hacia el colapso medioambiental. Para contrarrestar esta coyuntura perversa, debemos entender los comunes como espacios cooperativos que fomentan una emancipación igualitaria de las divisiones alienantes del trabajo, la dependencia salarial, la reproducción basada en el mercado, la opresión estatal y el individualismo estéril. Estos espacios deberían convertirse en la base de un proyecto de «comunalismo» *(commonism),* término acuñado por el pensador autonomista Nick Dyer-Witheford para designar un sistema que toma los comunes como «la forma celular de una sociedad más allá del capital»[922].

Para prosperar, este proyecto puede aprender de la historia cómo evitar ciertas contradicciones y debilidades estructurales de las formaciones comunales. Es preciso prestar especial atención a los límites internos y externos de la comunidad, a las divisiones dentro de los territorios subalternos y a su relación con los aparatos y la planificación estatales. Los comunes pueden ser espacios de solidaridad expansiva y fomentar la formación de redes y alianzas abiertas que contribuyan a promover el poder popular. Sin embargo, también pueden engendrar territorialidades excluyentes que agudicen las divisiones entre poblaciones desfavorecidas por motivos de clase, etnia y raza, o que conduzcan a la automarginación de grupos que son clave para luchas anticapitalistas más amplias. Asimismo, como veremos más adelante, el proyecto comunalista debe repensar la conexión de las iniciativas insurgentes con el Estado y la planificación estatal, reconsiderando esta última como un mecanismo potencial para proteger y ampliar la circulación de lo común. La planificación socioeconómica a gran escala, y la planificación espacial en particular,

deben tratarse como oportunidades para extender y conectar las estructuras comunales en secuencias más amplias de cambio social. Inevitablemente, esto requerirá una profunda reapropiación y reorganización de su lógica y sus procedimientos.

Esta cuestión ha sido planteada previamente en varias contribuciones en el campo de los estudios urbanos. Stavros Stavrides, por ejemplo, considera el espacio común como una disyunción radical de las taxonomías espaciales basadas en criterios jurídicos, políticos o económicos, irreducible a las agendas normalizadas de la planificación. Pensar la ordenación del territorio y la política a través de los comunes, argumenta, nos obliga a imaginar una nueva forma de Estado[923]. Empleando un enfoque más «pragmático y desencantado» en su etnografía de estrategias alternativas de vivienda, Amanda Huron señala que, cuando existe una fuerte participación de la comunidad, los activistas y los funcionarios municipales a veces cooperan para sostener los comunes a través de distintos mecanismos legales y financieros. Los «comunes y el Estado», sostiene, «pueden trabajar juntos»[924]. Este último debería «desempeñar un papel fundamental a la hora de apoyar la creación, el mantenimiento y la expansión de los comunes», y los integrantes del común deben ejercer «una presión continua sobre el Estado» para garantizar ese objetivo[925]. David Harvey, en *Ciudades rebeldes,* propone una similar «combinación de arreglos institucionales [e] instrumentos» para producir y proteger tanto los bienes públicos gestionados por el Estado como los comunes urbanos autoorganizados[926]. Sin embargo, los contornos precisos de estas posibles articulaciones siguen necesitando una exploración más consistente.

Sin abordar explícitamente el problema de los comunes, el análisis de los desarrollos informales en el mundo mayoritario ha brindado perspectivas importantes sobre la relación entre urbanización autónoma y planificación. La teoría de la planificación ha prestado más atención a aquellas posturas dentro de esta tradición que tienden a presentar la informalidad y la planificación en una relación de alteridad mutua[927]. Desde esta perspectiva, el urbanismo informal es un fenómeno inasimilable que emerge fuera del control estatal para exigir ser reconocido como una realidad urbana legítima. Las influyentes nociones de ciudadanía y urbanismo insurgentes, acuñadas por James Holston, ilustran a la perfección este enfoque al hacer hincapié en la dimensión antagonista de la urbanización espontánea frente a los marcos estatales de planificación urbanística. Holston ofreció una lectura positiva de estos procesos, pero también alertó sobre sus contradicciones. Señaló, por ejemplo, que la condición

insurgente «no tiene un valor moral o político inherente»[928]. Incluye no solo las periferias autoconstruidas de los pobres globales, sino también «los mundos del hampa, los condominios fortificados [y] los campos de trabajo para inmigrantes», o ciertos movimientos sociales racistas y de extrema derecha[929]. También admitió que incluso las luchas de las poblaciones privadas de derechos en torno a la «autoconstrucción» pueden ser problemáticas desde una perspectiva progresista; con frecuencia, se limitan a buscar la inclusión en el sistema urbano existente, prolongando «atributos de la ciudadanía históricamente dominante, como la importancia de poseer una propiedad»[930]. En este sentido, Holston reconoció la necesidad de combinar los urbanismos insurgentes con formas de planificación a gran escala que garanticen el «proyecto de futuros [transformadores] dirigidos por el Estado»[931].

El paradigma del urbanismo insurgente ganó popularidad en el ámbito de la teoría de la planificación gracias al trabajo de Leonie Sandercock, que adoptó la dimensión más combativa del concepto para explorar los urbanismos emergentes contra el estado y las agendas de planificación modernistas[932]. Posteriormente, John Friedmann presentó las prácticas insurgentes como formas de solidaridad con capacidad de empoderar a las comunidades pobres. Utilizando un enfoque más matizado, sugirió que, aunque «libres de la intervención directa del Estado», estas iniciativas necesitaban «involucrar a las numerosas agencias estatales y a instituciones paraestatales» para alcanzar objetivos sustanciales[933]. Faranak Miraftab profundizó en la noción de «planificación insurgente» de Sandercock para centrarse en cuestiones de valor político y agencia de base contra los urbanismos estatales descentralizados, caracterizándola como una práctica contrahegemónica y transgresora destinada a perturbar la gobernanza neoliberal y generar «espacios de acción colectiva para la liberación»[934].

Estas líneas de indagación prolongan la tradición heterodoxa pero persistente de la «planificación radical». Las intervenciones fundacionales de dicho paradigma se acercaban significativamente en algunos aspectos a los problemas que este libro ha examinado, y merece la pena revisitarlos a través de la lente de los comunes antes de ofrecer nuestras propias especulaciones sobre el futuro. En la breve pero visionaria intervención que popularizó la noción de planificación radical a principios de la década de 1970, Stephen Grabow y Allan Heskin defendieron que el urbanismo debería contribuir a la «realización de una sociedad comunal descentralizada» a través de la «experimentación social evolutiva» basada en una «síntesis dialéctica

de la acción racional y la espontaneidad»[935]. Utilizando un concepto laxo de sistema de gobierno más allá de la forma estatal, previeron el desarrollo de instituciones temporales *ad hoc* para tomar decisiones colectivas y guiar este proceso. En esta formulación, el planificador es fundamentalmente un facilitador de proyectos liderados por sectores populares, «un educador y al mismo tiempo un estudioso de la ética ecológica tal y como se revela en la conciencia de la gente», un miembro del común que lucha por la «autorrealización de uno mismo y de las personas con las que vive»[936].

La posterior y exhaustiva exploración de John Friedmann a finales de la década de 1980 presentó la planificación radical como una forma de movilización social, una práctica antagonista orientada hacia la emancipación general[937]. «Su objetivo —argumentaba— es la transformación estructural del capitalismo industrial para alcanzar la autoproducción de la vida, la liberación de la comunidad política [de la dominación del Estado y el capital] y la autosuficiencia colectiva»[938]. La comunidad política, a su vez, se definía como «la sociedad civil organizada para una vida en común»[939]. La autonomía era un principio fundamental en este esquema. Friedmann sugirió que la autosuficiencia, el autoempoderamiento y la autovalorización, combinados en un proceso comprehensivo de «autoproducción colectiva de la vida», deberían ser los principales instrumentos y aspiraciones de las comunidades políticas liberadas[940]. La planificación radical debería, por tanto, promover una desvinculación selectiva del capitalismo y de las relaciones de mercado dominantes, trabajar para superar la oposición entre producción y consumo, ampliar los servicios basados en la comunidad y reorganizar la iniciativa política y los ciclos económicos para priorizar la escala local. Esto implicaría una reordenación del espacio y de la estructura de gobierno, con pequeñas «comunas urbanas» relativamente autosuficientes de cinco mil habitantes que se convertirían en nodos de confederaciones municipales en red a escala regional[941].

El urbanista mantiene una posición ambivalente en este esquema. Según Friedmann, «los "planificadores" y las "personas" desempeñan papeles intercambiables e interactivos» en el proceso de transformación social; los urbanistas radicales son esencialmente activistas, «partisanos comprometidos» que suelen ganarse la vida en empleos convencionales en otros lugares[942]. Pero este autor también veía a los planificadores como organizadores externos, individuos con una formación especializada y ciertas habilidades técnicas e intelectuales que les permiten ayudar a las comunidades movilizadas en sus proyectos, manteniendo una distancia crítica. En ese sentido,

los planificadores radicales son mediadores a varios niveles: entre la teoría y la práctica de la transformación social, entre la comunidad y las instituciones estatales y entre las propias comunidades. En la concepción de Friedmann, sin embargo, la iniciativa para el cambio social no proviene del planificador ni del Estado, sino de la comunidad[943]. La planificación radical, sugirió, «se opone al Estado», pero no puede simplemente ignorarlo o eludirlo; las comunidades movilizadas deben presionar al Estado para que actúe mediante la lucha y, con el tiempo, desarrollar sus propias instituciones y exigir una reestructuración amplia, aunque gradual, del Estado[944].

Contra el capitalismo: hacia una urbanización comunalista

Reconsideremos estos aspectos a la luz de nuestro análisis histórico con el fin de sugerir posibles direcciones para la práctica y la investigación radicales. Los urbanistas han situado tradicionalmente la búsqueda del «bien común» en el centro de su discurso; tal vez existe un impulso utópico latente en ese viejo mantra[945]. De hecho, parte de los instrumentos y procedimientos de la disciplina pueden contener posibilidades emancipadoras inexploradas, al menos en forma embrionaria. Recordemos, por ejemplo, que algunas de las experiencias analizadas en los capítulos primero, segundo y tercero presentaban una geometría dinámica de valores, técnicas y estrategias que insinuaban enfoques alternativos, incluso si estos a menudo diluían la cualidad antagónica de los comunes. En el capítulo cuarto, por otra parte, hemos visto que ciertos enfoques de planificación recientes dependen cada vez más de la energía comunal para desplegarse. Esto puede verse como una oportunidad para concebir otros modos de articulación entre comunización y planificación, apuntando a un futuro más allá de la urbanización capitalista. La planificación espacial es una forma de lucha de frontera, un repertorio de métodos, modelos y mecanismos que utilizan el espacio para crear y reajustar la brecha entre las prácticas y los territorios de producción y reproducción. A lo largo de la historia, ha sido empleada para abordar diversas contradicciones sistémicas del capitalismo, mediando la urbanización para subordinar la reproducción de amplios sectores de la población trabajadora a los imperativos de la acumulación de capital y a órdenes sociales que los desempoderan. En este proceso, se ha ido privando gradualmente a estos últimos grupos del control colectivo sobre su entorno inmediato y sus condiciones de vida.

Pero quizá esto sea solo una trayectoria específica, contingente, en la historia de la planificación, no su esencia inmutable. Como esfera y

producto de luchas en torno a las espacialidades de la producción y la reproducción, la ontología política de la planificación está marcada por una maleabilidad ligada a las particularidades de contextos y coyunturas específicos. ¿Es posible reinventar este ámbito de conflicto como una agencia a favor de los comunes, contra el capitalismo? Para avanzar en esa dirección, la planificación de base —o planificación desde abajo— debería facilitar el despliegue de regímenes anticapitalistas de urbanización, priorizando el sostenimiento de las comunidades y sus entornos y, por tanto, reorganizando los espacios y esferas de producción y reproducción para reinsertar la economía en prácticas sociales que promuevan el asociacionismo, la autonomía colectiva, la abolición de la propiedad privada y la emancipación igualitaria. Los comunes pueden desempeñar un papel fundamental en este esfuerzo. Aunque, por supuesto, no agotan el abanico de prácticas emancipadoras, algunas de las dimensiones exploradas en nuestro análisis histórico pueden servir como pistas preliminares para identificar posibles orientaciones en un proyecto de *urbanización comunalista*.

En primer lugar, el grueso de la población debe recuperar la oportunidad de acceso a la tierra y crear nuevas estructuras de gobernanza espacial comunal para controlar los recursos materiales y medioambientales y los sistemas de aprovisionamiento a diversas escalas. La proliferación de esquemas de tenencia alternativos, como los fideicomisos comunitarios de tierra *(community land trusts),* las cooperativas de capital limitado *(limited equity cooperatives)* o los bancos de tierras, debe combinarse con la superposición de regímenes de posesión flexibles para volver a vincular el acceso a la tierra y sus productos al uso real y no a la propiedad. Esto ayudará a desmercantilizar la tierra, priorizar las necesidades de la comunidad sobre las de los propietarios individuales y corporativos y normalizar los derechos de usufructo colectivo bajo regulación comunal sobre la propiedad privada y estatal. Estos esquemas mejorarán las condiciones de subsistencia de los hogares con ingresos bajos y ayudarán a transformar la distribución del uso de la tierra y la división regional del trabajo con la reintroducción de comunes agrarios en un proceso de urbanización híbrida. La propagación de parcelas agrícolas colectivizadas y de clústeres agropecuarios controlados por los trabajadores a varias escalas dentro de las aglomeraciones urbanas y los *hinterlands* en declive activará sistemas alimentarios locales regenerativos y economías circulares, volverá a conectar la producción y el consumo y contribuirá a mitigar la dependencia de los salarios y el mercado para abastecerse. Estos paisajes híbridos también pueden

dar cabida a cadenas alternativas de suministro de energía y a esquemas de gestión comunal para la provisión de materias primas. La separación actual entre la ciudad y las zonas rurales, los entornos construidos y los «naturales» y la propia concepción de nuestra relación con los mundos no humanos tendrán que replantearse y reescalarse en un contexto de urbanización biorregional, socializada y abierta.

En segundo lugar, se debe permitir que las clases populares forjen una demarcación del espacio colectivo nueva y expansiva, reclamándolo como centro de la reproducción social y la vida económica, de los procesos de subjetivación y disputa política y como plataforma para la proliferación de públicos heterogéneos e inclusivos. Esta publicidad recolectivizada no puede limitarse a celebrar la vitalidad callejera y la diferencia cultural sin cuestionar la distribución desigual de los roles sociales y de género en el dominio público y los conflictos y desigualdades endémicos a la urbanización capitalista. El espacio y el intercambio públicos deben convertirse en los cimientos de la nueva comuna. Las proteicas territorialidades del común transformarán y ampliarán sus contornos, colonizando parte del ámbito privado. La publicidad debe ser reformulada como un régimen de convivialidad e interdependencia radicales que incorpora espacialidades y temporalidades hasta ahora excluidas de los lugares representativos. Las conductas e imaginarios dominantes, con su predilección por una urbanidad cosmopolita elitista, han de ser sustituidos por formas populares de encuentro orientadas a la praxis cotidiana, promoviendo las identidades locales y la solidaridad territorial como piedras angulares del organismo político comunal. Los niños se apoderarán de las calles a medida que se difuminen las fronteras entre familia y comunidad y se restablezca el rol del espacio libre compartido como escuela fundamental para la vida. Pero se tratará ahora de una pedagogía invertida. Los niños reinventarán el espacio público como un campo de juego, y los adultos volverán a aprender el papel fundamental de este último en la constitución de la sociedad.

En tercer lugar, la circulación de dinámicas comunales a mayor escala facilitará el control democrático de la distribución de usos del suelo, actividades económicas y estructuras de gobernanza, reequilibrando la relación entre las zonas urbanas centrales y sus diversos *hinterlands* hasta la emancipación de estos últimos. El despliegue de la urbanización comunalista es más fácil en los márgenes de los sistemas metropolitanos globales, ya que es ahí donde el drama de la alienación extrema —de ser *excedente*— es más

evidente y doloroso. Tanto las periferias cercanas como las lejanas deben reconstruir su centralidad y desvincularse de las lógicas de dependencia metropolitana y regional a través de redes de comunes vecinales, exurbanos y rurbanos autogestionados en las esferas del trabajo, el comercio, el ocio y los servicios colectivos, desde la vivienda hasta la manufactura, la comunicación y la cultura. A su vez, los centros y aglomeraciones urbanos deben desgentrificarse, desterciarizarse y nivelarse con las zonas periféricas. Los antiguos distritos centrales pueden reconvertirse en espacios de reproducción cotidiana e interacción entre las distintas comunas de una región metropolitana. Más que policéntrica, esta estructura puede describirse como pancéntrica: una formación territorial que democratiza la centralidad funcional y política. En lugar de fijarse a un conjunto de nodos relativamente estables, esta última debe circular en una constelación de reguladores de centralidad continuamente emergentes a diversas escalas. La complementariedad funcional entre comunas aumentará la cohesión regional, liberando a la red en su conjunto de la actual trampa de suma cero que caracteriza a las distribuciones convencionales de la centralidad urbana. Al mismo tiempo, la democratización de las estructuras de gobernanza con la proliferación de asambleas, consejos de trabajadores y consumidores, cooperativas de cuidados y otras plataformas autogestionadas creará un andamiaje institucional de múltiples capas con un control creciente de los sistemas de aprovisionamiento, las cadenas de valor regionales y locales, las redes de servicios y trueque y los sistemas de apoyo mutuo.

En cuarto lugar, estos procesos son empujados por un impulso revitalizado de creatividad colectiva que lucha por desvincularse de la lógica capitalista, cortando los lazos que atan la imaginación y la vida urbana al valor de cambio, liberando el espacio de las garras del control estatal y las estrategias corporativas. Tal vez estaremos entonces ante el despertar histórico de una urbanización que se conoce y configura a sí misma como sujeto colectivo consciente de sí mismo. Este momento transcendente surgirá del deseo de recuperar la promesa de lo urbano, reorientándola hacia la satisfacción de las crecientes demandas de reproducción de masas, desde las necesidades primarias de vivienda y sustento a corto plazo hasta la creación de culturas e identidades políticas emancipadas. Para dejar atrás su actual condición de mercancía comercializable, la creatividad no debe quedar encerrada en las formas que adopten la urbanización o las instituciones comunitarias en un determinado contexto. Más bien, ha de empujarlas constantemente hacia nuevos territorios y arreglos en

un afán por ampliar y diversificar las figuras del común. Esta también debería operar como una imaginación rebelde al servicio del bienestar colectivo y la cohesión territorial, no como una forma de huida o salvación para élites selectas de trabajadores inmateriales y activistas radicales aislados en oasis de innovación social. El horizonte de la urbanización comunalista es una dialéctica espacial que invierte y reestructura los significados de lugar y los regímenes de escala heredados. Las dinámicas globales se realinean de acuerdo con las necesidades locales y los valores que informan la vida cotidiana se originan cada vez más en prácticas comunitarias situadas. Cada paso de este proyecto, cada cambio en el espacio, debe perseguir la consecución de niveles más elevados de igualdad y emancipación general de la alienación capitalista, la heteronomía social y la fragmentación de la experiencia en esferas separadas de producción y reproducción. Una urbanización basada en los comunes puede crear al principio islas y archipiélagos de vida autosuficiente; sin embargo, si quieren prosperar, estos espacios no deben segregarse del territorio circundante, sino luchar para incorporar otras áreas a su esfuerzo por romper con las lógicas capitalistas y maximizar la circulación y diversificación de las comunas. El común —se ha señalado a menudo — debe crecer para sobrevivir[946]. Por tanto, las zonas liberadas deberían funcionar como portales hacia espacios más amplios de solidaridad de masas y procesos abiertos de reproducción ampliada, no como enclaves enclaustrados de radicalidad ensimismada y automarginada.

Serán necesarios nuevos arreglos institucionales para conciliar el desarrollo de estos espacios autogestionados y la distribución del poder comunal con la consolidación de sistemas locales y regionales equitativos. Los entornos comunales avanzados suelen apoyarse en estructuras de gobernanza maduras que garantizan su continuidad en el tiempo pero tienden a generar fricciones con otros comunes y entornos no comunales circundantes. De hecho, algunas de las transformaciones antes mencionadas pueden amenazar la supervivencia a largo plazo y la expansión general del proyecto comunalista en ausencia de mecanismos de control externos, como demuestran las desviaciones en varios episodios explorados en este libro. La idea de una urbanización comunalista solo merece la pena si fomenta la emancipación *universal* de las relaciones y espacialidades capitalistas. Las prácticas que no promuevan esta agenda deben ser reguladas y, si es necesario, rectificadas. Esto plantea interrogantes sobre la naturaleza de las instituciones comunales, los límites de la gobernanza descentralizada, la necesidad de una coordinación

interescalar y las relaciones internas entre las distintas comunas y, sobre todo, entre el común y el Estado, entre la comunización y la planificación.

Parte del activismo y la investigación asociados a la política radical de las últimas décadas ha concebido las zonas liberadas como espacios de alteridad pura, separados de la lógica estatal por una brecha infranqueable. Sin embargo, la experiencia de los movimientos sociales que resucitaron la cuestión de los comunes en la década de 1990 sugiere que los proyectos puramente antiestatales tienen un alcance limitado[947]. Tal como indica el pensador crítico Graham Murdock: «Más que minimizando el papel del Estado, la promesa transformadora de la comunización solo se puede asegurar recuperándolo y repensándolo»[948]. El Estado y la planificación espacial estatales no deben descartarse definitivamente, sino concebirse como terrenos esenciales de lucha, también desde la perspectiva de la emancipación comunal. El espacio social está hoy impregnado de la lógica de la reproducción capitalista. Para superarla, necesitamos el poder organizativo y coercitivo de las estructuras estatales, aunque esto implique compromisos difíciles. Pensemos en ellas como recursos extraordinarios que pueden ser aprovechados, remodelados y reutilizados mediante proyectos colectivos sistemáticos. El desarrollo de estrategias de comunización a gran escala es extremadamente difícil sin el apoyo de plataformas reguladoras sólidas que ayuden a desmantelar el aparato urbano capitalista ya existente y que protejan a los comunes de las dinámicas del mercado; la planificación espacial estatal puede resultar útil en ese sentido. Seamos claros: esto no significa que los comunes deban ser planificados por el Estado. Los comunes, por definición, deben permanecer siempre independientes del Estado y crear sus propias estructuras de poder. Pero los urbanismos populares y la planificación estatal progresista pueden cooperar para proteger y ampliar los arreglos comunales. Por lo tanto, deberíamos concebir ambos —es decir, una planificación estatal completamente renovada y una forma más consistente de urbanismo desde abajo— como modos complementarios de organizar el espacio y los recursos para la emancipación y la autonomía colectivas, operando a diferentes escalas y con tareas y herramientas diferentes, pero interrelacionadas. En otras palabras, la urbanización comunalista debe sustentarse en una forma dialéctica de planificación dual en la que las iniciativas de base popular y la acción estatal desarrollen una relación simbiótica, la segunda operando como plataforma fundamental de las primeras.

La planificación espacial estatal debería por tanto reconvertirse

para trabajar a tres niveles: en primer lugar, puede actuar como barrera, protegiendo los comunes de los asaltos del mercado, la desposesión y las nuevas formas de *enclosure;* en segundo lugar, puede «vaciar» el espacio de su actual contenido capitalista, facilitando la penetración y expansión de proyectos comunales en territorios ya colonizados por las lógicas de la mercancía, y en tercer lugar, puede servir como mecanismo de control externo, contribuyendo a preservar los equilibrios locales y regionales entre diferentes comunas y a reorientar las contradicciones internas que puedan desviar los comunes del principio fundamental de emancipación generalizada. El objetivo de la práctica radical, por tanto, no es tanto lograr la descentralización absoluta o la desaparición de la planificación espacial estatal como repensar e invertir sus funciones para contrarrestar las fuerzas del mercado y multiplicar los espacios de liberación. Una planificación orientada hacia lo común necesita conjurar mundos urbanos alternativos y posibilidades enterradas en el pasado. Pensemos, por ejemplo, en las potencialidades abortadas en las experiencias que hemos explorado. ¿Qué aspecto tendrían hoy las ciudades si los urbanistas y las agencias estatales hubieran tratado de proteger y promover los comunes, dándoles espacio y reforzando sus aspectos positivos al tiempo que inhibían aquellos atributos que pudieran perjudicar el despliegue de la urbanización como proyecto colectivo igualitario?

En sus manifestaciones más complejas, lo común es una forma estatal incipiente constituida en torno al control colectivo directo del espacio, los recursos y los valores de uso. En este sentido, la comunización puede entenderse como una práctica de planificación «instituyente», un proceso que remodela constantemente sus propios límites y crea nuevas prácticas espaciales, derechos y obligaciones compartidos, ampliando así los atributos y contenidos de los arreglos comunales[949]. Esta investigación comenzó con una ilustración clásica del gobierno de los recursos comunales. Los campos abiertos de Inglaterra fueron la base de instituciones maduras, un sistema de regulación con sus propias nociones de propiedad, derechos y justicia que coexistió y finalmente chocó con el emergente Estado burgués. En nuestra indagación, este tipo de arquitectura institucional desapareció con la vasta reorganización territorial desplegada por el cercamiento. El resto del libro ha explorado experiencias de apropiación y organización social más volátiles a través de diversos intentos de recuperar el control popular del espacio. En el último capítulo histórico, vimos cómo los autonomistas italianos articularon una estrategia explícita, aunque en última instancia frágil, para

autogestionar grandes áreas de ciudades y regiones y establecer una valorización autónoma de los procesos de urbanización, una forma de contrapoder urbano. Estábamos en el umbral de una forma-Estado latente —al menos así lo concebían diversas imaginaciones políticas de la época— que en esta ocasión fue recibida con una combinación de represión y cooptación. Una planificación orientada a los comunes debería contribuir a conectar, coordinar y amplificar los esfuerzos en curso para extender estos espacios de autogobierno, dentro y fuera de las estructuras estatales convencionales. Concebido de esta manera, el común no es solo un intento de escapar del anquilosamiento institucional, sino también una forma que democratiza, transforma y, en última instancia, absorbe al Estado. La comunización no es la antítesis de la planificación, sino una praxis de planificación de base alternativa que puede redefinir la disciplina, tanto en las calles como dentro de los aparatos estatales.

¿Quién puede llevar adelante este proyecto? ¿Cómo deberían replantearse las identidades y los roles de los técnicos y diseñadores en un contexto de urbanización comunalista? ¿Siguen siendo útiles los planificadores tradicionales en estos empeños? Y, en caso afirmativo, ¿qué tareas deberían desempeñar? No hay respuestas universales a estas preguntas. Las condiciones que rodean este proceso pueden diferir sustancialmente, y la relación con las agencias de planificación convencionales debe determinarse colectivamente en el curso de luchas concretas. Los espacios comunales en peligro de nuestras investigaciones estaban sustentados por miembros de formaciones locales cambiantes, pero relativamente coherentes, de clases trabajadoras incipientes o maduras. Ellos, los artífices del común, eran los «planificadores» de la urbanización popular. Sin embargo, las poblaciones excedentes contemporáneas presentan una condición fracturada, compuesta de grupos incoherentes y, a veces, antagónicos: mosaicos de proletariados nacionales y transnacionales, campesinos desplazados y comunidades indígenas, un «lumpenprecariado» de trabajadores informales e indocumentados, individuos marginados y oprimidos, personas sin techo e, incluso, segmentos de las clases medias globales alienadas y atadas perennemente a las deudas. Puede parecer difícil imaginar un terreno común para forjar alianzas estratégicas entre estos actores extremadamente diversos, pero, en distintos grados, comparten las consecuencias de la descolectivización y la experiencia de crisis de reproducción persistentes y cada vez más intensas. Desposeídos y forzados a la marginalidad, la opresión, la desintegración social o la insignificancia política, el sistema puede estar empujándoles a ampliar la lógica y las esferas de

autorreproducción, alimentando un deseo masivo de reclamar los comunes y desatar formas de urbanización hasta ahora latentes. El poder de transformar la planificación reside, quizá, en nuevas coaliciones locales y regionales de estos grupos. Estas pueden convertirse en la vanguardia de una futura clase comunera mundial, aunque persigan objetivos diferentes y desplieguen estrategias y territorialidades distintas según sus contextos. Estas formaciones comunales serán forzosamente heterogéneas, compuestas inicialmente por una constelación de diversas poblaciones excedentes que vivan al margen de la reproducción «normal». Aunque tengan diferentes *backgrounds* productivos, étnicos y geográficos, comparten la necesidad urgente de desarrollar formas de autorreproducción colectiva libres de la coerción del mercado y el Estado para sobrevivir y prosperar, así como la capacidad de apropiarse y organizar el espacio de acuerdo con valores cooperativos y a través de diversas fronteras de lugar y escala. Al vislumbrar esta condición, se convierten en la autoconciencia de la urbanización, ampliando para siempre sus significados y posibilidades. La planificación en común vendrá de la mano de quienes necesitan construir nuevos territorios de solidaridad y autonomía para impulsar un proyecto de liberación colectiva.

Similar a la tradición de la planificación radical, pero haciendo hincapié en los principios anticapitalistas del colectivismo, la solidaridad y la emancipación igualitaria, esta perspectiva reconoce la capacidad de la gente corriente para apropiarse del discurso del urbanismo y hacer que hable el lenguaje de los comunes. Sin embargo, desde la perspectiva de la planificación dual descrita anteriormente, merece la pena distinguir entre los urbanistas que trabajan dentro y fuera de los comunes, y las posibles funciones de los técnicos en cada una de estas posiciones. Dentro de la comuna, el urbanista es solo un miembro más del colectivo. No necesita comportarse como un agente externo que articula una demanda incapaz de expresarse por sí misma, porque la praxis comunitaria ya establece el común y prefigura trayectorias de urbanización alternativas. En esta condición, los planificadores con formación técnica son individuos con conocimientos y habilidades específicos que les permiten compartir experiencias previas y plantear cuestiones críticas que ayuden al colectivo a desarrollar su proyecto comunal. Fuera de la comuna, y especialmente desde las instituciones estatales, los urbanistas convencionales deberían reutilizar sus técnicas para apoyar la circulación de estrategias comunales. Pueden utilizar los recursos estatales para ayudar a trazar respuestas colectivas a necesidades reproductivas básicas, incluidos los sistemas alimentarios, programas

de vivienda, servicios de asistencia social y equipamientos públicos abiertos, o incluso movilizar estas plataformas para salvar el abismo actualmente existente entre la esfera productiva y la reproductiva. También pueden idear nuevos instrumentos para ceder a los comunes un espacio adecuado para madurar, limitando las prerrogativas de los propietarios de suelo, subordinando los derechos de propiedad excluyentes a los derechos comunes y creando reservas comunitarias libres, protegidas de la presión inmobiliaria y de las restricciones de normativas urbanísticas que limiten la capacidad de autogestión popular. Al mismo tiempo, los planificadores convencionales que trabajan para las instituciones estatales pueden ayudar a garantizar la preservación de la igualdad y la solidaridad entre zonas autónomas y afianzar la orientación democrática, inclusiva y emancipadora del común.

Algunas de estas notas provisionales sobre el alcance, las escalas y los agentes del urbanismo comunalista pueden parecer una utopía referida a un futuro lejano. Sin embargo, muchos de los aspectos discutidos anteriormente ya existen, real o potencialmente, entrelazados dialécticamente con la urbanización capitalista, e incluso impulsados por ella. La naturaleza incremental del proyecto comunalista permite una implementación inmediata, gradual o segmentada de estos principios. Aunque son cruciales a largo plazo, no es necesario esperar a tomar el poder estatal, los departamentos de planificación municipales o las instituciones que producen las ideologías urbanas dominantes para poner en marcha esta revolución. Podemos empezarla ahora mismo, en la calle, a la vuelta de la esquina, construyendo y conectando espacios autónomos colectivos que subviertan el urbanismo capitalista, capaciten a las comunidades para recuperar el control sobre sus entornos y ayuden a los más vulnerables a liberarse de la opresión, la explotación, la miseria y la alienación. Quizá esta transformación ya esté ocurriendo a nuestro alrededor. Un primer paso para apoyar este proyecto —especialmente para los urbanistas convencionales— es abrazar la pedagogía del común, tomando plena conciencia de sus motivaciones, estrategias y procedimientos espaciales, pero también de sus contradicciones y posibles debilidades.

Este libro ha defendido que las luchas por el espacio y la urbanización han sido fundamentales en la producción y sometimiento de poblaciones excedentes y subalternas a lo largo de la historia del capitalismo. Pero las políticas de planificación y urbanización también pueden ser esenciales en la construcción de un futuro comunal más allá de este. Para aprovechar esta posibilidad debemos abordar la

contradicción entre el legado y el potencial de la planificación espacial y dilucidar los vínculos entre las luchas por la urbanización del pasado y del futuro. En este sentido, también necesitaremos una historia crítica dirigida a transformar, en lugar de legitimar, el aparato de la planificación. Espero que este libro anime a otros a sumarse a este esfuerzo. La urbanización capitalista es una batalla sin cuartel entre grupos sociales con proyectos y estrategias espaciales antagónicos. Ser conscientes de la propia posición dentro de este campo de fuerzas es fundamental para prevalecer. Esta autoconciencia puede apoyarse y reforzarse mediante el trabajo teórico, pero la praxis colectiva seguirá siendo el terreno clave para captar el alcance y la complejidad de estas luchas, ya que propician maniobras diversas y a veces contradictorias en coyunturas concretas. La historia, como destilación y síntesis del significado estructural de estas estrategias, es el nombre que damos a la teoría de dicha praxis.

El presente es la intersección dinámica de dos trayectorias. La primera conecta con el pasado y lleva el peso del archivo, de la memoria, de los muertos y de las ruinas que nos habitan: discursos e instituciones, hegemonías construidas con piedra y asfalto, posibilidades negadas, derrotas y promesas ausentes. La segunda apunta hacia el futuro y habla el lenguaje de la planificación, rebosante de oportunidades de liberación. Por eso el presente es a la vez fijo y volátil, cerrado y abierto. Desde este punto de confluencia, ambos caminos —la historia y el plan— son vectores de lucha; nos corresponde a nosotros definir su significado y alcance. Quienes deseen trazar el curso de la urbanización comunalista deberán mirar en ambas direcciones.

---

914 Véanse Allan Greer, «Commons and Enclosure in the Colonization of North America», *American Historical Review* 117 (2012): 365-386; Ranajit Guha, *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement,* 2.ª ed. (Nueva Delhi: Orient Longman, 1982); Philip McMichael, *Settlers and the Agrarian Question: Capitalism in Colonial Australia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 40-43; Eric Richards, *Debating the Highland Clearances* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2007); Liz Alden Wily, «Looking Back to See Forward: The Legal Niceties of Land Theft in Land Rushes», *Journal of Peasant Studies* 39 (2012): 751-775; Onur Ulas Ince, *Colonial Capitalism and the Dilemmas of Liberalism* (Oxford: Oxford University Press, 2018). Las referencias en esta nota y las que siguen son solo una muestra pequeña, pero espero que representativa, de la vasta literatura especializada en los diversos temas, escalas y geografías consideradas en esta sección.

915 Farshad Araghi, «The Invisible Hand and the Visible Foot: Peasants, Dispossession, and Globalization», en *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation, and the Agrarian Question,* ed. Haroon Akram-Lodhi y Cristóbal

Kay (Londres: Routledge, 2009), 111-147; Tania Murray Li, «To Make Live or Let Die? Rural Dispossession and the Protection of Surplus Populations», *Antipode* 41 (2010): 66-93; Wendy Wolford, Saturnino M. Borras, Ruth Hall, Ian Scoones y Ben White (eds.), *Governing Global Land Deals: The Role of the State in the Rush for Land* (Chichester, RU: Wiley-Blackwell, 2013); Brenner, *Implosions/Explosions;* Martín Arboleda, *Planetary Mine: Territories of Extraction under Late Capitalism* (Londres: Verso, 2020); Swarnabh Ghosh y Ayan Meer, «Extended Urbanisation and the Agrarian Question: Convergences, Divergences and Openings», *Urban Studies* 58 (2020): 1097-1119.

916 Véanse Don Mitchell, *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space* (Nueva York: Guilford Press, 2003); Katherine Beckett y Steve Herbert, «Dealing with Disorder: Social Control in the Post-industrial City», *Theoretical Criminology* 12 (2008): 5-30; Alex S. Vitale, *City of Disorder: How the Quality of Life Campaign Transformed New York Politics* (Nueva York: New York University Press, 2008); Gordon Waitt, «Urban Festivals: Geographies of Hype, Helplessness and Hope», *Geography Compass* 2 (2008): 513-537; David Madden, «Revisiting the End of Public Space: Assembling the Public in an Urban Park», *City and Community* 9 (2010): 187-207; Jeremy Németh, «Controlling the Commons: How Public Is Public Space?», *Urban Affairs Review* 48 (2012): 811-835.

917 Véanse John Cross, *Informal Politics: Street Vendors and the State in Mexico City* (Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1998); Neil Smith, «Global Social Cleansing: Postliberal Revanchism and the Export of Zero Tolerance», *Social Justice* 28 (2001): 68-74; Kate Swanson, «Revanchist Urbanism Heads South: The Regulation of Indigenous Beggars and Street Vendors in Ecuador», *Antipode* 39 (2007): 708-728; Jonathan Shapiro Anjaria, «Guardians of the Bourgeois City: Citizenship, Public Space, and Middle-Class Activism in Mumbai», *City and Community* 8 (2009): 391-406; Gengzhi Huang, Desheng Xue y Zhigang Li, «From Revanchism to Ambivalence: The Changing Politics of Street Vending in Guangzhou», *Antipode* 46 (2014): 170-189; Tom Gillespie, «Accumulation by Urban Dispossession: Struggles over Urban Space in Accra, Ghana», *Transactions of the Institute of British Geographers* 41 (2016): 66-77.

918 Neil Smith, «New Globalism, New Urbanism: Gentrification as Global Urban Strategy», *Antipode* 34 (2002): 427-450; Loïc Wacquant, Tom Slater y Virgilio Borges Pereira, «Territorial Stigmatization in Action», *Environment and Planning A* 46 (2014): 1270-1280; Phil A. Neel, *Hinterland: America's New Landscape of Class and Conflict* (Londres: Reaktion Books, 2018); Brenner, *New Urban Spaces,* especialmente capítulos 3 hasta 6; William Conroy, «The Biopolitical Commons: A Revised Theory of Urban Land in the Age of Biopolitical Production», *Planning Theory* 18 (2019): 470-491.

919 Robert Neuwirth, *Shadow Cities: A Billion Squatters, a New Urban World* (Nueva York: Routledge, 2004); AbdouMaliq Simone, «People as Infrastructure: Intersecting Fragments in Johannesburg», *Public Culture* 16 (2004): 407-429; Teresa Caldeira, «Peripheral Urbanization: Autoconstruction, Transversal Logics, and Politics in Cities of the Global South», *Environment and Planning D: Society and Space* 35 (2017): 3-20; AbdouMaliq Simone y Edgar Pieterse, *New Urban Worlds: Inhabiting Dissonant Times* (Cambridge: Polity, 2017); Ricardo Jacobs, «An Urban Proletariat with Peasant Characteristics: Land Occupations and Livestock Raising in South Africa», *Journal of Peasant Studies* 45 (2018): 884-903; Monika Streule, Ozan Karaman, Lindsay Sawyer y Christian Schmid, «Popular Urbanization: Conceptualizing Urbanization Processes beyond Informality», *International Journal of Urban and Regional Research* 44 (2020):

652-672.

920 David Bollier, Silke Helfrich y sus colaboradores han documentado una rica tipología de comunes en sus libros editados y escritos en la década de 2010. Véanse Bollier y Helfrich, *Free, Fair, and Alive;* David Bollier y Silke Helfrich (eds.), *Patterns of Commoning* (Amherst, MA: Levellers Press, 2015); Bollier y Helfrich, *Wealth of the Commons.*

921 Véanse Hardt y Negri, *Commonwealth;* Comité Invisible, *L'insurrection qui vient;* Dardot y Laval, *Commun;* Nick Dyer-Witheford, «Commonism», *Turbulence* 1 (2007): 28-29; Bruno Astarian y Gilles Dauvé, *Everything Must Go! The Abolition of Value* (Berkeley: LBC Books, 2015), 23-36; J. K. Gibson-Graham, Jenny Cameron y Stephen Healy, «Commoning as Postcapitalist Politics», en *Releasing the Commons: Rethinking the Futures of the Commons,* ed. Ash Amin y Philip Howell (Londres: Routledge, 2016), 192-212; Mauvaise Troupe y Kristin Ross, *The Zad and NoTAV: Territorial Struggles and the Making of a New Political Intelligence* (Nueva York: Verso, 2018).

922 Dyer-Witheford, «Commonism», 28.

923 Stavrides, *Common Space,* 256-257, 261.

924 Huron, *Carving Out the Commons,* 170.

925 *Ibidem.*

926 Harvey, *Rebel Cities,* 87-88.

927 Ananya Roy, «Strangely Familiar: Planning and the Worlds of Insurgence and Informality», *Planning Theory* 8 (2009): 7-11; Libby Porter, «Informality, the Commons and the Paradoxes for Planning: Concepts and Debates for Informality and Planning», *Planning Theory and Practice* 12 (2011): 115-153, 116.

928 James Holston, *Insurgent Citizenship: Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2008), 34.

929 Holston, «Spaces of Insurgent Citizenship», en Sandercock, *Making the Invisible Visible,* 37-56, 48.

930 Holston, *Insurgent Citizenship,* 13.

931 Holston, «Spaces of Insurgent Citizenship», 47.

932 Sandercock, *Towards Cosmopolis,* 3-8.

933 John Friedmann, *The Prospect of Cities* (Mineápolis: University of Minnesota Press, 2002), 84-86; Friedmann, *Insurgencies: Essays in Planning Theory* (Nueva York: Routledge, 2011), 121-122, 151-155.

934 Faranak Miraftab, «Insurgent Planning: Situating Radical Planning in the Global South», *Planning Theory* 8 (2009): 32-50.

935 Stephen Grabow y Allan Heskin, «Foundations for a Radical Concept of Planning», *Journal of the American Institute of Planners* 39 (1973): 106-114, 106.

936 Grabow y Heskin, «Foundations for a Radical Concept of Planning», 112. Heskin desarrollaría más tarde esta perspectiva en *The Struggle for Community* (Boulder, CO:

Westview Press, 1991).

937 Friedmann, *Planning,* 298, 303.

938 *Ibidem,* 348, 412.

939 *Ibidem,* 344.

940 *Ibidem,* 348, 354, 376.

941 *Ibidem,* 354-355, 363-364, 370-372. Curiosamente, dentro de este marco geográfico Friedmann identificó un tercer nivel orgánico, el hogar, que privilegió como escenario «central» de la práctica radical. Los hogares eran, para él, el «primer paso» en el proyecto de emancipación y «florecimiento humano», una base fundamental para las estrategias de descolonización, democratización, desvinculación y autoempoderamiento que deberían informar la planificación radical. Friedmann, *Planning,* 354-362; véase también Friedmann, *Insurgencies,* 99-103, 115-118.

942 Friedmann, *Planning,* 302-303, 355, 411.

943 *Ibidem,* 301.

944 *Ibidem,* 302, 407. Friedmann utilizó un enfoque dual problemático que distinguía este esquema, identificado con los llamados «países del primer mundo», de la planificación en el tercer mundo, donde, según él, los programas de reforma estatales deberían liderar procesos de transformación social.

945 Esta es, por ejemplo, la base de la noción de la «planificación de los comunes» *(commons planning)* sugerida por Peter Marcuse, que prolonga la tradición del *equity planning* y la planificación para el interés general. Peter Marcuse, «From Justice Planning to Commons Planning», en *Searching for the Just City: Debates in Urban Theory and Practice,* ed. Peter Marcuse, James Connolly, Johannes Novy, Ingrid Olivo, Cuz Potter y Justin Steil (Nueva York: Routledge, 2009), 91-102.

946 Huron, *Carving Out the Commons,* 145; Stavrides, *Common Space,* 262.

947 Nick Dyer-Witheford, «The State of the Commons: Commoners, Populists, and Communards», *Popular Communication* 18 (2020): 17

948 Graham Murdock, «Commons Manifestos: A Reply to Bauwens and Ramos», *Global Discourse* 8 (2018): 343-347.

949 Véase una teorización de los comunes como praxis instituyente en Dardot y Laval, *Commun,* 277-278, 288-293, 305-309.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto empezó a cobrar forma hace muchos años, mientras trabajaba como urbanista en ejercicio activo de la profesión. En aquellos tiempos el proyecto quedó marcado por una creciente insatisfacción con la incapacidad de los instrumentos urbanísticos para cumplir la misión progresista que la planificación espacial se ha atribuido tradicionalmente. Algo funcionaba mal, no ya en la práctica profesional —esto era obvio—, sino en los propios discursos e ideologías que sostienen la institución. Eran necesarios nuevos análisis históricos y teóricos para exponer y superar la indiferencia de muchos urbanistas, arquitectos, académicos y responsables políticos ante los problemas de las clases más vulnerables, el potencial de los espacios cooperativos y el drama cotidiano de la urbanización. Mi apreciado amigo, el ya fallecido Fernando Roch, me ayudó en los primeros pasos del proyecto y me acompañó en mi determinación de reconstruir el pasado para comprender los dilemas que encontraba en la práctica profesional. Su luminosa inteligencia, incisivo afán crítico e inolvidable ironía fueron clave para que esta investigación echara a andar.

En 2011, la eclosión del movimiento 15M y la ola global de protestas y acampadas me hizo constatar la magnitud y continuidad de las energías colectivas que estaba rastreando en el archivo. Los comunes —pues eso eran las ocupaciones de plazas en Madrid y otros lugares— aún constituían un recurso palpitante y crucial para aquellos que desean transformar el espacio y la sociedad. En las condiciones adecuadas, esas fuerzas podían galvanizar barrios y ciudades enteros, alterar breve pero radicalmente los órdenes urbanos establecidos y, en unos pocos días, cambiar la imaginación política de toda una generación. Los esfuerzos y estrategias de los activistas madrileños en aquel periodo me alentaron a explorar de forma más sistemática la relación entre lo urbano y lo común. Aquella explosión de indignación y los nuevos movimientos sociales que la siguieron constituyen una fuente de inspiración aún hoy, cuando algunos dan aquel ciclo por cerrado. Espero que este libro sea capaz de transmitir al menos una parte de lo que aprendí de la dedicación y el admirable compromiso político de muchos amigos y camaradas anónimos durante estos años.

Estas inquietudes no se habrían convertido en un libro sin el

consejo y apoyo entusiasta de Neil Brenner, que insistió en que debía continuar el proyecto y ampliar el alcance de sus argumentos. Neil fue un cálido anfitrión durante mis frecuentes visitas a la Graduate School of Design de la Universidad de Harvard y con el tiempo se ha convertido en un mentor generoso, un interlocutor exigente y un fiel amigo. Pronto me dio la bienvenida a su equipo, el Urban Theory Lab, un vibrante colectivo de investigación cuyos miembros han sido de gran ayuda e inspiración. En particular, quiero expresar mi agradecimiento a Christopher Alton, Martín Arboleda, Michael Chieffalo, William Conroy, Tamer Elshayal, Swarnabh Ghosh, Kian Goh, Mariano Gómez Luque, Daniel Ibáñez, Nikos Katsikis, Marianne Potvin y Julia Smachylo por su camaradería y sus útiles conversaciones sobre el material de este trabajo. También estoy profundamente agradecido a Neil, Martín, Stuart Elden y Łukasz Stanek por leer todo o parte del manuscrito final y borradores previos del libro. Sus comentarios fueron vitales para afinar el argumento y desarrollar los fundamentos teóricos e históricos del proyecto.

El desarrollo de esta investigación se ha beneficiado del consejo, apoyo y compromiso intelectual y político de numerosos amigos y colegas. Estoy especialmente agradecido a mis fantásticos compañeros del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Universidad Politécnica de Madrid, que cada día logran sacar adelante su rincón de la universidad pública en condiciones sumamente difíciles; a Ross Exo Adams, Abel Albet, Alfonso Álvarez Mora, Pier Vittorio Aureli, Núria Benach, Adrian Blackwell, Harald Bodenschatz, Helga von Breymann, María Castrillo, Massimo De Angelis, Sonja Dümpelmann, Jean-Pierre Garnier, Cristina Gibelli, Maria Shéhérazade Giudici, Simon Gunn, Costis Hadjimichalis, Jeanne Haffner, Jane Hutton, Stefan Kipfer, Lucía Jalón Oyarzun, Elisabetta Longari, Emilio Martínez, Ashley Mears, Andy Merrifield, José Luis Oyón, Mariette Schiltz y el Isola Art Center, Christian Schmid, Stuart Schrader, Enrico Scuro, Anne Whiston Spirn, Alex Vasudevan, Max Welch Guerra y los ya fallecidos Nanni Balestrini y Doreen Massey. El proyecto creció sustancialmente gracias al *feedback* de estudiantes que participaron en una serie de seminarios sobre los temas y casos de este libro, particularmente Darine Choueiri, Antonia De Michele, Henar Díez Villahoz y la efervescente comunidad del curso de 2017. Ha sido un enorme placer trabajar con University of Minnesota Press, primero, y ahora con Alianza en la edición inglesa y castellana de este libro. Soy tremendamente afortunado de haber contado con el respaldo de dos extraordinarios editores, Pieter Martin y Jaime Rodríguez Uriarte, que han proporcionado excelentes consejos y un caluroso y constante

estímulo durante todas las etapas del proyecto, en sus dos versiones. Estoy muy agradecido a Anne Carter y Karen Hellekson por su cuidadosa lectura del texto original en inglés, a Ana Pérez Galván por su consistente trabajo en la traducción al castellano y a los equipos de UMP y Alianza por su eficaz asistencia en el proceso de producción y difusión.

Estaré siempre en deuda con mi familia por su amor y apoyo. Mi más profundo aprecio va a mis padres y hermanos, Inés y Julián, Ernesto y Esther, por su afecto incondicional e infinita generosidad, y por enseñarme por primera vez cómo hacer las cosas en común. Este libro no existiría sin Adela. Ella ha sido la compañera más entusiasta, paciente y cálida durante la larga gestación del proyecto. Gracias por tu optimismo militante e inagotable energía, por animarme a escribir en tiempos difíciles y por recordarme siempre esas voces del pasado que aún esperan ser oídas. Hugo: retrasaste el remate de esta investigación considerablemente y siempre te lo agradeceré. Me has enseñado los ritmos del trabajo reproductivo y la alegría y retos de los cuidados; sobre todo, me has ayudado a ver el mundo con los ojos del futuro. Este libro es tuyo.

Título original: *Against the Commons. A Radical History of Urban Planning*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con University of Minnesota Press, Minneapolis, Minessota, U.S.A.

Edición en formato digital: 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid **www.alianzaeditorial.es**

ISBN ebook: 978-84-1148-404-6